

EDICIÓN A CARGO DE RICARD RUIZ GARZÓN

The illustration shows a woman in a red jacket standing on a ledge of a lighthouse. The lighthouse is situated on a dune of orange sand. In the background, a large, bright moon is visible in a sky filled with dramatic, golden clouds. The overall scene is surreal and atmospheric.

# MAÑANA

DOCE DISTOPÍAS PARA EL SIGLO XXI

# TODAVÍA

Juan Miguel Aguilera / Elia Barceló / Emilio Bueso  
Laura Gallego / Rodolfo Martínez / José María Merino  
Rosa Montero / Juan Jacinto Muñoz Rengel / Javier Negrete  
Félix J. Palma / Marc Pastor / Susana Vallejo

Lectulandia

**Doce destacados autores españoles ante el género fantástico más en boga: las distopías o antiutopías, relatos sobre futuros inciertos, admoniciones políticas y medioambientales, abusos de la tecnología y cualquier tipo de mañana inquietante que nos recuerde por qué todavía estamos a tiempo de no acabar así.**

Hoy ya no, pero tal vez mañana o pasado mañana... los clásicos podrían reescribirse a conveniencia, las redes sociales podrían marcar la vida de un bebé, la maternidad podría convertirse en una forma de condena, la casta política podría borrar a determinados ciudadanos, la altura de un edificio podría definir nuestra longevidad, los teléfonos móviles podrían empezar, de tan inteligentes, a rebelarse y todo intento de evitarlo, todo asomo de revolución, podría acabar pareciendo un esperpento.

Sería un mañana inquietante, sí, pero posible. Demasiado posible.

En la mejor línea de *1984*, *Un mundo feliz* y *Fahrenheit 451*, pero también en esa nueva ola que va desde *Los juegos del hambre* hasta la serie de televisión *Black Mirror*, doce referentes de la distopía en nuestro país han aceptado el reto de imaginar futuros para un siglo XXI que se presenta cada año más incierto. A veces desde el humor, a veces desde una fuerte conciencia política o medioambiental, aunando a menudo originalidad y respeto a la tradición y siempre desde una pasión literaria cargada de ambición, las doce narraciones aquí reunidas configuran una antología llamada a marcar un hito en la historia española del género.

Porque las distopías no son solo otra moda literaria.

Son alarmas, denuncias, sátiras del abismo.

Son las armas del hoy contra el mañana.

Son las ficciones de la crisis.

Todavía.

Lectulandia

AA. VV.

# Mañana todavía

Doce distopías para el siglo XXI

ePub r1.1

macjaj 05.07.14

*WeKids*, Laura Gallego García, 2014  
*Al garete*, Emilio Bueso, 2014  
*2084. Después de la Revolución*, Elia Barceló, 2014  
*Instrucciones para cambiar el mundo*, Félix J. Palma, 2014  
*El error*, Rosa Montero, 2009  
*Limpieza de sangre*, Juan Miguel Aguilera, 2014  
*Camp Century*, Marc Pastor, 2014  
*En el ático*, Rodolfo Martínez, 2014  
*La Inteligencia Definitiva*, José María Merino, 2014  
*Gracia*, Susana Vallejo, 2014  
*Colapso*, Juan Jacinto Muñoz Rengel, 2014  
*Los centinelas del tiempo*, Javier Negrete, 2014

Editor digital: macjaj

Corrección de erratas: MAguilar

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# MAÑANA

DOCE DISTOPIAS PARA EL SIGLO XXI

# TODAVÍA

EDICIÓN A CARGO DE RICARD RUIZ GARZÓN

## Presentación

Si lo que aquí va a leer le resulta exagerado, envíele un email a su yo de 2007 con un pequeño informe de la situación en las últimas semanas...

JULIÁN DíEZ  
sobre *Cenital*, de EMILIO BUESO

En 2014, treinta años después de cruzar el *1984* imaginado por George Orwell, las distopías están de actualidad. Por un lado, se ha producido un boom del género en su vertiente juvenil, auspiciado sin duda por el éxito de la trilogía de Suzanne Collins *Los juegos del hambre*. Por otro, la crisis económica y la desafección política, con su consiguiente desconfianza hacia el futuro, han alimentado una mirada pesimista, y al mismo tiempo admonitoria, que encaja perfectamente con las bases del género. Las cosas aún podrían ir peor, parece que queremos decirnos, no se sabe si para evitarlo o para prepararnos. Vamos directos al abismo, gritamos, sin saber si queremos asustarnos, concienciarnos o fomentar la revolución. ¿Cómo luchar contra semejante estado de ánimo? ¿Cómo enfrentarnos a unos poderes que parecen superarnos? Una de las respuestas sería, quizá, mirar la forma en que lo hacen los antihéroes distópicos: en entornos todavía peores, luchan, pelean, tratan de resistirse. Pierden, sin duda, pero después de haberlo intentado. ¿No deberíamos hacer lo mismo nosotros, antes de que sea tarde?

He ahí, en ese interrogante por supuesto simplificado, parte del éxito actual de las distopías. En el mismo tipo de entorno y de frustración, de hecho, que generó los grandes títulos del género (basta acercarse a las consideradas distopías fundacionales, con permiso de Wells y Zamiátin, para comprobarlo: *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, apareció tras el *crack* del 29, y el *1984* de Orwell y *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury, tras la Segunda Guerra Mundial). No es de extrañar, por tanto, el auge actual de series televisivas como *Black Mirror*, una apoteosis distópica, o el de las adaptaciones al cine de *Los juegos del hambre* y sus sucedáneos. Son ejemplos de esa necesidad catártica que tenemos de enfrentarnos a las derivas de nuestro presente: derivas económicas, políticas, biológicas, tecnológicas, medioambientales... Dicho de otro modo: ¿de veras creemos que el hecho de que la moda zombi, con sus masas

desquiciadas, y la moda vampírica, con sus monstruos de alta alcurnia, hayan precedido a la moda distópica es una casualidad?

Especulaciones al margen, el hecho es que nos hallamos, sí, en pleno auge de las distopías. Junto a la ucronía, con sus pasados alternativos, y junto al retrofuturismo o *steampunk*, con su recuperación de una época en la que el futuro era todavía prometedor, se trata del único subgénero de la ciencia ficción que sobrevive a la apisonadora de la fantasía, que de J. K. Rowling a Patrick Rothfuss y George R. R. Martin parece haberse acomodado mejor al signo de los tiempos. Lejos ya el interés por las aventuras espaciales, las invasiones alienígenas, la ciencia *hard* y los grandes avances tecnológicos, lectores y espectadores parecen sentirse más atraídos por los planteamientos simbólicos, por la magia y las luchas morales de la fantasía épica, que por la concreción obsolescente de la vieja ciencia ficción. En ese contexto, distopías, ucronías y retrofuturismo, más cercanos a la frontera entre ambos géneros, tenían las de ganar. Al fin y al cabo, y bien mirado, el éxito de *Star Wars* debería de habérselo advertido: por muy de ciencia ficción que pareciera, la saga de George Lucas era sobre todo de fantasía, y la elección final de la primera película, en la que Luke Skywalker elegía La Fuerza en detrimento de los ordenadores, así lo anunciaba en los años previos a la transición entre ambos reinados.

Todo lo dicho, sin embargo, ocurre en medio de extrañas paradojas. El término de moda, distopía, no aparece por ejemplo en el diccionario, aunque gracias a uno de los autores de este volumen, el académico José María Merino, parece que ese olvido va a subsanarse pronto. Para el público general, además, es difícil distinguir entre las distopías, las antiutopías, ciertas novelas de anticipación, las narraciones apocalípticas y el *cyberpunk* y sus derivados, ya que se trata de géneros fronterizos que tienen en común una visión negativa del mañana. La historia misma del género, para colmo, es desconocida más allá de los clásicos indiscutibles, de modo que títulos tan destacados como *Limbo*, de Bernard Wolfe; *Mercaderes del espacio*, de Frederik Pohl y C. M. Kornbluth; *Todos sobre Zanzíbar*, de John Brunner; *Las torres del olvido*, de George Turner, o el clásico español *Lágrimas de luz*, de Rafael Marín, apenas han sido leídos por la mayoría. Y pese a todo, la distopía avanza, convence, crea afición. La distopía muta, se transforma, fagocita géneros adyacentes. Y es una buena noticia, en lo social y en lo literario: en este último terreno, porque la distopía no puede ser mediocre; requiere la creación de un mundo, de una sociedad, requiere un conflicto bien desarrollado, requiere grandes personajes. Requiere autores de altura, porque una distopía mal escrita no aguanta el peso de su propia apuesta. Pero también es bueno, posiblemente, en lo social, porque no hay mejor antídoto contra el futuro distópico que la propia difusión de la distopía. Incluso, y no es poco, frente al peligro de que un hallazgo del calibre del Gran Hermano acabe pervertido en forma de show televisivo que contradiga su naturaleza...

Así las cosas, desde *Fantasy* hemos creído que era el momento perfecto para lanzar *Mañana todavía*. Como indica su subtítulo, el volumen reúne doce distopías para el siglo XXI, doce narraciones —relatos y novelas cortas— encargadas a otros tantos autores españoles que han cultivado el género hasta convertirse en referentes. Unos, grandes nombres de la ciencia ficción española como Elia Barceló, Juan Miguel Aguilera, Rudy Martínez o Javier Negrete, han aceptado el reto desde la veteranía y con sus siempre extraordinarios resultados. Otros, Laura Gallego, Emilio Bueso, Félix J. Palma, Marc Pastor, Susana Vallejo o Juan Jacinto Muñoz Rengel, son nombres imprescindibles del nuevo fantástico español, para los cuales el acercamiento al fenómeno distópico tiene un carácter más combativo, más generacional y menos sujeto a etiquetas. Son, están siendo, serán los renovadores de la distopía. Los grandes Rosa Montero y José María Merino, por último, demuestran que las fronteras entre el *fandom* y el *mainstream* están dejando de tener sentido, y que un libro como este podría ser leído del mismo modo por un aficionado a la ciencia ficción que por un lector generalista. Su inclusión en la antología, premeditada, obedece al convencimiento de que su calidad —la de todos los aquí reunidos— es una enorme baza contra el estigma. Del mismo modo, el hecho de que muchos de los autores, y en especial Laura Gallego, Susana Vallejo, Elia Barceló, Javier Negrete y José María Merino, sean habituales de la literatura juvenil, podría ayudar a los lectores más tempranos a animarse a dar el salto a una obra que, siendo para adultos, nunca abandona el sentido de la maravilla. Ni siquiera, inmisericorde, cuando lo pone al servicio de los peores instintos de la raza humana.

Una última apreciación antes de dar paso a estos doce mundos fascinantes, todos escritos de forma libre para la ocasión —salvo el de Rosa Montero, aun así inédito en formato libro—: casualidad o no, y pese a la absoluta variedad de temas y estilos, buena parte de las narraciones de este volumen ponen el foco distópico en la tecnología más inmediata: móviles, pantallas, redes sociales e incluso libros electrónicos son vistos por los autores como futuras fuentes de dependencia, cuando no de amenaza, lo cual no deja de ser significativo teniendo en cuenta que se trata de una visión compartida por jóvenes y veteranos. Seguidos de cerca, cómo no, por las sociedades represivas y la manipulación política e informativa, los temas abordados en el volumen incluyen además, entre otros, catástrofes medioambientales, problemas energéticos y riesgos del progreso científico en materia de reproducción, genética o salud.

Y todo ello, hay que insistir, con una calidad literaria en muchos casos excepcional.

Quizá sea por ahí por donde haya que buscar la redención. Quizá el talento creativo sea la llave para que el futuro inmediato no parezca tan distópico como empieza a serlo nuestro presente.



Si no, al menos, habremos ganado un puñado de lecturas literalmente antológicas.  
Por algo el libro se titula como se titula.  
Bienvenidos al mañana.  
Todavía.

RICARD RUIZ GARZÓN  
Escritor y periodista

# WEKIDS

Laura Gallego

**Laura Gallego** (Valencia, 1977) es la escritora juvenil española de más éxito en las últimas décadas, sobre todo a raíz de su popular trilogía *Memorias de Idhún* (SM). Doctora en Filología Hispánica, especializada en literatura medieval y libros de caballerías, ha escrito cerca de treinta novelas, algunas de las cuales se han traducido a dieciséis lenguas y le han permitido obtener premios como el Cervantes Chico o el Nacional de Literatura Infantil y Juvenil. Sus obras más conocidas pertenecen al género de la fantasía épica, que ella suele personalizar mediante originales subtramas de temática amorosa o mitológica, aunque ha cultivado también la fantasía histórica, la ciencia ficción y la narrativa realista.

Su mayor acercamiento a las distopías se produjo en 2002 con *Las hijas de Tara* (SM, 2002), un proyecto lleno de singularidades que, pese a su caldo de cultivo *cyberpunk*, le permitió desarrollar algunos de sus temas distópicos preferidos: la confrontación entre tecnología y naturaleza, la manipulación genética, la clonación... La novela, que enfrenta los mundos de Mannawinard y las «dumas», demostró la versatilidad de la autora y su injusto y acaso precipitado encasillamiento en el *fantasy*. Laura Gallego es un referente de la literatura juvenil y de la fantasía épica, sí, pero más allá de esas fronteras aún puede dar muchísimas sorpresas.

Una buena prueba de ello es «WeKids», el relato que abre, y no por azar, esta antología. Extrapolación de un mundo en el que las redes sociales ponen en juego nuestra dependencia del contacto virtual, se inicia con humor y poco a poco va adquiriendo tintes de colapso moral y tecnológico. Cualquiera que tenga Facebook lo entenderá: los Zuckerberg de este mundo deberían leer lo antes posible a Laura Gallego. Y luego, enseguida, empezar a tuitear por qué.

Lucas Laval y Alfredo García habían nacido el mismo día, tanto en el mundo real como en el virtual. Justo es decir, sin embargo, que los padres de Lucas fueron más rápidos a la hora de abrir un perfil para su hijo en WeKids.

—¿No te parece un poco... precipitado? —le preguntó Emma Laval a su marido.

Ella estaba todavía en cama, recuperándose del esfuerzo del parto, mientras su bebé mamaba con fruición, pero Oscar Laval parecía más concentrado en teclear furiosamente en su terminal. Hizo sin embargo una breve pausa para responder a su esposa:

—Ya lo hemos hablado antes, cariño. Cuanto antes empiece, más oportunidades tendrá en el futuro.

—Lo sé, pero... Lucas solo tiene tres horas de vida.

—Y son horas que hemos perdido. Desde el mismo momento de su nacimiento, todos los niños pueden obtener un espacio en WeKids. Lo dicen las normas.

Emma no dudaba de sus palabras. Habían tomado aquella decisión en el segundo trimestre del embarazo, y Oscar había tenido tiempo de sobra para aprenderse las condiciones de uso de WeKids.

La idea había empezado a rondarle por la cabeza un par de años atrás, durante una reunión de amigos en la que una pareja comentó con orgullo que habían creado un perfil para su hija Naomi con motivo de su primer cumpleaños.

—Pero ¿ya navega por internet? —había preguntado Oscar, con una ingenuidad que le había granjeado las carcajadas de la mayoría de los asistentes.

—Claro que no; nosotros actualizaremos su perfil hasta que tenga edad de hacerlo por sí misma.

—Yo creía que en WeKids no estaba permitido que se registrasen adultos —comentó alguien, y Oscar se sintió aliviado al comprobar que no era el único que ignoraba los entresijos de la red social infantil más popular del mundo.

Este último hecho, al menos, sí lo conocía. Sabía que WeKids había nacido como espacio virtual seguro para los niños, que de este modo podían disfrutar de las ventajas de internet y hacer amigos de todos los rincones del planeta en un entorno completamente protegido y adaptado a sus necesidades. Según las últimas estadísticas, el setenta y nueve por ciento de los usuarios de entre diez y quince años tenían un perfil en WeKids. Los responsables de la página eran muy conscientes de lo frágil y valioso que era lo que tenían entre manos, por lo que sus férreas normas y condiciones de uso se cumplían a rajatabla. En WeKids estaban totalmente prohibidos los contenidos inapropiados, y los moderadores patrullaban la red sin descanso para asegurarse de que nadie molestaba a los niños en su oasis virtual. Los perfiles estaban asegurados con contraseñas que utilizaban patrones biométricos, de modo que nadie podía usurpar la identidad de un usuario y, además, el propio sistema impedía el registro a todos los mayores de quince años; aquellos que lo habían intentado habían

sido denunciados, juzgados y condenados a duras penas de prisión. Oscar recordaba los juicios a los primeros «corruptores» de WeKids, porque habían sido muy sonados. La justicia había apoyado sin reservas a los responsables de la web, creando un precedente que nadie había osado contradecir desde entonces. Porque había que proteger a los niños a toda costa y, dado que esta premisa estaba fuera de toda duda, otorgaba a WeKids un poder del que ninguna otra red había disfrutado hasta el momento. Mientras ellos siguieran defendiendo ferozmente a sus usuarios, como habían hecho siempre, y millones de padres pudieran respirar tranquilos, las autoridades estarían de su parte.

Todo esto era público y notorio; poca gente quedaba que, a aquellas alturas, no estuviera al tanto de la primera verdad fundamental sobre WeKids: era total y exclusivamente para niños. Los adultos podían mirar, podían navegar por sus páginas y perfiles, pero no tenían posibilidad de intervenir de ninguna manera, de publicar contenidos ni de establecer contacto alguno con los usuarios.

De modo que la idea de que unos padres pudieran abrir un perfil para su hija de un año resultaba, cuando menos, novedosa.

—Está permitido —explicaron ellos—, siempre que nos atengamos a las normas y condiciones de uso y solo publiquemos contenidos relacionados con Naomi: fotos, vídeos, sus primeros dibujos... ese tipo de cosas. —La madre de la criatura resplandecía de satisfacción mientras hablaba de la presentación de su hija en la sociedad virtual—. No puede aparecer ninguna imagen nuestra en el perfil, ni la de ningún otro adulto, y por supuesto hemos de ceder su control a Naomi cuando cumpla siete años. Hasta entonces, la red permite que uno de sus progenitores actualice su página por ella. Y ya hemos registrado mis datos biométricos para que los asocien a su cuenta.

Parecía que los padres de Naomi estaban esperando que los felicitaran por ello, de modo que sus amigos cumplieron con el ritual, algunos más entusiastas, otros todavía desconcertados.

—Pero esa red es de pago, ¿no? —preguntó uno de ellos, con cierto disgusto.

El padre de Naomi le quitó importancia al asunto con un gesto.

—Es una cantidad ridícula al mes, casi simbólica —explicó—, y vale la pena. Pensad que WeKids es un espacio cien por cien libre de publicidad, así que ha de financiarse de alguna manera.

Oscar Laval no había hecho más preguntas. Pero siguió dándole vueltas a la conversación, preguntándose para qué querría un bebé como Naomi tener una cuenta en WeKids. Con el tiempo se enteró de que había muchos padres que registraban a sus retoños a muy temprana edad, algunos incluso nada más nacer. Parecía poco probable que hicieran amigos; no obstante, para su sorpresa, Oscar descubrió que las páginas de bebés tenían muchos seguidores, sobre todo entre las niñas

preadolescentes; a medida que iban creciendo y sus padres compartían sus pequeños logros con el mundo, los bebés podían ganar más y más seguidores, hasta el punto de que una gestión eficaz e inteligente del perfil podía convertir al pequeño en una celebridad incluso antes de que él mismo tomase las riendas de su propia cuenta.

Porque esta era la segunda verdad fundamental acerca de WeKids: tu futuro como adulto dependía de lo que hubieses hecho de niño. Y gran parte de la vida de los niños discurría en su pequeño y perfecto mundo virtual, repleto de juegos, entretenimiento, diversión y, sobre todo, amigos, muchos amigos. Cuantos más, mejor.

Oscar no había crecido con WeKids, pero era muy consciente del poder de las redes sociales. Gracias a ellas había conocido a su mujer, Emma.

Ella era azafata en una compañía de aviación, y tenía por costumbre publicar en su perfil fotografías de todos los lugares que visitaba. Las fotos eran bonitas y la chica parecía simpática, de modo que tenía bastantes seguidores. No como una celebridad, naturalmente; pero sí contaba con algunos más que una persona corriente.

Oscar no destacaba en nada en particular. Había sacado buenas calificaciones en sus estudios, pero no había prestado atención a la importancia de las relaciones sociales. Tenía amigos; no muchos, pero buenos, y con eso le había bastado. O al menos eso había creído, hasta que trató de acceder al mercado laboral. Los responsables de recursos humanos de las empresas a las que acudía apenas echaban un vistazo a su currículum, que contaba con dos ingenierías, un máster y varios cursillos de especialización. Se limitaban a acceder a sus perfiles en las redes sociales y torcían el gesto al anotar en su ficha su número de seguidores. Una tras otra, todas sus solicitudes eran rechazadas.

Por fin le ofrecieron un puesto como técnico en una empresa que fabricaba tornillos y otros suministros similares, y lo aceptó sin dudar. Era un trabajo que estaba muy por debajo de su cualificación profesional, pero no se sentía frustrado por ello; su búsqueda había sido tan larga y angustiosa que agradecía profundamente aquella oportunidad.

Pero había aprendido la lección. Comenzó a actualizar sus perfiles más a menudo y trató de obtener más seguidores. No obstante, él no era un hombre ocurrente o especialmente comunicativo. Tampoco se sentía cómodo entre las multitudes, y en el fondo lamentaba tener que sacrificar parte del tiempo que dedicaba a sus viejos amigos de siempre para tratar de llamar la atención de una horda de desconocidos virtuales.

Pero era el tiempo que le había tocado vivir, y no tenía más opción que asumirlo.

Finalmente descubrió que podía sacar partido a algo que sus amigos siempre habían considerado una excentricidad.

A Oscar le gustaba coleccionar datos curiosos desde que era pequeño. La mayoría

de ellos no tenían ninguna utilidad; solo era información que se acumulaba en su cerebro y que, por alguna razón, era capaz de recordar durante años. La gente de su entorno dejaba de prestar atención cuando a Oscar se le escapaba un «¿Sabías que...?», por lo que él terminó por guardarse sus curiosidades para sí mismo.

Años después, sentado ante la pantalla de su terminal portátil, preguntándose desesperadamente qué podía aportar a aquel perfil para que resultara interesante, escribió: «¿Sabías que el dedo meñique del pie es un vestigio de cuando éramos primates y trepábamos a los árboles, pero ya no tiene ninguna utilidad para nosotros?». Lo releyó un par de veces, le pareció una soberana tontería y pensó en borrarlo. Pero, por alguna razón, lo dejó allí.

Para su sorpresa, al día siguiente su «curiosidad» había obtenido nueve votos positivos, y su perfil tenía dos seguidores más. No era gran cosa en la selva de la red, pero para un hombre gris como él suponía un paso de gigante. Entusiasmado, escribió: «¿Sabías que el escarabajo Hércules (*Dynastes hercules*) es capaz de levantar 850 veces su peso, lo que equivaldría a unos 52 000 kg para un hombre adulto?». Trece votos positivos y otro seguidor. «¿Sabías que, hace cuatro millones de años, nuestro planeta tenía dos lunas?». Diez votos positivos y un incremento de tres seguidores.

Tras un par de semanas de curiosidades diarias, su perfil había alcanzado los setenta y cuatro seguidores y empezaba a recibir algunos comentarios entusiastas. No tardó en conocer a otros usuarios aficionados a las curiosidades, registrarse en grupos especializados y compartir con ellos algunos de aquellos «datos inútiles» que ya no lo parecían tanto.

Su renovado perfil no lo convirtió en una celebridad virtual, pero lo ayudó a encontrar su sitio en la red. En el trabajo lo nombraron responsable de planta porque, según le dijo su superior, había demostrado que era capaz de aprender a relacionarse con los demás de un modo más abierto y creativo.

No obstante, su cuenta nunca llegó a superar los doscientos seguidores. Era una cifra con la que Oscar se sentía cómodo, porque sabía que, si bien los usuarios interesados en las curiosidades no eran muchos, existían, y él era muy consciente de que esa era la razón por la que se habían suscrito a su perfil. Pronto aprendió que, mientras siguiera suministrándoles una curiosidad diaria, sus seguidores le serían leales. A veces perdía uno o dos, o ganaba otros tantos, pero por lo general la cifra se mantenía estable.

Por algún motivo que no era capaz de recordar, un día llegó al perfil de Emma. Vio su imagen allí, radiante y preciosa, sonriendo ante el edificio de la Ópera de Sidney bañado por la luz dorada del ocaso... y no pudo resistirse. Entre las decenas de comentarios de sus seguidores, Oscar anotó simplemente: «¿Sabías que en Australia se hablan 27 lenguas aborígenes?».

No obtuvo respuesta. Pese a ello, días después le dejó el siguiente comentario bajo su foto ante el Gran Palacio de Bangkok: «¿Sabías que la vestimenta del Buda Esmeralda se cambia tres veces al año: en verano, en invierno y en la estación de lluvias?». Una semana más tarde, Emma se fotografiaba a la orilla del lago Baikal, y Oscar le escribió: «¿Sabías que la mayoría de las más de dos mil especies animales y vegetales que habitan en el lago no se encuentran en ningún otro lugar del mundo?». Tres días después, ante el Ponte Vecchio de Florencia: «¿Sabías que durante la Edad Media el puente estaba ocupado por diversos puestos de carniceros y curtidores, pero el pestazo era tan insoportable que acabaron sustituyéndolos por joyerías y orfebrerías?». En esta ocasión, Emma respondió a su comentario con un simple emoticono sonriente. Y el corazón de Oscar brincó un instante en su pecho.

Se hizo seguidor de su página y se acostumbró a regalarle una curiosidad para cada foto que ella publicaba. Emma respondía a veces («¿En serio?», «¡No, no lo sabía!», «Vaya, es impresionante»), y por fin, un mes después, Oscar bailó de alegría sobre su silla al ver el nombre de ella en su lista de nuevos seguidores.

Nueve años después, ya casado con su admirada azafata y pensando en tener descendencia, Oscar reflexionaba sobre la precocidad de la pequeña Naomi, la enorme influencia que las relaciones virtuales habían ejercido en su vida y la forma en que determinarían el futuro de sus propios hijos. Si todo el mundo estaba en las redes, era lógico pensar que, cuanto antes se familiarizaran los niños con ellas, mejores oportunidades tendrían. Y, naturalmente, todo comenzaba en WeKids. Era obvio que sus hijos debían estar allí. Cuanto antes, mejor.

Costó un poco más hacérselo entender a Emma.

—Es absurdo —dijo ella en una de las innumerables discusiones que tuvieron al respecto a lo largo de su embarazo—. ¿Qué necesidad hay de abrir un perfil para un bebé que todavía no puede gestionarlo? Me parece prematuro y precipitado. Por decirlo de forma suave.

—Estás viendo el asunto desde una perspectiva anticuada, Emma —protestó Oscar—. Piensa que nosotros crecimos con las redes sociales, cuando no eran más que un juego, un entretenimiento. Lucas, en cambio, va a nacer en un mundo diferente. Las relaciones entre las personas han cambiado por completo. Lo que seas en el mundo real ya no tiene tanta importancia como lo que reflejes en tu perfil virtual. Eso es tu ventana al exterior. Cuanto más estrecha sea esa ventana, menos mundo verás. Y menos te verán a ti. No importa lo que seas capaz de hacer; si no lo saben en las redes, no ha sucedido. ¿Lo entiendes?

Emma asintió lentamente.

—Y no queremos que nuestro hijo sea invisible —concluyó Oscar con rotundidad.

Emma suspiró.



—No —admitió—. No queremos eso. De ninguna manera.

De modo que allí estaban, cuatro meses más tarde, en la habitación del hospital, un par de horas después de la llegada de su primogénito, asistiendo a otro nacimiento: el de la nueva vida virtual de Lucas Laval.

—Bien —murmuró Oscar, con los ojos clavados en la pantalla—. Allá vamos.

Confirmó la solicitud y permaneció inmóvil mientras el terminal comprobaba su identidad a través del dispositivo de reconocimiento retinal.

«Identificación correcta: **Padre de Lucas Laval**. Su perfil **Lucas Laval** ha sido creado. Bienvenido a WeKids».

Oscar sonrió, visiblemente más relajado. Seleccionó entonces la mejor fotografía de entre todas las que le había sacado al bebé hasta el momento y la publicó en la página principal. Después escribió: «Hola a todos. Soy Lucas, y soy nuevo en WeKids».

Y esperó.

No tardaron en llegar las niñas del Comité de Bienvenida. Era un grupo que se había formado tiempo atrás con el objetivo de recibir a los nuevos. Tenían su propio tablón de anuncios en el que colgaban los perfiles de los recién llegados que más les gustaban. Casi siempre se trataba de bebés. Oscar contempló, satisfecho, cómo en apenas unos minutos el perfil de Lucas alcanzaba los diecinueve seguidores y la fotografía que acababa de colgar recibía veintitrés votos positivos.

Aprovechando que el recién nacido se había dormido, le hizo más fotos y adornó su perfil con toda una galería de nuevas imágenes. Pero las niñas del Comité de Bienvenida pronto perdieron interés. Había nuevos usuarios, otros bebés a los que adorar. Por fortuna, una de ellas se compadeció del recién llegado al que olvidaría cinco minutos después y publicó un enlace a su página en el tablón de anuncios. Inmediatamente, Lucas obtuvo diecisiete seguidores más y dos docenas de votos positivos.

Y entonces llegó Alfredo.

Su perfil había aparecido en WeKids apenas media hora después que el de Lucas. También recién nacido, con sus primeras fotos en la cunita del hospital. Oscar sabía que en el pasado se había producido un debate sobre cuál debía ser el primer contenido publicado en el perfil. Esto sucedió en una época en que algunos padres colgaban en la página el vídeo del nacimiento de su hijo para compartirlo con el mundo. Se discutió ampliamente sobre si aquellos contenidos eran o no apropiados para los usuarios de WeKids. Algunos decían que las imágenes de un parto debían incluirse en la lista del material no permitido en la web; otros argumentaban que se trataba de un proceso totalmente natural que no debía ocultarse a los niños. Pero el debate acerca de si había que censurar o no los nacimientos de los nuevos usuarios se apagó por sí solo ante la evidencia de que, en realidad, los niños no estaban

interesados en ver nacer a sus futuros compañeros. Cuando los padres descubrieron que los perfiles que se inauguraban con fotos de bebés durmiendo plácidamente en sus cunitas obtenían más seguidores que aquellos que mostraban el parto en vivo y en directo, simplemente dejaron de hacerlo.

El perfil de Alfredo García no era una excepción. El recién llegado era, eso sí, un bebé inusualmente adorable para tratarse de un recién nacido. Parecía simpático y bastante espabilado. Oscar accedió a su perfil casi por casualidad, para comparar el éxito de Lucas con el de otros bebés que se hubiesen registrado al mismo tiempo. Parecía que al Comité de Bienvenida le había caído bien, porque lo habían colgado en el tablón enseguida. Tenía ya sesenta y tres seguidores, y Oscar constató, no sin cierta inquietud, que Lucas aún no había llegado a los cuarenta.

Se dijo a sí mismo que no debía concederle importancia. Sabía que en WeKids los niños hacían y deshacían a capricho, que ligaban sus cuentas a otras siguiendo impulsos y rompían los vínculos con idéntica facilidad. La mitad de los seguidores de Lucas y Alfredo dejarían de serlo en pocas horas, en cuanto descubrieran otro perfil que les llamase más la atención. Porque el número de seguidores que alguien podía tener era ilimitado; pero había un máximo de cuentas a las que uno podía afiliarse. La atención era un bien valioso; si cada usuario pudiera seguir a un número infinito de perfiles, acaparar miles de seguidores no tendría ningún mérito. Y casi todos los niños de WeKids vivían siempre con la lista de suscripciones rozando el máximo permitido, por lo que cada vez que querían afiliarse a un nuevo perfil debían deshacerse de alguno antiguo que ya no les interesase.

Y esto sucedía todos los días, por lo que el reto no consistía solo en establecer una vasta red de seguidores, sino también en mantenerla; porque, con el tiempo, esos seguidores se convertirían en valiosos contactos que podían abrir muchas puertas en el mundo real.

Oscar estaba a punto de apagar el terminal para dedicarse a su hijo recién nacido cuando el perfil de Alfredo se actualizó con un nuevo vídeo. Lo visualizó con curiosidad: mostraba al pequeño Alfredo chupando de un biberón apoyado en precario equilibrio contra un lateral de su cuna. De repente, al bebé le entraba hipo, y la tetina del biberón escapaba de su boquita; los labios de Alfredo se fruncían y sus ojos bizqueaban cómicamente mientras el niño trataba de recuperar su biberón con desesperación. Por fin su boca lograba atrapar la tetina, pero el hipo le provocaba una nueva sacudida que le arrebatava otra vez el biberón. Así hasta cuatro veces en los dos minutos que duraba la grabación.

A Oscar se le escapó una risita involuntaria, y no fue el único en encontrarlo simpático: en menos de diez minutos, el vídeo había sido visualizado por trescientos cuarenta y dos usuarios diferentes, de entre los cuales trescientos veintisiete le dieron un voto positivo. El perfil del bebé ganó doscientos ochenta y nueve seguidores de

golpe, superando los trescientos cincuenta y colocándose al instante en el primer puesto de la lista de recién llegados más populares. Enseguida comenzaron a llover comentarios:

«jaja, qué gracioso».

«pobre... ¡que le den ya el biberón!!!».

«XDDDDDD».

«¡hip-hip-hurra!».

«jejejeje».

«¿habéis visto la cara que pone? lol».

«a ver si se va a atragantar».

«qué caña de crío».

Y esto fue solo el principio.

Nadie —y mucho menos el propio Alfredo— era entonces consciente de lo que aquello iba a implicar en la vida del niño. Muy pronto el vídeo conocido como «bebé con hipo» se convirtió en uno de los más populares de WeKids. Alfredo, a quien no tardaron en apodar cariñosamente «Freddy», pasó a tener más de cuatro mil seguidores a lo largo de la siguiente semana, algo extraordinario para tratarse de un usuario tan joven.

Los padres de Freddy podían haberlo dejado ahí. Pero también podían aprovechar aquella oportunidad... y eso fue exactamente lo que hicieron.

Unos días después, cuando el vídeo del bebé con hipo había sido visualizado, comentado y compartido tantas veces que ya casi nadie recordaba su fuente original, el perfil de Freddy se actualizó con una nueva grabación que lo mostraba regurgitando sin piedad sobre un inocente osito de peluche.

Setecientos sesenta y cuatro seguidores más.

Freddy roncando con la boca abierta y babeando sobre su mantita.

Cuatrocientos treinta y tres seguidores más.

Freddy siguiendo con expresión reconcentrada el vuelo de una mosca sobre su cunita. La mosca se posaba sobre su nariz, sobresaltándolo y haciéndolo estornudar.

Quinientos veinticinco seguidores más.

Muy pronto, todo WeKids conocía a Freddy. Sus padres, demostrando grandes dotes de planificación, comenzaron a colgar contenido en el perfil con perfecta regularidad; de este modo, con fotos, vídeos o comentarios graciosos, alimentaban el ansia de novedades de sus admiradores, los fidelizaban y los animaban a compartir sus impresiones con su red de amigos para ganar más y más seguidores cada vez.

Otros padres intentaron hacer lo mismo, pero nadie obtuvo el éxito de Freddy. Incluso Oscar Laval revoloteaba en torno a la cuna de su hijo, cámara en mano, esperando captar alguno de esos gestos hilarantes para los que Freddy parecía tener un talento natural. Pero Lucas Laval era un bebé tranquilo y poco dado al

espectáculo. Parecía haber heredado de su padre —para desesperación de este— esa aura gris y anodina de la gente del montón.

Había que admitir que Freddy daba mucho más juego en todos los aspectos.

Y entonces, cuando la red estaba ya saturada de vídeos de bebés haciendo monerías, los padres del más famoso de todos ellos cambiaron de estrategia y se pasaron a los disfraces.

No eran pocos los progenitores que publicaban fotos de sus retoños con los trajes más variopintos. Pero los de Freddy comenzaron a hacerlo de forma sistemática, disfrazando al bebé cada día de una cosa diferente. Incluso llegaron a hacer semanas temáticas: animales, trajes regionales, personajes de dibujos animados... Y Freddy parecía más y más simpático y adorable en cada foto. Si con «Freddy abejita» las niñas mayores de WeKids soltaron un «¡ooooooooh!», extasiado, con «Freddy osito panda» se derritieron de amor maternal.

Dado que las normas de la red social garantizaban la total confidencialidad de los datos de sus usuarios, y tampoco estaba permitido que sus progenitores los utilizaran con fines mercantilistas, nadie sabía dónde vivía Freddy, quiénes eran sus padres o cómo localizarlos. Pero hubo muchas teorías al respecto, y también en lo concerniente a los disfraces: ¿eran caseros? ¿Quién se los proporcionaba? ¿Tenían un amigo o algún familiar que se dedicaba a hacerle los trajecitos a medida? ¿Habría contactado con ellos alguna empresa del sector, decidida a sacar tajada de la popularidad del bebé, pese a las férreas medidas de protección de WeKids?

Se hicieron también innumerables listas de votaciones populares del estilo «Los diez mejores disfraces de Freddy»; se copiaron los diseños y, de nuevo, WeKids se llenó de bebés que trataban de imitarlo. Incluso Oscar Laval se atrevió a vestir a su hijo de piña tropical, pero la cosa no cuajó. La expresión seria y formal del pequeño Lucas no combinaba bien con aquel traje colorido y chillón.

Entonces Freddy cumplió seis meses, y sus padres dejaron de disfrazarlo todos los días. Aquella mañana se limitaron a anunciar en su perfil: «Hoy hace seis meses que llegué al mundo», y enlazaron de nuevo al vídeo «Bebé con hipo» que lo había hecho famoso. En la cabecera de la página, el Freddy actual sonreía, feliz.

No era gran cosa. Miles de padres habían compartido con sus seguidores efemérides semejantes.

Pero la diferencia consistía en que sus hijos no eran Freddy.

Desde aquel momento, sus admiradores asistieron emocionados a su crecimiento día a día. Sus primeras palabras, sus primeras papillas, sus primeros gateos, sus primeros pasos... A partir de su noveno mes, Freddy estuvo también acompañado por un cachorrito de perro San Bernardo que, por lo visto, atendía al nombre de Sam, tan simpático y adorable como su amo, que no tardó en tener su propio club de fans.

Para cuando Freddy cumplió un año, y mientras WeKids lo celebraba por todo lo

alto y hasta los informativos televisivos se hacían eco de la noticia, Oscar Laval ya había comprendido que, si aquellas eran las reglas, su hijo jamás podría ganar en el juego de la popularidad.

—Hay que cambiar de estrategia —le dijo a Emma—. Está claro que Lucas no es como Freddy.

—Y gracias a Dios —replicó ella—. Yo creo que sus padres han convertido al pobre niño en un mono de feria.

Oscar ya conocía la opinión de su mujer al respecto, y esta era la razón por la cual nunca se había atrevido a ir demasiado lejos en sus intentos de popularizar el perfil de Lucas en WeKids.

—Pero tiene que haber algo en lo que destaque —prosiguió sin embargo, con tozudez—. Algo que lo diferencie de los demás.

—Bueno —dijo Emma—. Cada niño es único, y pienso que Lucas en concreto es muy inteligente; no necesitará aprender a hacer malabares con diez pelotas para participar en algún estúpido programa de talentos.

Oscar pensó con amargura en su propia situación, en sus dos ingenierías y su trabajo en la fábrica de tornillos. «No basta con ser inteligente», pensó. «Todo el mundo tiene que saber hasta qué punto lo eres».

—Bien —decidió—. Vamos a dejar de jugar. Vamos a hacer cosas serias.

Sabía perfectamente que las «cosas serias» nunca habían tenido demasiado éxito en WeKids. Pero todo el mundo debía aprender a jugar con las cartas que le daba la vida. Y en sus manos estaba componer la mejor jugada posible.

Y era cierto que Lucas era muy inteligente. Tardó un poco en empezar a hablar, pero cuando cumplió dos años ya se expresaba con una fluidez y un vocabulario superiores a los de la mayoría de los niños de su edad. Con paciencia, Oscar le enseñó los números y las letras hasta que el niño pudo reconocerlos y recitarlos todos sin el menor error. Entonces grabó un vídeo para mostrar al mundo lo que Lucas era capaz de hacer y lo colgó en su perfil de WeKids.

Hasta entonces, Lucas había acumulado un total de trescientos diecisiete seguidores, frente al millón y medio de la cuenta de Freddy. Tras la exhibición de sus conocimientos, llegó hasta los quinientos veinte.

Oscar juzgó que iban por buen camino.

A los tres años, Lucas ya leía con cierta facilidad. Antes de empezar la educación primaria ya sabía realizar operaciones sencillas, podía situar en el mapa todos los países del mundo y reconocer doscientos diecinueve animales diferentes.

Mientras tanto, Freddy seguía siendo simpático y acumulando seguidores. Sus padres habían dejado de colgar vídeos graciosos; a medida que el niño crecía, se iba notando su interés por mostrarlo como algo más que un payaso. Freddy era un muchachito guapo y encantador, de sonrisa deslumbrante y aspecto ideal.

Y sucedió que, si bien muchas niñas siguieron siendo leales a Freddy, la mayoría de sus seguidores masculinos perdieron su interés por él. Por otro lado, Sam, compañero inseparable de las correrías de su primera infancia, había dejado de ser un cachorro adorable para convertirse en un perro joven, sano y vigoroso. No obstante, era indudable que los cachorros adorables quedaban mejor en las fotos, por lo que a Oscar Laval no le sorprendió el hecho de que, una mañana gris de noviembre, el perfil de Freddy se actualizara con la triste noticia de que Sam había sido atropellado por una furgoneta. Los padres del niño adornaron la página con lazos negros, fotos de los tiempos más felices de la amistad entre Freddy y Sam (versión cachorro) y un sentido poema a la memoria del fiel San Bernardo.

Aquel día, el perfil de Freddy obtuvo cerca de veinte mil seguidores más.

Oscar dudaba que la noticia fuera realmente cierta (y, por el bien del pobre perro, esperaba tener razón), pero no cabía duda de que la jugada les había salido bien. Aun así, asuntos como aquel lo reafirmaban en su convicción de tratar la cuenta de su hijo de una manera diferente. Y, aunque fuera a menor escala, sus desvelos iban poco a poco dando sus frutos. No tardó en descubrir con satisfacción que muchos usuarios mayores, tanto chicos como chicas, valoraban sincera y positivamente a Lucas. «Tan pequeño y tan listo», decían. No eran demasiados; para cuando Freddy y Lucas celebraron su quinto cumpleaños en WeKids, el perfil de este último había alcanzado el millar de seguidores. Y, aunque no se acercaba ni de lejos a los dos millones de Freddy, era mucho más de lo que Oscar se había atrevido a soñar cuando inauguró la cuenta de Lucas.

El siguiente hito en las carreras virtuales de ambos niños fue la llegada de su séptimo cumpleaños. Ese día, sus padres verían automáticamente vetado su acceso a las cuentas de sus hijos, para que fuesen ellos los encargados de gestionarlas hasta que cumpliesen los quince.

En el momento en que Freddy se puso ante la pantalla para lanzar su primer mensaje al mundo, todo WeKids contuvo el aliento.

«Hola, soy Freddy», escribió; el auténtico Freddy, tal y como indicaba el icono de verificación junto a su avatar, una distinción de la que carecían las cuentas administradas por progenitores. Se mostraba un poco tímido, lo cual le hizo ganar puntos de cara a sus seguidores. «Buenos días a todos».

Inmediatamente recibió una avalancha de saludos, presentaciones e invitaciones para todo tipo de juegos, actividades y eventos. Freddy respondió educadamente uno por uno, aunque era obvio que no podría atender a todo el mundo. Después de tres horas de actividad incesante, escribió:

«Mis padres me llaman para cenar. Mañana vuelvo».

Y se desconectó.

Cientos de usuarios expresaron vehementemente su desilusión y la sensación de

vacío que les había dejado la partida de su ídolo. Diez minutos después, la mayoría de ellos ya estaban entretenidos con otra cosa, pero la impresión general en WeKids era que Freddy, el verdadero Freddy, les caía bien.

Aquel día, su lista de seguidores alcanzó los tres millones de usuarios.

La llegada a la red de Lucas fue mucho más discreta.

Con siete años, Lucas Laval era un niño serio, reflexivo y muy maduro para su edad. Había dedicado buena parte de su infancia a estudiar y a aprender cosas nuevas, pero no era algo que lo molestara demasiado. Era curioso y todo le interesaba y, por otro lado, sus conocimientos lo habían catapultado dos cursos por encima del que teóricamente le correspondía. Ahora iba a cuarto de primaria cuando todos los niños de su edad seguían en segundo y, si bien algunos de sus compañeros de clase no lo soportaban, en general estaba satisfecho en aquel curso, porque los contenidos se ajustaban mejor a su nivel.

Conocía la existencia de su perfil en WeKids. Había visto a Oscar actualizándolo en muchas ocasiones, y a menudo colaboraba también en la selección de contenidos de la página. Sin embargo en aquel mismo instante, ante el terminal, dueño de su yo virtual por primera vez en su vida, se mostró dubitativo y alzó la cabeza para mirar a su padre.

—¿Y ahora qué pongo, papá?

Oscar había pensado mucho en ello. Había considerado la posibilidad de colgar un vídeo de su hijo dirigiéndose a sus seguidores, pero eso lo habían hecho en otras ocasiones y, de todos modos, Lucas no quedaba especialmente bien en pantalla. Había compuesto mentalmente multitud de discursos de presentación que al final acababa desechando por parecerle fríos y artificiosos. Y había llegado a la única conclusión posible:

—Lo que tú quieras, hijo. Ahora eres tú de verdad.

Y esto fue exactamente lo que Lucas escribió:

«Hola a todos. Ahora soy yo de verdad».

Docenas de usuarios lo saludaron con palabras cariñosas, y Lucas sintió una cálida emoción por dentro. Respondió a sus seguidores, un poco torpemente al principio, con mayor soltura después. Algunos de ellos eran compañeros del colegio, y Lucas se apresuró a añadirlos a su lista de amigos, encantado.

Y entonces alguien le preguntó:

«Hey, Lucas, tú que lo sabes todo: ¿cuáles son las partes del aparato respiratorio?».

—¿Contesto a esto? —le preguntó a su padre—. Es verdad que lo sé.

Oscar estuvo a punto de decirle que él no tenía por qué hacerle los deberes a nadie —porque obviamente era eso lo que pretendía el preguntón—, pero de pronto cambió de idea. Después de todo, se trataba de hacer amigos, ¿no?

—Claro, hijo, responde.

Lucas contestó de memoria, sin necesidad de consultar sus libros de texto. El otro chico le dio las gracias efusivamente y, para su sorpresa, de pronto empezaron a lloverle peticiones semejantes:

«¿Cómo se escribe 2367 en números romanos?».

«No entiendo la diferencia entre un diptongo y un hiato».

«Si tengo 1636 huevos y los pongo en cajas de dos docenas, ¿cuántas cajas completo?».

«¿Cuáles son las características del clima continental?».

«¿Cómo se dice “Lucas piensa que Freddy es tonto” en alemán?».

Oscar Laval dejó escapar una carcajada al leer esta última intervención. Lucas lo miró, intrigado.

—¿Quién es Freddy? —preguntó.

—Ya lo descubrirás.

Había asuntos más urgentes de los que ocuparse, como, por ejemplo, qué hacer con la avalancha de dudas académicas que estaba recibiendo Lucas. Esto era algo que Oscar no había previsto, y reflexionó un rato sobre ello mientras su hijo chateaba con sus seguidores.

Estaba claro que no podría resolver las dudas de todo el mundo y además, por muy inteligente que fuera Lucas, había algunas que quedaban claramente por encima de su nivel. Por otro lado, existía una línea muy difusa entre ser amable y ser un pringado.

—Anda, esto es interesante —dijo de pronto Lucas, con la mirada fija en la pantalla—. Creo que lo hemos visto en clase, pero no de esta manera.

Toqueteó el terminal para acceder a sus textos escolares. Mientras lo hacía, Oscar comprendió lo que había que hacer.

—Escucha, Lucas —le dijo—. No vas a poder contestar a todas esas preguntas, ¿verdad? Y tampoco queremos que pases las tardes delante del terminal, haciendo los deberes de otros.

—Entonces ¿les digo que no me manden más preguntas? —quiso saber él, dubitativo. Parecía algo decepcionado.

—No, deja que lo hagan. Pero serás tú quien decida cuáles vas a responder. —Oscar sonreía ampliamente, encantado con su idea—. Mira, les dices que, de momento, tus padres solo te permiten estar dos horas al día en WeKids. Que de seis a siete elegirás las dudas que quieras resolver y responderás a lo que te dé tiempo en ese margen. Y a los que no puedas atender, que se busquen la vida.

—Pero algunos se enfadarán...

—Que se enfaden. Si se ponen desagradables, los bloqueas y punto. Lo importante es que contestes solo a lo que quieras contestar. Y que disfrutes



haciéndolo.

Lucas asintió, pensativo.

—Pero... tú has dicho que estaría dos horas al día. ¿Qué voy a hacer de siete a ocho?

—Lo que quieras, hijo. Diviértete, haz amigos, juega o estudia, si lo prefieres. Pero no hagas los deberes de otros en tu tiempo libre. Si te exigen que sigas respondiendo dudas más allá de las siete, les dices que tus padres te lo hemos prohibido, y ya está.

No todos los seguidores de Lucas aceptaron las nuevas normas de buen grado. El perfil del niño perdió cerca de doscientos usuarios las primeras horas después del anuncio, pero a Oscar no le preocupó. Estaba seguro de que los recuperarían con el tiempo.

Y así fue. Lucas dedicaba una hora al día a resolver los problemas escolares que consideraba más sugerentes. A veces le daba tiempo a contestar a cuatro o cinco usuarios; en otras ocasiones, una sola cuestión le ocupaba la hora entera. Al principio, algunos seguidores protestaban. Pero llegó un momento en que el hecho de que Lucas eligiera y respondiera a una pregunta en concreto otorgaba al usuario que la había formulado un aura especial, como si fuera más listo que el resto. Porque sus seguidores no tardaron en comprender que Lucas no escogía las preguntas más fáciles, sino las más inteligentes e interesantes.

El resto del tiempo, Lucas lo dedicaba a explorar WeKids y a hacer amigos. No eran muchos, pero no le importaba. Tenía claro que, por muchos afiliados que acumulara su cuenta, solo unos pocos serían verdaderos amigos. Y sabía que, si algún día dejaba de responder preguntas, la mayor parte de sus seguidores dejarían de serlo.

Pese a ello, su padre insistía en que aquella lista era importante. Y por eso seguía manteniendo el ritual de atender durante una hora al día a las dudas que le planteaban.

Se corrió la voz; apenas unos meses más tarde, Lucas Laval tenía doce mil seguidores en WeKids. Cada vez que se conectaba, siempre puntual, a las seis de la tarde, lo recibía un torrente de peticiones. Lucas había aprendido a no dejarse intimidar por ello. Sus ojos paseaban por la pantalla, desechando automáticamente todas las preguntas que podían resolverse con una consulta a los textos académicos o tras una búsqueda en internet, y se detenían solo en las cuestiones que lo intrigaban y estimulaban su intelecto. Muchos de los usuarios que formulaban aquellas preguntas eran chicos y chicas mayores que él, y algunos de ellos llegaron, con el tiempo, a pasar a formar parte de su lista privada de amigos, que —a diferencia de la de sus seguidores, que no dejaba de crecer día tras día—, era muy reducida y se mantenía estable. Con ellos solía pasar el resto de su tiempo libre, de siete a ocho de la tarde; un margen de tiempo que, por otro lado, se fue ampliando a medida que Lucas crecía.

Chateaban en salas privadas, jugaban a videojuegos online o compartían experiencias, fotos, vídeos o textos interesantes. A menudo otros usuarios abordaban a Lucas con preguntas académicas fuera del tiempo establecido, y el niño rechazaba las peticiones con amabilidad, pero con firmeza. Su padre se había ocupado de aconsejarlo al respecto durante sus primeros días en la red social, cuando todo era mucho más confuso y caótico y Lucas se turbaba ante las reacciones de algunos usuarios despechados, que no encajaban bien el hecho de que su duda quedara sin resolver. Oscar le enseñó a utilizar sin remordimientos las opciones para bloquear otras cuentas o avisar a los moderadores.

—Aunque te llamen chivato, hijo —decía—. Mejor avisar a tiempo que permitir que tu espacio se convierta en una merienda de trolls.

En definitiva, Lucas se sentía a gusto en WeKids. Algunas de las cuestiones que le formulaban lo obligaban a seguir estudiando, investigando y completando la formación que recibía en el colegio. Y aún encontraba tiempo para hacer los deberes y prepararse para los exámenes.

—¿Lo ves? —señalaba su padre—. Todo es cuestión de organizarse bien y de programar un tiempo para cada actividad. ¿Sabías que tratar de hacer muchas cosas a la vez perjudica tu rendimiento y aumenta tus niveles de estrés?

Así transcurrieron varios años, a lo largo de los cuales Lucas creció y se relacionó en WeKids, y los problemas que resolvía eran cada vez más complejos. En el colegio, volvieron a cambiarlo de curso al constatar que se aburría en clase porque ya hacía tiempo que había aprendido todo lo que los profesores podían enseñarle; a los doce comenzó el bachillerato en ciencias, y le resultó extraño y desconcertante que sus nuevos compañeros de clase no tuviesen perfil en WeKids, porque ya tenían todos más de quince años.

A aquellas alturas era bastante conocido en la red social. Había quien le insultaba y se burlaba de él, pero Lucas se las había arreglado para moverse dentro de una burbuja cómoda y segura al margen de sus más de cuarenta y cinco mil seguidores. Había alcanzado tal popularidad sin pretenderlo a los nueve años, una tarde en que notó a sus seguidores un poco más alborotados que de costumbre. Supuso que aquel día se celebraría un partido de fútbol importante, o un concierto del grupo de moda, o alguno de esos eventos a los que él apenas prestaba atención porque su mente andaba ocupada con otras cuestiones, y se centró en la lista de dudas del día. La repasó por encima antes de seleccionar dos o tres que le parecieron interesantes y ponerse a trabajar en ellas. Percibía vagamente que los mensajes se sucedían más rápido de lo normal en la ventana de chat, pero estaba concentrado en su trabajo y no se detuvo a mirarlos.

Cuando el reloj marcó las siete y Lucas dio por finalizada la sesión de respuestas, todo el mundo se le echó encima.

«¡No me lo puedo creer, lo has hecho! ¡Has pasado de él!».

«Se lo tiene bien merecido, por creído».

«No es un creído. Él no tiene la culpa de tener tantos fans».

«Pues Lucas no es uno de ellos, jeje».

«¿Os imagináis la cara que se le habrá quedado? ¡Chúpate esa, Freddy!».

Lucas leía los mensajes, desconcertado.

«Pero ¿de qué estáis hablando?», escribió.

Su pregunta provocó aún más regocijo entre sus seguidores.

«¿Así que no has pasado de él a propósito? ¿De verdad no te has dado cuenta?».

«¡Tío, qué grande eres!».

Lucas terminó por comprender que entre la avalancha de consultas del día había una del famoso Freddy. Buscó su intervención en la lista de preguntas pendientes y la reconoció. En su momento se había limitado a descartarla, sin prestar atención al nombre del usuario que la formulaba.

«Lo siento, no ha sido adrede», se disculpó. «Es que la pregunta no me parecía interesante».

Nada más escribirlo comprendió que había cometido un error. Pero era tarde para rectificar. Inmediatamente, buena parte de los paneles de noticias de WeKids se actualizaron con el siguiente titular: «LUCAS LAVAL DICE QUE FREDDY NO ES INTERESANTE».

Y de pronto estalló una guerra virtual entre los fans de Freddy y los que no lo eran. El chico tenía ya tres millones y medio de seguidores, pero había muchos usuarios que no lo soportaban, quizá porque envidiaban su éxito, tal vez porque consideraban que estaba sobrevalorado y no comprendían las razones de su gran popularidad. La mayoría de ellos ignoraban la existencia de Lucas hasta aquella misma tarde; pero, cuando se enteraron de que aquel niño había menospreciado a uno de los ídolos de WeKids, lo aclamaron como a un héroe. Algunos fans de Freddy, ofendidos, dejaron de seguir a Lucas; pero cerca de seis mil usuarios más descubrieron su perfil aquella tarde y se vincularon a él.

Al otro lado de la pantalla, Lucas asistía aterrorizado a aquella pequeña revolución. Oscar lo notó.

—¿Qué pasa, hijo?

—Pues... —Lucas vaciló—. Resulta que Freddy me ha hecho una pregunta y yo no la he respondido. Es que no me he dado cuenta de que era él, papá —se justificó—. Y, además, era una chorrada de pregunta —añadió, tras un instante de reflexión.

Oscar Laval no respondió, pero su hijo sorprendió una sonrisita en su rostro, habitualmente serio.

—¿Qué hago? —preguntó—. ¿Le contesto ahora, aunque sea fuera de tiempo?

—¿Por ser él? —Oscar sacudió la cabeza—. Ni hablar. Si algún día te plantea una

duda que te apetezca contestar, lo haces. Mientras tanto, tú como si fuera Perico de los Palotes. Además, ¿qué ha hecho ese tal Freddy para ser tan famoso?

Era una pregunta retórica, porque Oscar conocía la respuesta perfectamente y podía formularla en tres palabras: «Bebé con hipo». Pero Lucas, que ignoraba los detalles de la trayectoria de Freddy, caviló la respuesta que debía darle.

—Pues no lo sé —confesó al fin.

De modo que dedicó el resto del rato a navegar por WeKids en busca de información sobre Freddy. Encontró su perfil y dudó sobre si seguirlo o no, pero finalmente decidió que no lo haría. Le sorprendió descubrir que habían nacido el mismo día y sus padres los habían registrado en WeKids con solo media hora de diferencia.

Sin embargo, no podían ser más distintos. Freddy tenía millones de amigos, literalmente. Era guapo, simpático y divertido, y todo el mundo lo quería. Y, no obstante...

«¿Qué ha hecho ese tal Freddy para ser tan famoso?».

La pregunta de su padre reverberaba en su mente. Contempló las últimas fotos de Freddy en el perfil, pensativo. Lo cierto era que no lo envidiaba, pero se trataba de un asunto que le intrigaba y desconcertaba. Freddy no hacía nada para merecer tal adoración; y, no obstante, Lucas era consciente de que él mismo no podría obtener los mismos resultados por mucho que se esforzara.

«Pero yo puedo aportar mucho más al mundo», se dijo. «Algo más aparte de responder a las dudas de otras personas».

Siguió reflexionando sobre el tema y, apenas unas semanas después, ya superada la tormenta «Freddy-no-es-interesante», vio la luz su primer proyecto científico online, que llamó «WeXperiment». Comenzó como algo casi espontáneo, y consistía en el desarrollo de una duda que le habían formulado tiempo atrás. Se hizo con un globo y una garrafa de plástico vacía y se colocó frente a la cámara del terminal, colorado como una cereza y con el corazón latiéndole con fuerza.

—Bu-buenos días —tartamudeó—. Hoy vamos a hablar de la presión atmosférica.

A medida que iba avanzando en su exposición, que se planteaba al principio como un truco de magia para terminar convirtiéndose en una sencilla explicación científica, adquiría seguridad y confianza en sí mismo. Cuando terminó de grabar el vídeo, lo publicó en su perfil.

Tuvo un gran éxito entre sus seguidores, que lo compartieron rápidamente con sus contactos y le pidieron más.

Lucas no había planeado aquello; no tenía más vídeos que mostrarles y, además, se tardaba un tiempo en prepararlos. Y, por otro lado, se sentía cómodo con su rutina semanal y no quería cambiarla. Así que tomó una decisión y publicó un anuncio en su

perfil: «Con todos vosotros, WeXperiment. ¡Nos veremos el próximo sábado!».

En las semanas sucesivas, Lucas mostró a sus seguidores cómo hacer humo con hielo seco, construir un volcán submarino, provocar lluvia en casa, cultivar bacterias en un tarro o cargar una batería con una ristra de limones. Sus vídeos fueron visualizados, comentados y compartidos cientos de veces, y fue así, poco a poco, ganando más y más seguidores con cada entrega de WeXperiment. Su popularidad era modesta en comparación con la de usuarios como Freddy, naturalmente, puesto que no a todo el mundo le interesaba la ciencia. Pero aumentaba poco a poco, y empezaba a ser reconocida fuera de las fronteras de WeKids. Apenas habían pasado cinco meses desde el primer experimento cuando la revista de ciencia para niños más popular de la red publicó un artículo sobre su caso; tiempo después, Lucas recibió un premio a su labor divulgativa de nivel nacional. Para el tercer aniversario de WeXperiment lo entrevistaron en los informativos, y ese día su perfil superó los ochenta mil seguidores.

Lucas y Freddy cumplieron catorce años en WeKids sin haber cruzado una sola palabra. Sabían de la existencia del otro, naturalmente, pero procuraban evitarse e ignorarse mutuamente. A Lucas no le resultaba difícil, puesto que Freddy revolucionaba todos los espacios virtuales por los que aparecía su avatar, ya fueran salas de juegos, de chat o de intercambios, de modo que no tenía más que evitar los lugares en los que parecía haber una inusual aglomeración de usuarios. Freddy, por su parte, no había hablado jamás de WeXperiment, de Lucas ni de la ignominiosa tarde en que este había manifestado en público que su pregunta no le parecía interesante. Ninguno de los dos era seguidor del perfil del otro, pero se controlaban mutuamente, a distancia y de reojo.

Y probablemente habrían continuado así hasta llegar a los quince años y abandonar su oasis virtual para siempre. Pero fue entonces cuando los medios anunciaron que pronto se celebraría el vigésimo aniversario de la fundación de WeKids. Pocas redes sociales podían presumir de haber sobrevivido durante tanto tiempo en el vertiginoso mundo virtual; WeKids seguía siendo, además, líder indiscutible del entretenimiento infantil en red, con casi treinta millones de usuarios activos y con sus protecciones internas intactas e inexpugnables, lo que hacía que cada día más padres le confiaran las horas de ocio de sus hijos. Y querían festejarlo convocando un nuevo programa de televisión para homenajear a los usuarios que cumplieran quince años y se vieran, por tanto, obligados a despedirse para siempre de su hogar virtual. El espacio tendría una periodicidad mensual y se llamaría *Quince a los Quince*. Su contenido lo desarrollarían los propios usuarios: cada programa estaría dividido en cuatro segmentos de quince minutos que protagonizarían chicos y chicas que cumplieran quince años en aquel mismo mes. El sistema de selección era muy sencillo: los cuatro perfiles que más seguidores tuvieran, los más conocidos, los más

populares, en definitiva... tendrían su espacio en *Quince a los Quince*: un cuarto de hora para mostrarse al mundo en directo, en el canal que más suscriptores tenía y en horario de máxima audiencia. Una oportunidad para darse a conocer y brillar como una estrella. Los quince minutos de fama con los que todo el mundo sueña. ¿Qué mejor regalo de cumpleaños para los nuevos quinceañeros de WeKids? Además, los ganadores de cada programa, aquellos que más votos positivos consiguieran tras su intervención, participarían en la *Gala Súper Quince* que se celebraría la noche de fin de año, y en la que competirían entre sí por ser el más popular de los quinceañeros de su promoción. El vencedor obtendría un suculento premio en metálico y abandonaría la red social de su infancia con un equipaje valiosísimo: un canal propio que emitiría las veinticuatro horas del día para llenarlo de los contenidos que quisiera, y que le pertenecería en exclusiva durante un período mínimo de un año, con posibilidad de renovación dependiendo de los índices de audiencia que alcanzara. Un canal era mucho mejor que un perfil en una red social; podía ser incluido en los paquetes temáticos de otras plataformas más importantes; podía incorporar publicidad y obtener patrocinadores en función del número y características de sus seguidores; su dueño podía, en definitiva, retransmitir su propia vida en directo al resto del mundo. Gracias al programa *Quince a los Quince*, los usuarios de WeKids tendrían la oportunidad de entrar en el universo virtual de los adultos por la puerta grande, siendo mucho más que un perfil entre ocho mil millones.

Mientras el representante de WeKids explicaba todo esto en directo al mundo entero, Oscar y Lucas se sentían incapaces de apartar los ojos de la pantalla. Y, cuando lo hicieron, cruzaron una mirada elocuente.

Oscar había decidido que su hijo no perdería la oportunidad de ser algo más que un perfil entre ocho mil millones.

Lucas fantaseaba con su propio programa científico en televisión. Con asistir a una buena universidad en el extranjero y aprender junto a las mentes más brillantes del mundo. Con llegar a ser una de ellas en el futuro.

Era muy consciente de que había muchos jóvenes científicos que ambicionaban lo mismo que él. Pero pocas empresas estaban dispuestas a invertir en investigación, y los buenos contratos y becas escaseaban. En las últimas décadas la competitividad en aquel campo se había vuelto feroz y despiadada. La comunidad científica, reducida a una cuarta parte de lo que había sido en tiempos pasados, apenas podía permitirse la incorporación de nuevos miembros. Solo los mejores de entre los mejores podían soñar con dedicarse algún día a la investigación, y solo cuando las grandes empresas se tomaban la molestia de ampliar su plantilla de científicos.

Lucas aspiraba a ser uno de los elegidos. Y Oscar lo sabía.

—Este año cumples los quince —observó.

—Sí —respondió Lucas escuetamente.

—Habrás que preparar un buen experimento para el programa, ¿no?

Pero Lucas negó con la cabeza.

—Los experimentos son para niños, papá. —Lo dijo sin desprecio, simplemente constatando algo obvio: que WeXperiment estaba dirigido a menores de quince años. Y que él hacía ya mucho tiempo que había superado ese nivel—. Esta vez voy a hacer algo diferente —declaró, y respiró hondo antes de añadir—: Algo especial... para el mundo entero.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber Oscar.

Los ojos de Lucas brillaban, emocionados.

—Bueno, no es algo que cualquiera pueda entender —empezó, con cierta precaución—, pero llevo un tiempo trabajando en ello. No lo he compartido en WeKids porque allí a nadie le interesaría. Pero con quince minutos tendría suficiente para mostrarlo en televisión... Y ya sé que a la mayoría de la gente le parecería aburrido, pero... si lo vieran las personas adecuadas...

—Se puede empezar a trabajar en ello —asintió Oscar, pensativo—. Podría hacer llegar algunas invitaciones a través de las redes sociales de adultos... pero... espera, espera, quizá nos estemos precipitando. ¿Seguro que podrás acceder al programa?

Lucas lo pensó.

—Elegirán los cuarenta y ocho perfiles más populares —dijo—. No estoy seguro, pero creo que entro en la lista. Aunque sea por la parte de abajo.

—No, elegirán los cuatro perfiles más populares de cada mes —lo corrigió Oscar—. Es poco probable que haya cuatro personas que cumplan los quince el mismo mes que tú y que tengan más seguidores.

—Freddy nació el mismo día que yo —hizo notar Lucas.

—Ah, es verdad. Se me había olvidado.

—¿Ya lo sabías?

Oscar sonrió con amargura mientras evocaba el día en que había inscrito a su hijo en WeKids, casi quince años atrás. La sombra del «bebé con hipo» seguía proyectándose sobre el futuro de Lucas.

Pero no valía la pena hacer conjeturas, de modo que se sentaron ante la pantalla del terminal, accedieron a WeKids, investigaron un poco e hicieron cálculos. En primer lugar, Lucas seleccionó en la lista de usuarios a todos aquellos que cumplían quince años el mismo mes que él, y después los ordenó por número de seguidores.

El primer puesto lo ocupaba, naturalmente, el incombustible Freddy con sus cuatro millones trescientos cincuenta y tres mil ochocientos cuarenta y siete seguidores.

Después, con más de tres millones, estaba Katya, su novia, que había salido del anonimato virtual al ser elegida por el famoso Freddy. Se habían conocido en WeKids, pero su romance había traspasado las fronteras de la pantalla para saltar al

mundo real.

En tercer lugar, con seiscientos mil seguidores, ya lejos del «efecto Freddy», aparecía un tal Leo Xiao, un tipo que grababa vídeos parodiando escenas de películas, informativos o videojuegos, con bastante gracia y no poco descaro.

Y, por último, con unos modestos ciento veinte mil usuarios suscritos a su perfil, estaba el propio Lucas.

Padre e hijo respiraron aliviados.

—Hay que estar alerta —dijo sin embargo Oscar—. Aún quedan tres meses para vuestro cumpleaños. Puede pasar cualquier cosa...

—Por ejemplo, que Freddy corte con Katya y ella pierda el favor popular —bromeó Lucas; pero su padre estaba serio.

—Eso no va a pasar, Lucas. Al menos, no antes del programa en el que tienen que salir los dos.

—¿Y eso por qué?

—Porque Katya ha llegado hasta ahí gracias a Freddy, pero nunca podrá hacerle sombra. No es rival para él. Mientras esté en la lista de los cuatro más populares del mes, en realidad Freddy solo compite contra otras dos personas. Si rompiera con Katya, ella perdería a casi todos sus seguidores y se caería de la lista. Tú estarías el tercero, y entraría otro chico en cuarto lugar; y Freddy se enfrentaría a tres competidores, y no solo a dos.

Lucas dejó escapar una carcajada escéptica.

—Con Katya o sin ella, los demás no tenemos nada que hacer contra Freddy —hizo notar—, así que no pienso obsesionarme con eso. Además, aún tengo trabajo por delante y son solo tres meses...

Su padre lo miró de reojo.

—¿Algo bueno?

Lucas pareció incómodo.

—Bueno, es difícil de explicar. Es sobre mecánica de fluidos. Un problema muy complicado, ¿sabes?

—¿Lo has resuelto?

Por el rostro del chico se extendió una amplia sonrisa triunfal.

—Eso creo. Pero tendría que repasarlo varias veces más para estar seguro.

Oscar contempló largamente a su hijo antes de asentir.

—Bien. Me fío de ti. Pásame algo de información cuando lo tengas claro y lo moveré por las redes, ¿vale?

Lucas aceptó el reto y se puso a trabajar intensamente en su proyecto. Colgó un mensaje en su perfil de WeKids anunciando que se estaba preparando para participar en el programa *Quince a los Quince*, por si resultaba seleccionado, y que hasta entonces se acabarían los vídeos WeXperiment y la resolución diaria de dudas (de



todas formas, hacía ya tiempo que apenas encontraba alguna que despertara su interés). Sus seguidores lo animaron y le preguntaron por su proyecto, pero él se mostró muy misterioso al respecto.

Un mes después se celebró el primer *Quince a los Quince* organizado por WeKids, con los quinceañeros más populares de enero. Uno de ellos pronunció un discurso; una chica cantó versiones de sus canciones favoritas; otro contó chistes, y la última tocó el violín. Era una verdadera virtuosa del instrumento, pero fue el gracioso quien obtuvo más votos y un puesto para la *Gala Súper Quince*.

—Sabes que esto te puede pasar a ti también, ¿verdad? —le advirtió Oscar Laval a su hijo.

—Lo sé, pero no me importa —replicó él—. La gala no me interesa tanto como que todo salga bien, y los matemáticos más importantes del mundo se enteren de lo que puedo hacer.

Oscar asintió, pensativo.

Todavía se sentía impresionado ante el hecho de que su propio hijo parecía haber resuelto uno de los siete Problemas del Milenio propuestos por el Clay Mathematics Institute casi cuatro décadas atrás. Llegaron a resolverse solo dos de ellos antes de que el CMI tuviera que ser desmantelado por falta de fondos, pero los demás permanecían insolubles, cinco enigmas matemáticos fuera del alcance de la comprensión de la mayoría de los mortales. Si Lucas decía la verdad y era capaz de demostrar uno de aquellos teoremas... se convertiría en una celebridad de quince años en el ámbito científico. Pero debía exponer sus conocimientos ante personas que fueran capaces de entenderlos.

De modo que Oscar se había encargado de buscar por las redes de contactos especializadas a los expertos en la materia. Había elaborado una lista de cincuenta personas de todo el mundo que podrían apreciar la demostración de Lucas, y tenía preparada una invitación para ver el programa en el caso de que el muchacho fuera seleccionado.

En febrero, *Quince a los Quince* volvió a batir récord de audiencias con otros cuatro adolescentes populares. Uno de ellos componía y cantaba rap; otra era una belleza despampanante de quince años que aspiraba a convertirse en modelo; estaba también la hija mayor de un conocido showman de las redes y, en cuarto lugar, la tricampeona del *Neverland Challenge*, el videojuego más popular de WeKids. Esta última presentó un proyecto revolucionario de videojuego para redes; y, aunque finalmente ganó la chica más guapa, la empresa más poderosa del sector se ofreció a patrocinar a la experta en juegos.

Marzo sería el mes en el que Freddy y otros tres quinceañeros de WeKids se mostrarían en directo ante el mundo.

Naturalmente, entrevistaron a Freddy para preguntarle al respecto. Sus datos de

contacto seguían siendo secretos, al menos mientras fuese usuario de WeKids, pero era demasiado famoso; todo el mundo conocía su cara y hacía años que los medios habían averiguado dónde vivía. Hacía ya tiempo que su día a día, sus amistades, sus relaciones y sus ratos de ocio eran materia habitual de los programas de cotilleos de la red.

Desde su terminal portátil, Lucas visionó la entrevista con curiosidad. Habían abordado a Freddy por la calle, y él se había detenido para atenderlos, sonriente y seguro de sí mismo, como siempre, con el brazo en torno a los hombros de Katya.

—Bueno, Freddy, ¿estás nervioso? —le preguntó el periodista—. Ya falta muy poco para tu intervención en *Quince a los Quince*.

En realidad, la lista de seleccionados para el programa no se confirmaría hasta un par de días después. Pero era obvio que Freddy iba a estar en ella.

—Sí, y me hace mucha ilusión —respondió él—. Es una gran oportunidad, ya sabes.

—Freddy va a ganar —pronosticó Katya—. En el programa de marzo y también en la gala de fin de año.

—Vaya, Katya, pareces muy segura de eso —observó el periodista.

—Por supuesto —respondió ella con una amplia sonrisa—. ¿Tienes idea de cuánta gente sueña con poder ver a Freddy en su propio canal las veinticuatro horas del día, todos los días del año?

—Pero tú también participarás, ¿no es cierto? Porque los dos nacisteis en marzo.

—Sí, nos llevamos solo dos semanas y vivimos en la misma ciudad —dijo Katya, apretándose contra Freddy; parecía exudar felicidad por todos sus poros—. Qué casualidad, ¿verdad?

Lucas frunció el ceño. Estaba empezando a sospechar que aquello no tenía nada de casual.

—Entonces ¿habéis preparado algo especial para el programa? —siguió indagando el entrevistador—. ¿Tal vez algún tema nuevo?

Katya se volvió para mirar a Freddy, que seguía sonriendo, insultantemente seguro de sí mismo. Hacía unos meses que el adolescente más conocido de WeKids había desvelado su intención de dedicarse a la música. Desde su perfil podían escucharse algunas de sus canciones, que pronto se habían convertido en las más reproducidas de la red social. Sus admiradores afirmaban que era un genio precoz; sus detractores, que su música no era para tanto, y que si tenía éxito era solo porque era él quien cantaba. O eso se decía.

Freddy no había ocultado en ningún momento que aspiraba a ser fichado por AllMusic, la multinacional para la que trabajaban todos los artistas de éxito. AllMusic no se había pronunciado sobre el tema. No podría hacerlo mientras él siguiera publicando su música en WeKids, pero todo el mundo sabía que no lo

dejarían escapar.

—No voy a hablar de eso todavía —respondió Freddy enigmáticamente, aún con aquella sonrisa que desbordaba confianza en sus posibilidades—. Pero os prometo que será absolutamente inolvidable.

Lucas cerró la ventana en la pantalla de su terminal, intrigado y pensativo.

En las últimas semanas había repasado sus cálculos docenas de veces para asegurarse de que eran correctos. Sabía que, de haber nacido en cualquier otro mes, su demostración matemática causaría sensación en cuanto la gente entendiera la relevancia de lo que había hecho. Pero, por azares de la vida, Freddy y él coincidirían en el mismo programa. Tendría suerte si la gente le dedicaba tan solo unas migajas de su atención.

Procuró no dejarse desanimar por ello.

Dos días más tarde, WeKids confirmó la lista de seleccionados para el siguiente programa *Quince a los Quince*: Alfredo García, Katya Krainova, Leo Xiao y Lucas Laval. El orden de intervención dependería de la fecha en la que se hubiese abierto su perfil en WeKids. El primero sería Leo; después, Lucas; en tercer lugar, Freddy, y por último, Katya.

Los días anteriores a la emisión del programa, los Laval trabajaron intensamente desde casa; Lucas había anunciado en su perfil que su intervención estaría relacionada con las matemáticas, y los medios de comunicación se habían hecho eco de la noticia. Pero él y sus padres no se limitarían a esperar un golpe de suerte; Oscar y Emma rastreaban la red en busca de las personalidades más reconocidas del mundo científico para hacerles llegar un mensaje en el que los invitaban a visionar el programa en el que Lucas haría su demostración. No querían desvelar de qué se trataba, pero dejaban caer suficientes pistas como para que algunos de ellos se sintiesen intrigados.

El día de la emisión del programa, WeKids reunió a los cuatro chicos en sus estudios de grabación. Los dejaron solos en la misma habitación, y Freddy y Lucas cruzaron la mirada por primera vez. Ninguno de los dos habló.

—Buena suerte, tíos —dijo Leo Xiao.

—Ya, bueno —respondió Freddy con una calmada sonrisa—. Gracias. Lo mismo digo.

A Lucas le sudaban las manos; Katya repetía en voz baja algunas partes de su discurso y Leo daba saltitos en el sitio. Solo Freddy permanecía tranquilo, dueño por completo de la situación.

Parecía que Leo iba a hacer algún comentario, pero entonces llegó el asistente de WeKids y se lo llevó consigo, hecho un manojo de nervios.

Lucas contuvo el aliento mientras los tres chicos restantes visionaban la intervención de Leo en la pantalla del terminal que ocupaba una de las cuatro paredes

de la habitación. Su actuación seguía el patrón de los vídeos que lo habían hecho popular en WeKids. Todo el mundo sabía que haría algo similar, porque él lo había dejado claro cuando le habían preguntado al respecto. Tenía muchos seguidores en WeKids porque grababa vídeos graciosos. No había más misterio, ni sabía qué otra cosa podía mostrar al mundo en sus quince minutos de gloria.

Cuando Leo acabó, su perfil apareció en pantalla para que todos pudieran ver cuántos votos positivos obtenía su intervención. Pero Lucas no pudo quedarse a ver el final del recuento, porque el asistente volvió a entrar en la sala y pronunció su nombre.

Lucas inspiró profundamente, se despidió de Freddy y Katya con un gesto y lo siguió.

Le habían preparado una pequeña sala con una pizarra táctil en la que había dejado escrito previamente el planteamiento de la ecuación que iba a demostrar. El asistente lo hizo pasar al centro de la habitación. No sonrió cuando dijo:

—Dos minutos y empezamos.

Se fue y cerró la puerta tras de sí.

Lucas se había quedado solo. Respiró hondo de nuevo para calmarse.

Había ensayado varias veces su presentación y no había tardado en darse cuenta de que en quince minutos le resultaría imposible explicar lo que iba a hacer y resolver el problema en directo, como pretendía. Presentar solo las consideraciones previas le llevaría bastante tiempo, de modo que había optado por saltárselo todo e ir directamente a la demostración. Las personas capaces de apreciar su trabajo no necesitarían explicaciones preliminares, y el resto probablemente carecía de la formación necesaria para comprenderlas. De modo que, cuando el piloto rojo se encendió, indicando que su espacio en directo había comenzado, Lucas se limitó a decir:

—Me llamo Lucas Laval. Esto —prosiguió, señalando a la pizarra— es un problema matemático que jamás ha podido ser resuelto por nadie. —Hizo una breve pausa dramática antes de añadir—: Hasta hoy.

Alzó el puntero y comenzó a escribir a toda velocidad.

Había ensayado aquella demostración muchas veces. Debía desarrollar la ecuación en menos de quince minutos y sin cometer ni un solo error que echara a perder el resultado final. Había considerado la posibilidad de presentar el problema ya resuelto en la pantalla, pero esa opción podía generar dudas razonables acerca de la identidad de su autor.

Era consciente de que la mayor parte de los espectadores, incapaces de comprender lo que estaba expresando en lenguaje matemático, cambiarían de canal y no se quedarían a ver el final de la demostración. Pero debía asumir el riesgo.

Catorce minutos después puso punto y final a la ecuación y formuló las

conclusiones en voz alta. Dio las gracias a la audiencia por haberle atendido y esperó.

La luz roja se apagó.

Lucas se relajó de pronto, como si todas sus fuerzas lo hubiesen abandonado. La puerta se abrió y el asistente entró justo cuando el muchacho estaba a punto de derrumbarse contra la pared de puro agotamiento.

Ya en el pasillo, no pudo evitar preguntar a su acompañante:

—¿Qué tal he estado?

El hombre se encogió de hombros.

—¿Con franqueza? No he entendido nada de nada. Sinceramente, creo que has jugado mal tus cartas, Laval. Porque cualquier cosa que haga Freddy ahora será menos aburrida que lo que acabas de hacer tú.

Lucas comprendió de golpe que tenía razón. Desesperado, se recordó a sí mismo, una vez más, que en realidad él no pretendía participar en aquel absurdo concurso de popularidad. Que no le importaba que la mayor parte de la audiencia bostezara de tedio con su intervención o que su perfil ganara o perdiera unos cuantos miles de seguidores. Que su demostración estaba destinada a una serie de personas muy concretas. Solo con que ellos la hubiesen visto...

«Y, aunque no fuera así», pensó de pronto, más animado, «aunque Freddy o Leo, o incluso Katya, ganaran en el concurso de hoy, lo que he hecho está grabado y se puede presentar más adelante en algún congreso científico». Era consciente de que este tipo de eventos apenas se celebraban ya. Pero tal vez... tal vez...

—Buena suerte, Freddy.

La voz del asistente lo sacó de sus pensamientos, y Lucas vio entonces que su rival, guiado por otra empleada de WeKids, avanzaba por el pasillo hacia ellos. Freddy respondió levantando ambos pulgares en señal de aprobación. Lucas no sabía si el gesto estaba destinado a él o al asistente que lo había saludado. Pero se limitó a asentir en silencio.

No tardó en reunirse con Leo y Katya en la sala de visionado.

—Eh, tío, no tengo ni la más remota idea de lo que has hecho —le dijo el primero—. Pero parecía importante.

Lucas sonrió por primera vez en todo el día.

Katya se mordía las uñas, con los ojos fijos en la pantalla donde iba a aparecer su novio.

—Y tú debes de saber qué se trae entre manos el amigo Freddy, con tanto secretismo —le dijo Leo—. ¿Por qué no nos lo cuentas?

—Es que no lo sé —respondió ella—, de verdad que no. Pero seguro que va a ser espectacular. Freddy va a ganar, ya lo veréis.

De pronto, como invocada por las palabras de la chica, la imagen de Freddy llenó la pared. Katya ahogó un grito de emoción mientras la audiencia contenía el aliento,

pendientes todos de las palabras del ídolo de WeKids.

—Buenas tardes a todos —dijo él; su voz reverberó en la habitación, cálida y agradable—. Soy Freddy, y mi destino es ser famoso —anunció, con una adorable sonrisa de disculpa.

Lucas y Leo cruzaron una mirada, arqueando una ceja.

—Y ¿sabéis una cosa? —prosiguió Freddy—, lo cierto es que hasta ahora no lo estoy haciendo mal. ¿Verdad que no?

Los labios de Katya se fruncieron formando un «nooo» silencioso.

—Ya sé que no —continuó Freddy; seguía sonriendo—. Pero el caso es que no quiero seguir con esto. Nunca más. Así que... se acabó.

Y alzó la mano. Los ojos de Lucas vieron el arma, pero su cerebro no registró inmediatamente su significado, al menos no antes de que una atronadora explosión resonara por la habitación y un estallido de sangre y restos de masa encefálica pareciera escapar de la pantalla para teñir de rojo todo su campo de visión. Lucas se quedó paralizado mientras Katya chillaba y chillaba y todo seguía rojo, y Leo empezó a gritar también, y una parte del cerebro de Lucas pensó que era un truco, pero entonces todo fundió en negro y ya no supo nada más.

El suicidio en directo de Alfredo García, alias «Freddy», fue visionado por sesenta y siete millones de espectadores en todo el mundo y acaparó las cabeceras de todos los informativos y los diarios en red durante varias semanas. Naturalmente, el vídeo fue retirado de WeKids de inmediato; pero existían copias, de modo que circuló por la red, y se reprodujo, y fue visualizado por miles de personas que lo contemplaron boquiabiertas, fascinadas y aterrorizadas al mismo tiempo. El programa *Quince a los Quince* se suspendió temporalmente. Pero los padres de algunos de los quinceañeros más populares exigieron que WeKids cumpliera lo que había prometido, con Freddy o sin él, por lo que la *Gala Súper Quince* acabó por celebrarse.

Ninguno de los participantes obtuvo el premio codiciado. Porque resultó que, al finalizar el programa, el perfil que más seguidores tenía, con veinticuatro millones de usuarios afiliados, era la página que WeKids mantenía abierta en memoria del malogrado Freddy. Tiempo después se supo que sus dolientes padres habían firmado un contrato multimillonario con AllMusic por las canciones que su hijo había compuesto antes de morir. Se filtró también el dato de que habían registrado el nombre de Freddy García para toda una línea de productos de ocio para adolescentes en internet.

La vida de Lucas Laval prosiguió como si nunca hubiese participado en el programa. El día de su cumpleaños, el sistema de WeKids ya no le permitió acceder a su cuenta. Procedió entonces a crearse perfiles en las redes para adultos más conocidas.

Cuando terminó sus estudios de secundaria, sus padres se las arreglaron a duras penas para matricularlo en la universidad local. Y varios meses después, el muchacho recibió a través de las redes un breve mensaje del eminente matemático Radhak Chaturvedi:

«Vi tu demostración», decía. «Brillante. Hablé de ti a mis jefes de Global Airlines, donde estoy trabajando ahora, porque pienso que podrías aportar grandes cosas a nuestro departamento de I+D. Pero vieron en tu ficha que eres el chico que habló justo antes de lo que sucedió con Freddy y decidieron que no quieren que se relacione a su empresa con tan luctuoso asunto. Lo siento mucho. Te deseo más suerte la próxima vez».

# AL GARETE

Emilio Bueso



**Emilio Bueso** (Castellón, 1974) es profesor e ingeniero de sistemas. Iniciado como escritor en el realismo sucio y, posteriormente, en el terror y la ciencia ficción, este doble ganador del Premio Celsius —entre otros— ha necesitado solo cuatro novelas para convertirse en uno de los nombres clave del nuevo fantástico español. Inquietante por vocación, Bueso pasó del terror de sus primeras obras (*Noche Cerrada*, Verbigracia, 2007; *Diástole*, Salto de Página, 2011) a la distopía de tintes postapocalípticos *Cenital* (Salto de Página, 2012), enseguida considerada, no sin polémica, como una de las mejores aportaciones españolas a la historia del género. En ella, y a partir de la tesis de que el agotamiento del petróleo y la crisis económica podrían estar íntimamente relacionados, el valenciano reúne a un grupo antisistema en una ecoaldea que le permite combinar, bajo una inusual estructura, su hipnótica prosa y sus personajes en conflicto con una serie de profecías casi ballardianas. Este mismo año, y ahondando más en la violencia apocalíptica, Bueso ha añadido a su trayectoria *Esta noche arderá el cielo* (Salto de Página), la historia de dos moteros en ruta hacia un desastre inesperado.

En «Al garete», el relato distópico que tiene más carga medioambiental de esta antología, Bueso suma a su media docena de extraordinarios cuentos una desasosegante historia de supervivencia en una caravana de desechos flotantes. De fondo, recogiendo en su irreverente estilo una tradición que va de Noé al cambio climático, el autor hace sonar el rumor de los terroríficos castigos que seguramente merecemos. Esos mismos que tal vez, envanecidos, hayamos empezado ya a alimentar sin darnos cuenta.

**garete.**

(Quizá formación del fr. *être égaré*, andar extraviado).

**ir, o irse, al ~.**

1. locs. verbs. *Mar.* Dicho de una embarcación sin gobierno:  
Ser llevada por el viento o la corriente.
2. locs. verbs. Ir a la deriva, sin dirección o propósito fijo.
3. locs. verbs. coloqs. Fracasar o malograrse.

*Diccionario de la Real Academia Española*

Las grandes corrientes oceánicas son ahora interminables atascos de pateras que yerran a la deriva, rumbo a ninguna parte, desde que las aguas cubrieron las montañas.

Por la noche se llena el cielo de pájaros pescadores que ululan, graznan y aletean con fiereza en la negrura. Se enciende trémulo y naranja algún farol, escaso para alumbrar la infinita caravana de balsas y embarcaciones precarias. Solo las luces de la luna y las estrellas consiguen insinuar en lo alto las formas de las extrañas aves nocturnas. En las cubiertas, miles de desgraciados se preguntan muertos de frío y de sed de dónde habrán salido esos pájaros.

Cómo se han hecho tan grandes.

En una balandra desarbolada vive un viejo que tiene un libro de Historia Natural, repleto de fotos de pájaros. Mil pájaros distintos, pero ninguno que se parezca a los que sobrevuelan el atasco.

Quizá sean pelícanos, o gaviotas exóticas, originarias de algún rincón perdido del mundo. Alguna especie oportunista, que ahora puebla los cielos sobre los océanos, convertida en una plaga global, capaz de enseñorearse de las horas oscuras del nuevo ecosistema.

Nadie sabe si las aves que planean sobre el atolladero se posan alguna vez sobre algo. El viejo dice que quizá sean como los vencejos, que duermen, comen, copulan y mueren en vuelo. Otros quieren creer que esos pájaros son la prueba de que en algún rincón, en algún lugar del mundo, queda tierra firme. Un sitio donde hay nidos.

Así que cada noche las aves observan desde su atalaya privilegiada el convoy de barcas y naves desvencijadas. Probablemente sus ojos espejados vean el atasco de pateras como a un gigantesco tropel de porquería articulada, una riada hedionda compuesta por piezas móviles y marrones que se entrechocan y abordan en un viaje sin más horizonte que el de ahora ni más final que el del fondo del mar.

Los pájaros no dudan en cagar sistemáticamente sobre los toldos, los velámenes y las cabezas de los supervivientes. A menudo les propinan una lluvia de porquería a la hora de cenar, que es el único momento de la noche en el que se juntan y aquietan los tripulantes del atasco, un rato en el que se arraciman en grupos pequeños y escuchan historias sobre cómo será todo a partir del día en que alcancen la tierra prometida. Cuando lleguen a alguna de las últimas costas del planeta.

Porque tienen que quedar unas cuantas.

O eso dicen muchos. Insisten machaconamente en la idea de que no hay tanta agua en el mundo como para anegarlo por completo. Echan un vistazo al libro de Historia Natural del viejo y repiten que si a bordo hay hombres maduros que dicen que jamás han pisado tierra firme tal vez sea porque el convoy ha quedado atrapado en el perímetro de una gigantesca vorágine oceánica.

Pero a la mayor parte de tripulación de la caravana las palabras como «perímetro» o «vorágine» les suenan igual que los graznidos de los pájaros.

Aunque no lo reconocen, muchos de ellos están empezando a creer que no queda ninguna costa a la que puedan arribar ni hay tampoco nadie al timón del convoy. Hace años que las anclas, los remos, las velas y los gobernalles perdieron el sentido, lo mismo que los capitanes. Ahora todo es un vagar a la merced de la nada. Ni las mareas ni las tempestades turban el vacío de los horizontes. Ni siquiera la pesca supone ya objetivo alguno.

Porque las cenas a bordo son poco más que ensaladas de pequeñas morrallas, apenas un conglomerado de especies de pescadillos desconocidos y algas filamentosas, negras. Sépticas.

La violenta transformación a la que está sometido el medio ambiente desde que se fundieron del todo los polos y comenzaron a sucederse las tormentas monstruosas parece premiar a los hombres con un nuevo animal mutante cada día. Cucarachas que se sumergen violentamente si uno las persigue hasta rebasar los bordos y nadan hacia las profundidades cuando se bucea tras ellas. Ratas de pies palmeados y ojos de batracio que pueblan las sentinas y duermen aferradas a los cascos. Enormes zapateros que roncan y danzan enloquecidos sobre el oleaje. Polillas de una picadura muy venenosa que son capaces de devorar la lona de las velas y la madera de los mástiles. Hay mil especies imposibles, o demasiado exóticas, que ahora se abren paso a través del árbol evolutivo de la espantosa huida hacia delante.

Tal vez haya algún agente tóxico espoleando a la naturaleza.

Algunos de los náufragos de la caravana hablan a menudo del «mutágeno» como quien habla del diablo. Muchos de ellos sostienen que la culpa de todo la tienen los venenos que están liberando las ruinas al verse cubiertas por las aguas. Que es el mundo de los hombres el que, tras hundirse y morir ahogado, está emanando unos tóxicos que amenazan con llevarse al fondo del infierno lo que queda de vida en el planeta.

Armas químicas, complejos industriales, centrales nucleares, ciudades, vertederos. Nada fue diseñado para yacer en el fondo del mar por una eternidad. La presión de las toneladas de agua sobre toda la porquería que amontonó la civilización podría estar disolviendo masivamente en los océanos un agente bioquímico capaz de desquiciar lo que queda del medio. Porque algo desconocido está consiguiendo que el ecosistema enloquezca y que las especies se retuerzan a toda velocidad, formando mil abominaciones.

Son las personas las únicas que no han cambiado.

Alguna que otra noche, a lo lejos del atasco de pateras y barcazas, chulean los yates de los ricos, iluminados como árboles de Navidad.

Manuel vive en una chalupa con su padre y dos pollos escuálidos. Su padre le ha prometido que habrá uno para cenar, cuando cumpla diez años.

Pero Manuel tiene hambre esta noche.

Hoy han capturado un tiburón tigre, trabajando hombro con hombro, padre e hijo, durante media mañana. Por la tarde han despiezado el escualo y puesto en conserva buena parte de sus filetes, con otros han estado comerciando. El hígado van a asarlo para cenar.

Manuel podrá comer, esta noche. Llenar su estómago.

En el del tiburón había peces podridos, pedazos de cartón, hilo de cobre y un trocito de plástico rectangular que alguien ha dicho que es una tarjeta de crédito.

Santiago lleva meses caminando sobre las cubiertas, abordando balsa tras balsa y nave tras nave, siempre en la dirección en la que parece avanzar, a ratos, la caravana. No es que el atasco de tablazones, armadías, neumáticos y barcazas se mueva mucho; más bien podría decirse que serpentea como la gigantesca cola que es, y Santiago es el pillo que se cuela con disimulo. Buenas tardes, señora, perdone que atraviese la cubierta de su batel sin presentarme, pero es que no soy más que un peregrino haciendo camino. *Bonjour, mademoiselle, je suis en course, je marche seulement, je vous en prie.* Disculpen, jóvenes, ¿pueden arrojarme un salvavidas o el cabo de una cuerda? No pretendo importunarles, únicamente necesito subir a bordo para recuperarme durante unos minutos. Yo solo voy de nave en nave... Por favor, no me

hagan nadar hasta aquella chalupa sin antes pararme un rato a descansar.

Santiago ha oído historias sobre una época en la que el nombre de Santiago se usaba para marchar por un camino, durante semanas, hacia el fin de la Tierra; para hacer ruta hasta el sitio donde el mar se abría y el mundo conocido terminaba para dar paso a uno nuevo. No acaba de comprender bien lo que significaba todo aquello del *Finisterre*, pero es de lo poco que le explicó su abuelo justo antes de, repentinamente y sin haber dado señales jamás, saltar por una borda.

Santiago, le dijo, no te quedes quieto en estas cosas que flotan y tú avanza. Tú solo avanza. Ve hacia delante y camina, Santiago.

No esperes a que todo se hunda, dijo justo después; cruza el mundo si hace falta, pero ábrete camino como un hombre libre. No dejes que nada te detenga. Jamás te acerques mucho a los pájaros. Nunca te rindas. Sigue andando. Escapa de esto. No quieras mi final.

Y saltó.

Los plomos de pesca con los que había llenado su abrigo y sus calzones lo mandaron directo a lo negro del mar. Se hundió igual que un ancla. Quizá alcanzara el fondo marino estando consciente y una vez allí esperara un poco más, ancorado para siempre en la oscuridad. Cansado de una vida de esperar y esperar.

Desde que Santiago se quedó solo que se abre paso como pisando huevos, intenta no llamar la atención cuando salta de una balsa a una vieja gabarra, no alertar a ninguno de los cuerpos enfermos o desfallecidos que infestan los bordos y las cubiertas de un lanchón que hace aguas. Pasa con sigilo por encima de una alquitara para potabilizar agua, salta con cuidado sobre una maceta de rúcula y sobre un tendido de lechugas de mar que alguien ha puesto a secar al sol, junto a un comedero de pollos; después aparta a una niña que le pregunta algo en chino. Avanza. Santiago avanza. Es algo simple, pero parece llevarle hacia alguna parte. Santiago solo avanza. Y cuando encuentra una proa a la mar, se zambulle y nada hasta la próxima popa. Sus brazadas le ganan terreno a la bogadura que llevan las embarcaciones.

Están prácticamente paradas.

Los pájaros las sobrevuelan, una tras otra.

Como Santiago.

No tiene donde caerse muerto, pero siempre hay alguien que le acoge cuando la noche le sorprende. Se ve que Santiago viene de lejos, que ha visto cosas, que sabe algo; adónde se va, qué hay adelante, qué viene por detrás. La gente se tropieza con Santiago y enseguida decide que valdrá la pena sentarlo a comer, compartir con él alguna cosa que pueda haber a bordo.

Porque en un mundo convertido en vecindario son los sin techo los que transportan las noticias. Que te visite, que te aborde Santiago... Eso es como que te dejen ver la luna a la luz de mediodía. Chistes, mercancías, leyendas, sexo ocasional,

otros ojos que mirar, cotilleos sobre el horizonte y las mareas, promesas de futuro que poner en común. Y, sobre todo, el placer de escuchar la voz de un hombre que ha visto más allá del horizonte.

Y que en el horizonte desaparecerá.

Puro espectáculo.

Aunque lo cierto es que Santiago no sabe ni por dónde pega el viento.

Empieza a creer que todos los naufragos son iguales. Está siempre con diarreas y algo de fiebre, a ratos teme que no llegará a conocer al capitán del convoy.

Manuel vive en una chalupa con su padre y dos pollos escuálidos. Su padre le ha prometido que habrá uno para cenar, cuando cumpla diez años.

Pero Manuel tiene hambre esta noche. Y va a cenar sopa.

Porque hoy su padre y él han soltado trampas para gambas.

Se llaman así, trampas para gambas, las trampas que se usan para capturar morralla y erizos.

Manuel no sabe lo que es una gamba.

Su padre tampoco.

Algunas veces, cuando la caravana se bifurca en dos ramales de pateras, o cuando confluyen dos gigantescas colas en una y hay otro carril de embarcaciones que se incorpora al que recorre Santiago, se dice Santiago a sí mismo que esto no puede acabar bien, que la caravana de balsas parece una compleja red de trayectorias erráticas que se acunan al caos del oleaje y las corrientes que se enroscan. Se pregunta si realmente el convoy avanza o si solo será que flota a la deriva. Se plantea la posibilidad de que en algún momento aparezcan al frente una cara o una proa conocidas, que le confirmen que está avanzando en círculos sobre una procesión cerrada, que gira sobre sí misma.

Esas cosas le producen pesadillas. Le hacen sudar, temer, orinar con dolor, vomitar las cosas que le dan de comer, cuando le dan de comer.

Entonces le flaquean las rodillas, a Santiago. Y él se encorva para sujetárselas con las manos, para sentir sobre su espalda el peso de la mochila, cargada de trapicheos y buhonerías. Santiago deja caer su cayado y se dobla para volver su mirada al suelo.

Y el suelo son tablones, placas de uralita plástica, un lote de cuadros de bicicletas de fibra de carbono atadas con cuerda de nailon, una vieja mesa de roble, pértigas sujetas con bridas de plástico, una plancha de corcho, más tablones que hacen aguas, docena y media de ruedas de camión engarzadas por una gruesa cadena, varios palés de madera claveteados entre sí, una piscina hinchable dotada de remos, una puerta de PVC, la cubierta de un carguero pesado sin gobierno, oxidado, escorado,

larguísimo... A su remolque, un enjambre de canoas a medio hundir.

Porquería a flote. Restos del naufragio de varias civilizaciones.

El mar parece mirar a Santiago a través de los intersticios del suelo. Aguarda ahí.

Ya te llegará el turno, le dice.

Santiago respira hondo y sus pulmones se llenan de olor a lonja podrida, a salitre, a la peste de esos caracolillos que se comen sin pausa ni prisa los cascos de las embarcaciones. Para más inri, cuando se le hace de noche los pájaros le cagan sobre la mochila, en el pelo. Le graznan. Le insultan.

Como una audiencia indignada con la calidad del espectáculo.

Y él recuerda su misión. Es lo único que tiene. Santiago sí tiene una misión, no como el resto de los hombres de a bordo.

Es bien simple: sigue caminando.

Tú solo avanza. Algo habrá, al final.

Al final siempre hay un final.

Y, tras meses caminando, un día anochece y los pájaros no aparecen.

Los pájaros siempre escampan de repente, cuando se aproxima otro violento espasmo climático. Y así es como a Santiago le sorprende una tempestad. Una de las habituales en este sitio.

Porque en este sitio las tormentas son frecuentes, y relevantes.

El viejo del libro de Historia Natural dice que si la caravana de embarcaciones no arriba nunca a una costa probablemente sea porque sobre todas las tierras firmes que se pueden alcanzar siguiendo las corrientes de este océano se agitan ahora unas terribles tormentas persistentes, permanentes como los vórtices polares, o los anticiclones. El viejo insiste en que siempre ha habido una climatología fija batiendo en muchos puntos del mundo. Habla del anticiclón de Siberia, del anticiclón de Santa Elena, del de las islas Azores... Nadie sabe de qué demonios habla el viejo cuando se arranca con su palabrería, nadie le comprende, tal vez porque es un viejo, o puede que porque casi nadie a bordo sabe ya lo que significa un mapa.

El viejo a veces hasta dice que hay otros mundos, más allá de las estrellas, que se agitan en tempestades permanentes. Que en el cielo hay un sitio que se llama Júpiter donde con unos catalejos muy grandes puede verse una gran mancha roja, que no es más que una inmensa tormenta que dura ya más de trescientos veranos. Que el Lucero del Alba en realidad se llama Venus, y es un sitio donde no hay hombres ni mujeres, sino unos tifones mortíferos barriendo constantemente el suelo, siempre en una misma dirección. El viejo habla de mundos inhabitables, arrasados por tormentas que no terminan jamás. También dice que en la caravana se está a salvo.

Pero lo cierto es que la caravana es arrasada por las borrascas, de tanto en tanto.

La que sorprende a Santiago sobre una balsa muy precaria se lo lleva abajo y hondo, a la trastienda del mar. Adonde su abuelo.

Después viene la calma, las mareas cuerdas, a la noche vuelven los pájaros. Y es al día siguiente cuando se restablece el orden, como si se hubiera acabado el gigantesco y violento soplido sobre la columna de hormigas. Las barcazas y las balsas supervivientes vuelven a ponerse en fila india y a encadenarse, a seguirse las unas a las otras hacia la nada. A enlazarse y a secuenciarse en unas colas que se entrecrocán, formando una red de nodos que parece cubrir todo el océano.

La caravana se reordena, tras romper filas. Vuelve a marchar, en su éxodo ciego. La porquería flotante se sitúa sobre la cinta transportadora y se dispone a ser procesada.

Entre sus eslabones hay cuerpos que se pudren y se hinchan al sol.

Cuerpos flotando inertes como el de Santiago.

Santiago avanza siempre hacia delante.

Manuel vive en una chalupa con su padre y dos pollos escuálidos. Su padre le ha prometido que habrá uno para cenar, cuando cumpla diez años.

Pero Manuel tiene hambre esta noche.

Ha leído algo del libro de Historia Natural. Sabe que hay muchas aves sabrosas.

Mira al cielo y pasan los pájaros, perforando de gris el negro permanente; el batir de sus alas aventando los velámenes, el eterno crascitar de la bandada, sonando siempre como un opuesto diametral al canto de los gallos.

Malditos pájaros.

Algunos pueden rasar tan fuerte como para levantar agua de la superficie. Otros aletean algo más lejos, pero con un brío capaz de combar los trinquetes de proa y de adrizar las balandras. Los hay que parecen grandes y pesados como dragones y predominan los pequeños e histéricos de movimiento, ratoniles. Sean del calibre que sean, sus formas apenas pueden distinguirse con tanta oscuridad. Nadie en todo el atasco de pateras ha visto a uno de los alados nocturnos. Quién sabe cómo serán.

Tal vez sepan mejor que los pollos.

Conque Manuel coge el salabre, salta de su chalupa a una vieja gabarra y luego arranca a correr por toda la cubierta de una enorme balsa, con la red en alto.

Trata de cazar a los pájaros lo mismo que el que atrapa mariposas.

Y entonces uno de ellos pasa volando bajo sobre Manuel, le hunde una garra en cada hombro y se lo lleva, en un movimiento de caza bien practicado.

Manuel es pescado y devorado en la oscuridad de las alturas, en una batahola de mil graznidos que hace callar al rumor del oleaje. De repente una bandada de uñas y garfas lo envuelven, lo desgarran y lo desmiembran a picotazos. Y claro, todo transcurre a una velocidad que apenas deja tiempo al dolor pero, incluso así, Manuel llega a notar cómo le arrancan las vísceras al vuelo y se lo reparten de cuatro zarpazos.



Lo último que alcanza a distinguir bajo la luz de la luna no es el pico de un pelícano ni el de una gaviota. El viejo del libro de Historia Natural se sorprendería. Porque no se trata de un pájaro pescador, sino de un ave rapaz. De una enorme lechuza.

# 2084 DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN

Elia Barceló

**Elia Barceló** (Elda, Alicante, 1954) es algo más que la gran dama de la ciencia ficción española: se trata, sin más, de una gran escritora, doctorada con una tesis sobre el terror en Julio Cortázar, que además de esos dos géneros ha cultivado la fantasía, la ficción metaliteraria, la novela juvenil e incluso el ensayo y el relato policíaco, siempre con una ambición y una mirada personal que la hacen única. Profesora de hispanística en la Universidad de Innsbruck, Austria, donde vive desde 1981, es autora de una larga veintena de títulos, entre ellos clásicos como *Sagrada* (Ediciones B, 1989), *El mundo de Yarek* (Lengua de Trapo, Premio UPC 1993), *El vuelo del hipogrifo* (Lengua de Trapo, 2002), *El secreto del orfebre* (Lengua de Trapo, 2003) o *Corazón de tango* (451, 2007). Especialmente dotada para añadir una dimensión lírica a sus narraciones, Barceló ha ganado premios como el Ignotus, el UPC o el Edebé, y en la actualidad se halla inmersa en su exitosa serie «Ánima Mundi» (Destino), en apariencia juvenil pero cargada de tantos niveles de lectura que hasta llega a incluir en sus páginas una evidente alegoría distópica. No es la primera vez, sin embargo, que se acerca al género: la mayoría de los cuentos de su recopilación *Futuros peligrosos* (Edelvives, 2008) son claras distopías, y una de ellas en concreto, «Mil euros por tu vida», es una pequeña joya que llegó a ser adaptada en formato cómic, además de una película alemana ganadora de varios premios: *Transfer*, de Damir Lukacevik (2011), en cuyo guión colaboró la propia autora.

Fruto de esa experiencia, ampliada en otros textos, esta antología tiene la suerte de poder contar con «2084. Después de la Revolución», un extenso relato, casi una *nouvelle*, que parte de las raíces más clásicas —Orwell, Huxley, Bradbury— para crear un universo propio en el que la maternidad, la educación, el envejecimiento, la desigualdad y el reciclaje proyectan las más inquietantes sombras sobre nuestro día a día. Como advierte en YouTube el *bonus track* que incluye este cuento sobre la rebeldía, cien por cien Barceló y casi *indignado*, tenemos apenas siete décadas para cambiar las cosas, y menos aún para pensar en cómo hacerlo.

En mitad del desierto de Mongolia, detrás de unas lomas artificiales, aterrizó poco antes del atardecer un helicóptero de última generación; una pareja de naturales españoles, cartaplatinos de Madrid, bajó del vehículo. De inmediato, sus sirvientes les tendieron los abrigo rellenos de plumas que habían mandado confeccionar para sentirse como en pleno siglo XX y empezaron a preparar el refrigerio que los señores tomarían a su regreso.

El frío era intenso, pero el aire era claro y, aunque olía un poco a quemado, no resultaba demasiado desagradable. Era lo que esperaban, de todas formas.

El hombre y la mujer se miraron entusiasmados, remontaron una pequeña colina y, en la cima redondeada, tomaron asiento en un banco acolchado frente a uno de los espectáculos artificiales más impresionantes del planeta.

—¡No me puedo creer que estemos de verdad aquí, después de tanto hablar de ello! —dijo la mujer con un suspiro de satisfacción, mirando a su alrededor.

—Te prometí que conseguiría los permisos como regalo de cumpleaños de nuestro hijo, y aquí estamos, Almudena, aquí estamos.

—Es curioso que hace cien años toda esta extraña belleza fuera algo que nadie apreciaba; que pensaran que era basura y quisieran reciclarlo para vulgarizarlo otra vez.

—Los antiguos pensaban de otro modo. Aunque siempre hubo gente que apreciaba las ruinas; solo que antes eran de mármol.

Él le cogió una mano gorda, adornada con valiosos anillos en varios dedos, y contemplaron, emocionados, la inmensa llanura cubierta de plásticos que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El sol ya rojizo que había comenzado su carrera final hacia el horizonte sacaba brillos acuáticos de las superficies, se estrellaba en las aristas de los contenedores de toda clase arrancándoles destellos casi de cristal, creaba una fantasía traslúcida en todo lo que abarcaba la vista.

Una ligera brisa, como un escalofrío, pasó por el campo de plástico haciéndolo vibrar.

—¡Nos han dicho la verdad, Rodrigo! —exclamó ella con una alegría casi infantil—. Al atardecer se levanta el viento. ¡Podremos verlo!

Él sonrió orgulloso, conmovido ante la felicidad de su mujer y satisfecho de tener una esposa tan sensible a la belleza.

La brisa fue subiendo de intensidad mientras el sol bajaba y se iba poniendo cada vez más rojo. Con el viento, centenares de jirones de plástico se levantaron del suelo y empezaron a danzar en círculos, en espirales, como grandes mariposas extrañas atravesadas por los rayos del sol dorados, rojizos, anaranjados, mientras un silbido espectral se adueñaba de la escena; el silbido del viento entre los envases, punteado de crujidos procedentes de otros plásticos cautivos, aprisionados por objetos pesados, que no conseguían liberarse y volar.

—¡Cuánta belleza! —suspiró ella, apoyando la cabeza en el hombro de su marido  
—. ¡Es tan romántico!

Y él, rebosante de satisfacción, se apoyó la mano libre en la considerable panza que tensaba su anorak, sintiéndose como un viajero del siglo XVIII frente a las ruinas de la Acrópolis.

Aunque se había dado perfecta cuenta de que alguien había abierto la puerta del cuarto, la voz la sobresaltó.

—¿Qué es eso?

Laia había hecho lo posible para girarse hacia la ventana y dejar claro que no tenía interés en hablar con nadie, pero la muchacha que acababa de entrar no parecía haber notado que quería que la dejaran en paz.

—¿Qué es ese trasto? —insistió.

—¿Cómo dices?

—Eso que tienes en las manos.

La recién llegada la miraba con una especie de fascinación asqueada, como si lo que sujetaba entre las manos fuera un reptil reventado por una piedra. La chica, de su edad más o menos, sobre los veinte, tenía el rostro que había estado de moda cinco o seis años atrás: bonito de un modo vacío y superficial; uno de esos rostros que se olvidan de inmediato porque hay miles casi iguales. Iba vestida con ropa ajustada de un rosa casi ofensivo. Era evidente que se trataba de una soma de la clase más baja.

—Un ebook.

—¡Joder! ¡Qué trasto más antiguo! Si no tiene 3D... si ni siquiera se mueve nada en la pantalla... y es en blanco y negro... ¿Por qué tienes eso?

—Porque me gusta leer.

Si no fuera por la terrible tristeza que la llenaba, se habría echado a reír solo al ver la expresión de su compañera de cuarto.

—¿Leer? ¿Para qué? —preguntó por fin la recién llegada sin dejar de mirarla.

—Sería largo de explicar y además no tengo ganas de cháchara.

Se giró ostentativamente hacia la ventana mientras la otra empezaba a deshacer su enorme maleta, no sin antes haber conectado la pantalla que ocupaba la mitad de la pared de enfrente de su cama. Un programa de moda lleno de música chillona, risitas histéricas y mujeres somatizadas.

—Si vas a ver esa mierda, ponte los cascos. No puedo concentrarme.

La muchacha se encogió de hombros, se puso la diadema y las voces callaron.

—¿Cómo te llamas? —preguntó mientras colgaba prendas de colores en el armario.

—Laia.

—Yo soy Sole. Soy sevillana. ¿Y tú?

—Yo no.

—Hija, ¡qué barbaridad! Hay peces con más labia... Venga, dime, ¿de dónde vienes?

—Yo no vengo. Me han traído.

—¿Te han traído? ¡Venga ya! Pero si hacen falta tropocientas pruebas para que te acepten en el programa... Es un honor estar aquí. Un privilegio que pocas consiguen.

—Se te ha pegado toda la retórica de la casa, por lo que veo.

Sole miró a Laia con una expresión que le dejó perfectamente claro que no tenía ni idea de lo que significaba «retórica».

—¿Cómo que te han traído? —volvió a insistir.

Al parecer había tenido la desgracia de que le tocara una compañera particularmente dicharachera.

—Me han secuestrado, ¿vale?

—¿Secuestrado?

—¿Eres sorda? Sí. Secuestrado. Cuando volvía del bosque, de coger setas, aparecieron, me amordazaron, me maniataron y me trajeron aquí. Pero los míos me sacarán. Vendrán a buscarme.

—¿Bosque? ¿Setas? ¡Venga ya, tía! ¡Cómo se te va la olla! ¡Ahhh! —La repentina comprensión iluminó el rostro moreno de Sole—. ¿Eres de una ecoaldea?

—Soy ciudadana de una Comunidad Libre de los Pirineos. —Como siempre que tenía ocasión de decirlo, Laia sintió cómo la llenaba el orgullo de pertenecer a una de las pocas comunidades de ciudadanos que quedaban en España.

—Terroristas.

—Ciudadanos libres. Luchadores por la libertad.

—Esa es una mala palabra.

—No lo es, imbécil. Y tú antes has dicho «joder».

—Joder es bueno, es natural, es humano.

—Ya. Y todo lo natural es bueno, ¿no?

—Pues claro.

—Entonces debería gustarte la libertad.

—La... eso... no es natural. Es una mentira que se creían nuestros abuelos y que los llevó a la catástrofe.

Laia se echó a reír. Conocía los argumentos desde su infancia.

—Ya. Y la igualdad también es una mala palabra y una mentira, ¿verdad? Es eso lo que os enseñan de pequeños, ¿no?, en los dos o tres años de escuela que tenéis.

—Tenemos cuatro —contestó Sole, picada.

—Para que aprendáis a leer lo justo, y nociones de cuentas, y las consignas del gobierno, por supuesto, aquello de que estar aquí es un privilegio, y que lo natural es lo mejor, y que cada uno vive en el estamento que le corresponde porque en todo

estado se sirve al bien común. Ah, y por supuesto, que nuestro amado Consejo vela por todos nosotros, día y noche, año tras año tras año, sin que los ciudadanos tengan que tomarse la molestia de elegir a sus integrantes.

—No sé por qué lo dices con ese recochineo.

—No es recochineo; es sarcasmo, estúpida.

Sole cerró la maleta con fuerza, como zanjando la discusión.

—Voy a llevarla al trastero. Y luego es casi la hora de cenar. ¿Quieres que vuelva a recogerte y vamos juntas?

—No pienso ir a cenar. Aquí seguro que no dan más que mierda química —dijo Laia con rabia.

Sole cambió su peso de uno a otro pie, esperando. Laia clavaba la mirada en la antigualla con obstinación. Sole pensó que Laia era muy guapa, como una natural; aunque para ser natural estaba demasiado flaca. Tenía los dientes de delante un poco separados, un lunar bajo el ojo derecho y unas cejas espesas, oscuras y arqueadas. ¿Los terroristas se somatizaban también? O a lo mejor no le había mentido. A lo mejor la habían secuestrado de verdad precisamente por ser tan guapa, tan distinta de las demás. Justo lo que buscaban los naturales.

—Entonces ¿no vienes?

—¡Nooo! ¡Déjame en paz, soma!

Sole se marchó, pensando que también era mala pata haber dado precisamente con esa compañera de cuarto cuando había tantas chicas agradables alrededor, orgullosas y encantadas de haber sido elegidas y de estar viviendo el primer día en su nueva casa.

—¿Tienes que marcharte ya mañana?

Alfonso acababa de leer el mensaje con la fecha. Su mujer, Lola, estaba arreglándose para bajar a cenar y, como siempre, sin saber exactamente por qué, se sentía insultada por lo que le parecía una falta de respeto por parte de los clientes.

—Ya podían haberte avisado un poco antes. Como si no tuviéramos otra cosa que hacer...

Se repasó de nuevo la raya con el lápiz, a pesar de que la tenía tatuada en el ojo, y se miró al espejo, satisfecha con los resultados. En ella, la genomización había valido la pena. Cuando pensaba en lo pequeños que tenían los ojos sus padres, se alegraba todavía más de que hubieran podido recuperar para ella la preciosa forma almendrada de los de su bisabuela.

—Es nuestro negocio, Loli. Y si quieren que vaya mañana, es mañana, qué le vamos a hacer.

—Pero mañana es la bienvenida a las nuevas.

—Sí, y tú lo haces mejor que nadie. —La besó en la punta de la nariz—. Todo

tiene que estar listo para salir de aquí a las siete. Hay un largo viaje hasta Pekín.

—Descuida. Después de cenar lo arreglo todo. ¿Crees que tendremos problemas con la nueva?

Alfonso miró a su mujer sin comprender.

—La rara. La «libre».

Él se echó a reír.

—No. No hay que preocuparse. Se adaptará pronto. Como todas.

Laia tenía hambre y estaba furiosa. Siguiendo las enseñanzas de sus maestros, se había esforzado por no pensar en lo sucedido, por tachar el pasado cercano para que dejara de hacerle daño.

«El pasado personal no se puede cambiar», le habían dicho. «De modo que es absurdo recordarlo, darle vueltas, pensar cómo habría sido si hubiese sido distinto. Es necesario minimizar el dolor privado para poder luchar por el futuro. El pasado colectivo, sin embargo, hay que recordarlo para que no se repita. Cuando estéis mal por algo que os ha sucedido a vosotros, en vuestra pequeña vida, tachadlo y pensad solamente en lo que a todos nos importa, en mantener los valores por los que se rige nuestra existencia: la libertad, la igualdad, la solidaridad».

Había intentado hacerlo, pero no lo conseguía. Los recuerdos se empeñaban en volver, como aves carroñeras.

Se puso de pie bruscamente y, aprovechando que estaba sola, sacó de la maleta el medallón, lo besó y buscó dónde guardarlo para que estuviera a salvo de la curiosidad de Sole. Luego metió en el armario las poquísimas cosas que había traído de su aldea, se comió las galletas que le quedaban —galletas de harina de trigo integral con mantequilla de leche de vaca— y entró en el baño a darse una ducha.

Le fastidiaba reconocerlo, pero aquello era lo más lujoso que había visto en su vida. Un baño que solo compartía con aquella otra chica; agua caliente a voluntad, un gran espejo, toallas que parecían recién compradas, un albornoz para ella sola, jabón fino, perfumado...

Si no llevaba cuidado, acabaría convirtiéndose en una consumidora.

Después de la cena, Sole volvió a su cuarto como si flotara en un agua tibia y perfumada. No podía creerse lo que le estaba pasando. Como todas las chicas de su edad y de su clase, había soñado con presentarse a las pruebas y ser elegida, pero nunca había llegado a creérselo del todo. No era bastante guapa, ni bastante original, a pesar de que todas sus amigas le habían dicho siempre que tenía algo que la hacía especial.

Por eso, cuando pasó las pruebas físicas —genoma inalterado, salud perfecta—



empezó a ponerse realmente nerviosa. Las otras pruebas eran secretas; nadie sabía qué era lo que deseaban y por eso las llamaban popularmente «la lotería» porque, además, las elegidas eran muy pocas y, ahora que las había visto, no daba la sensación de que se parecieran entre ellas en nada. Salvo en el aspecto físico, ya que casi todas ellas, al ser consumidoras de tercer nivel, cartabronces, se habían somatizado muchas veces siguiendo los dictados de la moda y había caras y cuerpos que prácticamente se repetían.

Aún no podía creerse que estuviera dentro, que su vida hubiese quedado resuelta para siempre. Mientras su hermano y sus amigas y amigos tendrían que pasarse años buscando trabajo, cambiando de trabajo, luchando contra jefes genos que les harían la vida imposible, tratando de mantener un mínimo nivel de consumo con unos sueldos que nunca bastaban, ella jamás tendría que pensar en sus necesidades. En adelante, la Casa se lo proporcionaría todo: sanidad, vestido, entretenimiento, belleza, deporte... Absolutamente todo. Porque de su bienestar dependían las ventas. Era maravilloso.

Aunque volaba con bastante frecuencia, Alfonso siempre encontraba excitantes los viajes y los aeropuertos. No era tan viejo como para recordar ciertas cosas personalmente, pero su abuelo, antes de retirarse a la residencia de ancianos, le había contado muchas veces cómo era antes: terminales abarrotadas de personas de todas las clases mezcladas, vestidas de cualquier manera, pasando por controles humillantes, tratadas como ganado por miembros de las capas sociales más bajas que se crecían con el mínimo poder que detentaban al llevar un uniforme de control de seguridad y hablaban a los viajeros sin ningún respeto.

Todo eso había cambiado. Desde la abolición de la igualdad y la libertad y la consiguiente introducción de la nueva sociedad estratificada en las tres grandes capas, prácticamente solo viajaban los genos, profesionales en su mayoría que se desplazaban por necesidades de trabajo, aunque no tanto como a principio de siglo, debido a la carestía de los combustibles. Genos como él, cartaooro, consumidores elegantes y bien vestidos que eran tratados con cortesía e incluso con servilismo por los cartaplata y cartabronce. Genos que en los aeropuertos podían sentirse en la cima del mundo, dado que los cartaplatino —los naturales— usaban otras zonas separadas. Genos que no necesitaban más control que el de poner sus manos en la placa y sus ojos en el analizador.

El control de inmigración y de terrorismo ya tenía lugar muy, muy lejos de los aeropuertos: en las fronteras extremas de los distintos países, que se habían convertido en auténticas fortalezas inexpugnables gracias a las nuevas tecnologías.

Al principio, a los ilegales detenidos se les implantaba una pequeña bomba que explotaba en el caso de que el sospechoso intentara atravesar una frontera, pero resultaba demasiado sucio y violento, y por eso había sido sustituido por otros

sistemas.

Lo último era el «bichito», como lo habían bautizado cariñosamente en la prensa: a cualquier persona que hubiera sido detenida tratando de entrar ilegalmente en un país se le inoculaba un virus que le permitía seguir su vida normal fuera de las fronteras de la Unión, pero que se activaba de inmediato en cuanto entraba en contacto con cualquier alimento o bebida del interior. En cuestión de minutos, el delincuente sufría un paro cardíaco. Una muerte limpia, rápida, y poco dolorosa. No existía antídoto.

Alfonso Marcos puso las palmas de las manos sobre la placa, el rayo escaneó sus ojos, y el pitido del móvil que llevaba en la muñeca le indicó que podía pasar. Echó un vistazo a los datos y sonrió: como esperaba, le habían dado el asiento de siempre. El sistema le comunicaba también que, después de acceder a sus datos médicos, le servirían una comida vegetariana, baja en grasas y sin lactosa. También sin alcohol, por desgracia.

Comprobó que su valioso paquete siguiera en perfectas condiciones, lo acomodó a su lado, se instaló en el sillón, se colocó la diadema y se dejó llevar por las peripecias de los personajes de su serie favorita: una recreación histórica de la vida en el último tercio del siglo xx que, vista desde la actualidad, resultaba deliciosamente absurda.

—¿Estás leyendo?

—¿No tienes ojos en la cara?

—¿Qué lees?

—No te importa. No lo entenderías.

—¿Qué has elegido, artificial o natural?

—Artificial.

—Eres un monstruo.

—No —casi gritó, levantándose de golpe de la cama—. El monstruo es este tipo. —Con el brazo levantado le enseñaba la foto que había aparecido en la pantalla del cuarto: un muchacho moreno, de cejas pobladas, ojos muy oscuros, pequeños y muy juntos—. No pienso permitir que me ponga la mano encima. Parece un mono.

—Yo lo encuentro atractivo, tan natural. Mira el que me ha tocado a mí. Si pudiéramos cambiarlos...

—No podemos.

—Ya.

—Lo que quieren es potenciar las características que buscan, ¿no te das cuenta? Por eso a mí, que ya soy muy morena, me han buscado a ese orangután. ¿Cómo eras tú antes de hacerte... todo eso?

—No me acuerdo bien. La primera somatización fue a los diez años. Creo que era

más bien rubia y blanquita, un poco sosa, con nariz de patata y unos ojos que no pegaban nada con lo demás. Pero mis padres mandaron mis datos y la foto a la Casa, porque nunca se sabe... ¡Y ya ves!

Laia no dijo nada. Sonó una melodía de campanillas electrónicas.

—Nos llaman. ¡Qué nervios! —Sole se alisó el vestido sobre las caderas—. ¿Estoy bien? —preguntó sin dejar de mirar su imagen en el espejo—. ¡Suerte, Laia!

Laia se mordió los labios para no llorar y no contestó.

—¿Cómo que no se quedan a la niña?

Alfonso estaba perplejo mirando al genio que lo había recibido, una especie de secretario o de mayordomo probablemente, sin acabar de comprender lo que le estaba diciendo.

—Los señores, como acabo de explicarle, han cambiado de opinión debido a ciertas complicaciones de índole privada... familiar... en las que no puedo entrar. Por supuesto se le pagará el precio acordado y los desplazamientos, pero no nos haremos cargo del bebé.

—Pero... pero... esta niña ha sido encargada y producida expresamente para el señor Tin y el señor Chang. No satisfará a nadie más. Es casi imposible encontrar a otra pareja o a otro cartaplatino que desee una niña de las características exactas que los señores han solicitado.

—Esos son los riesgos de su profesión. Siempre puede reciclarla... —sugirió bajando la voz.

—¿Cómo vamos a reciclar a esta preciosidad? ¡Este bebé es una joya valiosísima! ¡Esta niña es lo mejor que se puede ofrecer a una pareja de naturales!

—Pero no es nada hasta que esa pareja la acepta como hija, usted lo sabe bien —dijo con excesiva suavidad el secretario—. Solo entonces pertenece a la clase platino y está por encima de usted y de mí. Hasta entonces, incluso siendo una natural de nacimiento, no es más que carne. Y, hablando de carne, ¿se quedará a comer? Los señores han ordenado que lo dispongan todo en la cocina.

Le habría gustado decir que no, tener la dignidad de decir que se marchaba de inmediato, pero llevaba todo el viaje soñando con aquella comida: lo mejor de lo mejor, todo natural, sin control de ningún tipo por parte de su médico digital. Era la parte que más le gustaba de los viajes: cuando, una vez entregado el producto, los señores, satisfechos, le permitían comer en la cocina la misma comida que iban a comer ellos en el salón. Así había tenido la oportunidad de probar el pollo auténtico, la ensalada, las gambas... incluso en una ocasión los boletus. Se le llenó la boca de saliva.

—Acepto humildemente la generosidad del señor Tin y el señor Chang. Mi agradecimiento.

En el viaje de regreso, echando miradas al paquete que llevaba al lado y dándole vueltas a qué hacer para solucionar aquella situación, recordaba cómo despotricaba el abuelo contra la nueva sociedad que había surgido, paradójicamente, de la Revolución de la Furia, como habían dado en llamarla los historiadores, aunque en la época se la llamaba simplemente la Revolución del 14.

Siempre le había parecido curioso. En cientos de conversaciones que habían mantenido antes de que se retirara al spa de montaña para consumidores ancianos, el abuelo se indignaba ante la existencia oficial de unos estratos sociales que siempre habían existido. No era nada nuevo que la sociedad estuviera claramente dividida entre arriba y abajo, ricos y pobres, poderosos y desposeídos.

—¡No solo son millonarios, los cabrones, y hacen lo que les da la gana con el país —decía el abuelo, rabioso—, sino que ahora pueden hacerlo a cara descubierta, sin ocultar sus manejos turbios porque de un día a otro resulta que son superiores a todos nosotros, que están en su derecho y que lo que hacen está dentro de la ley! Nos han robado a todos, han tergiversado nuestra revolución, han suprimido la democracia, nos están envenenando la comida para que no protestemos y los medios de comunicación para embrutecernos, y además la mayor parte de la gente los admira y quisiera ser como ellos. ¡Y ahora todo eso es legal!

Alfonso solía reírse mucho con los ataques de rabia del abuelo.

—Pues claro que es legal, hombre. Es que ellos son cartaplatino, naturales.

—¡Toma! ¡Y tú, y yo! ¿O es que tú has nacido de una máquina?

—No, de una máquina no, pero mis padres, tu hijo y tu nuera por si no sabes de quiénes te hablo, decidieron tener el mejor hijo posible y fueron a un especialista a genomizarme, ¿no te acuerdas ya? Cuando era pequeño estabas muy orgulloso de que soy más alto, más listo y más guapo que el resto de la familia.

—Para lo que te sirve... Nunca llegarás a nada porque no eres cartaplatino, porque no has nacido en una de las Mil Familias.

—Soy cartaoro. Y director de una de las mejores Casas que existen en el mundo.

—Granjero. Como tu tatarabuelo. Solo que tú, en vez de criar cochinos, crías personas para venderlas por ahí. ¡Vergüenza debería darte!

Alfonso comprendía que su abuelo era ya demasiado viejo para aceptar ciertas cosas, pero siempre le parecía difícil de entender que no se diera cuenta de que en el mundo moderno, en el que cada país estaba especializado en un número muy limitado de industrias y actividades, ser productor de niños naturales era uno de los mejores trabajos a los que se podía aspirar. ¿Por qué tenía que avergonzarse de ello?

Las parejas platino y algunos individuos, tanto homosexuales como heterosexuales, adquirirían a sus hijos con todas las garantías de salud y con el aspecto físico aproximado que deseaban, pero sin intervenciones artificiales. Los hijos de los

naturales seguían siendo naturales, ni genomizados ni somatizados.

—Ahora no solo tenemos políticos ladrones y aprovechados, como toda la vida, sino que además resulta que ser más tonto, más feo y más incapaz se ha convertido en una muestra de clase y elegancia. Y los descerebrados de los de abajo, en lugar de luchar para reconquistar todo lo que han perdido, admiran a las Mil Familias, que deben de ser bastantes más, y los dejan hacer lo que les da la gana con el patrimonio común.

El abuelo aún usaba palabras que Alfonso solo entendía porque prácticamente se había criado con él mientras sus padres trabajaban.

Alguna vez, durante su adolescencia, estuvo tentado de creer lo que decía el abuelo, pero pronto a lo largo de las clases de historia —él, como geno, había tenido el derecho de presentarse al examen de aptitud para acceder a ocho años de escolaridad con opción a una posterior educación universitaria— se había dado cuenta de que la principal motivación del viejo para hablar como lo hacía era la nostalgia de su juventud. Y, naturalmente, también las ideas erróneas que le habían inculcado en su infancia.

Antes de 1789, de la Revolución francesa, el mundo había estado ordenado básicamente en dos castas, con una casta intermedia surgiendo con dificultades entre ambas. Los de arriba, que tenían el poder y el dinero; los de abajo, que no tenían nada más que la fuerza de sus brazos; y la burguesía o clase media, que empezaba a hacerse cargo de los trabajos para los que eran necesarios esfuerzo e inteligencia, pero que por muchos títulos que comprara, nunca llegaría a equipararse a los verdaderos aristócratas porque ellos eran auténticos naturales y lo llevaban en la sangre.

Después de esa revolución habían triunfado unas ideas que ahora parecían estúpidas pero que habían conseguido imponerse hasta el punto de que durante más de dos siglos la mayor parte de la población occidental estuvo convencida de que los seres humanos nacen iguales y libres, tienen derecho a buscar su felicidad y deben elegir a sus gobernantes democráticamente.

En torno a esas ideas se construyó todo un edificio de errores que llevó a guerras y desastres sin cuento.

Vista desde la actualidad, la simple idea de que los humanos fueran iguales era tan ridícula que no valía la pena ni siquiera intentar rebatirla. Tenía que ser evidente para cualquiera que hay personas que ya desde su nacimiento pertenecen a una casta superior, igual que las hay más inteligentes, más rápidas, más ingeniosas, más fuertes, más creativas... Es lo natural: unas son más, otras menos. ¿Y por qué, entonces, habría que tratarlos a todos igual? ¿Por qué ofrecer la misma formación, pagada por la colectividad, a quien tiene un cerebro capaz de aprovecharla que a quien no lo tiene? ¿Por qué debería ser la ley igual para quien trabaja y aporta algo a la

comunidad que para quien no lo hace, para quien es natural, pertenece a las Mil Familias y está arriba, y para quien ha sido modificado de una u otra forma y está abajo? ¿Por qué habría que proporcionar atención médica de la misma calidad a quien se ocupa de hacer funcionar la sociedad que a quien no es más que un pequeño tornillo en la gran máquina?

Antes, cuando la gente creía que todos eran iguales, los que no conseguían llegar a puestos importantes o a ser consumidores de primer nivel vivían frustrados y amargados, protestaban constantemente, creaban caos en la sociedad. Simplemente porque pensaban que tenían el mismo derecho y les parecía injusto no poder gastar y consumir tanto como sus superiores.

Nadie es tan absurdo como para enfurecerse porque no es capaz de volar como una gaviota. Si uno no ha nacido gaviota, no puede volar. Punto. Era así de sencillo. Resultaba curioso que hubieran hecho falta más de doscientos años para aceptar lo evidente.

Y sin embargo... a pesar de todo... había momentos en que a Alfonso Marcos le fastidiaba profundamente el tener que plegarse frente a aquella gente, por muy superior que fuera.

A veces, por un instante, al verlos en imágenes de reuniones políticas o eventos sociales, si apartaba de su mente toda la publicidad que lo llevaba a admirarlos por su estatus, se daba cuenta de que eran feos, gordos, simples, ineptos... por muy bien vestidos que fueran. Y encontraba injusto que precisamente ellos estuvieran en la cima de la pirámide.

En lo más profundo de su ser, aunque jamás lo diría en voz alta, él se encontraba más inteligente, mejor preparado y muchísimo más guapo que todos aquellos naturales que regían el mundo y que no serían capaces de limpiarse el culo si no hubiera algún geno cerca para indicarles dónde estaba.

Aunque solo lo había pensado, lanzó una mirada a su alrededor, como pillado en falta, pero todos los genos que lo rodeaban en el avión estaban inmersos en sus superficies de trabajo.

Comprobó que el paquete siguiera dormido y conectó el ayudante de pensamiento en un intento de solucionar aquella estúpida situación.

—¡Ay!

—¿Qué te pasa?

Laia suspiró con exasperación. En aquella puñetera Casa no se podía leer con tranquilidad. Y leer, que siempre le había gustado, se había convertido ahora en el único medio contra la desesperación, la única posibilidad de olvido.

—He notado algo en la barriga.

—Pues vete al baño y vomita.

—No es eso. No es en el estómago. Es... como unos gases raros en la barriga, ya te digo.

—Eso es que se ha movido.

Sole se quedó mirándola, como transfigurada.

—¿Tú crees?

—Estamos de cinco meses, es normal.

—¡Qué ilusión, Laia! ¡Se ha movido! —Hubo un largo silencio—. ¡Jo, di algo! ¿Por qué no quieres hablar conmigo?

—Porque siempre hablas de lo mismo.

—Pero es que es lo más importante de nuestras vidas.

—De la mía, no.

Sole la miró casi espantada.

—¿Qué puede ser más importante? —preguntó reprimiendo el llanto.

Desde que estaba embarazada lloraba cada vez con más frecuencia por cosas que antes le hubieran parecido estúpidas.

—Leer, por ejemplo, formarse, no perder el cerebro encerrada aquí, convertida en una máquina de parir, no olvidar que eres humana. —Laia empezaba a estar furiosa, como tantas veces—. ¿Por qué narices te parece importante ese niño que llevas dentro? En cuanto nazca te lo quitarán, lo venderán y no volverás a verlo jamás.

—Tú sabes muy bien que más adelante, cuando sea mayor y salga en televisión o en algún magacín, el director nos dirá que es de esta Casa, para que podamos estar orgullosas de nuestro trabajo. —Se sonó la nariz enrojecida.

—Si tú te conformas con eso...

—Y ¿qué quieres hacer tú? ¿Quedártelo? —Sole sonaba francamente escandalizada.

Laia dejó el lector sobre la cama, pareció luchar brevemente consigo misma y acabó por decir:

—Déjame darte un consejo, Sole. Cuando nazca, no digas que quieres verlo, no pidas que te dejen tomarlo en brazos. Aguanta el parto lo mejor que puedas, alégrate de que se haya acabado y olvídate de todo hasta la siguiente vez. Así duele menos.

—¿Tú...? —Sole se acercó, se sentó en la cama de Laia y, sin atreverse a tocarla porque sabía que sus muestras de afecto no serían bien recibidas, empezó a alisar la sábana con la mano—. Tú... ya has pasado por esto, ¿verdad? Para ti no es la primera vez... ¿No quieres contármelo?

Los labios de Laia temblaban, pero seguían cerrados.

—¡Déjame leer en paz! —dijo cuando pudo hablar.

En cuanto hubo salido Sole de la habitación, Laia dio rienda suelta a los sollozos que había estado guardando dentro.

No hacía todavía dos años de aquello. Aún dolía como una quemadura reciente.

Sacó del armario el medallón que había traído de su casa, lo abrió, separó la delgada lámina de oro que cubría una antigua foto sin importancia y debajo apareció el pequeño retrato de Javier que había hecho su hermano a lápiz para que ella pudiera llevarlo siempre consigo. No se permitían ni móviles, ni tabletas ni ningún tipo de superficie que fuera anterior a la entrada en la Casa, lo que significaba que no se podía tener comunicación con el exterior, ni fotos ni cartas que no hubieran sido censuradas, ni nada de lo que había sido tu vida hasta ese momento. Un retrato a lápiz era lo mejor que nunca podría tener.

Dos años atrás ella estaba embarazada de Javier, y todo el mundo en la aldea les daba la enhorabuena. Luego el pequeño, a los cuatro días de nacer, cogió unas fiebres y murió. Ni siquiera pudo asistir a su entierro porque ella también había estado a punto de morir de fiebre. En la aldea había dos médicos, pero apenas podían conseguir medicinas, el equipo que tenían estaba anticuado y no tenían acceso a ningún hospital porque, como argumentaba el gobierno, el Consejo de los Cien, ellos mismos se habían excluido voluntariamente de la sociedad y con eso habían perdido todos sus derechos como consumidores.

Recordaba como una quemadura el suave peso del bebé en sus brazos, su carita arrugada, sus ojos brillantes y curiosos, los brazos de Javier rodeándola.

Ahora, cuando llegara el momento, todo sería diferente. Impersonal. Solitario. Y aunque su hijo viviera... ¿de qué le iba a servir?

Alfonso y Lola habían salido a cenar al centro. Les habían recomendado mucho un restaurante nuevo que habían abierto en la antigua Lonja de la Seda y estaban deseando probarlo porque, aunque era realmente caro, casi un cuarto de sus ingresos mensuales, si la fama no mentía, los productos eran de primera calidad, todo natural. Y después de los problemas de la Casa y el fracaso del último viaje, los dos sentían que se lo habían merecido.

Iban en metro porque una vez más el tráfico privado había sido recortado por la visita de un miembro de las Mil Familias mundiales, un mandatario extranjero con su séquito que, después de unas negociaciones en Madrid, había decidido de pronto acercarse a Valencia para ver lo que quedaba de la Albufera.

Pero el Saler estaba tan cerca que llegaron con más de media hora de adelanto y decidieron dar un paseo por la zona turística de la Catedral. La noche era cálida y estaba muy animada, todas las terrazas llenas de extranjeros, todos los puestecillos de artesanía brillando en la penumbra con sus luces de colores y sus productos invitando a comprar.

—La verdad —comentó Alfonso, sonriente—, es que va a tener razón Laia. Nos hemos convertido en un país de camareros y vendedores.

—Nos hemos especializado en el sector servicios turísticos —corrigió Lola, sin



sonreír—. Cada país hace lo que mejor sabe hacer, igual que las personas. España da servicio a los turistas más ricos y produce los mejores bebés naturales. Otros países se dedican a la minería, a la siderurgia, a fabricar coches o al diseño o a la moda... ¿Te parecería mejor que nos dedicáramos a construir barcos, o a negocios de banca o a instituciones sanitarias?

—¡Qué dura eres, Lolita! No era más que un comentario.

—Es que a veces te pareces a tu abuelo, y me fastidia, la verdad. Siempre protestando... siempre pensando en cómo era antes, como si antes la gente hubiera sido más feliz. Antes era mucho, pero mucho peor. ¡Había violencia! Y descontentos... Ahora cada uno sabe cuál es su lugar... ¿no te das cuenta?

—Sí, mujer, sí. A todo esto, ¿no te parece raro que haga tantos meses desde el último mail del abuelo?

—No, ¿por qué? Cuando uno se va, se va. Y allí lo pasan de maravilla... tienen de todo. Más que nosotros. Están en las montañas, en plena naturaleza, en un spa. Comen bien, hacen deporte entre gente de su edad, tienen atención médica, entretenimiento... ya quisiéramos nosotros. ¿No te has fijado en que, cuando se van, ya prácticamente ni escriben ni llaman ni nada?

—A lo mejor no los dejan.

—¡Venga ya!

—Igual que en la Casa tampoco está permitido que los chicos y chicas se relacionen entre sí, aparte de lo necesario para la procreación natural, ni que vuelvan a tener contacto con sus familias.

—Eso es otra cosa. ¡Mira qué bonitos esos pendientes! Son de madera.

—Y cuestan una pasta.

—Pero yo he tenido la idea genial de qué hacer con el bebé inútil, así que me los he ganado.

—No la llares bebé inútil, mujer. Llámala por su nombre, Moira.

Alfonso sonrió. Efectivamente, al final, como casi siempre, era Lola la que había tenido la idea: en lugar de malvenderla a una pareja de genos con aspiraciones, se quedarían a la niña como propiedad de la Casa y en un futuro próximo, en cuanto cumpliera trece o catorce años, la cruzarían con el mejor varón que tuvieran en ese momento y luego venderían al bebé tres veces más caro porque sería producto de un cruce más de lo normal. Incluso se le había pasado por la cabeza quedarse al próximo niño varón que naciera en la Casa precisamente para poderlo cruzar con Moira. Entonces podrían publicitarlo en los foros más elegantes diciendo que aquel bebé era producto de dos generaciones, no de una sola, como era lo habitual. ¡Sería un éxito absoluto! Se lo quitarían de las manos...

Moira... ¡Menudo nombrecito se habían buscado las chicas! Pero les había permitido votar sobre el nombre de la pequeña para ponerlas de buen humor y había

salido ese. No se podía esperar mucho más de un puñado de somas.

Con sus pendientes nuevos y su vestido de puro algodón natural, Lola estaba preciosa cuando entraron en el Salón de las Columnas donde habían instalado el restaurante.

Había habido algo de polémica porque un grupo retrógrado, y todos los «libres» de las distintas ecoaldeas habían protestado de que se usara un edificio antiguo, de gran valor histórico, y patrimonio de la Humanidad, para un fin comercial. Pero al final se había solucionado el problema ya que los turistas podían acceder igual, pero en lugar de pagar una entrada por visitar la Lonja, podían tomarse un agua de Valencia allí, si no estaban dispuestos a gastarse lo que costaba el menú, y disfrutar del edificio igual, o mejor.

Al fin y al cabo era lo que se estaba haciendo también con la mayor parte de las iglesias y monumentos, tanto en España como en otros países.

Mucho más revuelo se había montado cuando el Nuevo Vaticano había decidido reconvertir la basílica de San Pedro en una inmensa discoteca para VIPs y utilizar los ingresos obtenidos para financiar diversos proyectos contra el hambre en países del tercer mundo. De eso habían pasado diez años y nadie se escandalizaba ya. Aparte de que, al fin y al cabo, era lo que debía hacer una institución especializada en el amor al prójimo. La especialización lleva a la optimización, como les habían enseñado en el colegio.

Alfonso llevaba toda la mañana distraído, sin poder concentrarse en las cosas más básicas. La noticia de la muerte de su abuelo le había afectado más de lo que él mismo hubiera creído, a pesar de que, a su edad, no era ninguna sorpresa. Había llegado a los ochenta y dos años, no estaba nada mal. Sin embargo, le seguía pareciendo que era demasiado pronto porque el abuelo siempre había sido un hombre sano, vital, lleno de energía y de proyectos.

Como su pensión había expirado a los diez años de su jubilación, él y Lola lo habían tenido a su cargo todo el tiempo que la ley les permitía, aunque Lola protestaba de vez en cuando, pero una vez cumplidos los ochenta no había habido más remedio que permitir que el Ministerio de Bien Social lo trasladara al spa de los Pirineos donde había pasado los casi dos años de que había podido disfrutar hasta su muerte.

En los pocos mensajes suyos que había recibido parecía que estaba a gusto. No solo no se quejaba —y eso era raro en el abuelo, pensó con una sonrisa— sino que parecía tenerle aprecio a lo que le rodeaba en su nueva vida.

Sintiéndose vagamente culpable por estar perdiendo tiempo de trabajo, buscó en su archivo alguno de los mails del abuelo, en un intento inconsciente de volver a oír su VOZ.

Hola, hijo:

por aquí todo bien. Tenemos una estupenda piscina cubierta que uso con frecuencia y una exterior que está helada. La comida está rica. La gente es agradable y jugamos mucho a las cartas.

Un abrazo y besos a la familia,  
El abuelo

Alfonso se quedó mirando la pantalla, apoyado en el codo izquierdo, releendo una y otra vez aquellas líneas. Él las había buscado para poder sentirse de nuevo cerca de su abuelo y ahora se daba cuenta de que aquello no le decía nada. Cuando lo recibió tuvo que haberlo leído durante el trabajo, deprisa y sin fijarse en la formulación. El abuelo estaba bien, eso era lo único que importaba.

Pero ahora, con calma y mucho después de haberlo recibido, se daba cuenta de que aquellas líneas no podían ser de su abuelo, un hombre que había sido periodista, que escribía con la misma naturalidad con la que respiraba... que nunca había jugado a las cartas. Y lo de «la comida está rica»... El abuelo era de Murcia. Lola, que era madrileña, sí que decía que las cosas estaban ricas, pero no el abuelo. El abuelo habría podido decir que la comida era bastante decente, o que estaba de puta madre, o que era una mierda, pero nunca que estaba «rica». A menos que —comprobó la fecha— en menos de dos meses se le hubieran pegado las formas de hablar de sus compañeros.

Sí, claro, y que de repente hubiera descubierto su amor por la natación y por los juegos de cartas.

Y no le decía nada de las preciosas enfermeras somas que los cuidaban, con lo que al abuelo le habían gustado siempre las mujeres.

Ni una mínima pulla política.

Quizá sí era verdad que no les permitían comunicarse con sus familias y el spa enviaba mails automáticos de vez en cuando para que se quedaran tranquilas. ¿Cómo se iban a quedar tranquilas con eso, cómo se lo iban a creer?, pensó, e instantáneamente se corrigió a sí mismo. Él había sido tan idiota como para creérselo y quedarse tranquilo.

Repasó los otros tres mensajes con el mismo resultado. No eran iguales pero eran igual de impersonales. Seguramente los había escrito la misma persona. En el último decía incluso «ahora por fin puedo dedicarme a jugar al golf todas las horas que me permite la salud».

El abuelo siempre había dicho que el golf era el juego en el que más claro se veía que los de arriba eran unos cretinos: pagar una fortuna y hartarse a andar para meter una bola en un agujero una y otra vez, decía. ¡Había que ser imbécil!

Y lo de «besos a la familia». ¿A qué familia? Sus padres habían muerto años atrás, su padre de infarto y su madre de cáncer de útero. Lola y él no tenían hijos.

¿Estaba el abuelo ya senil?

Al fijarse en el membrete se dio cuenta de que aquel spa para «alces», «ancianos consumidores libres de cargas», como era la definición oficial de anciano, debía de estar muy cerca de la ecoaldea de la que venía Laia. Tendría que hablar con ella y así podría matar dos pájaros de un tiro: por un lado, podría quizá conseguir algo de información y, por otro, animaría a la chica de la ecoaldea, que era prácticamente la única que no había conseguido adaptarse a su nueva vida.

Sentados en un banco en el jardín, frente al mar, mirando la boca firmemente cerrada de la muchacha, lo de hablar con ella ya no parecía tan buena idea.

—¿Conoces la residencia para alces Suum Cuique, Laia? —No tenía sentido dar rodeos; mejor preguntar directamente y acabar lo antes posible. Ella tardó unos segundos en contestar.

—Sí —dijo por fin—. ¿Por qué?

A pesar de su posición social, Alfonso creía firmemente que, para recibir algo, primero era necesario dar; por eso decidió abrirse un poco en lugar de tratarla de arriba abajo como le correspondía.

—Porque mi abuelo estaba allí. Acaba de morir.

Ella levantó la cabeza de golpe.

—Lo siento.

Alfonso se pasó la mano por la frente, por el pelo.

—Sí. Yo también. Estábamos muy unidos. Prácticamente me crio él; ahora eso ya no es normal entre los genos. Los únicos que aún tienen algo de vida familiar son los somas.

Aunque los casos de violencia y malos tratos entre miembros de una familia son cada vez más frecuentes, pensó para sus adentros.

—Y nosotros, los ciudadanos libres.

Estuvo a punto de reírse y soltarle alguna pulla que le escociera, pero sabía que no le convenía y prefirió callar.

—Por eso lo siento —continuó ella—. Porque entiendo lo que significa perder a un ser querido. ¿Qué quería saber?

—¿Tú has estado allí, en Suum Cuique?

Ella negó con la cabeza.

—No nos dejan entrar, pero yo iba muchas veces al campo de golf y al parque que tienen. Ahí es fácil colarse; es enorme, y se pueden coger setas y poner trampas para pájaros. Además, una tía mía estuvo trabajando allí de limpiadora.

—¡Ah! ¡Vaya! Yo pensaba que los ciudadanos libres no os rebajabais a trabajar para los consumidores... —se le escapó sin haberlo decidido. Ella se mordió los labios.

—Tuvimos tres malos inviernos seguidos. Nos estábamos muriendo de hambre

gracias a su gobierno. Hay que sobrevivir, director.

—Sí, Laia, perdona, lo comprendo. A veces la supervivencia del grupo exige muchos sacrificios, ¿no es cierto? —Sabía que eso le dolería, pero quería dejarle claro cuál era su lugar.

Ella asintió mientras dos lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Alfonso sacó su móvil y le enseñó una foto.

—Mira, este es mi abuelo. No te sonará haberlo visto por allí, ¿verdad?

Laia echó un vistazo a la foto y sonrió mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—Claro que lo conozco. Es Alberto.

—¿Lo conoces? Quiero decir... ¿lo conocías?

—Éramos amigos. Él se escapaba siempre que podía cuando los dejaban salir al parque, y venía a nuestro escondrijo a darme clase.

—¿Clase de qué?

—De todo. Me hablaba de literatura, de historia, de geografía, de política... Me contaba cómo eran antes las cosas, cuando él era pequeño, antes de la revuelta ciudadana del 14. Me explicaba la Revolución y cómo los que mandan la pervirtieron para instaurar su gobierno, y por qué tenemos esta mierda de mundo que tenemos ahora, y me decía qué podríamos hacer para recuperar el de antes... Pero ahora ya no hay esperanza: yo estoy metida en esta Casa y a él lo acaban de matar.

—¿Qué dices? —Alfonso estuvo a punto de soltarle una bofetada. Laia se encogió sin darse cuenta.

—Nada. Perdona. Ya no voy a decir nada más. Al fin y al cabo, ¿yo qué gano contestando a sus preguntas? Hago lo que tengo que hacer y punto. Nada más. —Sus ojos negros se habían vuelto duros, piedras de río bajo un agua transparente—. Ni tanto así más... —Con la uña del pulgar delimitaba una porción mínima del índice. Se puso en pie para marcharse. Su vientre estaba hinchado como un bombo y se tambaleaba ligeramente al andar.

—Siéntate, Laia, cálmate. Necesito saber más.

—¿A cambio de qué?

Se cruzaron sus miradas, desafiantes.

—¿Qué quieres? —preguntó Alfonso.

—¿Qué puedo querer? ¿Qué podría pedir, con posibilidades de que me lo concediera? ¿Me dejaría salir de aquí de vez en cuando? ¿Me dejaría videohablar con alguien de mi aldea? ¿Escribirles? —La cabeza del director se movía rítmicamente en una negativa tras otra.

—Sabes que todo eso no es posible. No he hecho yo las leyes, Laia, no me mires así. —Ambos quedaron en silencio—. Pero puedo ofrecerte algo que quizá te guste.

—Lo dudo, director.

A Alfonso acababa de ocurrírsele una idea digna de su asistente de pensamiento. Alguien tendría que ocuparse de Moira; su mujer ya estaba desesperada de atender al bebé y no tenían personal especializado, salvo para los cuidados de las dos o tres primeras semanas antes de entregarlos en destino.

—¿Qué me dirías de cuidar a un bebé? Una niña recién nacida que por circunstancias que no hacen al caso, se va a criar aquí en la Casa hasta que sea mayor. Yo sé que en las ecoaldeas tenéis costumbre de cuidar niños. ¿Te gustaría ocuparte de ella?

Los ojos de Laia perdieron de pronto la dureza y empezaron a brillar. No podía creerse la suerte que eso representaría.

—¿Moira?

El director asintió.

—¿Y qué pasa con su madre?

—La muchacha que la ha dado a luz ha sido trasladada a otra Casa.

—Ocuparme de Moira... ¿Quiere decir... como ser su madre?

—Bueno... dicho así... no sé... ya sabes que aquí no aceptamos esas palabras... En fin, sí, más o menos. A cambio quiero que me cuentes todo lo que sepas sobre mi abuelo.

Laia sonrió, una sonrisa misteriosa y lejana, como si estuviera viendo algo que solo existiera para ella.

—¿Eso es que sí? —insistió Alfonso.

—Trato hecho, director.

—Laia...

Estaban despiertas en la oscuridad, tratando de coger el sueño, lo que resultaba cada vez más difícil porque el vientre ya no les permitía mucha libertad de movimientos y las piernas habían empezado a hinchárseles.

Pero, por una vez, a Laia no le molestaba; había empezado a hacer planes para cuando se librara del niño que llevaba dentro y pudiera empezar a educar a Moira, a quererla, a ganarse su amor, a enseñarle todo lo que debería saber para convertirse en una ciudadana libre, en una revolucionaria que, con el tiempo, lucharía contra el orden establecido y les devolvería a todos la libertad, la igualdad, la solidaridad.

—Laia... —insistió el susurro desde la otra cama—. No te hagas la dormida; sé que me oyes.

—¿Qué te pasa ahora?

—Cuando nos conocimos... ¿te acuerdas? —Laia se limitó a contestar con un gruñido—, me dijiste que te habían secuestrado y que los tuyos vendrían a buscarte y te sacarían de aquí... —Otro gruñido—. Luego te lo he oído decir otras veces, a las otras chicas. ¿Es verdad? ¿Van a venir a buscarte?

—¿A ti qué te importa eso, Sole?

—Es que... como hace ya tantos meses...

—Claro —dijo, ya casi furiosa—, es que aquello está muy lejos, y somos pocos, y hacen falta armas y planificación. Pero vendrán. Yo sé que vendrán. Y me sacarán de aquí.

—¿Puedo ir con vosotros?

—¿Qué? —La pregunta la pilló tan desprevenida que encendió la lámpara de la mesita para ver si se estaba burlando de ella. Sole estaba tumbada de espaldas, con las manos sobre el vientre y la cara llena de lágrimas silenciosas.

—¿Me llevarían, aunque estuviera embarazada? ¿Os gustan los niños en tu aldea?

—Claro que nos gustan los niños. Los niños son riqueza, son el futuro. Por eso procuramos tener, a pesar de lo difícil que es evitar comer productos de la sociedad consumista.

—¿Qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando?

—¡Mira que eres tonta, Sole! Lo que comen los de tu clase, y hasta lo que comen la mayor parte de los genos, todo, pero todo todo, salvo lo que comemos nosotras en esta Casa, está lleno de química de todas clases: anticonceptiva, para mantener baja la población, además de las cosas que le ponen para que la gente esté contenta y no se preocupe de nada. Así le deja el campo libre al Consejo y ellos hacen lo que quieren.

—Nosotros seguimos teniendo hijos. Eso que tú dices no puede ser.

—Pues es. ¿Por qué te crees que los somas suelen tener solo un hijo y como mucho dos? ¿Por qué crees que los genos son siempre hijos únicos? Porque les cuesta mucho esfuerzo y mucho tratamiento médico que sus mujeres se queden embarazadas y, ya que lo intentan, como saben que solo va a ser uno, eligen todas las mejoras genéticas posibles, porque se lo pueden pagar con los sueldos que cobran, no como vosotros. —Hubo un silencio mientras Laia esperaba a que Sole digiriera la información—. Por eso nosotros, en la aldea, procuramos mantenernos con lo que cultivamos, y aun así es difícil porque casi todas las especies vegetales están manipuladas genéticamente y las tenemos que comprar cada temporada. Las que nos venden no dan simiente y no se pueden reproducir. Y los animales, incluso los salvajes, beben de los ríos contaminados, comen otros animales contaminados y nos contaminan a los humanos. Nos están matando, Sole, pero los que estáis dentro no lo notáis, porque hay mucha moda y muchos concursos y series en la tele, y música y videojuegos y películas de acción. Así parece que la vida es muy divertida.

—¿Y es así en todo el mundo? —preguntó Sole con un hilo de voz.

—No sé. Fernando, uno de nuestros médicos, piensa que no, que hay sitios en África o en Asia donde aún se puede llevar una vida natural.

—Una vida natural... Quieres decir... todo el mundo... no solo los naturales, los platinos.

—Sí. Todo el mundo: los somas, los genos... nosotras..., los huesos, aunque ellos seguramente no tienen esas divisiones. Eso es lo que nosotros llamamos igualdad, el no tener divisiones. No somos tontos, no pensamos que eso signifique que todos los seres humanos somos iguales, sino que todos tenemos derecho a las mismas cosas: a comer sanamente, a aprender y formarnos, a decidir cuántos hijos queremos tener, a elegir el trabajo que queremos hacer, a que nos castiguen igual por los mismos delitos... —Laia vio la expresión angustiada de Sole y terminó—: ¡Aj! Déjalo, vamos a dejarnos de arengas; da lo mismo. A todo esto, ¿por qué me has preguntado si podrías venir? ¿Ya no te gusta la Casa? —Había un punto de crueldad en la pregunta, pero Sole no lo notó. Se limitó a sonarse la nariz con fuerza, haciendo un ruido como el barrito de un elefante.

—Me da pena perder a mi hijo después de haber pasado tanto —dijo por fin.

—A eso has venido. No hace ni un año estabas muy orgullosa y hace un par de meses lo encontrabas muy natural.

—Ya.

—Anda, duerme.

—Es que no tengo sueño.

—Pues déjame dormir a mí.

—No te duermas, Laia, anda, háblame, cuéntame algo.

—No sé qué contarte, Sole. Mira, cuéntame tú a mí lo que quieras, hasta que te entre sueño. Cuéntame lo que hacías antes, cómo era tu familia... lo que se te ocurra.

Sole se sentó en la cama, se restregó los ojos enérgicamente y, de pronto, sonrió.

—Mi padre es *sous-chef* de cocina en un buen hotel.

—El *chef* es geno, claro —interrumpió Laia con una mueca amarga—. Y el dueño de la cadena de hoteles es platino, ¿verdad? Natural, miembro de una de las Mil Familias —continuó, con rabia. Sole asintió enérgicamente sin perder la sonrisa.

—Claro, mujer, es lo normal. Mi madre es masajista; hace unos masajes tailandeses que te pasas. Tengo un hermano mayor que es guía de turismo y lleva dos años estudiando para intentar que lo dejen entrar en la universidad. Si lo consiguiera, podría tener un trabajo mejor y quizá ascender a cartaplata, pero es muy difícil, ya sabes, porque él no está genomizado; es un soma de lo más normal y los genos no quieren que nadie les haga sombra. Espera, te lo enseño, mira qué guapísimo es.

—¿Te han dejado traerte su foto?

—Sí. Solo se mosquean y te la quitan si es tu novio, porque no quieren líos amorosos en la Casa. Por eso tienen a los chicos... a los inseminadores... en otra parte. Pero con las fotos de hermanos o padres no suele haber problema. ¿Tú no tienes ninguna?

—No. ¡A ver, enséñamela!

Laia echó una mirada a la foto que Sole le mostraba. Era efectivamente un chico



guapo de la manera convencional que se había puesto de moda un par de años atrás; parecía un modelo de ropa interior de principios de siglo: alto, musculoso, facciones angulosas, labios sensuales. Había miles así.

—Quizá debería ser un poco menos guapo para tener éxito en los estudios. Si quiere que lo admitan en la universidad debería tener más pinta de geno.

—Tiene toda la pinta de geno, creo yo.

—Se nota mucho que todo eso es de quirófano y de gimnasio, no de nacimiento. Pero es verdad que es muy guapo. —Sole volvió a sonreír—. ¿Cómo se llama?

—Diego. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Es muy buen hermano... y no volveré a verlo.

—Anda, Sole, duérmete. No lo pienses más. —Laia apagó la luz.

—¿Te vienes a mi cama? Por favor... hace mucho que no me abraza nadie.

Estuvo a punto de mandarla a hacer puñetas pero de repente pensó que a ella también hacía mucho que nadie la abrazaba; y pronto tendría que hacerse cargo de Moira. Le vendría bien tener una amiga, tener a Sole. Se levantó gruñendo por lo bajo.

—¡Qué flojita eres, hija! Quitá, déjame un poco de sitio; aquí no cabemos las dos con nuestras barrigas.

Se sentó en la cama, apoyada en el cabezal y le pasó a Sole el brazo por los hombros; ella apoyó la cabeza en el pecho de Laia y suspiró de felicidad.

—Gracias, Laia, eres una amiga.

—Anda, tonta, duérmete ya.

—Dime cómo es tu aldea, dime cómo será cuando vengán a buscarnos.

Suspiró y estuvo a punto de negarse, pero hacía tanto que no le hablaba a nadie de su hogar que pensó que unas palabras le harían bien, mientras la luz estuviera apagada y la cabeza de Sole fuera un peso dulce en su hombro.

—Es todo muy sencillo... apenas unas cuantas cabañas de troncos en un claro del bosque... pero tenemos generadores para la luz, y agua que viene de un manantial de montaña. También usamos plástico, pero la mayor parte de las cosas están hechas por nosotros, de materiales naturales. Hacemos nuestro pan y cosemos nuestra ropa. No compramos nada si podemos evitarlo porque no queremos hacerle el juego a los consumidores. Elegimos a nuestros jefes por votación democrática, por un período de tres años. Tenemos armas y las usamos cuando hace falta, pero no somos terroristas. Estamos orgullosos de ser libres, de ser iguales, de ayudarnos los unos a los otros, de no traicionarnos. —Se le hizo un nudo en la garganta y dejó de hablar.

—¿Y cuándo crees tú que vendrán?

Pasó tanto tiempo sin contestar que Sole creyó que se había dormido.

—No lo sé.

—Pero vendrán, ¿verdad? No pueden permitir que te secuestren. Vendrán a por ti.

Laia le acarició el pelo, como si fuera una niña.

—Sí, Sole. Vendrán.

—No me parece buena idea que salgáis mañana de compras, Lola. Está todo lleno de antidisturbios para contener la manifestación de los huesos.

—No es una manifestación, Alfonso; es un ataque a la legalidad por parte de unos seres que no tienen derecho a existir. Pero los tienen reducidos en la periferia. Nosotras vamos al Séptimo Cielo, en pleno centro.

—Sigue sin parecerme bien.

—Todos los bebés han nacido sanos y fuertes; las chicas han cumplido y, como consumidoras, tienen derecho a salir de compras de vez en cuando. No se puede tener a una persona siempre encerrada sin darle ocasión de comprar en directo, por mucha compra online y mucho entretenimiento que les proporcionemos.

—Pero llevad mucho cuidado, por favor. No volváis tarde y no permitas que se te despisten. ¿O quieres que os acompañe?

—No, querido. Es un día para mujeres. Verás qué bien les sienta, antes de volver a quedarse embarazadas.

Apenas se hubieron marchado las muchachas, vestidas con la mejor ropa que tenían, Alfonso se dirigió a la habitación de Laia, que había preferido quedarse en la Casa.

Empujó la puerta suavemente, sin llamar, y se quedó un momento contemplando la escena que tenía algo de estampa antigua. La chica estaba sentada en la cama, con la pequeña en su regazo. Con la mano derecha sujetaba a la altura de los ojos del bebé un medallón dorado que refulgía al sol; Moira reía y estiraba las manitas tratando de alcanzarlo. Laia también sonreía y su sonrisa, por lo poco frecuente, era algo que calentaba el corazón. Era realmente guapa, con la enorme melena oscura y los ojos profundos.

—¿Ha venido a cobrarse su parte del trato, director? —preguntó la chica sin apartar la mirada del bebé. Con un ágil movimiento de muñeca hizo desaparecer el medallón de la vista del hombre.

—He pensado que ahora era buen momento; con la Casa tranquila.

—De acuerdo. —Se levantó, puso a Moira en su capazo y la dejó jugueteando con unos animales de colores que colgaban sobre ella—. ¿Qué quiere saber?

—No se me va de la cabeza lo que dijiste de que habían matado a mi abuelo. No es posible que hablaras en serio.

—Siento tener que defraudar su confianza en la benevolencia del Consejo, director; pero sí, hablaba totalmente en serio. Siéntese y escuche: usted sabe que las leyes estipulan que las pensiones de ancianidad caduquen a los diez años, de manera

que si una persona se jubila a los sesenta y ocho, por ejemplo, si a los setenta y ocho aún sigue viva, deja de cobrar. Entonces el Estado le ofrece retirarse a un hogar, una residencia o un spa, según esté de salud y si se puede valer por sí mismo o no. Algunas familias tienen a sus ancianos en casa cuando dejan de cobrar, pero cuando cumplen los ochenta es obligatorio retirarse a una institución estatal. Una vez allí... ¿conoce usted a alguien que haya pasado de los ochenta y dos años?

Alfonso sacudió la cabeza lentamente sin tener muy claro adónde quería ir a parar Laia y tratando de hacer memoria repasando los padres y abuelos de conocidos y amigos. No se le ocurría ninguno.

—El Estado tiene muy claro que los viejos son improductivos y cuestan mucho dinero, de manera que primero los aleja de sus familias y, una vez que se han acostumbrado a la ausencia del padre o la madre o la tía, es más fácil recibir la noticia de su muerte. ¿Sabe que la mayoría de los parientes ni siquiera se desplazan ya para el funeral? ¿Usted ha ido? —Alfonso siguió en silencio y Laia continuó como si no hubiera esperado otra cosa—: Los primeros seis u ocho meses los viejos no tienen nada que temer, pero en algún momento del segundo año de estancia, misteriosamente, se enferman o sufren un accidente, o caen en coma... usted ya me entiende..., y todo resulta muy comprensible, muy normal; como ya son muy mayores, no le sorprende a nadie.

—¿Me estás diciendo que los matan?

Laia afirmó muy seria con la cabeza.

—Yo creo que todo el mundo lo sabe... o que se lo imagina, pero nadie quiere saberlo, y al fin y al cabo parece que les da igual. Los pobres... ya nunca se van a poner bien, no dan más que gastos, no sirven de nada y además ellos ya no disfrutan de la vida... Esas suelen ser las excusas que la gente se da para sentirse mejor. ¿No es eso lo que usted mismo ha pensado ahora que su abuelo ha muerto... que es mejor así, morir cuando aún estaba medianamente bien en lugar de ir deteriorándose lentamente?

Alfonso dejó caer la cabeza sobre el pecho. Era posible que aquella niña tuviera razón, y sin embargo... era difícil de creer, de aceptar... ¿Y si se lo estaba inventando todo para hacerle daño, en venganza por tener que estar allí, en la Casa, en lugar de andar libre por los bosques?

—Como sé que, a pesar de todo, no me cree, tengo algo para convencerlo. —Fue al armario y sacó un sobre—. Una carta de Alberto. Me pidió que intentara hacérsela llegar, pero usted sabe que los ciudadanos libres, igual que los indigentes... los «huesos», como los llaman ustedes..., no tenemos acceso al servicio de Correos. Pensaba intentarlo desde aquí y luego resultó que usted mismo era el destinatario. Pura suerte. Ah, a lo mejor le sirve de algo saber que la carta es tan corta porque en el spa no los dejan escribir y solo pudo hacerlo una de las veces que nos encontramos en

el bosque. Lógicamente, no sé lo que le dice, pero supongo que le contará más o menos lo que ya sabe por mí.

Alfonso se puso en pie y, con un vago gesto de agradecimiento, salió del cuarto para encerrarse en su despacho a leer.

—¡Eran monstruos, Laia! ¡Ha sido horrible! ¡Eran monstruos espantosos, te lo juro!  
—En la cama, Sole se agarraba como una lapa a Laia, que intentaba tranquilizarla—. Y en cuanto cierro los ojos, los veo delante de mí y me da terror.

—Vamos, vamos, calma. Sabes muy bien que no eran monstruos, que eran personas como tú y como yo. Solo eran indigentes.

—¡Nooo! —casi gritó Sole—. No eran como nosotras; eran horribles... —Su voz se quebró entre hipidos. Le habría gustado contarle a Laia lo que había visto, pero no conseguía ponerlo en palabras. No era capaz de hablar del terror que había sentido cuando de un momento a otro en aquel maravilloso centro comercial adonde las había llevado Lola, todo limpio y brillante, y decorado para la Fiesta de la Primavera, había aparecido como una marea aquella masa de... de monstruos vestidos de harapos, con miradas hambrientas, o vacías o estúpidas o crueles..., seres lentos, sin propósito, que se limitaban a mirarlas como si ellas fueran animales exóticos en un zoológico. Y avanzaban, avanzaban, mirándolo todo como si no lo comprendieran, acercándose más y más, tocando con sus manos grises las paredes, las barandillas, los dispensadores de bebidas..., trayendo con ellos un olor de basura, de cuerpos sin lavar, de sudor antiguo, de cosas muertas y podridas.

Ellas estaban amontonadas en un pasillo al lado de una tienda, con la espalda pegada a la pared mientras los huesos pasaban por delante como un río de cieno, y de pronto, uno de ellos había alargado la mano hacia ella, queriendo tocarla; había agarrado su falda nueva de seda naranja y la había mirado con desesperación a través de unas gafas gruesas y sucias pegadas con celo, mientras balbuceaba algo que ella no había podido comprender. Luego le había sonreído y ella... había estado a punto de vomitar... Solo tenía dos dientes en unas encías negras que parecían un sumidero, un agujero oscuro en una cara del color del queso podrido. No podía decirle todo eso a Laia, no sabía cómo, pero aquellas visiones no la dejaban dormir.

La policía había acudido enseguida y los había dispersado a culatazos, a golpes de porra, patadas y calambrazos... y cuando ellas estaban ya a salvo en la galería superior, habían lanzado unos botes metálicos que soltaban un humo espeso y asfixiante. De lejos se oían los gemidos de la masa de monstruos que intentaba ganar las salidas para llegar al aire libre, y los estertores de los moribundos.

—Vamos, tonta —la estaba animando Laia—, te has llevado un susto porque nunca los habías visto de cerca, pero no es para tanto. Mi gente, en la ecoaldea, no es mucho más guapa en cuanto pasa de los treinta años... —Se echó a reír de algo que

solo comprendía ella—. ¿Verdad que tenían pocos dientes? ¿Es eso lo que te ha asustado tanto? Es lo que pasa cuando te caes por las rendijas del sistema, o cuando te sales voluntariamente. Ya no hay dentistas que te arreglen la boca. Y cuando pierdes vista, no te queda más salida que unas gafas, si puedes conseguirlas; y los pobres están flacos porque no hay mucho de comer, por eso los llaman «huesos», y pálidos porque su alimentación no es sana; y si son feos es porque no tienen trabajo, por tanto no pueden comprar nada, no son consumidores, y no pueden pagarse arreglos físicos, ni moda, ni nada de lo que para ti es normal. Y son lentos y estúpidos por lo que les ponen en la comida, para que no puedan rebelarse.

Poco a poco, Sole iba tranquilizándose al escuchar a Laia.

—Pero... ¿por qué están así?

—Porque el sistema los ha ido marginando. Hace tiempo perdieron sus trabajos, luego sus casas, luego, poco a poco, su educación; los pocos hijos que tienen ya no han podido formarse; solo algunos consiguen entrar a base de mucho esfuerzo en los cartabronce y trabajar en la limpieza o en los puestos más duros. Los demás no existen; el Consejo no los reconoce como ciudadanos («consumidores», como se llaman ahora) porque no tienen poder adquisitivo. Malviven peor que animales en la periferia de las ciudades y hoy, como lo dicen siempre en los informativos, «han decidido hacer una visita al centro», pero no hacen nada. Solo asustan porque son muchos y porque parecen muertos, aunque sigan vivos. ¿Han sido violentos?

Sole negó con la cabeza.

—Ya te he dicho que los alimentos llevan sedantes y anticonceptivos. No podrían rebelarse aunque quisieran; y además ya se han olvidado de cómo podría ser la sociedad si fuera de otra forma. Han perdido la dignidad, el orgullo de ser humanos. Se lo han quitado, ¿entiendes? Les han quitado su humanidad. —Laia siguió acariciándole la cabeza—. No tienes que tenerles miedo, Sole, sino pena, compasión, porque fueron personas y los han convertido en basura, porque no supieron reaccionar a tiempo cuando veían cómo la sociedad del bienestar que habían creado se iba destruyendo; cómo los políticos corruptos y los banqueros acaparadores iban quedándose con todo y ellos, que eran los que, con su trabajo y sus impuestos, generaban la riqueza, lo iban perdiendo. Solo nosotros, los ciudadanos libres de las ecoaldeas, conservamos los recuerdos y el conocimiento, y los deseos de luchar para que todo cambie. Y ahora —añadió bajando la voz y acercándose al oído de su amiga— enseñaré a Moira para que se convierta en lo que debe ser: la líder del movimiento revolucionario; la que nos salvará a todos, Sole. La educaremos en secreto, con firmeza, para que defienda los principios de la igualdad, la libertad, la solidaridad, la democracia... Para que empiece la lucha que nos libere a todos. Ella será nuestra luz en este tiempo de tinieblas. ¡Sole! ¡Maldita sea! ¿Te has dormido?

Por cuarta vez, Alfonso miraba sin ver el papel que le había entregado Laia, odiándose por su incultura. Aquella carta estaba escrita a mano y, por tanto, igual podía haber estado escrita en chino; él era incapaz de leerla, a pesar que, de pequeño, su abuelo le había enseñado a leer manuscritos. Pero hacía demasiados años de eso y nunca le había parecido un conocimiento importante.

Ahora tendría que ir de nuevo a buscar a la muchacha y rebajarse a pedirle que se la leyera, con lo cual ella también se enteraría de las intimidades que su abuelo hubiera querido contarle. O bien, podría inventarse el texto que le diera la gana; él no iba a poder comprobar que decía la verdad.

También podía ir a la Universidad a que alguien especializado en cultura prerrevolucionaria se la transcribiera; pero eso tenía el inconveniente de que, si la carta había sido escrita contraviniendo las normas de la institución y además hablaba de cosas como las que ya le había contado Laia, el que se la transcribiera se enteraría de que él, cartaro director de una Casa, tenía relaciones con un disidente. Y eso no le convenía en absoluto.

Se lo pediría a Laia al día siguiente, antes del desayuno.

—Laia, ¿tienes un momento?

La muchacha se apartó del grupo y acompañó al director a su despacho, seguida por las miradas curiosas de las que pasaban en dirección contraria, hacia el comedor.

—Yo... verás... no tengo ya mucha práctica en leer manuscritos y... tú sabes, ¿verdad?

—Sí, director; nosotros aún aprendemos esas cosas. Escuche:

Querido Alfonso:

Si no has venido hasta ahora, está claro que ya no vas a venir, así que esta será la última vez que recibas noticias mías.

Aquí nos dan unos cuantos textos prefabricados para que podamos elegir cuál queremos mandar a nuestras familias; de ese modo se aseguran de que no escribamos nada que pueda causarles problemas y se ahorran la censura. Yo he elegido siempre los textos que más evidentemente no podían ser míos, pensando que el nieto que yo crie, tan genomizado, tan listo, se daría cuenta enseguida de que algo andaba mal. Me equivoqué. O te has vuelto tonto al mejorar de clase o es que ya no te importo lo suficiente. Pero tú a mí sí, ¡qué le vamos a hacer! En mi época se decía que el amor verdadero nunca muere y tú eres lo único que me queda en el mundo.

Estoy en un lugar que se llama Suum Cuique; mira en internet o en lo que miréis ahora qué otra institución se llamó así hace unos ciento cincuenta años en un lugar de la antigua Alemania llamado Buchenwald y me ahorraré explicaciones. Sé que no me queda mucho tiempo y solo quería despedirme de ti, decirte que comprendo que te hayas resignado a vivir en el mundo que te ha tocado, aunque me dé mucha pena, y pedirte que, si tienes ocasión de ayudar a las ecoaldeas, o al menos evitar que se les haga daño, lo hagas así. Son nuestra única esperanza.

Se me encoge el corazón al ver qué clase de sociedad, qué clase de mundo os hemos dejado en herencia, dominado por los más inútiles, envenenado de plásticos y desechos venenosos y zonas

radiactivas. Me da vergüenza pensar que no supimos hacerlo mejor y ahora, a esa catástrofe a todos los niveles, la llamáis evolución, progreso, desarrollo natural... arte, incluso. Como representante de mi generación, te pido perdón, hijo mío.

Voy a morir en 2084, ¡qué ironía que todo haya salido así, después de tantas advertencias!

Si esta carta te la entregara en mano una niña llamada Laia, de la ecoaldea, haz lo que puedas por ella, hijo mío. Para mí es casi como una nieta y me ha hecho no solo llevaderos sino a veces hasta felices mis últimos días.

No te sientas culpable de lo que me pase, hijo. Estoy seguro de que no lo habrías podido evitar. Al menos las chicas que me atienden son jóvenes y da gusto mirarlas. Podría ser peor.

Saludos a tu mujer (¿sigue igual de pinchosa?, ahora al menos estará contenta: se ha librado de mí) y un enorme abrazo de tu abuelo que te quiere por encima de todo.

ALBERTO

Hubo un largo silencio cuando Laia terminó de leer. Al cabo de un minuto, levantó la vista y se encontró con los ojos de Alfonso, inundados de lágrimas.

—No supe verlo —murmuró.

—Alberto dice que no tiene que sentirse culpable, director. Él lo ha perdonado.

—¿Qué quiere decir con eso de que es irónico morir en 2084?

—Se refiere a una novela que le encantaba: *1984*, de un inglés, George Orwell. Habla de un mundo terrible que él imaginaba y nunca llegó a existir. Ahora, cien años más tarde, vivimos en un mundo terrible, pero no lo parece porque todo es muy bonito y está lleno de colores. Eso enmascara el dolor, la crueldad, la injusticia. Es lo que él decía.

—Anda, ve a desayunar. Ahora iré yo. Y... Laia..., gracias.

Almudena miró a su alrededor, satisfecha: la fiesta estaba saliendo muy bien. Ahora ya podía relajarse, permitirse por fin una copa de vino e incluso sacar a bailar a uno o dos de los invitados más importantes.

Rodrigo había conseguido atraer a algunos de los empresarios estrella de las últimas temporadas; ella había aportado un toque frívolo con la presencia de unos cuantos artistas de diferentes ramas y, como simpática nota condescendiente, habían invitado incluso a un par de miembros del Consejo, a pesar de que se consideraba de dudoso gusto combinar políticos, que no eran más que funcionarios genos con aspiraciones, al fin y al cabo personal de servicio, con miembros de las Mil Familias; pero Rodrigo y ella eran la pareja de moda, tenían una especie de facilidad natural para hacer que sus fiestas fueran algo diferente, algo un poco más atrevido de lo normal, sin franquear nunca las fronteras de lo aceptable para sus iguales, los platino.

Cecilia, la nodriza de Íñigo, le lanzó una mirada interrogativa desde la puerta que daba a la zona de la servidumbre y ella asintió con la cabeza. Unos segundos después, Cecilia entró llevando al niño en brazos, vestido ya para la cama, con un delicioso pijamita de batista blanca bordado en azul.

Como esperaba, todos los invitados, tanto hombres como mujeres, se arremolinaron junto a ella dedicando cumplidos al pequeño que, con sus rizos morenos, sus mofletes y sus brillantes ojos negros bajo unas cejas espesas y arqueadas, parecía un pequeño príncipe, un simpático diablillo de iglesia antigua.

—¡Qué encanto de niño! ¿Cuánto tiempo tiene? —preguntó la nueva esposa de Brian Lewis, el armador, mientras los demás lo admiraban entre cucamonas.

—Cumplió dos años el jueves pasado —contestó Almudena tomando al niño en brazos, aunque ya empezaba a pesar bastante—. Lo celebramos en Mongolia —añadió bajando la voz significativamente.

—¿En los campos de plástico? —La mujer se cubrió la boca con la mano mientras desorbitaba los ojos—. ¡Qué suerte! Siempre he querido ir, pero Brian no tiene sensibilidad histórica ni artística. Dice, imagínate, que aquello no es más que basura. Pero estoy tratando de convencerlo para que vayamos a Fukushima; acaban de levantar la prohibición absoluta.

Almudena cabeceó, sonriente.

—¿No está un poquito flaco? —preguntó Carina, la última descendiente de una familia aristocrática que había conseguido salvarse de la ruina general de su clase casándose con un empresario ruso.

Almudena estuvo a punto de contestarle agresivamente, pero se contuvo a tiempo.

—Va engordando poco a poco. No te preocupes, querida; a nuestra edad estará como nosotros —dijo lanzando una mirada apreciativa a su alrededor. Todos cabecearon, satisfechos, tocándose inconscientemente barrigas, caderas, papadas... como para asegurarse de la existencia de las reservas de grasa que los señalaban como cartaplatinos.

—¿Es cierto que ayer hubo una revuelta de huesos? —preguntó con fuerte acento francés un tal Marc que Almudena solo había invitado porque acababa de hacerse cargo de la colección de alta costura de Xi-Fang-Lu para Europa y quería impresionar con él a sus amigas.

—¡Qué tontería! —contestó Rodrigo, quitándole importancia con el gesto—. ¿Cómo van a armar una revuelta esos desgraciados? Aunque, eso sí, hay que actuar con contundencia para que aprendan, ¿no es cierto, Álvaro?

Álvaro Díaz del Manzano era concejal de Seguridad para los Consumidores de la villa de Madrid.

—Más de mil hemos incinerado hoy, después de la redada de ayer. Ahora se quedarán tranquilos un par de años. —Sonrió después de apurar su whisky. Le estaba enormemente agradecido a Rodrigo por haberlo invitado a aquella increíble fiesta platino.

—¿Y no hay peligro de ataques terroristas por parte de la gente de las ecoaldeas? —Marc, sin ningún tipo de tacto, insistía en tocar temas que se consideraban tabú en



cualquier fiesta elegante—. Es que, como voy a instalarme aquí en Madrid para la próxima temporada, tengo que asegurarme de que no es peligroso. —Pronunciaba «peliggo» y «peliggoso».

—Las ecoaldeas están controladas, querido Marc. —Rodrigo lo tomó del codo y lo dirigió hacia la barra—. Y deja de hablar de esas cosas tan desagradables; de eso se ocupan nuestros técnicos, pero si te tranquiliza, ayer mismo el ejército atacó una de las más activas, en los Pirineos, y les dio un buen escarmiento. Tardarán años en recuperarse. ¿Qué te apetece, un excelente champán francés o algo más fuerte?

En el comedor, cuando todas las muchachas hubieron terminado de desayunar, Lola Gutiérrez, la vicedirectora de la Casa, se puso en pie y les comunicó que, excepcionalmente, el director y ella habían decidido permitir que vieran las noticias nacionales para que pudieran entender lo que habían vivido el día antes en el centro comercial y se tranquilizaran.

Ninguna de ellas había sido aficionada a ver las noticias ni a leer los diarios en su vida anterior, pero ahora estaban entusiasmadas con la idea, por lo que representaba de novedad y por la simple curiosidad de ver por la tele lo que les había sucedido veinticuatro horas atrás.

La enorme pantalla mostraba imágenes del Séptimo Cielo en su estado natural: varios pisos de tiendas, bares, cines 3D, restaurantes de todas las nacionalidades, franquicias de todo tipo, cafeterías, teterías, agüerías, zumerías, estudios de tatuaje, miniclínicas para intervenciones rápidas, gimnasios, bingosexo, salones de masaje, de decoración de uñas, de implantes biológicos de corta vida (rabos, cuernos, antenas, alas), salones de maquillaje, centros de adivinación y futurología, minicasinos, *lounges* de sexo y relajación de alto nivel, consultorías genéticas... Todo limpio, brillante, lleno de luz y de color, poblado por enjambres de cartaplatas y cartabronces, con algún cartaoro ocasional rodeado de su personal de servicio. Un emporio de belleza, perfumes, sabores refinados, moda de última actualidad.

Y de pronto las imágenes habían cambiado: ya no eran del centro comercial sino de las calles adyacentes, llenas como por ensalmo de una masa silenciosa que avanzaba despacio, imparable, inalterable, como una espuma sucia que va a romperse en la playa, lenta, inexorablemente.

Se oyeron exclamaciones ahogadas en la sala, crujidos de sillas al moverse, suspiros... los «huesos»... «Mirad cómo entran en el centro comercial». «¿Qué quieren, a qué van?». «Qué asco, señor, qué asco».

Los policías, inquietos, se miraban unos a otros como para asegurarse de la presencia de sus compañeros, y dirigían constantes ojeadas a sus superiores, esperando la señal de cargar. Se notaba en su manera de mover la cabeza. Los ojos no se veían; estaban cubiertos por el casco integral impenetrablemente negro, pero se

podía notar su nerviosismo en cómo aferraban sus bastones eléctricos, sus porras, sus látigos, sus láseres..., cómo se estrechaban contra el cuerpo sus escudos transparentes.

Luego empezaron a pasar imágenes de rostros mientras el moderador, en un tono neutro con un punto de diversión, como si estuviera refiriendo alguna travesura infantil, comentaba que «daba la sensación de que los indigentes se habían cansado de estar tumbados en sus chabolas y habían decidido acercarse al centro a dar una vuelta y a ver todo lo que se estaban perdiendo por no formar parte de la sociedad de consumidores».

Laia no daba crédito a sus oídos. Era la primera vez en casi un año que había tenido acceso a la información actual y no conseguía creerse ni el tono ni el mensaje que estaban dando; esa falta de respeto, de compasión. Podía haber comprendido que los insultara, o que los llamara disidentes o terroristas o delincuentes, como llamaba el Estado a los ciudadanos libres, pero le revolvía el estómago esa manera condescendiente de tratar a aquellas pobres personas que ya no eran nada ni tenían nada que perder.

Con un primer plano de una mujer muy anciana, que probablemente no tendría ni cuarenta años, de pelo blanco y ojos velados en una cara llena de arrugas, terminó el espectáculo. Lola apagó la televisión.

—Pues ya habéis visto, chicas. No ha pasado nada. Los huesos han vuelto a sus chabolas y vosotras habéis vivido una aventura. ¿No es maravilloso?

—Y ¿cuántos indigentes no han podido volver a sus chabolas porque la policía los ha asesinado? —preguntó Laia, alzando la voz para que todas la pudieran oír.

Lola se volvió hacia ella, escandalizada. En ese instante se abrió la puerta del comedor; Alfonso entró y ocupó discretamente su lugar junto a ella.

—¡Qué tonterías dices! —Lola tenía la cara deformada por una furia que intentaba controlar sin mucho éxito.

—Siempre es así, Lola, no te hagas la loca. Sus vidas no valen nada. Son demasiados y el Estado necesita tener excusas para diezmarlos de vez en cuando. ¿No pensarás que esos pobres desgraciados a los que apenas si les queda cerebro han decidido ellos solos «irse a dar una vuelta por el centro», como decía el gilipollas del presentador?

—Aquí no usamos malas palabras. Y no entiendo lo que quieres decir. Nadie te entiende.

—Si no me entiendes es que eres más tonta de lo que yo pensaba, Lola. Yo creo que me entiendes muy bien pero no te conviene hacerlo.

Las chicas miraban a una y a otra como si estuvieran viendo un concurso por televisión, encantadas con la novedad y algo perplejas porque no acababan de saber qué estaba pasando. Alfonso las miraba también, pero era evidente que estaba

pensando en otra cosa.

—Te conviene callarte, Laia —escupió Lola.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Qué más me vais a hacer? Me tenéis aquí encerrada y me obligáis a parir como un animal para luego vender a mis hijos a los cartaplatinos que están ya tan contaminados que no se atreven a tenerlos ellos mismos. ¡La cosa no deja de tener su gracia! Esos hijos de puta de arriba, los putos naturales como ellos mismos se llaman, os explotan a vosotros, los genos, y a los somas —hizo un gesto general en dirección a sus compañeras—, y se sienten por encima de todos y se quedan con lo mejor, y resulta que... ¿de dónde salen ellos? ¡De nosotras! De montones de somas tontas del culo repartidas por cientos de Casas, que son inseminadas por otros somas descerebrados. Y luego los niños que salen de esas uniones, lo más estúpido que es capaz de producir nuestra sociedad, se convierten en los famosos naturales cartaplatinos que nos gobiernan a todos. ¡Qué bien supieron montárselo! Y todos les hacéis el juego.

Alfonso estaba mudo escuchándola. Le parecía estar oyendo a su abuelo, con la misma vehemencia pero con más sensatez, con más garra. Aquella niña estaba poniendo en palabras muchas de las cosas que él casi no se atrevía a pensar. Tenía razón aquella mocosa. Los genos, más inteligentes, más guapos, mejor formados, no eran más que pequeños ayudantes de los naturales, cuando eran los que de verdad llevaban adelante la sociedad, el mundo entero.

—¿Y vosotros no? ¿Vosotros... los ciudadanos «libres» —Lola escupió la palabra casi con odio— no les hacéis el juego?

—Nosotros tratamos de luchar contra el sistema. Nosotros queremos cambiarlo.

—Por eso vendrán a buscarnos —interrumpió de golpe Sole—, para sacarnos de aquí y llevarnos a su aldea.

Lola se echó a reír.

—¿Eso crees, estúpida? ¿Qué tonterías te ha metido en la cabeza esa loca? ¿De verdad crees que la hemos secuestrado?

—¡Cállate, zorra! —gritó Laia, echando a correr hacia la vicedirectora para saltarle encima.

—¡Socorro! ¡Quiere atacarme!

Las camareras se lanzaron a sujetar a Laia.

—Su gente es pura e idealista, ¿verdad? —dijo Lola con todo el sarcasmo de que era capaz dirigiéndose a Sole—. ¿No te ha llamado la atención que, si es verdad que la secuestraron para traerla aquí, tenga su maleta con sus cosas en la habitación? ¡Qué secuestradores tan amables, que le dieron tiempo a recoger sus trastos!

—¿Qué quiere decir, Laia? No la entiendo...

—Eso no se lo has contado, ¿verdad que no? —La sonrisa de Lola era puro veneno.

Laia se sacudía para liberarse, pero la tenían sujeta entre varias y no conseguía soltarse.

—Para que lo sepáis todas...

—Lola, déjalo, no es necesario... —intervino el director.

—¡Sí lo es! ¡Las cosas claras! Estoy harta de esta imbécil que se cree superior porque viene de una piojosa ecoaldea de pirados y terroristas. Ya te advertí que nos traería problemas. —Se encaró con Laia, que seguía sujeta de brazos y piernas—. ¿O vas a negar ahora que los tuyos te vendieron a esta Casa? Ellos te vendieron a nosotros. Por dinero. Te traicionaron. Y tú lo sabes muy bien, ¿no es así?

Laia apartó la cabeza para no encontrarse con la mirada herida de Sole, que parecía pedirle una respuesta.

—¿No es así? —gritó la vicedirectora.

—Nos estábamos muriendo de hambre —terminó por decir Laia con un hilo de voz—. Me lo explicaron los míos cuando ya me habían encerrado en el furgón para traerme aquí. ¡Necesitábamos tantas cosas! Pagaron mucho dinero por mí —añadió, levantando la cabeza con orgullo.

—Eso es cierto —dijo el director.

—A veces hay que hacer sacrificios por la gente que uno ama, para que ellos puedan vivir. —Le resbalaban las lágrimas por las mejillas, pero no sollozaba—. No me han traicionado; es que no había otra solución.

—Y ¿por qué habéis pagado por ella cuando hay tantas que queríamos venir aquí, que hemos tenido que pasar tantas pruebas para que nos aceptaran? —Sole miraba solamente al director, como si Lola no existiera. Él cambió su peso de un pie a otro, echó una mirada a su mujer y, encogiéndose de hombros, decidió contestar:

—Porque ella ya había tenido un hijo y sabíamos que era un producto excelente.

—¿Quéeee? —Laia tenía los ojos desorbitados—. ¿Qué está diciendo? ¿Qué sabe usted de mi hijo? Mi hijo murió al poco de nacer.

—No, Laia.

—¿Quién es ahora la tonta, eh? —Lola la miraba con un desprecio infinito—. Te dijeron que había muerto y te lo creíste, imbécil. Lo vendieron. Nos lo vendieron ya con la idea de venderte a ti después. El niño fue la muestra de lo que podías producir. Excelente calidad. Lo colocamos enseguida a una pareja de Madrid de la alta sociedad, de la más alta, platinos purísimos. Puedes estar orgullosa. Pero ya puedes dejar de hacerte ilusiones con los tuyos. Tantos ideales y tantas grandes palabras y al final lo único que cuenta es el dinero, como es natural. ¿Me oyes?

Laia tenía los ojos cerrados y había dejado de debatirse. Las camareras la dejaron en el suelo, suponiendo que se había desmayado. Sole se acuclilló junto a ella y le acomodó la cabeza en el regazo mientras las demás salían del comedor echándoles miradas inquietas.

—No te preocupes, Laia —empezó a decirle suavemente al oído mientras le acariciaba el pelo—. Todo son mentiras. Ya verás como vendrán a buscarnos. Y mientras tanto educaremos a Moira. Moira nos salvará.

<http://www.youtube.com/watch?v=x1-opl61sUg>  
*Dystopia 2084*, BERNARDO PROIETTI

# INSTRUCCIONES PARA CAMBIAR EL MUNDO

Félix J. Palma

**Félix J. Palma** (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz, 1968) es sin duda uno de los nombres más internacionales del nuevo fantástico español, aunque ha trascendido esa barrera en numerosas ocasiones gracias a su maestría como cuentista al margen de géneros. Pese a sus cinco compilaciones y su centenar de galardones solo de relatos, sin embargo se ha consagrado de forma definitiva con su «Trilogía victoriana», un auténtico best seller *steampunk* traducido a más de treinta idiomas y cercano a la culminación —*El mapa del caos*, octubre, 2014— tras las dos primeras entregas, *El mapa del tiempo* (Algaida, Premio Ateneo de Sevilla 2008) y *El mapa del cielo* (Plaza & Janés, 2012). Como cuentista, género en el que suele emplear la fantasía como cuña para agrietar de forma perturbadora la realidad, ha destacado especialmente en *El vigilante de la salamandra* (Pretextos, 1998), *Las interioridades* (Castalia, 2002) y *El menor espectáculo del mundo* (Páginas de Espuma, 2012), aunque pueden encontrarse obras maestras suyas en otros libros y en numerosas antologías. Sin haber sido la distopía su vertiente más cultivada, dado el carácter poético y simbólico de muchos de sus textos, sus huellas son fácilmente rastreables en, por ejemplo, la tercera parte de *El mapa del cielo*, donde la humanidad se enfrenta a una invasión de manera que refleja bien las consecuencias de sus propios errores.

En «Instrucciones para cambiar el mundo», reelaboración para esta antología de un relato temprano y hoy inencontrable, Palma cuenta, como es habitual en él, una historia de amor, en este caso durante un régimen represivo a medio camino entre 1984 y el *Brazil* de Terry Gilliam. El humor, el estilo y los ecos de la crisis hacen que su distopía se convierta en un espejo deformante, casi esperpéntico: ¿qué es más absurdo, su protagonista o nuestra pasividad?

El invierno llegó aquel lunes como pudo llegar cualquier otro día de noviembre. Pero llegó precisamente aquel lunes. Y lo hizo sin avisos, manifestándose de repente como una obra ya terminada, con sus temperaturas de saldo climático y una ráfaga de viento ártico que nos obligó a todos los que nos apretábamos en la parada del autobús a subirnos las solapas del pijama. Sé que aquella mañana mis temblores no tuvieron otra causa más elocuente que el frío, por mucho que hoy me guste pensar que se debió al calambre de la premonición, que de alguna manera, con esa intuición propia de los héroes en ciernes, acerté a leer en la atmósfera lo que se avecinaba, el mensaje cifrado en el hecho de que el invierno y la semana comenzaran al unísono, advirtiéndome que ya no solo el amor, sino también las revoluciones, deben empezar de la forma más ordenada posible.

Cuando el autobús despuntó en el horizonte, abriéndose paso entre el congestionado tráfico como una bestia mítica, se oyeron algunos murmullos de alivio. Mientras lo veía acercarse, apreté contra el pecho el maletín donde guardaba los utensilios del desayuno. Unos minutos después, se detuvo en nuestra parada con un bufido de cansancio, y de inmediato comenzó la pugna por los preciados asientos libres que habíamos distinguido a través de los cristales. Aunque se trataba de un enorme autobús de dos pisos, apenas cabíamos todos, y eso que desde que los transportes públicos eran autopilotados ya no necesitaban reservar espacio para el conductor. Utilizando los codos a modo de espolón, logré hacerme con un asiento, y nada más sentarme, antes de que arrancase de nuevo, empecé a prepararme el desayuno.

De soslayo pude comprobar que Solera, mi remilgado vecino, también había conseguido asiento. Solera siempre conseguía asiento. Muchas veces le había contemplado prepararse el desayuno desde la comodidad de un asiento mientras yo me veía obligado a los más complejos malabarismos por haber quedado de pie, encajonado entre muchos otros tan desafortunados como yo, condenados a presentarse en el trabajo con el pijama engalanado de lamparones, como cruces a la incompetencia. Solera, a pesar de su complexión de buey, o precisamente por eso mismo, nunca tenía problemas para hacerse con un asiento. Y parecía haber desarrollado una habilidad sobrehumana con los aparejos del desayuno. Se conducía con una concentración inalterable, con una precisión de cirujano que lo volvían extranjero del reino de las manchas y los descuidos. Esa vez intenté no mirarlo. No quería que su destreza volviera a desanimarme. Y tampoco me apetecía sostener su imperturbable mirada de aristócrata en un duelo inútil, que solo servía para acrecentar el odio sordo de mis entrañas, la repulsa que sentía hacia su obediente manera de aceptar las normas de la vida.

Logré prepararme el café sin desperdiciar demasiada azúcar, y alcancé a tomarme más de la mitad antes de que la brusquedad de un frenazo me lo derramase sobre la



solapa. Hubo una protesta débil, aburrida, mientras por el suelo del autobús rodaban tazas y rosquillas. Mi aportación se redujo a un suspiro de resignación. Hacía mucho que había dejado de invertir saliva en blasfemias inútiles. Tras media hora caracoleando a través de una intrincada madeja de avenidas, distinguí mi parada al fondo de la calle y me apresuré a guardar mis enseres en el maletín. Bajé del autobús atrapado en una nube de pijamas malhumorados veteados de mantequilla, y antes de verlo partir, tuve tiempo de dedicar la puntual mirada de desprecio a la nuca de Solera, que continuaba la ruta hacia el museo donde trabajaba, saboreando su café a sorbos eruditos, diríase que maternalmente acunado por el cabeceo de chalupa con que el autobús nos torturaba a los demás. Una docena de metros más allá, en la acera de enfrente, distinguí la parada en la que hacía media hora había estado esperando, y una vez más no pude evitar preguntarme por qué, tanto mis compañeros de trayecto como yo, seguíamos cogiendo el autobús en vez de recorrer aquella insignificante distancia a pie.

*Uno. Tómese el desayuno en casa.*

Realicé la larga caminata que aún me quedaba para llegar a la oficina contemplando con una sonrisa soñadora los cargueros que ascendían por el cielo rumbo a la colonia lunar. Yo nunca había tenido dinero suficiente ni siquiera para un triste billete de tercera en uno de ellos, aunque irónicamente conocía la cantidad exacta de alimentos, piezas de recambio, material médico y demás artículos que se apretaban en sus bodegas mejor que cualquiera de sus pilotos, pues mi trabajo consistía precisamente en calcular la carga que aquellas orugas voladoras podían transportar. Más de una vez, mientras decidía la distribución de los bultos de un arrumaje, había estado tentado de falsear el informe y dejar un hueco, un espacio entre los toneles, contenedores y cajas que dibujara el molde de mi escuchimizado cuerpo, para que, en el caso de que me atreviera a colarme en su bodega antes del despegue, mi masa intrusa no alterase su peso. Pero nunca lo había hecho. Me decía a mí mismo que porque había oído que la vida en la Luna era igual de aburrida que en la Tierra, aunque transcurriese dentro de una cúpula de acero rellena de oxígeno, pero en el fondo sabía que el motivo no era otro que mi escasa disposición para las gestas que, como aquella, exigían un espíritu temerario.

Cuando llegué a la empresa de logística Ródenas & Hijos me dolían los pies. En el amplio vestíbulo me esperaba el mismo ajeteo de todas las mañanas. Los trabajadores se apresuraban de un lado a otro en una coreografía histórica, similar a la que ejecutaban las cucarachas de mi cocina cuando yo encendía la luz a medianoche. Hubo un tiempo, hace mucho, en el que solía dedicar unos segundos al estudio de la escena desde la entrada, antes de ingresar en ella con mi papel bien aprendido. Espiar aquel convulso ir y venir me facilitaba cierto distanciamiento terapéutico. Hacía que

cobrara conciencia de los irrisorios horizontes de todas aquellas existencias, entre las que se incluía la mía, por supuesto. Pero últimamente me zambullía sin preámbulos nihilistas en la traqueteante maquinaria de la que formaba parte, porque aquello había acabado por envenenarme el alma con una melancolía demasiado molesta. Me zambullía sin mirar a mi alrededor más de lo necesario para no tropezar. Me zambullía sin hacer preguntas. Y desde hacía dos semanas, me zambullía pensando en Paula. En las horas, en las ensoñaciones, en los informes que debía cumplimentar hasta volver a verla.

Los ascensores repletos, como siempre. La mayoría nos apeábamos en la quinta. Solo algunos afortunados continuaban el ascenso hacia las plantas superiores, para ocupar no sé yo qué cargos allá en las ignotas alturas, donde debía habitar el tal Ródenas de los retratos. Eran para nosotros seres míticos. Con el tiempo uno iba aprendiendo las caras de aquellos hombres y mujeres a los que parecía pastorear un Dios más atento y benévolo que el nuestro, memorizando sus pulcros peinados, el brillo de sus pijamas de seda, los hipnóticos efluvios de sus perfumes, y basándose en eso construía en las alturas un mundo refinadísimo, exento de cualquier vulgaridad, a imagen y semejanza de aquellas criaturas edénicas que habían tomado unos derroteros evolutivos sujetos a motivaciones menos elementales que la supervivencia. Se decía que muchos de ellos viajaban a la colonia lunar varias veces al año por trabajo, lo cual parecía ser verdad, a juzgar por su elegante forma de caminar y moverse, sin duda aprendida en un lugar purgado de la castradora gravedad terrestre. Nada que ver con el universo de la planta quinta, especialmente la sección K, poblada de galeotes taciturnos y malhumorados, con sus míseros dramas y sus tiránicas necesidades biológicas, a los que la gravedad encadenaba sin remisión al despreciable suelo.

El recinto donde se hacinaba nuestra sección era angosto y largo como un desfiladero, estaba provisto de amplias cristaleras, por donde esa mañana se filtraba una luz mugrienta que ensuciaba las cosas, y desaguaba en el despacho de don Crespo, ante cuya puerta se desplegaba en un colorido abanico su harén de secretarias, por cuya última adquisición yo no tendría reparos en dar mi vida.

Alcancé mi puesto con cansancio. Me senté en la mesa y traté de poner un poco de orden entre los papeles que atestaban mi silla, pero sus dimensiones eran tan reducidas que pronto lo dejé por imposible. Tras el fallido intento, repasé los informes que debía ultimar ese día. Tenía que distribuir la carga de tres buques de distintas dimensiones, siendo el más pequeño de ellos el que debía albergar la carga más grande, un acervo de hortalizas, frutas, conservas y carnes en salazón que me obligaría a hacer verdaderos malabarismos si quería remeter todo aquello tras sus compuertas.

Dos largas horas me llevó cuadrar la carga en la diminuta bodega, intentando

contentar a todos nuestros clientes y proveedores. Terminé justo cuando los altavoces repartidos por la sala emitieron los primeros carraspeos de don Crespo, que tras aclararse la garganta tan ostentosamente como siempre, empezó a solicitar los informes. Yo agarré los tres que me habían correspondido con manos sudorosas, rezando por que alguno de ellos fuera uno de los boletos agraciados esa mañana, lo que me permitiría pasar junto a mi amada rumbo a su despacho.

*Dos. Use el pijama para dormir.*

Me había enamorado de ella nada más verla, refulgiendo al fondo de una mañana mortecina, en que la luz lo cubría todo como un sarro. Y todavía hoy me cuesta creer que el amor de los libros eligiese desempolvarme el corazón en una jornada tan desvaída. Pero así fue. Sin pistas, sin fanfarrias. Su aparición imprevista ante el despacho de don Crespo me dejó clavado durante siglos a la moqueta, absorto y lelo, a mí, que nunca he sido de talante enamoradizo, como una planta que para realizar con eficacia su fotosíntesis necesitara exclusivamente la luz de aquellos ojos angelicales que observaban mi pasmo con sorna. Entré en el despacho de don Crespo todavía flotando, y asentí a sus instrucciones mecánicamente, lo mismo estaba aceptando aparearme con su gata. Al salir, la vergüenza me impidió volver a mirarla. Esa noche me enfraqué en todo tipo de cábalas. Mi orgullo no me permitía aceptar que las causas del ensalmo en que me encontraba atrapado fuesen únicamente estéticas. ¿Respondían mis sentimientos a impulsos tan básicos? No lo creía. Estaba convencido de que debía haber algo más. Podía intuirlo al repasar su imagen, agazapado, inaprensible. Al despuntar el alba, cuando ya no lo buscaba, di con la clave: aquella secretaria estaba sentada en la silla y utilizaba la mesa para rellenar los informes. Era una anomalía tan evidente que no había reparado en ella. Sí, concluí, había sido eso. Había sido aquella valentía para llevarle la contraria a la vida lo que me había cautivado de ella.

A partir de ahí me esforcé en ocultar mis cartas, pero de nada sirvió. Aquella primera reacción mía no dejaba lugar a muchas dudas. Había sido una involuntaria declaración de principios. Tan solo me había faltado arrodillarme, estrangularle el anular con un anillo, pedirle hijos. Así lo habían juzgado sus compañeras, como no tardé en comprobar en mis sucesivas visitas. Era llegar y originar un plancton de primorosos cuchicheos, de risas apenas contenidas. El hombre melancólico de la sección K amaba a la loca que se sentaba en las sillas. Se adivinaba una boda histórica, ella de desafiante blanco en vez de negro, los invitados rociándonos de arroz en vez de harina, cosas así. Pero aunque el ambiente era de lo más festivo, nosotros continuábamos conduciéndonos con una gravedad tan aparatosa como estéril. Nos limitábamos a sostenernos las miradas el uno al otro. Seis o siete segundos de rutina suspendida. Luego como si nada. Nunca hubo más porque no

podía haberlo. No allí, no en aquellas condiciones, no entre un hombre tan apocado como yo, en el que ya empezaban a manifestarse los irreversibles efectos de tanto inhalar el grisú de la nostalgia, y una mujer enigmática que se limitaba a estudiarlo divertida. Así que yo no supe lo que ella pensaba de aquello. Ni tampoco si mis miradas le resultaban tan significativas como yo pretendía. ¿Servían de algo todas aquellas horas muertas ante el espejo, perfeccionando una mirada plena de sentido? Yo trataba de que mis ojos le hablasen de mí, que pudiese leer en mis pupilas que me gustaba Shakespeare, que solía perder paraguas con regularidad, que tenía miedo a volar, que aún conservaba el apéndice, que nunca había visto el mar. Lo que a ella le decían, lo supe luego.

Durante un tiempo, confié en la cafetería. Aquel amplio recinto donde al mediodía confluía el personal de todas las plantas se me reveló como el escenario propicio donde liberar el nudo de silencio que nos ataba. Una charla aparentemente casual en la cola de las bandejas, eso era cuanto necesitaba para desatascar la obstruida situación. La conduciría a la silla más íntima, y allí se lo contaría todo: que llevaba años aguardándola, que la imaginaba detrás de cada esquina, que la acariciaba en sueños. Que teníamos como misión amarnos, y dar con nuestro amor sentido al universo. Pero al tercer o cuarto día perdí toda esperanza. No es que Paula se dedicase a escoger siempre mesas que completaban sillas o conociese hábiles argucias para evitar la cola de las bandejas. Paula no llegaba a pisar el comedor. Ni antes ni después. Nunca. Sencillamente. Se diría que Paula no comía. Que se alimentaba del aire, de su propia locura.

*Tres. Siéntese en las sillas.*

En esas remembranzas consumí la mañana. Mañana en la que don Crespo no solicitó ninguno de mis informes, lo que significaba una nueva jornada sin ver a mi adorada, sin recibir la célica luz de sus ojos. Que la evolución de nuestro romance dependiera de la voluntad de un ser como don Crespo, cuya idea del amor era probablemente la casualidad de coincidir en la cama con la misma mujer que le servía la comida, constituía la mayor evidencia que había podido encontrar de que algo marchaba mal en el universo. Y yo solo podía mostrar mi disconformidad pateando con disimulo el archivador donde tirábamos la basura.

Además, aunque en apariencia no había prisa, aunque parecía disponer de toda la eternidad para enamorarla, yo me había propuesto esclarecer nuestro amor antes de la primavera, que era cuando me correspondía volver a la guerra, de modo que aquella demora me exasperaba. El mes que debíamos acudir al frente suponía siempre un trámite enojoso, tuvieses o no un proyecto de idilio entre manos, pues constituía una suerte de exilio de tu propia vida. Durante treinta largos días debías aplazar cualquier tarea para participar en una contienda cuyo significado, si alguna vez lo había tenido,

hacía mucho que todos habíamos olvidado. Se trataba ahora de pasártelo lo mejor posible emborrachándote en las trincheras, corriendo tras el enemigo o huyendo de él, dependiendo de cuál fuera el bando más numeroso, y disparando cuando nos lo ordenaban, intentando siempre que tu bala no tuviese la mala fortuna de dar en el blanco. El año pasado, Pacheco, un compañero de trincheras, había calculado mal el tiro y había herido en un brazo a un ginecólogo gordito del otro bando, por lo que hubo de pasar el resto de su servicio en el calabozo, pagando su descuido. Desde allí le había escrito unas cartas lacrimógenas llenas de disculpas. Por suerte, el ginecólogo le había quitado hierro al asunto, respondiéndole que esas cosas pasaban en la guerra, y rematando sus misivas con divertidas amenazas de muerte por si volvían a verse. Fue precisamente Pacheco quien me enseñó que a la guerra también se le podía encontrar un lado romántico con las hermosas cartas que escribía a su amada por las noches, en la hogareña intimidad de la trinchera, empresa que yo pretendía emular si el destino se prestaba a favorecerme. Lo sentí de verdad cuando me enteré de su muerte. Había tropezado con una raíz saliente en una incursión nocturna a territorio enemigo, y se había roto el cuello. Sí que era mala suerte morir en la guerra. De vez en cuando, movido por una especie de camaradería póstuma, yo iba a visitarlo al cementerio de los caídos, donde estaba enterrado junto a las cuatro o cinco bajas que hasta la fecha se había cobrado aquella enojosa contienda que no tenía visos de terminar nunca.

El timbre del almuerzo volvió a sonarme a burla. Bajé al comedor e ingresé en la cola de las bandejas con el ánimo por los suelos. Ese día el menú consistía en sorbete de limón, batido de chocolate y helado de mora. Resolví que lo mejor sería pasar de puntillas sobre las horas que quedaban, considerar el resto de la tarde como un informe más que debía cumplimentar para finiquitar el día y poder solicitar el siguiente, donde latía de nuevo la posibilidad de ver a mi dulce amor. Dispuesto a ello, eché un vistazo a las sillas que quedaban libres. Una vez me sirvieran la comida, debía elegir cuidadosamente el sitio donde sentarme: quería evitar a toda costa hacerlo junto a algún compañero de otra sección con el que tuviese que confraternizar. Aquello era algo que trataba de eludir desde que, un par de meses antes, me había visto involucrado en una conversación con un tipo de la sección L, la siguiente a la nuestra. Había olvidado su nombre, pero lo que no había podido olvidar por mucho que lo había intentado era su trabajo, consistente en aplicar las Leyes de Carga a los arrumajes de los buques. Según me explicó, la mayoría de los informes que les llegaban de la sección K se excedían en el peso estipulado o se quedaban cortos, por lo que ellos tenían que redistribuir la carga en las proporciones correctas. Era un trabajo complicado, y del todo inútil, reconoció con descarnada sinceridad, porque luego, los de la sección M volvían a redistribuirla para equilibrarla con el peso del combustible del carguero. Cuando se interesó por mi sección, le dije que yo

trabajaba en la sección R, pues se me antojó lo suficientemente alejada de sus dominios como para que no supiese qué hacían allí, pero esa noche, en mi apartamento, no pude dormir. No hice más que darle vueltas a la conversación. ¿Acaso no se ahorraría un paso si a los de la sección K se nos informaba de aquellas misteriosas Leyes de Carga para tenerlas en cuenta a la hora de componer los cargamentos? Creía que sí, por no hablar de la ventaja que nos supondría conocer el peso del combustible que podía llevar cada modelo de buque. Todo eso simplificaría nuestro trabajo. Pero fuera como fuese, aquella compleja maquinaria de la que yo no era más que un insignificante engranaje, giraba ajena a su propia complejidad, como siempre había hecho, y yo nada tenía que decir al respecto. Lo único que podía hacer era evitar a los compañeros de las otras secciones, en especial a los de la sección J, pues no tenía ninguna gana de descubrir en qué consistía el trabajo que luego yo debía deshacer.

En esas cábalas andaba cuando, al mirar distraído hacia la entrada, descubrí a Paula. Se encontraba inmóvil en mitad del ajetreo, un arcángel errabundo, una ninfa cosida a navajazos de mermelada de fresa. Y me miraba, me cegaba con la luz de sus benditos ojos. Por un momento, pensé que se trataba de una broma, que el hecho de que ella interpretase ahora mi papel, con lo que se me antojó una gravedad excesiva, era su forma de anunciarme lo patético que le resultaba mi cortejo, lo mucho que la irritaban aquellos solemnes escrutinios con los que yo me empeñaba en articular nuestro romance. Pero rechacé ese pensamiento al contemplarla abandonar la cafetería con una lentitud deliberada y sin dejar de mirarme por encima del hombro, un gesto en el que me pareció adivinar una invitación a que la siguiera. Abandoné la cola de las bandejas y me precipité en la dirección que ella había tomado, para descubrirla guardando turno ante los ascensores. Apresurando el paso, logré ingresar en la misma cabina que Paula, y durante las cinco plantas que nos separaban del vestíbulo, inmovilizados entre otros muchos pijamas, pudimos mirarnos desde una distancia inédita, entregarnos a nuestro ritual en una cercanía íntima y mareante que nos permitía ahogarnos en los ojos del otro, olernos los sueños, bebernos el alma. Era la distancia perfecta para requerirle con voz dulce un juramento de amor, y oírla responder que me lo entregó antes de pedírselo, y que aún quisiera dármelo de nuevo. Las puertas se abrieron antes de lo deseado, ofreciéndonos un largo pasillo obstruido de pijamas entre los que se me hizo difícil no perderla. Seguirnos por las entrañas del edificio resultaba romántico y divertido, pero cuando desembocamos en el vestíbulo y ella enfiló resuelta hacia la salida, experimenté un vértigo semejante a la embriaguez.

*Cuatro. No tome el autobús  
si puede llegar antes a su destino caminando.  
Descubrirá cuánto tiempo ahorra.*

El cielo que nos esperaba fuera parecía hecho de alpaca. Seguí a mi amada un par de calles entre el desconcierto y la excitación, con las solapas del pijama bien alzadas contra la rabia del frío, hasta que finalmente ella se detuvo ante un portal. No lo franqueó hasta asegurarse de que yo había ganado la distancia suficiente para no perderle la pista. ¿Y ahora? Dudé entre seguirla o darme la vuelta y regresar al edificio de la empresa, guarecerme en aquel mundo predecible donde no existían portales que condujesen a lo desconocido, hacerle entender que no estaba para aventuras. Pero comprendí que no tenía elección: había sido yo quien había iniciado aquello, y no podía abandonar ahora que Paula había decidido continuarlo. Avancé hacia el portal con paso calmo, preparándome para cualquier cosa. Descubrí que se trataba de una pensión, y no supe si sentir alivio o decepción ante lo prosaico que se adivinaba el desenlace de la cacería. ¿Iba a ser el triste camastro de una fonda el destino de nuestra romántica aventura? ¿Pretendía Paula contentarme con una entrega apresurada en la hora del almuerzo, librarse de mí calmando mi sed de una sola vez? Pero a mí me embargaba una sed milenaria, difícil de aniquilar entre las sábanas, con unas cuantas caricias de compromiso. Yo tenía sed de ella, de toda ella. Una sed que Paula únicamente podría apagar dedicándome el resto de su existencia.

Fue la esperanza de poder enmendar la situación, de poder convertir el encuentro que se avecinaba en algo más que una gestión venérea, lo que me hizo aventurarme en la oscuridad del portal. El diminuto vestíbulo de la pensión se encontraba desierto. Al fondo, una escalera se desvanecía en la penumbra como un traidor. Remonté sus peldaños con unos andares elásticos que se me antojaron tan ridículos como excesivos, y enseguida desemboqué en un corredor pobremente iluminado, cubierto por una alfombra grasienta, donde pisar se volvía un arte, y poblado de puertas que necesitaban tantas manos de pintura como días le quedaban al mundo. Todas se encontraban cerradas, salvo la última. De ella emanaba un olor agradable y familiar al que no lograba dar nombre, pero que por alguna razón me hacía evocar el verano en aquella tarde invernal.

Enseguida comprobé que el lugar de nuestra cita era un cuarto reducidísimo. Paula se encontraba de espaldas en una de sus esquinas, atareada en lo que parecía un pequeño hornillo. «Siéntate», ordenó sin volverse, iniciando nuestro idilio de una forma excesivamente prosaica. Y aunque yo hubiese preferido que me extirpara el nombre para bautizarme con un «amor mío», me encogí de hombros algo apenado por su destemplanza e intenté obedecerla. Busqué un lugar para sentarme, pero solo vi dos sillas. Tras un momento de duda, me animé a sentarme en una de ellas, ya que nada me costaba seguir su juego. Traté de adaptarme al asiento con la mayor naturalidad, fingiendo una actitud cosmopolita que esperaba fuese valorada como correspondía. Dado que ella continuaba absorta en su tarea, repasé de nuevo la habitación, por si sus mezquinas dimensiones habían crecido en los últimos segundos,

pero la estancia seguía obstinada en su angostura de cubil. Aunque al menos contaba con un gran ventanal en una de las paredes, lo que evitaba que la sensación de claustrofobia fuese completa. El inconveniente era que, sobre la línea descabalada de los tejados, la impresionante mole del edificio Ródenas & Hijos parecía vigilarnos. Paula debería haber pensado que tal vez lo que a ella le producía morbo a mí podía cohibirme. Aunque también pudiera ser que yo me hubiese precipitado en mis conclusiones. En una de las esquinas del cuarto se adivinaba una cama plegable, y el hecho de que estuviera allí arrumbada en vez de dispuesta y obsequiosa en el centro de la habitación, desdibujaba los perfiles de nuestro encuentro.

Volví a mirar a Paula con cierta alarma. ¿Cuál sería su siguiente movimiento? ¿Dolería? A juzgar por el perezoso giro de su muñeca, y por el olor que inundaba la estancia, un olor que mi mente seguía asociando al verano, su objetivo se adivinaba estrictamente culinario. Pero ¿me había convocado allí para deslumbrarme con sus dotes de cocinera? Era más lógico pensar que me había traído hasta aquel lugar para envenenarme personalmente.

Esperé con el alma en vilo. Un par de minutos después, ella se volvió, sonrió afectuosamente ante la desmañada postura con que yo me esforzaba en encajar en la silla, y se acercó a mi lado para ocupar la otra. Lo hizo de un modo mucho más natural, a pesar de que portaba una bandeja con dos tazones de caldo humeantes. Tuve que reprimir una mueca piadosa ante la extravagancia. Comida caliente en invierno. ¿Qué sería lo próximo? ¿Emparejar los calcetines para encontrarlos con mayor facilidad? Depositó la bandeja en el suelo con infinito cuidado, tomó uno de los tazones y me lo ofreció con un gesto solemne. Yo lo recibí con la misma ceremonia, y nada más tomarlo, sentí el calor beatífico de la taza propagándose por mis yemas. Me sorprendió descubrir cómo aquella sensación, tan irritante en verano, resultaba ahora enormemente placentera. Mi reacción hizo que la sonrisa de Paula creciera un poco más. Se llevó entonces su taza a los labios, animándome a emularla. Y lo hice sin vacilar, mirándola a los ojos, demostrándole con aquel gesto que estaba dispuesto a secundarla en todo cuanto tuviese a bien proponer con la misma fe ciega. Si después tocaba arrojarse por la ventana, lo haría, siempre que fuese cogido de su mano y guiado por su sonrisa. El primer sorbo de caldo me escaldó la lengua y me apuñaló la garganta, forzándome a componer una mueca de dolor poco viril. Un contratiempo que me hubiese hecho claudicar de no ser por el regocijo con que mi compañera de viaje pareció celebrar aquel escollo de la travesía y por lo que la escena parecía tener de bautismal, de obligado rito de iniciación. Continué por tanto apurando yo también mi cuenco, y no tardé en acostumbrarme a sentir aquel tránsito abrasador por la garganta, incluso empecé a encontrarlo tan reconfortante como parecía antojársele a ella. Los sorbos siguientes, ávidos y expresivos, fueron cartografiando mi garganta, recorriéndola en una caricia lenta y amorosa, y el calor se



fue extendiendo por todo mi cuerpo tan minuciosamente que tuve la impresión de que en algún momento el caldo ingerido había despreciado el cauce que lo conducía a mi estómago y descubierto alguna rendija por la que alcanzarme el alma, en cuyos dominios había irrumpido dispuesto a exterminar la memoria del invierno. Fue una ceremonia que pareció durar siglos, y la coartada perfecta para disfrutar en silencio de su belleza, para abismarme en sus ojos mientras el tazón me robaba la expresión de la boca como el pañuelo de un bandido. Cuando acabamos, depositamos los cuencos vacíos en la bandeja, y sin dejar de contemplarme con aquella sonrisa de satisfacción que le había ido germinando en los labios a medida que comprobaba mi devoto servilismo, Paula se decidió al fin a romper el silencio que durante dos semanas habíamos construido con tanto esmero.

*Cinco. Tome caldo en invierno.*

Hoy me resulta curioso situar en aquella escena tan inofensiva el comienzo de la revolución, aceptar que compartir un caldo nos llevara a intentar cambiar el mundo. Pero no se me ocurre fijar su comienzo en otro momento más que aquel, por mucho que todavía tuviesen que pasar semanas para que la palabra «revolución» se inmiscuyera por primera vez en nuestras conversaciones. Aquella tarde, mi única pretensión era iniciar oficialmente un romance que se me resistía. Y Paula tampoco parecía albergar ambiciones más elevadas que la de hacerme admitir que tomar caldo en invierno resultaba mucho más lógico que en verano.

Tanta insistencia logró aturdirme. Había arrimado su silla más a mí y me contemplaba con extrema gravedad, esperando mi corroboración. Yo acabé por asentir. ¿Y las sillas? ¿No resultaba acaso más cómodo sentarse en las sillas que hacerlo sobre las mesas? Volví a asentir, lo que provocó que se levantara bruscamente y comenzara a dar jubilosas vueltas por el cuarto, exclamando que sabía que yo no podía fallarle, que había vislumbrado en mi mirada el alma de un igual, de un posible aliado. No me agradó demasiado descubrir que me consideraba una persona tan loca como ella, que había confundido el amor de mis pupilas con una especie de reconocimiento, de invitación a la hermandad. Resultaba desolador: tanto ensayo ante el espejo para transmitirle finalmente una casta señal de afinidad. Contemplé su repentina danza sin saber qué pensar. Íbamos a compartir cosas, al parecer, pero no el tipo de cosas que yo deseaba. No íbamos a compartir las incógnitas de nuestros corazones, ni el estrecho somier del catre arrinconado en la esquina. Íbamos a compartir los pequeños placeres de llevarle la contraria a la vida, como sentarnos en sillas y hartarnos de caldo mientras durase el invierno.

Esa tarde no hubo tiempo para más. Un vistazo al reloj la obligó a replegar apresuradamente la carpa de su entusiasmo, y regresamos a la oficina casi a la carrera, intercambiando de tanto en tanto alguna mirada cómplice que otorgaba a

nuestra modesta fuga tintes de aventura épica. Arribamos al edificio sin resuello y ocupamos nuestros puestos al filo de la hora, para continuar con lo que pronto se me antojó una burda comedia. Durante el resto de la tarde, la extraña escena del hostel no dejó de darme vueltas en la cabeza, como en una pesada digestión. Aquel episodio tan difícil de asimilar me había permitido entrever una realidad diferente a la que habitaba, una posible alternativa al modo de vida triste y absurdo que había llegado a aceptar como el único posible. Y debió de ser esa constatación la causa del extraño desasosiego que me acompañó durante el resto de la jornada y que tan solo empezó a remitir una vez en casa, cuando el episodio del caldo comenzó a resultarme tan idílico y extravagante que resultaba casi imposible otorgarle alguna continuidad. Mientras me quitaba el pijama y me vestía para dormir, no cesé de recordar el incidente, intentando descubrir a través de aquel torrente de palabras exaltadas en qué tipo de empresa nos disponíamos a engolfarnos Paula y yo. Tardé años en escoger una corbata que combinase con el traje, y siglos en anudármela al cuello. La lazada de los zapatos fue un tributo a la eternidad. Luego, una vez en la cama, el entreacto del caldo empezó a antojárseme irreal, como si lo hubiese soñado en una cabezada durante la comida.

El día siguiente se me planteó como un absoluto misterio. Por primera vez en mucho tiempo, resultaba difícil adivinar lo que me depararía la jornada. Y mi inquietud cobró tales cotas que durante el trayecto en autobús empecé a sentir una profunda añoranza de los días tediosos pero imaginables que hasta aquella mañana habían modelado mi existencia. Me resultó triste y humillante descubrir que ansiaba como nunca el abrazo de la rutina, el dulce tirón de su sabida corriente, e intenté convencerme de que no me disponía a hacer otra cosa que vivir los sueños que había incubado durante las dos últimas semanas. Y qué clase de soñador era yo, si podía saberse, que se espantaba de que los sueños se le hicieran realidad. Atravesé el vestíbulo de las oficinas dándome ánimos y tratando de imaginar mi posición en la gesta que Paula había tramado. Cuando don Crespo, como no podía ser de otra forma, solicitó uno de mis informes, mi angustia se tradujo en una progresión de calambres en el estómago. Dado que todavía no había resuelto cuál debía ser mi reacción al enfrentarme a Paula bajo las nuevas circunstancias, caminé hacia ella pálido y sudoroso, intentando decidir entre representar mi papel de siempre o irrumpir en el despacho de don Crespo sin dedicarle una sola mirada. ¿Qué esperaba ella de mí? ¿Un significativo alzamiento de cejas o algún otro gesto de complicidad que desconcertara al auditorio? Finalmente, al alcanzar su mesa y observar cómo mis pies encallaban de golpe en la moqueta, comprendí que algunas costumbres son invencibles. Tragué saliva y giré el acalorado rostro hacia mi amada, como llevaba siglos haciendo. Y por primera vez, Paula no levantó la cabeza para mirarme. Siguió con su tarea, ignorándome, ignorándonos, ignorando el confeti de cuchicheos que se

fue posando lentamente sobre nuestros hombros. No supe qué hacer más que seguir allí plantado, suplicando una mirada que me desgarrara de la tierra, que me concediera de nuevo el preciado don del movimiento. Y fue una espera larga y vergonzosa, un duelo de voluntades que arrancó suspiros a la platea. Hasta que deshice mi envaramiento y me refugié con un par de veloces zancadas en el despacho de don Crespo, quien ya empezaba a echarme en falta. Luchando por asimilar lo sucedido, asentí mecánicamente a sus indicaciones, que perfilaban un mundo que más que nunca se me reveló ajeno e irritante. Aun así, deseé que aquellas observaciones nunca terminasen, que don Crespo me retuviese allí dentro por siempre, acunándome con su voz de barítono. Pero acabó por despacharme con una palmada fraternal, que aclaraba que a don Crespo le costaba imaginar que sus empleados tuviésemos más preocupaciones que las de consagrarnos a buscar la perfección de aquellos malditos informes, y como no era cosa de continuar allí ante él, observándonos desconcertados en el silencio, tuve que abandonar su santuario y cruzar por entre las secretarias con la cabeza gacha, vencido y espectral. De nuevo en mi mesa, ocupé todas mis neuronas en la tarea de explicar el desabrido comportamiento de Paula, pues de lo contrario dudaba mucho que pudiese seguir viviendo en un mundo tan contradictorio. Fueron dos horas espantosas, pero para cuando sonó el timbre del almuerzo mi ánimo había experimentado una notable mejoría. Había concluido en que Paula y yo teníamos un secreto, que así quería ella distinguir nuestra cita en la pensión, embozando nuestra historia para prestigiarla con el aire excitante de lo clandestino.

Yo seguía, sin embargo, sin saber qué pasos dar. Bajé al comedor y aguardé tontamente en la cola de las bandejas, como esperando una señal. Pero mi ángel no apareció para guiarme. ¿Estaría esperándome en la pensión? Harto de dejar correr el turno como un estúpido, abandoné la cafetería para dirigirme a la calle, un poco cansado ya de los numerosos sobreentendidos de nuestra relación. En la calle, el aire helado me obligó a subirme las solapas del pijama. El vestíbulo de la pensión me resultó enormemente acogedor. Permanecía desierto. ¿Se hallaría Paula arriba? Solo tuve que remontar la escalera para que el aroma del verano respondiese a mi pregunta.

Paula se encontraba en la habitación del fondo, vestida para dormir, con una falda larga bajo la que despuntaban dos tacones generosos. Su pijama de oficina estaba cuidadosamente doblado en una esquina del cuartucho. Tomamos el caldo en el mismo silencio devoto del día anterior. Cuando, al terminar, Paula arrastró el camastro al centro de la habitación, comprendí que mis pobres intentos por ocultar la erección que había conjurado su vestido de cama habían resultado fallidos. Mientras la observaba retirar el embozo, maldije mi falta de previsión por no haberme traído el traje de cama, lo que me obligaba a tomarla envuelto en mi pijama. Paula merecía que la amase con el esmoquin más caro que pudiera conseguir. Entonces, para mi

asombro, ella procedió a liberarse de sus ropas. Y la habitación pareció inundarse de carne, estremecerse de piel, desgarrarse de Paula. Contemplé atónito su repentina desnudez. Era la primera vez que veía desnuda a una mujer, y no sabía mirarla. Estudié, entre el pasmo y la gula, los volúmenes, las proporciones, la elástica sabiduría con que aquellas piezas de mujer, entrevistas siempre por separado, adivinadas siempre bajo tela, se fundían ahora en un paisaje mayor. Admiré la soltura plástica de sus senos, el doloroso avasijamiento de la cintura, el plácido remanso de la cadera, la lana nocturna del pubis, los animalitos de los pies. Admiré aquella ecuación de maravillas que se resolvía en Paula, con quien nada era como yo sabía, con quien todo resultaba justo al revés. Se me acercó lenta, ilusoria, flexible, decidida a conducirme por los caminos de cabras de su locura, quisiera yo o no. Sus manos desabotonaron, apartaron, buscaron, me devolvieron a mi estado natural sin que yo pudiera oponer resistencia. El pijama cayó al suelo con estruendo de coraza, y ella abrazó mi desnudez inédita y yo abracé la suya abrazada a la mía abrazada a la suya, y el universo se redujo a Paula, solo a Paula, a su abrazo carnívoro y caliente, a su respiración azul, a su olor más profundo, a su piel diluyéndose en la mía. Aquella comunión de carne me arrastró a una bonanza deliciosa, y quise que el mundo parase ahí, que la vida se detuviese en ese instante, como si hubiese encontrado lo que buscaba. Hundiendo los dedos en su espalda como raíces sedientas, la apreté aún más contra mí, tratando de apurarla sin saber cómo, de absorberla a través de cada poro, Paula en vena, hasta perder mis límites y creer que mi cuerpo continuaba en el suyo, que a su vez proseguía en el mío, que éramos una aleación, un mismo fuego brusco, un laberinto de carne sin principio ni fin donde se perdía el deseo. El camastro nos recibió con un crujido de hojarasca. Sin tela de por medio, fue saberla en un empalago de intimidad, en una borrachera de piel. Y supe que aquello era lo correcto, que para amar no era preciso vestirse, que resultaba mucho más placentero desnudarse, y supe también, mareado y sin aire, que no resistiría tal sobrecarga de dulzura, que algo en mí se rompería, hasta que el alma me rebose como una marmita que hierve.

No somos más que el resultado de las personas que conocemos, atiné a pensar mientras Paula se ovillaba a mi lado, pues ahora me descubría como un instrumento desafinado que solo ella podría afinar. Tras la ventana se erguía la torre de Ródenas & Hijos, aquel túmulo de acero donde se moría en silencio. En ese momento, el sol destellaba sobre las cristaleras de la planta quinta, pero a medida que transcurrían los minutos empezaba a deslizarse como una caricia lenta por los pisos superiores, donde yo solo me había aventurado con mi imaginación. Para mí, aquella docena de plantas representaban el paraíso, pero para Paula simbolizaban el infierno, a juzgar por cómo se refirió a quienes trabajaban allí. El brillo de sus pijamas de seda, sus pulcros peinados, los hipnóticos efluvios de sus perfumes... Eran mis palabras, pero ahora no

las sustentaba mi tono rayano en la devoción. Todo lo contrario: las sustentaba una aversión casi infantil. Paula odiaba a aquellos arcángeles de porcelana que acataban la vida sin siquiera plantearse, aunque solo fuera por un segundo, si esta podía vivirse de otra manera. Aquel odio se me antojó tan caprichoso como el que yo sentía por Solera, y no pudo sino conmoverme, pues me demostraba que Paula era tan humana como cualquiera. Como todos, también mi amada necesitaba alguien a quien odiar tanto como necesitaba alguien a quien querer.

Cuando se durmió, dejé que mi mano errara por su cuerpo, lenta y azarosa, inventando sus caminos, como una gota de lluvia resbalando por la hoja de una palmera. Y mientras la acariciaba, me pregunté ociosamente qué sueños podría componer una mujer como ella, si merecía la pena el esfuerzo de soñarlos, cuando su vigilia ya resultaba un sueño insuperable.

*Seis. Desnúdese para amar.*

Convertimos el cuartucho de la pensión en nuestro centro de operaciones. Paula parecía empeñada en construir entre aquellas cuatro paredes un mundo propio, un mundo que trataba de corregir el mundo de fuera. Allí fomentábamos la locura con regocijo de niños traviosos: nos sentábamos en sillas, nos hartábamos de caldo, nos vestíamos con trajes por el placer de desnudarnos luego el uno al otro.

Yo llevé mi gastada edición de *Romeo y Julieta* de Shakespeare, y la leímos juntos, reanudando siempre la lectura donde la habíamos dejado la vez anterior, lugar que señalábamos doblando excitados las esquinas de sus páginas. Así, en tan solo un par de tardes, supimos del trágico final de los enamorados. Pero el hecho de que tanto Romeo como su amada, y el resto de los Capuletos y Montescos se sentaran en sillas y escribieran en las mesas, pareció emocionar a Paula casi más que la desdichada historia de los amantes de Verona. Con expresión de iluminada, utilizó mi querida obra de Shakespeare para avalar su extravagante comportamiento. Sentarse en las sillas era lo correcto, lo lógico. En aquellas páginas tenía la prueba. Así era como se hacía en el pasado. Pero eso no significaba que fuese lo correcto, protesté yo. En el pasado los ricos tenían esclavos, se realizaban sangrías a los enfermos, se prohibía votar a las mujeres... En el pasado se hacían cosas ilógicas. ¡El pasado era absurdo! Paula intentó rebatir mis palabras, pero yo siempre encontraba otro ejemplo que ilustraba mi teoría, y poco a poco se fue abismando en un silencio pesaroso. Solo de tanto en tanto repetía, como para sí: esta no puede ser la forma correcta de hacer las cosas, esta no puede ser... Al verla tan abatida, me arrepentí de mi comportamiento. En el fondo, ¿qué ganaba yo defendiendo nuestra forma de hacer las cosas? Lancé un suspiro y opté por darle la razón. Eso la hizo emerger de su trance y trajo de nuevo una sonrisa a sus labios.

Tan mal me sentía por haberle llevado la contraria, que decidí regalarle un

ejemplar de *Romeo y Julieta*, pero estaba visto que mis intentos románticos no contaban con el apoyo del mundo. En ninguno de los establecimientos que visité vendían libros, y mucho menos de Shakespeare. Encontré, sin embargo, un mapa de la ciudad, y pasamos una tarde inolvidable comprobando si era posible trazar rutas más directas entre las paradas de los autobuses, ella con un rotulador rojo y yo con uno verde, hasta que dejamos el mapa ilegible de tanto perseguirnos a escala. Y encontré también un bloc de dibujo, en cuyas espaciosas páginas comenzamos a anotar con una sonrisa de superioridad todo cuanto podía mejorarse en el mundo de los otros. Las propuestas de Paula se me antojaban disparatadas al principio y después lógicas, y movido por su entusiasmo, yo también comencé a realizar mis pequeñas aportaciones. Inspirado por ella, miraba de frente el mundo en que vivía y descubría erratas en todas partes, errores que subsanar entre risas.

Debo confesar que al principio lo hice porque a ella la hacía feliz verme comulgar de sus creencias, y para mí no era más que un juego divertido, pecaminoso, doblemente excitante porque debíamos realizarlo en el mayor de los secretos. Yo no estaba loco, solo estaba enamorado. Pero a medida que pasaban los días, se me hacía más desagradable el regreso al universo auténtico, a sus raciones de helado, a sus guerras sin bajas, a sus complejos desayunos. En comparación con aquel, nuestro mundo me resultaba cada vez más sensato. Sentado de nuevo en mi mesa, intentando orientarme entre los papeles amontonados en mi silla, me sobrevinía la incómoda certeza de que nos encontrábamos en una realidad, si no falsa, sí errónea. Habíamos corregido los absurdos comportamientos del pasado, pero habíamos construido un presente todavía más absurdo, me dije contemplando aquellos informes que no servían para nada.

Imagino que fue inevitable, que alcanzamos un punto donde todo parecía dispuesto, donde la realidad se escindía en un único sendero. Pero lo cierto es que Paula poseía la materia prima de los sueños, y si algo sabía hacer yo en la vida era manufacturarla. De manera que, tras amarnos, con el sol del mediodía velando nuestros cuerpos exhaustos, nada podía evitar que la voz se me volviera aérea, y que mis palabras flotasen por el cuarto en un delirio de polen, dibujando sobre el aire un mundo nuevo, un mundo donde se durmiese en pijama, donde se desayunase en casa, donde cada establecimiento se encargara de vender un artículo determinado, donde la guerra fuera cuestión de semanas porque todos habíamos acordado dispararnos unos a otros... Con una sonrisa apacible, Paula se apretaba contra mí y se dejaba acunar por mis palabras de trovador camastral, y eran aquellos roces la leña que hacía rugir el fuego en el que ardía mi alma, convirtiéndome inevitablemente en un arriesgado arquitecto de quimeras.

Pero lo cierto es que ninguno de los dos sospechamos nunca que aquellas charlas tontas pudieran constituir el germen de la revolución. Sin embargo, fuimos incapaces

de sustraernos al romanticismo que nos envolvía mientras vigilábamos el mundo de fuera a través del ventanal con una expresión de decepción en los labios.

Era tan tentador cambiarlo. Tan romántico intentarlo.

*Siete. Si regenta una tienda, coloque en la entrada un cartel.*

El lunes elegido para cambiar el mundo amaneció ceniciento y frío, como una advertencia de que cualquier empresa que se llevase a cabo ese día estaba condenada al fracaso. Un viento gélido purificaba las calles desiertas, emitiendo unos silbidos exageradamente siniestros. Con la ciudad todavía dormida, el mundo parecía un escenario sin recoger tras la última función. Y daba la impresión de que todo acto que se realizara bajo aquellas condiciones tendría inevitablemente el regusto de lo clandestino. Así que la sospechosa estampa de un tipo resguardado en el portal de su edificio, con una saca de octavillas a la espalda y el semblante almidonado por la tensión, resultaba casi obligada. Yo esperaba la llegada de Paula para comenzar la revolución. Y su demora me preocupaba. Apenas disponíamos de una hora escasa para hacer el reparto, antes de incorporarnos al trabajo, y cada segundo era precioso. Los buzones de toda la ciudad esperaban la revelación de nuestras palabras. No había tiempo que perder.

Recordé el entusiasmo de Paula mientras trazábamos el plan, cómo se intensificó el brillo de sus ojos a medida que mi ocurrencia dejaba de parecerle un juego y se volvía algo más serio. Ya estaba bien de observarlo con condescendencia, sentenció de golpe. Había llegado el momento de pasar a la acción. Iniciaríamos una revolución. Cambiaríamos el mundo. Era nuestro deber. Puede que no fuésemos los únicos en advertir que había algunas cosas que corregir, pero era evidente que éramos los únicos dispuestos a corregirlas. Y resultaba hermoso imaginarse a nuestros vecinos estudiando nuestra propuesta, asintiendo gradualmente con la cabeza al tiempo que una sonrisa de comprensión florecía en sus labios. ¿Cómo habían estado tan ciegos?

Mientras esperaba, me estudié en la luna del zaguán: el nudo de la corbata impecable, el traje cepillado de arrugas, los zapatos delatando mi insomnio con su excesivo lustre. Resultaba extraño, a la par que divertido, descubrirme con el traje de dormir en un espejo distinto al de mi dormitorio. Pero aquel había sido uno de los requisitos que Paula y yo habíamos acordado, un detalle que venía a reforzar aún más el romanticismo de nuestra cruzada. Consulté el reloj y volví a examinar la calle a través de los vidrios del portal. ¿Dónde estaba Paula?

Extraje una octavilla de la saca y la contemplé con orgullo. Por suerte los de la imprenta no habían preguntado nada. Se habían limitado a consultarme sobre el molde de letra y el color del papel sin ni siquiera detenerse a leer su contenido. Volví a releer el provocador llamamiento de la entradilla, corroborando el tono exaltado y

apremiante que Paula y yo habíamos intentado transmitir, y saboreé la lucidez oculta en los nueve puntos siguientes, que esperábamos aumentar en próximos manifiestos. De momento, nueve eran más que suficiente. El naranja chillón de la octavilla había corrido de mi cargo.

¿Qué retrasaría a Paula?, volví a preguntarme mientras jugaba con el panfleto. Mis ojos se posaron entonces en el buzón de Sorela, mi remilgado vecino. Si por alguien debía comenzar el reparto, era sin duda por Sorela, el tipo más integrado en el sistema que conocía. Doblé el folleto y lo eché por la ranura con una sonrisa irónica, imaginando su repulsa al leer aquella extravagancia. Solo por eso merecía desperdiciarse una octavilla.

Fue entonces cuando la puerta del portal se abrió con brusquedad y una Paula jadeante pasó al interior, acompañada de una ráfaga polar que devoró la provisión de calor del vestíbulo. La observé con cierta sorpresa, porque venía en pijama, en vez de vestir el traje de dormir, como habíamos convenido. Ella me dedicó a su vez una mirada extraña, en las pupilas algo parecido a un rastro de angustia. Traía los labios temblones y los ojos enrojecidos, como si le hubiesen removido el alma durante la noche. Resultaba evidente que no había dormido demasiado. Antes de que pudiera preguntar, acercó una mano a mi mejilla y trazó una caricia borrosa. Luego me abrazó con desesperación, y mis brazos se apresuraron también a estrecharla. Y así, sus labios contra mi oreja, vaciándose en susurros, como si se avergonzara de ello, me rogó que no siguiéramos adelante, que nos olvidáramos de todo, que dejásemos las cosas como estaban, que no creía que un mundo donde se durmiese en pijama y solo se comiese helado en verano y la gente muriese en la guerra fuese necesariamente mejor que el que ya teníamos.

Cuando se le agotaron las palabras, solo quedó su respiración, compungida y grana. Se separó de mí con una laxitud de hoja de otoño, y mis brazos la fueron entregando al aire con la impotencia del árbol. No quiso mirarme. Corrió calle abajo, envuelta su huida en el espíritu trágico de aquella amanecida sucia. La contemplé desaparecer con sus palabras calentándome el oído. Y me descubrí entonces rígido y desorientado en el espejo, ridículo con el traje de dormir y aquella saca de panfletos idiotas al hombro. Sí, una cosa era jugar a cambiar el mundo en el cuarto de una pensión, soñar con una vida sin desperfectos, y otra creernos en el derecho de remediarlo en nombre de todos. Salí a la calle y arrojé la saca al contenedor más próximo. Luego subí a mi apartamento, me puse el pijama y bajé a la parada del autobús, donde ya habían empezado a amontonarse otros trabajadores también en pijama.

La mañana transcurrió sin sorpresas hasta que don Crespo solicitó uno de mis informes. Me levanté y caminé lentamente hacia su despacho, intentando decidir cómo actuar al llegar a la mesa de Paula. Habíamos acordado acabar nuestra



revolución antes siquiera de empezarla, pero ¿era eso lo único que habíamos decidido terminar? No lo sabía, aunque confiaba en que Paula respondiera a aquella pregunta con alguna mirada que yo pudiera descifrar. Sin embargo, cuando llegué hasta su mesa, la encontré vacía. Alguien se había llevado sus papeles y objetos personales, borrando todo rastro de ella. Era como si nunca hubiese estado allí, como si fuera un producto de mi imaginación. Durante varios minutos, me limité a contemplar la mesa vacía entre el desconcierto y la incredulidad, mientras oía a mis espaldas las risitas de sus compañeras. Finalmente, una de ellas se apiadó de mi desorientación y me informó de que a Paula la habían ascendido. Desde esa mañana trabajaba en la sexta planta. Tras decir aquello, me contempló en silencio, estudiando con regocijo mi reacción, que no fue otra que la de asentir confusamente, romper mi parálisis y regresar a mi mesa dando tumbos, con el informe de don Crespo todavía en la mano.

Esa tarde, en el cuartito de la pensión no encontré a nadie. Me senté en una de las sillas y dejé transcurrir el tiempo del almuerzo contemplando con melancolía la sexta planta del edificio Ródenas & Hijos, en cuyas cristaleras centelleaba el sol. Me preguntaba si Paula seguiría sentándose en las sillas allí dentro, si continuaría llevándole la contraria al mundo, ahora que formaba parte de aquel grupo de personas a las que la vida parecía velar con mayor mimo. Creo que ningún personaje de Shakespeare llegó a sentirse nunca tan desdichado.

*Ocho. Reanude la lectura de los libros donde la dejó la vez anterior (para ello puede doblar la esquina de la página).*

Pero la revolución que Paula y yo habíamos planeado comenzó al día siguiente, para bien o para mal. Era un martes invernizo y anubarrado, en el que un manojo de lianas de sol colgaba hacia el suelo por entre los rotos de las nubes con un celo simbólico que se me antojó excesivo. Nos encontrábamos arracimados en la parada del autobús como todos los días, con las solapas del pijama bien alzadas contra las mordeduras del frío y dispuestos a batallar por un asiento. Cuando el autobús llegó, tan cansado y jadeante como siempre, empezaron los codazos. Esa vez no logré conseguir asiento, y encajonado entre otros pijamas tan desafortunados como yo, antes de aplicarme a los malabarismos del desayuno, busqué con la mirada a Solera, para confirmar que, como siempre, mi remilgado vecino había conseguido asiento. Le dediqué la tradicional mirada de odio y volví a lo mío, pero con la sensación de que había algo anormal en Solera. Alcé los ojos de nuevo hacia él, intentando descubrir qué era lo que no encajaba. Rodeado de pijamas atareados en desayunar, Solera destacaba como un oasis de calma. Tenía las manos pacíficamente entrelazadas en el regazo, y una ligerísima sonrisa de superioridad en los labios. Parecía como si hubiese desayunado en casa. Fue entonces cuando reparé en el papelito anaranjado que sobresalía del bolsillo del pecho de su pijama.

*Nueve. Cuando acuda a la guerra, intente matar a sus enemigos.*

# EL ERROR

Rosa Montero

**Rosa Montero** (Madrid, 1951) es junto a Ana María Matute la escritora *mainstream* que más y con mejores resultados se ha acercado en España al género fantástico. Reportera, articulista, ensayista, autora de libros infantiles y ganadora de premios tan distintos como el Primavera, el Qué Leer o el Nacional de Periodismo, tiene en su haber trece novelas, dos de las cuales se han convertido con los años en imprescindibles desde el punto de vista del género: una, la *Historia del Rey Transparente* (Alfaguara, 2005), es un pequeño gran hito de la fantasía épica española; la otra, *Lágrimas en la lluvia* (Seix Barral, 2011), es una distopía dickiana que homenajea claramente a *Blade Runner*, pero que va mucho más allá. A partir de su tecnohumana detective Bruna Husky, Montero explica en ella una historia de amor y muerte que es habitual en su literatura realista, pero que en este caso se ambienta en el Madrid de 2019, inmerso en una conspiración racista y amenazado por revisionistas que anhelan reescribir los archivos de la memoria. Replicantes al margen, faltarían aún cinco años para evitarlo...

En «El error», y a no mucha distancia de *Lágrimas en la lluvia*, Montero ofrece un breve zarpazo a quienes todavía creen que se encuentran a salvo de los manipuladores. El relato, publicado en agosto de 2009 en el suplemento veraniego de *El País*, seguía inédito en formato libro, y debido a ello *Mañana todavía* no podía desperdiciar la oportunidad de incorporarlo. Es una prueba más de cómo los autores y lectores generalistas siguen rompiendo el estigma frente al género. Mientras nos quede memoria, valdrá la pena recordarlo.

El sensor pitó y las puertas transparentes se cerraron delante de ella con un siseo neumático. Alma se las quedó mirando con esa expresión estúpida que el estupor provoca. Estiró el brazo y volvió a arrimar su ordenador de muñeca al ojo rojizo del sensor, pero no pasó nada. No puede ser, se dijo. No me puede estar sucediendo esto a mí.

—Perdone, pero está bloqueando la entrada —dijo una voz de hombre a sus espaldas.

Alma se volvió. Era el típico ejecutivo. Traje elegante, buenos periféricos. No muy distinto a ella.

—Es un error —explicó con una sonrisa nerviosa, mientras seguía intentando que el aparato la identificara.

—Si carece de autorización, deje pasar —insistió el tipo.

—¡No carezco de autorización! ¡Le estoy diciendo que es un error! —chilló Alma.

Inmediatamente supo que se había excedido. El hombre y la pequeña cola de personas que había detrás de él la miraban en un silencio reprobador. Se hizo a un lado, avergonzada.

—Está bien, adelante. Pero que conste que es una equivocación...

A nadie pareció importarle lo que decía, de la misma manera que a ella nunca le importaron demasiado las personas que no podían acceder al Sector Uno. De hecho, cada vez que las puertas se habían cerrado para alguien mientras ella entraba sin problemas, había experimentado, junto con un vago sentimiento de compasión, la satisfacción inconfesable de pertenecer a los elegidos.

Y ahora era ella la rechazada.

Pulsó en su ordenador el código de incidencias que estaba escrito sobre la puerta. El programa se abrió enseguida y Alma fue contestando las preguntas en voz alta: sí, me han negado el acceso; sí, resido en el Sector Uno; sí, poseo una autorización permanente y vigente. El aparato zumbó y una neutra voz cibernética dijo: «Identificación negativa, autorización inexistente, acceso denegado. Muchas gracias y buen día». Boquiabierta, Alma se quedó contemplando fijamente la pequeña pantalla, aunque el programa ya se había cerrado. Los viajeros seguían pasando con fluidez junto a ella. El procedimiento era muy sencillo: había que bajarse del tren bala, atravesar a pie alguna de las numerosas puertas de cristal y volver a subirse al tren al otro lado. Era un trayecto de dos minutos que ella había hecho cientos de veces. Más humillada que preocupada, Alma sintió que la ira anegaba su pecho y ascendía por su garganta como un ácido abrasador. Desanduvo a grandes zancadas el corto pasillo transparente, a contradirección de los demás pasajeros y profundamente mortificada por sus miradas de curiosidad. Fuera ya de la zona de puertas volvió a encararse con el ordenador. Lo colocó en modo holográfico y pidió una entrevista

personal. La cabeza y el torso de un hombre joven se materializaron en el aire delante de ella.

—Archivos Generales. ¿En qué puedo ayudarle?

En realidad no debía de ser tan joven. Tenía hecha una cirugía plástica estándar que hacía que su rostro fuera más o menos igual que el de unos cuantos cientos de miles de personas. Alma le detestó nada más verlo, pero intentó contener su frustración y explicó su caso lo más calmadamente posible. Su profesión de ingeniera energética, dijo, le obligaba a viajar muy a menudo a los sectores más contaminados del país. Ahora mismo, por ejemplo, regresaba de un Sector Cuatro. Su trabajo estaba catalogado de Interés Especial y de Riesgo Máximo para la Salud, explicó con orgullo; y calló que, como compensación, cobraba un sueldo tan alto que podía pagar con toda facilidad el aire limpio del Sector Uno. Muchos ciudadanos, quizá incluso ese mismo pánfilo empleado de cara de plástico, tenían que vivir en zonas más polucionadas por no poderse costear los recibos del aire; pero ella hubiera podido abonar el triple sin notarlo. El empleado atendió sus explicaciones con aburrida impavidez; o puede que la barata cirugía estética hubiera vaciado de expresión su rostro banal. Luego se puso a manipular algo invisible, porque sus brazos se difuminaban en el vacío.

Alma cerró los párpados y se apretó suavemente los ojos con las yemas de los dedos. El dolor de cabeza volvía a estar ahí. Un latido de fuego que nacía detrás del puente de la nariz, en el centro mismo de su cráneo. Las molestias habían empezado una semana atrás y no habían hecho más que incrementarse. Pidió hora en el médico y hacía tres días que hubiera debido ir a la consulta, pero al final su trabajo en el Sector Cuatro se complicó y decidió alargar el viaje y anular la cita. Ahora se arrepentía: la brutal contaminación no había hecho sino empeorar su estado. Los dolores eran cada vez más fuertes y además comenzaba a tener alteraciones visuales, un síntoma típico de las migrañas. Ahora mismo, mientras hablaba con el empleado, la realidad se le redujo a una especie de pantalla rectangular, como si estuviera mirando por un visor.

—Perdone por la espera —dijo el hombre, alzando el inexpresivo rostro.

Alma sintió un pellizco de inquietud. Se enderezó, olvidando por un momento la jaqueca.

—Su identificación es negativa y sus datos no constan. No posee ninguna autorización porque su identidad no existe.

—¿Cómo?

—Con los datos que me ha dado, usted no existe.

—Pero... ¡no puede ser, es una confusión!

—Imposible. He hecho las comprobaciones cruzadas.

Años atrás, para evitar el caos que podía generar hasta la más pequeña

equivocación en un mundo totalmente informatizado, se había creado una compleja estructura de seguridad que almacenaba los datos en tres circuitos independientes. Se suponía que era un sistema libre de fallos. Alma sintió que una mano helada le apretaba la nuca.

—¡Pe... pero... ¿cómo es posible, qué pasa, qué hago ahora?!

—Puede pedir una última verificación en el Archivo Central del Estado. Pero le dirán lo mismo. Hasta ahora el sistema no se ha equivocado nunca. Es usted quien nos debe de estar dando unos datos erróneos. Tal vez con ánimo de engaño. Le advierto que, siguiendo el protocolo previsto en estos casos, he avisado al servicio de seguridad. Gracias y buen día.

La holografía se vaporizó en un instante. Ahora los latidos de dolor retumbaban dentro de la cabeza de Alma y apretaban sus ojos por detrás, enviando a la retina oleadas de sangre que parecían teñir intermitentemente su visión con un matiz rojizo. Se sentía enferma, se sentía fatal, peor que nunca en toda su vida; ya era mala suerte que su creciente indisposición coincidiera con esa situación absurda y asfixiante.

Tenía que pedir ayuda, tenía que hablar con alguien conocido. Una cuchillada de pena pura atravesó su pecho: cinco años atrás habría tenido muy claro a quién recurrir. Cinco años atrás aún vivía Jarque, su pareja. Él habría sabido qué hacer, él habría venido a rescatarla. Él se habría alarmado si ella no llegaba. Ahora, en cambio, nadie la esperaba. No tenía hermanos y sus padres habían muerto. Trabajaba como autónoma y los clientes cambiaban a menudo. Y, en cuanto a los amigos, tampoco eran muy íntimos. De nuevo la pena de la muerte de Jarque volvió a dolerle tanto que casi agradeció poder concentrarse en el latigazo de la jaqueca.

Decidió llamar a Martín: no era el amigo más antiguo, pero seguramente era el más generoso. Acababa de establecer la comunicación cuando el ordenador se quedó en blanco: la holografía le había chupado toda la batería. Alma corrió aterrada hasta el poste de recarga más próximo, sintiendo reverberar sus pasos en la dolorida base del cerebro. Pero, como se temía, el poste no la reconoció. No tenía crédito. No tenía dinero. No podía cargar el ordenador. No podía hacer nada. Pensó: esto es una pesadilla. Pensó: ¿estaré durmiendo, estaré delirando, será todo una alucinación? La boca le sabía a metal caliente. Se recostó en el muro porque las piernas no le sostenían y sujetó su torturada cabeza entre las manos. Tenía que encontrar una solución, pero su cerebro parecía estarse derritiendo. Doscientos metros más allá, la larga línea de puertas soportaba un tránsito constante y los trenes llegaban y se iban con regularidad. El material cristalino del control hacía que todo pareciera engañosamente fácil, pero era un muro inexpugnable. Piensa, se dijo Alma con desesperación. ¡Piensa en una manera de salir de aquí! De pronto, una idea se abrió paso como un gusano venenoso por su embotada mente: ¿y si todo estuviera preparado? ¿Y si se tratara de una conspiración contra ella? Alma iba a dar un

informe bastante negativo de la planta química que acababa de visitar en el Sector Cuatro. ¿Y si alguien estuviera intentando cerrarle la boca? Gimió, asustada y exhausta. Piensa, Alma, piensa. Sabía que había contrabandistas que ayudaban a los ilegales a pasar las puertas, pero ¿dónde encontrarlos?

La jaqueca estaba partiéndole las sienes. Vomitó y todavía se sintió peor. Aturdida y tambaleante, echó a andar hacia los lavabos para asearse, pero de pronto aparecieron dos energúmenos del servicio de seguridad y la agarraron del brazo.

—Tiene que venir con nosotros.

—¿Qué?

—Carece de autorización. No puede estar junto a las puertas.

De nuevo la incredulidad, la humillación, la ira. Alma forcejeó intentando soltarse, pero los hombres la inmovilizaron con brutal facilidad. Le estaban haciendo daño, cosa que no parecía importarles en absoluto. He descendido un escalón, comprendió la mujer con acobardada sorpresa: soy un ser sin identidad y pueden maltratarme. Y en ese justo instante entró una llamada en su ordenador; por fortuna, era posible seguir recibiendo comunicaciones incluso con muy poca batería.

—¿Alma? Soy la doctora Roderer... Le llamo por la cita que anuló... ¿Cuándo puedo verla? Convendría que viniera cuanto antes.

¡Era su médico! Alguien que la conocía, alguien que sabía de su identidad. Alma se echó a llorar.

—¿Lo veis? ¡Existo! —balbució triunfante a los gorilas.

La doctora lo arregló todo con asombrosa eficiencia. Media hora más tarde, y tras un corto trayecto en helijet, Alma estaba entrando en su hospital habitual del Sector Uno. Los dos guardias de seguridad, ahora serviciales y amansados, la ayudaron a caminar, porque apenas podía mantenerse en pie. Rítmicos latidos de dolor martirizaban su cerebro, como si en su cabeza se alojara un corazón cubierto de cuchillas. La sentaron en una silla y rodó por los largos corredores de la clínica; con extrañeza y cierta inquietud, observó que no se dirigían a la zona normal de consultas externas, sino que descendían a un lugar subterráneo y remoto. Su inquietud aumentó al cruzar unas puertas que decían: UNIDAD DE ANDROIDES. Y el pánico se disparó al verse dentro de un alarmante cubículo, una extraña mezcla de quirófano y taller mecánico, todo acero pulido y luces destellantes.

—No, no, no es aquí, esto es un error, ¿dónde está la doctora Roderer? Yo no soy un androide... —gimió con angustia mientras los gorilas la alzaban de la silla y la ataban a una mesa de metal con veloz eficiencia.

El rostro conocido de la doctora se inclinó sobre ella nimbado por el cegador foco del techo.

—Tranquila, Alma. Todo va a ser muy rápido.

Clavaron agujas en sus venas, conectaron tubos. Perdió el habla y su visión



empezó a virar al rojo y luego al azul. No soy un androide, pensó Alma con espanto. Le zumbaban los oídos y en su cabeza seguía retumbando un palpito de sangre, aunque el dolor casi había desaparecido. No soy un androide, se repitió, aletargada; y recordó aquella noche junto a Jarque, cuando su pareja ya se encontraba muy enfermo y el fin estaba cerca. Él dormido en la cama, ella tumbada a su lado, leyendo. Llovía y el ruido del agua se mezclaba con la respiración de Jarque, un poco acezante. Cuánto le quiso entonces, con qué intensidad sintió la vida en ese instante de calma, en esa isla en mitad del sufrimiento. No, ella no podía ser una criatura artificial si era capaz de experimentar unas emociones tan humanas. Ah, Jarque, suspiró Alma, el rumor de las gotas de aquella lluvia acompañándose ahora a los latidos de su corazón. Entonces su visión se deshizo en una tormenta de píxeles y todo se apagó súbitamente.

—No soporto estas cosas —rezongó la doctora Roderer mientras retiraba los electrodos de desactivación.

—Sí, es desagradable... —convino Mike, el cirujano del equipo—. Menos mal que pasa pocas veces. Si hubiera venido a su cita, como todos, no habría sufrido el colapso biológico. La habiéramos dormido y no se habría enterado de nada.

—Pues no sabes lo peor: al llegar su fecha de caducidad, el Archivo Central simplemente la borró, aunque todavía no estaba desactivada.

—¿De verdad? Y luego dicen que el sistema es infalible. A mí eso me parece un error bastante grande.

Las hábiles manos de Mike estaban midiendo el grado de degeneración de los tejidos siliconados de la criatura, para determinar lo que podía ser reciclado. La doctora contempló el cuerpo exangüe, hermoso y aparentemente tan humano.

—Digan lo que digan, me parece una crueldad que los pobres no sepan que son androides —gruñó la doctora, conmovida a su pesar.

—Pues por lo visto todos los estudios demuestran lo contrario. No saberlo hace que sean más felices y trabajen mejor.

Durante cuatro años, pensó ella. Solo vivían cuatro míseros años.

—¿Tú crees que de verdad ignoran que son artificiales? —musitó la mujer.

—Eso parece.

—No sé... Me extraña que no se den cuenta de que su pasado es falso.

Mike alzó el rostro:

—Bueno, ya sabes. Ahora hacen unos implantes de memoria buenísimos.

Durante unos segundos, los dos médicos se miraron en silencio a los ojos. Entonces quizá tú, entonces quizá yo, se dijo la doctora, estremecida. Pero luego le vino a la cabeza el recuerdo de una noche lejana, lluviosa y melancólica. Una reminiscencia tan hermosa e intensa que era imposible que fuera artificial.

—Pobre Alma —suspiró Roderer.  
Y se dispusieron a trocearla.

# LIMPIEZA DE SANGRE

Juan Miguel Aguilera

**Juan Miguel Aguilera** (Valencia, 1960) es, desde sus inicios a través de la revista *Nueva Dimensión* en 1981, uno de los grandes más indiscutidos del género fantástico en nuestro país. Creador junto a Javier Redal del universo de Akasa-Puspa, a caballo entre la *space opera* y la ciencia ficción *hard* y recreado por ahora en media docena de obras incluyendo una colectiva de homenaje, este diseñador de formación es autor de títulos tan imprescindibles como *La locura de Dios* (Ediciones B, 1998), *Rihla* (Minotauro, 2004), *El sueño de la razón* (Minotauro, 2006), *La red de Indra* (Alamut, 2009) y *Sindbad en el País del Sueño* (Fantascy, 2014), además de otros libros escritos a cuatro manos con Rafael Marín y Javier Negrete, media docena de cómics y el guión de la película *Náufragos*. En muchas de sus narraciones, muy celebradas en Francia y galardonadas con premios como el Ignotus (siete veces), el Imaginales o el andorrano Juli Verne, Aguilera ha apostado por la fantasía histórica, por la ucronía y por la mezcla entre la historia documentada, el libro de viajes y la incursión no realista. En ocasiones, sin embargo, se ha decantado también hacia la biotecnología, el tecnothriller e incluso la distopía, como ocurre por ejemplo en *La Zona* (Espasa, 2012), su novela a cuatro manos con Negrete: de entrada, se adscribe a la literatura de zombis, pero su trasfondo moral y económico, vinculado a temas de actualidad como la inmigración, permite a los autores ofrecer una anticipación antiutópica de resultados catastróficos.

En «Limpieza de sangre», Aguilera recupera una de sus pasiones, la cultura árabe, para ofrecernos la peripecia de un médico ante una infección venida de una Europa peligrosamente dividida. Imposible de relacionar con la distopía sin caer en el *spoiler*, se trata sin duda de uno de los acercamientos más originales al género de este volumen, además de un relato, como es norma en el autor, de impecable factura.

Recita en el nombre de tu Señor, que ha creado. ¡Ha creado al hombre de sangre coagulada!

Corán 96,1-2

Era mi primera semana de guardia y no me acostumbraba a estar tanto tiempo sin ver a mi mujer y a mis hijos. Las horas transcurrían lentas mientras caminaba de un lado a otro de la habitación, hacía flexiones, leía un tratado de medicina o repasaba alguna aleya del Corán. No disponía de otras lecturas, pero me prometí que para la próxima ocasión me llevaría alguno de mis libros favoritos oculto en el petate. Una ventana cuadrada, sin batientes ni persianas, me mostraba una vista de Valencia; a esas horas de la madrugada la ciudad dormía tranquila, tan solo se oía el ladrido de algún perro a lo lejos. Nuestro puesto de guardia estaba situado muy cerca de las Torres de Serrano, convertidas ahora en un fortín erizado de ametralladoras. Desde la ventana podía ver cómo la nueva muralla, reconstruida con cemento, acero y alambre de espino, se curvaba hacia lo lejos como un siniestro látigo gris.

Así pasaron los siete días, todos aburridos por igual, pero justo en el último de la semana la puerta se abrió. Asomó el cráneo rapado y la cara de bulldog del sargento de guardia.

—Métase en la funda, doctor —dijo—, que tenemos una incidencia.

Obedecí muy rápido, me habían entrenado para hacerlo. Mi traje estaba en el piso inferior, colgado de un gancho, era de color verde eucalipto. Me ajusté la máscara facial y sellé el cuello, los tobillos y las muñecas con cinta adhesiva. Estaba listo para salir.

En la explanada detrás de la torre nos esperaba una furgoneta, las portezuelas traseras estaban abiertas y el ulema de turno se sentaba en el zócalo. Pasaba las cuentas de un rosario con dificultad por culpa de los guantes. Su traje de protección era blanco y el de los cuatro militares, negro. Cuando llegué, alzó la cabeza y vi su rostro perlado de sudor a través de la placa de plástico transparente. Estaba aterrorizado. Era muy joven, muy pálido y muy delgado, con el pelo de color rubio descolorido y los labios finos. Estaba recién salido de la madraza e, igual que para mí, aquella era su primera semana de guardia. Menuda suerte que justo entonces hubiera una incidencia cuando hacía al menos dos meses que no pasaba nada. También era una prueba de la ineptitud organizativa de nuestros líderes, que habían puesto a dos bisoños en el mismo turno. Pensé que en un mundo como el nuestro, errores como ese podían ser fatales.

—Nos vamos —dijo el sargento mientras se ponía al volante.

Junto a él se sentó un soldado con un Kalashnikov Sniper con mira telescópica y detrás, frente al ulema y yo, los otros dos soldados que iban armados con fusiles estándar.

Las grandes puertas metálicas de la torre se abrieron y la furgoneta salió de la ciudad.

Era una sensación extraña estar al otro lado de la muralla, casi como adentrarse en un país desconocido. Escombros, desolación y polvo, a nuestro alrededor estaban apilados los cascotes de lo que había sido la mayor parte de la ciudad. Después de la Plaga, los edificios exteriores a la muralla habían sido derribados para evitar que fueran refugio de los enfermos.

El ulema miraba a un lado y otro, cada vez más nervioso. Recordé que su nombre era Ahmed, así se había presentado el primer día de la semana.

—¿Vas a llevar el rosario en la mano? —le pregunté señalando.

Él lo miró con un sobresalto, como si fuera algo extraño que de repente se hubiera posado sobre su guante.

—Oh, no, yo... lo olvidé. Gracias, hermano.

Abrió la cremallera del bolsillo de su antebrazo y lo metió allí. Después de volver a cerrarla, la aseguró con varias tiras de cinta adhesiva. Las manos le temblaban.

—Todo irá bien —le dije.

Él me miró y esbozó una sonrisa medrosa.

—Se supone que yo estoy aquí para decir eso, no tú. Pero es la primera vez que salgo de la ciudad y... Perdóname y confiemos en Dios. Alabado sea Él en todas las circunstancias.

La furgoneta se detuvo y bajamos. Estábamos en la periferia del terreno cubierto de escombros, lo que un día había sido el límite oeste de la ciudad. El cielo estaba lleno de estrellas, sin una sola nube y sin luna. Por el este empezaba a teñirse de un leve tono anaranjado. La noche estaba acabando, pero aún faltaba al menos una hora para que el sol asomase.

El tirador apoyó su Sniper en un montículo y ajustó con cuidado la mira telescópica con visor nocturno. Su ojo se iluminó de verde cuando oteó por ella.

—Están justo a las diez —dijo el sargento consultando su GPS.

—Los veo. Son solo dos —respondió el tirador.

El ulema buscó con sus prismáticos de visión nocturna y localizó a los intrusos.

—Parecen... Sí, son un hombre y una mujer —dijo.

Le pedí el aparato y vi las dos figuras acercándose. La que caminaba rezagada llevaba un burka oscuro, quizá negro. El hombre iba bastante adelantado y avanzaba tambaleándose.

—¿Qué opinas, doctor? —dijo el sargento, que también había sacado sus prismáticos con intensificador luminoso—, yo diría que ese tipo va bastante cargado.

—No lo puedo asegurar a esta distancia —repliqué—, podría ser cualquier cosa. Gripe, agotamiento... Tengo que acercarme para hacerle los análisis y...

En ese momento, todos los que estábamos mirando a través de unos prismáticos pudimos ver cómo el hombre caía de rodillas, inclinaba el torso hacia delante, y lanzaba un largo chorro de sangre por la boca. Pude distinguir entonces que también sangraba por los oídos y los ojos. Con el filtro verde de nuestros visores, la sangre parecía negra como la pez.

—¿Crees que eso es por un resfriado? —me preguntó el sargento con sorna.

Le hizo la señal al tirador, apoyando una mano en su hombro, y sonó un estampido seco. La mitad de la cabeza de aquel desdichado desapareció en ese instante.

—Ahora la mujer —dijo el sargento.

—¡Espera, aún no sabemos si también tiene la enfermedad! —protesté.

—Una mujer sola, en mitad de la nada, con un hombre... ¿Qué relación crees que puede haber entre ellos? ¿Qué opinas, ulema?

—Una mujer no debe viajar sin su mahram<sup>[1]</sup>. Ella lleva un burka negro de casada, así que me inclino a pensar que son marido y mujer. Pero me sorprende que caminen a tanta distancia el uno del otro, eso me ha parecido muy extraño.

—Quizá no se ha contagiado —dije.

—¿Qué clase de mujer vería a su esposo tan enfermo y no lo atendería aun a riesgo de su propia vida? —preguntó el sargento—. Y si en realidad no están casados y ella viaja sola con un desconocido... entonces también merece la muerte. ¿No es así, ulema?

—Estaría en pecado; por lo tanto, sí.

El sargento alargó la mano para apoyarla en el hombro del tirador, pero yo me interpuse entre el fusil y la mujer, que seguía avanzando hacia nosotros.

—¿Qué haces, te has vuelto loco? —me preguntó el militar.

—Estoy aquí para comprobar que los intrusos están infectados y es lo que voy a hacer.

—No seas estúpido, doctor. Esta es tu primera guardia, no te busques problemas.

Sin decir nada más, le di la espalda a la boca del fusil y caminé con grandes zancadas hacia la silueta envuelta en tela negra. Llevaba mi maletín en la mano izquierda, así que cuando estuve lo bastante cerca alcé la derecha en alto y le hice señales para que se detuviera.

—No avances más —grité—. Siéntate en el suelo, te están apuntando con un arma.

La figura se detuvo pero permaneció de pie, el viento hizo flamear los faldones de su burka. Yo levanté el maletín marcado con la media luna roja para mostrarle que era un médico y así tranquilizarla. Pasé junto al cadáver del hombre y seguí acercándome



a ella.

—Por favor, siéntate, vengo a ayudarte.

Ella obedeció. Sus movimientos la delataban como una mujer pero no estaba a la vista ni un centímetro cuadrado de su piel, hasta sus ojos estaban cubiertos por una red de tela.

¿Cómo iba a averiguar si estaba infectada o no?

Me detuve a una distancia segura y abrí el maletín. El sargento también se había acercado junto con los soldados. Les ordenó a dos de ellos que registrasen el cadáver, mientras el tirador permanecía junto a él con su Sniper preparado para disparar. Un punto rojo de láser apareció en la cabeza encapuchada de la mujer.

—Eres un necio, doctor, ¡y voy a dar parte de esto!

—Y yo voy a dar parte de que ordenaste asesinar a una mujer antes de permitirme comprobar si estaba infectada o no.

—Muy bien, haz tu trabajo de una puta vez y acabemos. Mi familia me espera en casa.

«También la mía», pensé, pero no dije nada porque no quería seguir provocándolo.

Me acerqué muy lentamente a la figura cubierta de negro, mientras notaba cómo mi corazón se aceleraba. Un miedo casi irracional se estaba apoderando de mí.

Crecemos en el terror puro hacia el ébola, un sentimiento desolador que se podría comparar al de los antiguos pastores por los lobos, o los pescadores de perlas por los tiburones. Un miedo que te seca la boca y puede paralizarte por completo. Sin embargo, a un enfermo de ébola es fácil identificarlo desde lejos, sabes a qué atenerte y puedes tomar precauciones, pero la figura cubierta de tela negra que tenía frente a mí era un misterio. Ni siquiera el traje de plástico que me cubría por completo me daba una seguridad total, pues el ébola en sus fases finales destruye las células del cerebro y provoca la locura. No sería la primera vez que un enfermo enloquecido ataca a un médico y le arranca la máscara facial.

Me detuve a un paso de ella y la iluminé con mi linterna. Creí advertir el brillo de sus ojos mirándome a través de la rejilla de la capucha, pero no podía estar seguro.

—Por favor —dije—, tienes que descubrir uno de tus brazos, necesito tomarte una muestra de sangre.

Ella permaneció inmóvil durante unos segundos, sentada en el suelo, como si no me entendiese. Por fin empezó a retirar la manga derecha de su burka. Su brazo pálido y con un nítido trazado de venitas apareció ante mis ojos en medio de tanta tela negra. Sin ninguna duda era un brazo de mujer, pero ¿estaba infectada?

—¡Eh, sargento! —gritó uno de los soldados que se había quedado atrás para registrar al cadáver—. ¡A este tipo se le cae la piel a tiras! ¡Está a punto de deshacerse!

—¡Pues límitate a hacerle algunas fotos! —le gritó de vuelta el sargento.

Es una enfermedad espantosa, ataca cualquier tejido del cuerpo excepto los huesos y los músculos, y deja las paredes de las venas con una consistencia semejante a la de un espagueti muy cocido. El intentar clavar una aguja en una de esas venas suele provocar que se rasguen soltando un chorro de sangre infectada sobre el practicante. Así es como el ébola se contagia de forma imparable de uno a otro individuo: cada gotita de esa sangre transporta millones de diminutos asesinos que se abalanzan hacia tu interior para devorar los tejidos blandos y provocarte hemorragias con las que infectarás a algún nuevo desdichado.

Se supone que el traje biológico nos protege, pero ser súbitamente rociado de sangre mortífera no es algo agradable. A pesar de todo, sujeté su brazo y me dispuse a clavar la aguja.

—Pero ¿qué haces? —dijo el sargento apartándome a un lado de un empujón—. No la toques sin saber si está infectada o no... Ya está bien de tanta tontería de novato.

Se acercó a la mujer y le arrancó la capucha de un tirón seco. Inmediatamente dio un respingo y retrocedió aterrorizado. Instintivamente se llevó la mano al cinturón para buscar su pistola. El soldado del Kalashnikov levantó su arma.

Era una mujer, sí, pero su aspecto era terrible. Su rostro era una masa amoratada, tenía los labios hinchados y con llagas que supuraban pus. Su pelo, castaño y corto, estaba pegoteado con costrones de sangre seca. Apenas podía abrir los ojos de tan hinchados que estaban, pero hizo un esfuerzo para mirarme. La desesperación y el agotamiento se reflejaron en las pupilas de intenso color azul.

El sargento ya había sacado su pistola, una vez más me interpuse entre él y la mujer. Me miró con tanta rabia a través de la placa facial que leí su deseo de pegarme un tiro también a mí.

—No es ébola —le dije intentando mantener la calma—, la han golpeado salvajemente.

—¿Cómo lo sabes?

«Porque soy médico, mientras que tú eres un histérico sin cerebro al que nadie debería haber dado nunca un arma ni un cargo con una mínima responsabilidad».

—Si fuera ébola, todas esas heridas de su cara estarían escurriendo sangre —dije.

El militar guardó la pistola y se acercó de nuevo a ella.

—¿Era ese tu marido? —le preguntó señalando hacia atrás—. ¡Responde!

—¡Por favor! —dije.

Me puse delante de él, sujeté el brazo de la mujer y le clavé la aguja en la vena. No se rasgó ni saltaron chorros sanguinolentos. Hice la extracción y luego coloqué la muestra en el analizador portátil del maletín. Al cabo de un minuto brilló la luz verde.

—Está limpia —concluí.

—¿Seguro?

Empezaba a hartarme de aquel tipo. Pero claro, él llevaba una pistola y parecía ansioso por usarla. Decidí mantener mi voz calmada y amable:

—Sí, estoy seguro de que esta mujer no está infectada del virus ébola.

—Muy bien —dijo el militar después de pensárselo durante un segundo—, la llevaremos al campamento de acogida.

Le tendí el brazo para ayudarla a levantarse y luego la conduje hacia la furgoneta. Al pasar junto al cadáver del hombre, ella le dirigió una breve mirada. Pude ver cómo la expresión de sus ojos amoratados cambiaba durante un instante.

Fue una mirada de puro odio.

Yo me giré rápidamente, para comprobar si alguien se había dado cuenta, pero afortunadamente nadie estaba pendiente. Todos, incluso Ahmed el ulema, parecían haberse olvidado de ella, ahora volvía a ser solo una pobre mujer y no una amenaza en potencia.

¿Qué significaría su expresión hacia aquel hombre? ¿Realmente había sido su esposo? ¿Sería el responsable de los terribles golpes que ella mostraba en su rostro? Era muy probable, pero sentí que eso no lo explicaba todo. Había algo más en la actitud de esa mujer, algo temible que casi se podía sentir junto con el calor de su cuerpo.

¿Qué le habría pasado a aquella pareja? ¿Desde dónde vendrían andando?

Llegamos al campamento de acogida, un vasto recinto militar de paredes de cemento y techo de uralita que estaba pegado al exterior de la muralla. Dentro de sus naves se alineaban un centenar de celdas de aislamiento, la mayoría estaban entonces vacías. Ayudé a la mujer a bajar de la furgoneta y se la entregué al médico militar que salió a recibirnos.

Ella me miró con desesperación, sus manos no querían soltar mi brazo.

—No te preocupes, aquí estarás bien —le dije para tranquilizarla—. Los médicos del campamento te cuidarán y cuando pasen unos meses podrás entrar en la ciudad.

Ella se acercó un poco más a mí y me preguntó con un susurro:

—¿Cómo te llamas?

—Samir.

—Gracias, Samir...

Y se desvaneció. Tuve que sujetarla para que no se golpease contra el suelo. Dos enfermeros acudieron con una camilla para llevarla al interior. La vi alejarse, inconsciente, y me convencí a mí mismo de que los médicos del campamento la atenderían bien.

«Sí, ellos la curarán...».

Estaba amaneciendo y ya se escuchaban las llamadas al salât que provenían del interior de la ciudad. Nos llegó con claridad la frase: «La oración es mejor que el

sueño», y nuestro ulema sacó varias esterillas del interior de la furgoneta y las repartió entre los soldados. A mí me entregó la última. Las colocamos una junto a otra en dirección al este y nos arrodillamos para rezar. Rodeados de escombros y con los trajes protectores aún puestos, formábamos un grupo muy extraño mientras los primeros rayos de sol arrojaban largas sombras a nuestro alrededor.

Más tarde pasamos por Descontaminación, y por fin pude librarme de aquel incómodo atuendo de plástico y volver a mi casa. Mi semana de guardia había terminado.

Mi hogar está situado en la calle Correjería, cerca de la plaza de la Gran Mezquita. Volví a ducharme antes de acercarme siquiera a mi esposa. Aunque en el puesto de guardia había pasado casi una hora bajo los chorros de agua mezclada con productos químicos desinfectantes, aún me sentía sucio.

En la casi completa oscuridad de nuestro dormitorio empezamos a hacer el amor nada más tocarnos, como dos ciegos que se encontrasen en mitad de la noche. Hacía una semana que Aisha y yo no estábamos juntos y ella había planeado cuidadosamente el recibimiento. La habitación estaba aromatizada con una esencia que se quemaba en el pebetero, la música que sonaba de fondo era suave y turbadora, y había perfumado con delicadeza su cuerpo.

Rodamos juntos sobre la cama mientras yo me iba despojando de las ropas limpias que acababa de ponerme. Su boca buscaba la mía con ansia y un punto de desesperación.

—Te amo —susurraba, y yo le respondía que también la amaba, mientras intentaba concentrarme en lo que estaba haciendo.

Lo malo de todo es que tenía la sensación de que estábamos representando un ritual. Algo que hacía referencia a un sentimiento que había sido poderoso en el pasado, pero que ya no existía. Las palabras, los movimientos, parecían perfectos por haber sido ensayados una y otra vez, pero yo notaba que la pasión que estábamos simulando no era real. «¿Y qué más da la pasión?», solía pensar en esos momentos. Yo la amaba con locura, daría mil veces mi vida por ella y eso es algo mucho más fuerte que un acaloramiento juvenil provocado por las hormonas.

Pensar en eso, en la realidad de mi amor por Aisha, solía funcionar. Pero esta vez no.

—¿Qué te pasa, cariño? —me preguntó ella, dándose por vencida.

—Lo siento, lo siento... Hace una semana que no te veía y no entiendo por qué...

—No te preocupes, amor, no pasa nada.

Encendí la luz de la mesita de noche. El rostro de mi esposa seguía siendo el más hermoso que había visto nunca. Sus grandes ojos oscuros, su pelo largo y negro, sus labios perfectamente dibujados... Pero su expresión era de inquietud.

—Justo hoy hubo una incidencia —le dije—, poco antes de que terminase el turno.

—Lo sé. Llamé para preguntar por tu retraso y me lo dijeron. ¿Te ha afectado?

—Sí. Tuvimos que salir fuera de la ciudad, los soldados dispararon contra un hombre que estaba infectado... Su mujer..., creemos que es su mujer, la pobre había recibido una paliza brutal, pero no tenía la enfermedad. Fue horrible.

—Amor, lo siento mucho. —Me abrazó con fuerza—. Lo único que quería es estar a tu lado, solo eso. No tenemos que hacer nada más... Te he echado mucho de menos, cariño.

—Y yo también a ti. —Acaricié su pelo sintiendo que la ternura por ella me embriagaba.

Cuando salimos de la habitación, Fátima, la madre de mi esposa, casi había terminado de preparar la comida con la ayuda de nuestra hija de ocho años. La mujer nos dirigió una mirada pícaro y yo le respondí con un gesto de agradecimiento por su ayuda mientras yo estaba de guardia. Mi suegro llegó poco después con nuestro pequeño de cinco años al que había ido a recoger a la madraza. Nos sentamos todos alrededor de la mesa.

Fátima había preparado cuscús con verduras y tfaya, y empezó a servirlo. Los extractores funcionaban al máximo para absorber el vapor de la cocina. Vivimos en casas sin ventanas, encerrados en nosotros mismos, con nuestras propias murallas levantadas frente a los vecinos, al igual que la ciudad está cerrada al exterior. Las familias no temen la enfermedad, sino la mirada del prójimo. Aquello que no ven no lo pueden denunciar ante el consejo de mulás, porque la triste realidad es que hay demasiada gente decidida a acusarte de corrupción moral por envidia o por celos. Y según el fiqh, la Ley, a las mujeres no se les permite estar visibles ni siquiera en su propia casa. Se podría dar el caso de que un tipo se subiese a un armario con unos prismáticos para ver a una mujer dentro de su hogar y la culpa sería de la mujer. Por eso es mejor vivir sin ventanas, excepto la de una sola dirección, que es la televisión.

Mi suegro se levantó para encender el aparato.

—Karîm —le dije—, nosotros preferimos comer sin televisión.

—Pero hoy va a hablar el Mahdi, hace tiempo que lo están anunciando...

—Apaga la televisión y siéntate a comer de una vez —le pidió Fátima—. Sabes perfectamente que lo has dejado programado en la grabadora de casa.

Karîm obedeció y me guiñó un ojo:

—Donde hay patrón, no manda marinero.

Pero apenas llegaron los postres, cogió dos barquillos de almendra con miel y fue a sentarse en el sofá. Encendió la televisión, en ella el Mahdi seguía hablando:

«Y los poderosos, las naciones que servían al Gran Satán, los hombres y las mujeres hinchados de orgullo que vivían en lo que ellos llamaban “Primer Mundo”, dándole la espalda a Dios, pensaron que la religión era cosa del pasado. Ellos decían: “Si hemos caminado por la Luna es que somos mejores que Dios, ya no lo

necesitaremos nunca más”. ¡Cuánto orgullo y qué equivocados estaban! Pero Dios les enseñó. Sí, les dio una lección que no olvidarían. ¡Una lección de sangre! ¡Ríos de sangre corriendo por las calles de sus engreídas ciudades...!».

Hice levantar a mis hijos de la mesa y les dije que fueran a jugar a su cuarto.

—¿Qué pasa, Samir? —me preguntó mi suegro—. El Mahdi es un hombre santo, ¿es que no quieres que tus hijos escuchen sus palabras?

Yo dudaba que nuestro mahdi fuera también el Mahdi para otras ciudades, pero no quise discutirlo a mi suegro porque tenía mucha fe en él. Aunque estaba retirado, Karîm había sido médico como yo. Era un buen hombre que había trabajado muy duro toda su vida, y ahora necesitaba creer en algo. Lo entendía, pero la educación de mis hijos era cosa mía.

—Ya tendrán tiempo para oír hablar de sangre —le dije.

«Demasiada sangre», pensé. La imagen de aquel hombre desgarrándose ante mis ojos se presentó de nuevo en mi mente. Luego, el rostro amoratado de aquella desdichada cuando le quitaron la capucha del burka... Sí, demasiada sangre había ya en nuestras vidas.

Me senté en el sofá junto a mi suegro, mientras nuestras mujeres retiraban la mesa y lavaban los platos. En la pantalla, el Mahdi seguía hablando de sangre. Era un hombre de rostro duro, temible, de larga barba blanca y cejas pobladas, siempre ceñudo. La expresión de sus ojos de halcón no hablaba de la bondad de Dios, sino de su implacabilidad. Estaba diciendo:

«El Sagrado Corán dice: “Recita en el nombre de tu Señor, que ha creado. ¡Ha creado al hombre de sangre coagulada!”, y muchos creyeron ver en estas palabras una contradicción, pues en otra sura se afirma que Dios creó el hombre de arcilla. Pero no, ¡Dios sabe más! Ha habido otra creación, ¡la nuestra! Nosotros hemos sido creados a partir de la sangre de los infieles que negaron a Dios. Igual que las plagas sometieron al faraón y liberaron a los israelitas, esta nueva plaga ha anegado el mundo entero como un río de sangre y lo ha devuelto al sendero de los hombres de Dios. ¡Nosotros, hermanos, nosotros somos los elegidos!».

Al día siguiente salí de casa temprano para llevar a mi hijo a la madraza. Mi deseo y el de mi esposa hubiera sido que nuestra hija también pudiera estudiar, pero el fiqh era muy claro en ese aspecto: los derechos de las mujeres estaban limitados al seno del hogar, si querían educación, sus hermanos y padres podían dársela. Esa era la Ley.

La brisa soplaba de levante y las calles de la ciudad se habían llenado de gente. En los alrededores de la plaza Redonda el bullicio era asombroso, los ciudadanos deambulaban por las calles estrechas y entoldadas que desembocaban en el Zoco, como hormigas por un laberinto. Los hombres iban vestidos de muy distinta forma pero todas las mujeres estaban cubiertas por un burka de diferente color dependiendo de su condición, la mayoría iban acompañadas por un hombre. Los vendedores ambulantes anunciaban a gritos sus mercancías, tiendas de especias que deslumbraban con su colorido y su aroma, malabaristas y artistas de todo tipo intentaban atraer a su público. Desde los puestos de comida, el olor de las brochetas de carne asada al carbón y de los caracoles hervidos inundaba el aire. Todo parecía palpitante y vivo, muy diferente al aspecto de aquellas mismas calles cuando el aire soplaba de poniente, entonces muy pocos se aventuraban a salir a la calle sin una máscara de protección. De nada servía el que las autoridades anunciaran que el ébola no se transmitía por el aire. Nadie les creía.

Pero una mala sensación se fue extendiendo como una enfermedad por ese ambiente plácido. Los hombres hablaban en corros, luego se separaban y formaban otros corros, y con cada contacto las expresiones cambiaban en los rostros y se volvían taciturnas.

Cuando un mercader pasó junto a mí, lo sujeté por el brazo y le pregunté:

—¿Qué está pasando?

—La televisión aún no ha dicho nada, pero una cadena de radio está anunciando que la enfermedad ha entrado en Madrid.

—¡Dios misericordioso! —musité.

—Sí, eso mismo —dijo el hombre, y se alejó para seguir difundiendo la noticia.

Me sentí descorazonado. Si Madrid había caído, ¿qué esperanza nos quedaba a nosotros? En la antigua capital estaba el único aeropuerto de la Península que aún seguía en activo. Sin eso estábamos aislados del resto del mundo. La enfermedad acabaría por entrar también en Valencia. Quizá no éramos los elegidos, como



aseguraba nuestro mahdi.

Tomé una decisión, había estado pensando en la mujer del rostro golpeado desde que la dejé inconsciente en la camilla, pero ahora tenía la excusa perfecta para ir a visitarla. Ella y el hombre que la acompañaba venían del oeste, quizá sabía algo de lo de Madrid.

Alquilé un coche y salí de la ciudad. En la garita de la Puerta estaba un soldado al que había conocido durante mi semana de guardia y no me puso ningún problema. Rodeé la muralla por el camino que discurría junto a ella y llegué al campamento de acogida.

Un recluta de aspecto aburrido me indicó dónde estaba la mujer, pero cuando llegué junto a ella no me lo podía creer. La habían dejado abandonada en el interior de una estrecha celda de aislamiento que tenía la puerta abierta. Aún estaba sobre la misma camilla en la que se la llevaron, con la ropa puesta, ni siquiera se tomaron la molestia de quitarle las botas del camino. La habían llevado allí y la habían abandonado a su suerte. Me acerqué y comprobé que aún vivía. Tenía algo de fiebre, respiraba con dificultad y gemía débilmente. Sentí que la ira burbujeaba en mi interior mientras le aflojaba la ropa y le quitaba las botas. Le di a beber un poco de agua, encontré una manta y se la eché por encima. Necesitaba medicinas y allí no había ninguna. Regresaba al coche en busca de mi maletín cuando me encontré con el médico.

—¿Está usted de guardia? —le pregunté encarándome a él.

—Sí, ¿qué se le ofrece?

—¿Que qué se me ofrece? —Sentía arder mi cara—. Ayer trajimos a una mujer malherida a estas dependencias y la confiamos a su cuidado, y hoy descubro que no la han atendido en absoluto. ¡No han hecho nada por ella! ¡Está tal y como la dejamos ayer!

—¿Y qué quiere que haga yo?

—¿Hacer? Pues mire, quiero que haga lo que se supone que tiene que hacer un profesional que lleva esta placa. —Apoyé un dedo sobre la insignia de médico que colgaba de su pecho—. Aquí dice que es usted doctor, ¿no es así? ¿Y me pregunta que qué quiero que haga?

—No me toque. Oiga, yo no puedo hacer nada, es una mujer.

—Usted ha hecho un juramento como médico y ella necesitaba sus cuidados.

—Según el fiqh, no puedo tocar a una mujer o perdería mi licencia.

Apreté los puños por la frustración y las ganas de darle un puñetazo a aquel imbécil, y seguí caminando hacia el coche sin decirle nada más. Pero él gritó a mi espalda:

—Antes que médico soy hombre y padre de familia. Y si me quitan la licencia... ¿de qué vivirán mis hijos? Y todo por una desdichada que ya está más muerta que

viva.

Mientras caminaba de regreso a la celda, cargado con mi maletín, iba pensando en la cruel trampa en la que nuestra sociedad había caído. El fiqh no permite que las mujeres estudien o trabajen y, a la vez, no permite que ningún hombre, excepto un mahram, toque a una mujer, ni la vea siquiera. Esto priva de atención médica a toda nuestra población femenina. No hay mujeres médicos y nuestras mujeres mueren encerradas en sus casas por las complicaciones de un simple resfriado. O son asistidas en un parto por un familiar con poca experiencia. Ellas no necesitan del ébola para que su número vaya disminuyendo de un año a otro. Y, como es evidente, eso al final resultará fatal para toda nuestra sociedad.

Lo cierto es que cada vez veía menos claro que fuéramos los elegidos.

Mi familia tiene suerte, con mi suegro y yo doctorados en medicina. Y aquella chica también la tenía de que yo no le diera tanta importancia al fiqh. Empecé a desnudarla.

Primero lavé su cuerpo con agua y jabón, no tenía forma de calentar el agua, así que intenté escurrir el paño lo más posible antes de pasarlo por su piel. Ella se estremecía con cada contacto, pero insistí hasta que las heridas y abrasiones quedaron al descubierto. En la cabeza, en los brazos, en las piernas... Muchos golpes se concentraban en la cara, alrededor de los ojos que estaban hinchados y congestionados, y tenía una herida abierta encima de la ceja izquierda por la que había manado la mayor parte de la sangre que la cubría. Presentaba marcas oscuras en el cuello, por lo que busqué signos de crepitación del hueso hioides, pero estaba bien.

Tenía unos grandes hematomas en los brazos y en los hombros, marcas de dedos que la habían sujetado con fuerza. Su color era verdoso. A medida que la hemoglobina del hematoma se va descomponiendo, el color va cambiando del rojo oscuro o el azul al violeta, luego al verde, amarillo oscuro, amarillo claro y después desaparece. Es muy difícil determinar la fecha precisa de una contusión, pero calculé que hacía más de una semana que había recibido aquellos golpes, lo cual era esperanzador pues si había sobrevivido todo ese tiempo era muy probable que no tuviera heridas internas de gravedad.

Palpé con cuidado su tórax y abdomen en busca de zonas dolorosas o sensibles que pudieran ser reflejo de lesiones subyacentes de la musculatura, los huesos o los órganos internos. No parecía tener ninguna costilla rota, pero en el lado derecho y sobre el ombligo presentaba un gran hematoma intramuscular, consecuencia de un puñetazo o una patada. Me pregunté si el hígado estaría afectado, pero esto es algo que no podía saber sin una ultrasonografía, algo que de momento estaba fuera de mi alcance.

Entonces levanté una de sus manos y observé sus uñas con atención. Cuando se quema la matriz de la uña, por ejemplo con una astilla, luego crece fina y deformada,

partida a veces en segmentos longitudinales. Las de sus dedos índice y medio tenían ese aspecto. Eso no parecía producto de una paliza casual. Qué extraño. Me quedé mirando su rostro, ¿quién era aquella chica y qué le había pasado realmente?

Su cuerpo... Por debajo de todas aquellas contusiones y hematomas su cuerpo era delgado y fibroso, había estado en excelente forma antes de recibir aquella paliza, quizá eso le había salvado la vida. Escuché unas risitas a mi espalda y me giré; varios enfermeros y reclutas me habían estado espiando desde detrás de la puerta abierta. Cubrí a la mujer con la manta y me dirigí hacia ellos. Retrocedieron y algunos empezaron a alejarse por el pasillo, pero los llamé.

—Escuchadme bien —les dije mostrándoles mi licencia de médico—, habéis ignorado a esta desdichada desde que la traje ayer y vais a seguir haciéndolo. Yo voy a volver todos los días hasta que se restablezca de sus heridas, y si descubro que ha sido sometida a algún tipo de vejación, encontraré al culpable. ¿Me he explicado bien?

—Por supuesto, doctor —dijo uno de los enfermeros—, pero lo que usted hace es...

—Es asunto mío. Y tú... Necesito que me traigas algo fácil de comer. Gachas o papilla de cereales, o algo así... Vamos, apresúrate.

—Ahora mismo, doctor.

El enfermero y los demás mirones se marcharon y yo regresé junto a la chica. Le puse un parche de buprenorfina para el dolor y le inyecté un antibiótico de alto espectro. Luego apliqué crema antibiótica en sus heridas y le di unos puntos a la de la frente. En algún momento ella se despertó y me miró. El analgésico ya había hecho su efecto y parecía calmada.

—Samir —me dijo—. Sigues cuidándome.

Pasé una mano por su frente, la fiebre parecía haber descendido un poco.

—¿Cómo te llamas?

—Britt...

—¿Cómo has dicho?

—Benazir.

—Quiero que descanses, Benazir. El sueño te curará mejor que las medicinas, pero mañana regresaré, te lo prometo.

Llegó entonces el enfermero con una papilla con olor a vainilla, e hice que Benazir se la tomara antes de dejarla dormir.

—¿Tienes la llave de esta celda? —le pregunté al enfermero.

Él sacó un manojo y me entregó la que correspondía a aquel cubículo. Cerré y abandoné el campamento de acogida para regresar a la ciudad. Durante todo el camino no podía apartar de mi mente la imagen de sus uñas torturadas. Recordé la mirada de odio que le dirigió el hombre muerto. ¿Qué había sucedido entre ellos en el

camino? ¿Cómo habían llegado los dos al estado en el que los encontramos?

Pasé la tarde encerrado en casa con mi mujer y mis hijos, leyendo un libro pero con la televisión encendida para que el audímetro registrase que seguíamos los programas religiosos.

La televisión seguía sin dar ninguna noticia de lo sucedido en Madrid, y yo preferí no darle de momento la noticia a mi esposa. Tampoco le hablé de cómo había pasado la mañana, aunque no podía quitarme a Benazir de la cabeza. Saqué la llave de su celda y la apreté en mi puño mientras me preguntaba si estaría bien. Tuve que usar de toda mi fuerza de voluntad para no ir a visitarla otra vez esa misma tarde.

—Pareces preocupado —me dijo Aisha sentándose a mi lado. Yo guardé de nuevo la llave en mi bolsillo.

—Estoy bien. Me gusta estar aquí contigo. No aprecias de verdad estos momentos tranquilos hasta que te faltan.

—¿Cuándo tendrás la próxima guardia en la Puerta?

—En cuatro semanas, mientras tanto iré por el hospital, como esta mañana —mentí.

—¿Estuviste hoy en el hospital?

En la ciudad había un exceso de médicos y el fiqh les daba preferencia a los más viejos. Y no todos eran tan sensatos como mi suegro y dejaban paso a los jóvenes. Karîm había renunciado para cederme a mí su plaza, pero las cosas iban lentas en la administración del hospital. Éramos conscientes de que tardarían en asignarme una plaza fija, pero mientras tanto solía ir de vez en cuando como voluntario. Y ahora también tenía las guardias, claro.

—Sí, todo está bastante calmado por allí. De cualquier forma, mañana volveré.

Era mejor que, de momento, ella no supiera nada.

Regresé al campamento de acogida al día siguiente, y también los días que vinieron a continuación. Transcurrieron tres semanas y yo me sentía cada vez más asombrado por lo rápido que progresaba Benazir. Nunca en mi vida había visto nada igual. Sus heridas se habían curado casi completamente en ese tiempo, cuando lo normal era que un corte como el de la frente tardase por lo menos dos meses en cicatrizar. La fortaleza y la capacidad de recuperación de aquella muchacha eran extraordinarias.

—Si sigues así, dentro de poco te daré de alta —bromeé.

—Y entonces ¿dejarás de visitarme?

Alcé el rostro hacia ella, de las heridas que había sufrido apenas quedaban enrojecimientos y finas cicatrices. Hacía dos días que le había quitado los puntos sobre la ceja. Sus ojos azules me miraban con descaro, como desafiándome. Ninguna mujer me había mirado jamás así, ni siquiera mi esposa. Tuve que hacer un esfuerzo para no apartar la vista. Parpadeé.

—Dentro de cinco días empiezo una nueva guardia de una semana. No podré venir de todos modos, pero tú ya estás bien.

Ella colocó su mano sobre la mía y dijo:

—Todo te lo debo a ti, Samir; tú has sido mi ángel, tú me has salvado.

Retiré la mano y me puse en pie para pasear por la celda y alejarme de ella. Su cercanía me alteraba. Le había llevado ropa limpia y ahora vestía una chilaba de color marrón que le venía varias tallas grande. Y aun así, con su figura alta y delgada, los pómulos marcados y los ojos grandes y azules, me pareció que era una mujer de una belleza extraordinaria.

—Soy médico, era mi obligación.

—Todo el día de mi llegada está confuso, pero a ti te recuerdo bien. Te interpusiste entre las armas de los soldados y yo. Eso es más de lo que se le podía exigir a un médico.

Me volví a sentar junto a ella.

—¿De dónde veníais ese hombre y tú? ¿Era tu esposo? ¿Dónde contrajo la enfermedad?

Esta vez ella sí apartó la mirada.

—Me preguntas lo mismo todos los días. No quiero pensar en eso ahora, Samir. No tienes ni idea del infierno por el que pasé.

—Precisamente de eso tengo mucha idea, pues tuve que coser tus heridas.

—Entonces entenderás que no es algo que quiera recordar ahora.

—No vas a tener más remedio que hacerlo muy pronto —le dije—. No podrás entrar en la ciudad si las autoridades no quedan satisfechas con tu historia. Y si ese hombre no era tu esposo, te vas a encontrar con serios problemas. Una mujer no puede viajar sola.

—Por favor, no hablemos de eso. Te lo contaré todo, pero no ahora.

—Se nos acaba el tiempo, no puedes permanecer para siempre en este campamento.

Ella se volvió de nuevo hacia mí. Una sonrisa volvió a dibujarse en su rostro.

—Háblame de ti, Samir. ¿Quién eres, además de un médico extraordinario y un hombre muy valiente? ¿Cómo es tu vida cuando te marchas de aquí?

—Soy un hombre felizmente casado y tengo dos hijos maravillosos. Una parejita de cinco y ocho años. Lo son todo para mí.

—¿Cómo conociste a tu esposa?

—Mi padre también era médico, murió hace cinco años. Él conocía al padre de Aisha de la facultad, y entre los dos acordaron la boda. Pero Aisha y yo encajamos de inmediato, nada más vernos nos enamoramos y no puedo imaginar un matrimonio más dichoso.

—Me alegro por ti, pareces un hombre feliz.

—Muy feliz.

—Y sin embargo te lo has jugado todo por atenderme.

—Hice lo que debe hacerse. No podría ser yo si actúo en contra de mi conciencia.

—Pero desobedeciste las leyes religiosas, ¿es que no tienes fe?

Me extrañó la pregunta.

—¡Por supuesto que tengo fe! ¿Quién podría concebir el mundo sin Dios?

—Dicen que la religión es una luz que brilla mejor rodeada de oscuridad. Y no hay duda de que ahora vivimos en un mundo muy oscuro.

—Yo creo que si perdemos la confianza en la bondad de Dios no nos queda nada.

—Entonces ¿por qué me ayudaste?

—Leo el Corán, y lo que han interpretado nuestros mulás sobre el significado de los textos sagrados no tiene por qué coincidir con lo que yo entiendo que se dice en él.

—Luego no estás de acuerdo con las autoridades religiosas de tu ciudad.

—En ocasiones no.

—Me alegro de haberte encontrado en una de esas ocasiones.

Me puse en pie y miré el reloj.

—Me tengo que ir ya, pero mañana me lo contarás todo sobre tu viaje y sobre el hombre que te acompañaba. Es necesario porque, en los pocos días que quedan antes

de empezar mi nueva guardia, tenemos que preparar tu declaración para ingresar en la ciudad.

Esa tarde paseé por la ciudad. Había poca gente y casi todos llevaban mascarilla porque el viento soplaba de poniente. Pensaba en Benazir, si es que ese era su verdadero nombre; repasaba mentalmente nuestras conversaciones, una y otra vez, cada cosa que me había dicho y lo que yo le había respondido. Ella había eludido siempre las preguntas comprometidas, respondiendo con evasivas a la cuestión de quién y cómo la había golpeado de un modo tan salvaje. Después de casi un mes viéndola a diario, yo seguía sin saber apenas nada de su pasado. ¿Quién era aquella mujer misteriosa? ¿Qué se ocultaba detrás de su silencio?

Lo único cierto es que ya estaba curada, quien fuera y lo que hiciese a partir de ese momento ya no era asunto mío. Hasta entonces se podría haber dado una interpretación ética a mis acciones, después de todo yo era médico y su vida estaba en peligro, pero ¿qué justificación tenía ahora para seguir visitándola cada mañana? La única respuesta es que no podía evitarlo. De repente me descubría a mí mismo contando las horas hasta nuestro próximo encuentro. Y era plenamente consciente del riesgo que estaba asumiendo cada vez que iba a aquella oscura celda. Si me denunciaban podía perder mi licencia y a mi familia. Pero no podía dejar de verla, su presencia me fascinaba y me perturbaba a la vez. Cuando estaba con ella sentía el suelo ablandarse debajo de mis pies, el vértigo se apoderaba de mi mente.

Caminé hasta que se hizo de noche y cené en un puesto de la calle. Cuando regresé a casa mi cena estaba encima de la mesa, con un plato boca abajo cubriéndola. Me acosté con cuidado, esperando que Aisha ya estuviera dormida, pero no fue así.

—Ya no me quieres, Samir. ¿Por qué no me quieres?

—Yo te adoro, cariño.

—No es verdad —noté que estaba llorando mientras hablaba—, ya no me quieres. No hemos hecho el amor desde que volviste de la guardia y dentro de cuatro días te volverás a ir.

—Te amo —le juré—, daría mi vida por ti mil veces.

Pero nada de lo que le dije esa noche pudo calmarla.

Al día siguiente salí muy temprano de la ciudad. Rodeé la muralla y aparqué el coche frente al campamento. Crucé el puesto de guardia y recorrí los pasillos a toda prisa, siguiendo la dirección que ya conocía tan bien. Los versos de Ibn Hazm daban



vueltas en mi mente: «Al ir a ti corro como la luna llena cuando atraviesa los confines del cielo...».

En la celda, Benazir me esperaba de pie frente a la puerta. Me miraba intensamente con sus grandes ojos azules; no hizo ningún movimiento ni dijo nada, pero comprendí al instante lo que estaba a punto de pasar. Cerré con llave y me acerqué a ella. Sin que ninguno de los dos dijese una palabra, la sujeté por la cintura con un abrazo suave que se fue haciendo cada vez más fuerte. Rocé ligeramente su mejilla con mis labios, ella giró el rostro y nuestras bocas se encontraron. Nos dimos un beso largo, lento, mientras la apretaba contra mí como si quisiera fundir nuestros cuerpos. Deslicé mis labios hasta la base de su oreja, recorrí su cuello con besos. Sentía el calor de su piel y a la vez notaba cómo mis mejillas también estaban ardiendo.

Se recostó en la pared y se deslizó un poco para que yo quedase encima. Siguió besándome, cada vez con más pasión. Metí las manos por debajo del faldón de la chilaba y acaricié sus piernas, su espalda y sus nalgas. Empecé a quitarle aquella ropa de tela tosca y sin forma que yo le había llevado varios días antes. Se la saqué por la cabeza, con torpeza y atolondramiento; debajo no llevaba nada, solo la piel que brillaba con la escasa luz de la única bombilla que colgaba del techo. Su cuerpo era como el de una gacela, delgado, ágil, poderoso y suave a la vez. Pechos pequeños y cónicos, los pezones se endurecieron al tocarlos. Lentamente deslicé las manos por su torso, crucé la suave concavidad de su vientre y me detuve sobre el sexo. Noté el calor y la humedad en mis dedos. Su cuerpo se arqueó hacia mí y gimió.

Me abrazó con más fuerza, como si me agarrase para no ser arrastrada por un huracán. Oí cómo gemía suavemente junto a mi oreja. Acarició mi espalda y sus manos fueron bajando hasta el borde de mi pantalón. Introdujo un poco sus dedos para acariciarme más abajo, solo un poco mientras iba rodeando mi cintura, hasta que llegó al frente. Desabroché la hebilla del cinturón y me quité el pantalón y también la camisa, y me deslicé desnudo sobre ella. Sentí que las curvas y ángulos de nuestros cuerpos encajaban como si nos hubieran modelado solo para ese momento. Mientras la abrazaba y notaba el contacto de su piel suave y su corazón latiendo con fuerza contra mi pecho, pensé que aquel era un instante en el tiempo de absoluta felicidad. ¿Qué importaban ahora el resto del mundo y sus problemas? Las cosas podrían ser mucho más sencillas, hombres y mujeres disfrutando de los cuerpos y los sentidos que Dios nos había dado, pero la humanidad siempre había encontrado la forma de complicar lo que era natural, envolviéndolo en sentimientos de culpa.

Pero en ese instante preciso del tiempo, yo me sentía tan inocente y tan puro como nuestro padre Adán en el Paraíso.

Nos tumbamos sobre una manta extendida en el suelo y allí nos seguimos besando y tocando, pegados el uno al otro como una única criatura con cuatro brazos.

Recorrí su cuerpo sin dejar de acariciarla y besar cada trocito de su piel. Seguí hacia abajo, hasta que su sexo quedó frente a mi boca. Y su aroma me volvió loco, empapó mis sentidos. Me hundí en su vello, que era tan suave como la piel de un cachorro, y noté el sabor cálido y dulce de su interior.

Me sujetó por el pelo y me obligó a levantar la cabeza.

—Quiero tenerte dentro de mí. Ahora.

Gateé sobre ella y su mano me guio hacia su interior. Empezó a marcar su propio ritmo, sujetando mis caderas y sincronizando cada una de mis embestidas con los movimientos de su pelvis. Al cabo de un rato dijo que quería cambiar de posición y se colocó sentada sobre mí mientras yo me tumbaba de espaldas. Nunca había hecho el amor de esa forma. Ella se movía hacia delante y hacia atrás, como si me cabalgase, veía su rostro relajado, los labios fruncidos, los ojos cerrados, cada uno de sus sentidos concentrado en ese momento. Mi mano derecha acariciaba la piel sedosa de su vientre mientras la izquierda se deslizaba sobre su costado hasta su pecho. Gemíamos al unísono, al ritmo de nuestros movimientos, en esa universal danza del placer que ha experimentado el ser humano desde la noche de los tiempos.

El compás se fue acelerando mientras los dos nos precipitábamos hacia el orgasmo, dos vehículos sin frenos en una pendiente. Yo solté un gemido ronco cuando llegó el momento, Benazir abrió la boca como si fuera a gritar pero ningún sonido salió de ella. Su cara se transfiguró ante mí, como las santas cristianas pintadas durante el barroco. No hay nada comparable al rostro de una mujer en el instante del orgasmo, casi puedes sentir que emite luz.

Abrió los ojos y me miró. Sus mejillas sonrosadas, sus ojos empañados de placer.

—Ha sido maravilloso —musitó.

Se dejó caer lánguidamente a mi lado. La abracé, su respiración seguía agitada.

En ese momento mi mente era un torbellino, no podía concentrarme en nada. El alcance de lo que acababa de suceder era como un muro que me impedía ver más allá. ¿Cómo iba a enfrentarme a mi mujer después de algo así? Nunca la había engañado y estaba seguro de que ahora sería incapaz de mentirle. Leería la traición en mis ojos apenas me viera.

No podía imaginar mi futuro, solo sabía que aquel era un punto de no retorno.

—¿Qué va a ser de nosotros? —le pregunté.

—No hay un «nosotros», Samir. Tú tienes tu vida.

Me apoyé sobre el codo para incorporarme y mirarla a los ojos.

—Sí, pero ¿qué vamos a hacer tú y yo a partir de ahora?

—Tú puedes volver con tu mujer y tu familia y olvidar que esto ha pasado. No te será difícil, probablemente no me vuelvas a ver nunca.

—No quiero olvidar nada y para mí sería imposible algo así. Cada acto tiene su consecuencia ante los ojos de Dios. Esto ha pasado, Benazir, no ha sido un sueño.

—Pues recuérdame, Samir, pero no le hables de mí a nadie, nunca, ni a tu mejor amigo.

—¿Por qué dices que no te volveré a ver?

—No me permitirán entrar en la ciudad, ya que ese hombre que iba conmigo, al que le dispararon los soldados, no era mi esposo.

—Vi cómo mirabas su cuerpo con odio...

—¡Ojalá se esté quemando en el Infierno junto con los otros canallas que lo acompañaban...! —Su voz se quebró, durante un momento pareció que iba a llorar, sus grandes ojos azules brillaron de rabia y de dolor, pero no derramó ni una lágrima—. Es doloroso hablar de ello... Casi no puedo hacerlo, lo siento... Eran cinco, nos asaltaron cerca de Madrid, asesinaron a mi esposo y...

—¿Qué te hicieron? —le pregunté con horror.

Ella me miró desafiante.

—Fui la esclava de esos hombres durante varias semanas. Utiliza tu imaginación.

—Dios misericordioso... —musité.

—¿Ahora entiendes por qué era tan difícil para mí contarte todo esto?

—¿Quiénes eran esos criminales?

—No tengo ni idea, ¿qué más da? No me importa quiénes eran, ni por qué hicieron algo así. Me lo quitaron todo, me quitaron a mi esposo y me han quitado mi vida. Porque, después de una experiencia así, ¿qué trato crees que puedo esperar de los jueces de tu ciudad?

Nunca la dejarían entrar, eso era evidente. Las leyes son muy duras en los casos de violación; para nuestra sociedad Benazir había dejado de existir. Podría incluso ir a la cárcel si alguien la acusaba de haber incitado a aquellos hombres de algún modo. Pero eso era muy improbable, claro; lo más seguro es que los mulás se apiadasen de su situación, pero con el fiqh en la mano no podían permitir que entrase en la ciudad. Era una mujer marcada.

—¿Qué pasó con los otros cuatro?

—Murieron. Enfermaron y agonizaron uno tras otro, echando sangre por la boca y los ojos. Sufrieron mucho y, que Dios me perdone, no sentí ninguna pena por ellos.

—¿Enfermaron todos de ébola? —Me sentí asombrado.

—Sí, la enfermedad ya estaba en Madrid... Espera, ¿por qué me miras así? ¿Temes que por estar en contacto con ellos pueda haberte contagiado?

Sacudí la cabeza.

—No, tu sangre está limpia, lo he comprobado una y otra vez, no tienes la enfermedad... Pero la verdad es que es un milagro... o tuviste mucha suerte.

—Sí —torció la boca en una mueca de amargura—, parece que soy una persona afortunada.

—Perdona, no quería decir que...

Puso sus manos sobre las mías y yo me estremecí por su contacto.

—Perdóname tú —dijo—, siento lo que ha pasado entre nosotros. Creo que el dolor me ha vuelto un poco loca, porque no sé por qué permití algo así. Quizá porque quería sentir la sensación de ser amada por última vez. No sé... Tú has sido mi ángel, mi salvador, no debería haberte puesto en esta situación. Me ayudaste y te he pagado complicándote la vida. Lo siento mucho, Samir. Será mejor que me vaya y que regrese a la carretera cuanto antes.

—¿Y qué harás? ¿Adónde irás?

—No lo sé. He pensado en eso continuamente. Horas y horas aquí sola, dándole vueltas a la cabeza porque no quiero aceptar que mi vida se ha terminado.

—Quédate aquí —le dije—. Aún faltan dos días para mi guardia. Se me ocurrirá algo. Mi suegro conoce a gente influyente en la ciudad, encontraré una solución.

—Samir, ya has hecho demasiado por mí.

—No he hecho nada si ahora no puedes entrar en la ciudad. Te ayudaré, te lo prometo.

Llegué a casa envuelto por negros pensamientos y un temor que era como un núcleo punzante en la boca del estómago. No quería enfrentarme a la mirada de mi esposa en ese momento, sabía que en mi expresión iba a leer todo lo que había pasado. Me descubriría apenas me viera, lo sabía. Por más que me había lavado antes de salir del campamento, aún sentía el olor de Benazir empapando mi piel. Con el tiempo quizá mi mente encontrase una forma de asimilarlo, de ocultar lo que había sucedido en algún rincón de mi memoria, pero no ahora.

Estaba tan perdido en mis pensamientos que no vi al ulema esperándome frente a la puerta de mi casa y casi choqué contra él.

—Samir —me dijo sobresaltándome—, ¿te encuentras bien? Pareces perdido.

—Ahmed, ¿qué haces aquí?

Durante un momento pensé que nuestra semana de guardia se había adelantado y sentí casi alivio. Al menos tendría tiempo para organizar mi mente. Pero entonces vi a un mulá vestido de negro, con la barba entrecana, que acompañaba a Ahmed. ¿Qué hacía allí un juez?

—La paz sea contigo, hermano —me saludó el mulá, acercándose—. Mi nombre es Yusuf Abdalá y espero que no te importe responder unas pocas preguntas.

—La paz sea contigo, Samir —dijo también Ahmed; llevaba un maletín de cuero negro y tuvo que cambiárselo de mano para saludarme—. Siento haberte sorprendido, pero hay mujeres en tu casa y por eso te hemos esperado frente a la puerta.

Los vecinos estarían sacando ya todo tipo de conclusiones. Pero ¿qué me importaba ahora lo que pensasen los vecinos? Al parecer estaba en problemas serios, un juez no se desplaza hasta el domicilio de un simple ciudadano por nada.

—¿Debo avisar a un abogado? —pregunté con voz insegura.

—Por favor, hermano —me dijo el mulá con una sonrisa asomando por debajo de su barba—, me parece que te hemos dado una idea equivocada. Conoces a Ahmed, ¿verdad? Por favor, habla con él y que te explique que no hay nada por lo que preocuparse.

Yusuf Abdalá se retiró discretamente unos pasos y el joven ulema rubio se acercó a mí.

—Samir, no pasa nada, ni tú ni tu familia estáis bajo sospecha de ningún tipo —me aseguró—. El mulá está investigando un asunto y quiere hacerte algunas

preguntas, nada más.

Nada más, pero yo no tenía mi conciencia tranquila.

—De acuerdo. —Me volví hacia el mulá—. Por favor, acepta la hospitalidad de mi casa.

—Con mucho gusto, hermano. Ve tú primero y avisa a tu mujer.

Así lo hice. Ni siquiera la vi, la llamé desde la puerta y le dije que subía con dos hombres y que se metiese en la habitación de los niños con nuestra hija. Esperé hasta que las oí encerrarse con llave y entonces franqueé el paso a los dos religiosos.

Yusuf Abdalá y el joven ulema entraron en mi casa y pasearon por el comedor. Ahmed parecía cohibido, pero el mulá lo miraba todo con descarada curiosidad. Me fijé en que le echaba un vistazo rápido al marcador del audímetro de la televisión, luego se acercó a la estantería donde guardaba mis libros y que cubría toda la pared del fondo.

—¡Cuántos libros tienes aquí, hermano! —exclamó.

—Todos son libros de medicina —me apresuré a decir, no me había gustado su tono de voz—, lecturas que exige mi profesión.

Aquello era una mentira, allí tenía también las novelas de aventuras a las que yo era tan aficionado: Julio Verne, Stevenson, Salgari... Solo que convenientemente retapadas para eludir la prohibición del fiqh. El corazón me dio un vuelco cuando el mulá cogió una de estas y empezó a hojearla.

—Este ejemplar está impreso en la lengua de los infieles —observó.

—Sí, hay textos que solo se pueden conseguir en inglés.

—¿Textos médicos? —preguntó con una sonrisa maliciosa. O al menos eso me pareció.

Asentí y el religioso dejó el libro sobre la repisa de la librería.

—Imagino —añadió— que sabes lo que dijo el califa Omar ibn al-Jattab antes de ordenar destruir la biblioteca de Alejandría...

—«Los libros aquí reunidos o bien contradicen el Corán, y entonces son peligrosos, o bien coinciden con el Corán, y entonces son redundantes».

—Exacto. Pero yo no estoy de acuerdo con una postura tan intransigente... Por cierto —dijo señalando el libro que acababa de dejar—, tiene una cubierta que no le corresponde, pero *La isla misteriosa* también es una de mis novelas favoritas. Uno no puede sino admirar la determinación de ese capitán Nemo contra la desviada sociedad occidental.

Enrojecí y noté la mirada asombrada de Ahmed, que permanecía de pie a mi lado.

—Mulá, yo... —empecé a disculparme, pero Yusuf Abdalá alzó una mano para interrumpirme.

—Es difícil ocultar las cosas. Sabemos, por ejemplo, que desde hace dos semanas atiendes cada mañana a la mujer que llegó por el camino del oeste —dijo—. El

personal del campamento nos ha informado cumplidamente de tu actividad. Por favor, admítelo.

Me quedé sin habla, golpeado por aquella acusación que podía costarme mi licencia médica y que el mulá había pronunciado con calma, sin cambiar el tono de voz. Pero yo sentí en ese momento que todo mi mundo se desmoronaba a mi alrededor.

—Yo...

¿De verdad confié en que la gente del campamento se apiadase de aquella desdichada, por la que no habían movido un dedo, y no me denunciara? Había sido un ingenuo.

—Te repito que no soy tan intransigente —siguió diciendo el mulá. Su sonrisa era como una serpiente asomando entre el follaje de su barba—. Sin un poco de manga ancha nuestra sociedad no podría funcionar. Y yo, personalmente, me alegro de que alguien cuidase de esa pobre mujer, aunque fuera infringiendo el fiqh. Nuestras leyes son duras, así que entiendo los actos humanitarios puntuales como el que tú has realizado. Además, lo has hecho fuera de la jurisdicción de la ciudad, por eso miramos hacia otro lado y te dejamos hacer. Por favor, hermano, relájate, porque como te he dicho al principio no tienes nada por lo que preocuparte.

—Entonces ¿qué quieres de mí, mulá?

Le hizo una señal a Ahmed. El joven religioso abrió su maletín y sacó varias fotos que fue depositando encima de mi mesa, una junto a otra, con el mismo cuidado exagerado con el que lo hacía todo, como si siempre tuviese miedo de equivocarse. Eran los rostros de cinco hombres que yo no conocía de nada. Después de echarles un vistazo me volví de nuevo hacia el mulá y me encogí levemente de hombros.

—Estos hombres son policías de la brigada antiterrorista —me explicó—. No te suena ninguno de ellos, ¿verdad? Pero mira otra vez y fíjate en ese último, en el de la derecha.

Así lo hice: un tipo con los ojos hundidos, una barba corta y el tabique de la nariz un poco desviado. Ante mi mirada de extrañeza, pues seguía sin reconocer a aquel sujeto, Ahmed sacó otra fotografía que también colocó sobre la mesa. En esta ocasión era el rostro horriblemente hinchado y sanguinolento del hombre que había acompañado a Benazir, era la foto que habían tomado los militares de su cadáver mientras yo intentaba extraerle una muestra de sangre a la mujer. Sobre la imagen, varios números señalaban diferentes rasgos de aquel rostro tan deformado. Me fijé en la nariz desviada y comprendí que se trataba del mismo tipo.

—Es increíble lo que le hace esa enfermedad a una cara humana —dijo Yusuf Abdalá—, los del laboratorio han tardado todo este tiempo en identificar al cadáver como uno de los policías desaparecidos.

Policías que cazan terroristas. Las noticias tampoco suelen hablar de esas cosas,

pero había oído rumores sobre atentados en Madrid y Barcelona. Murmuraciones, pero si alguien se tomó la molestia de crear una brigada antiterrorista es que se trataba de algo más que un mito.

—¿Desaparecidos?

—Estaban en una misión en Madrid y hace más de dos meses que perdimos contacto con ellos. Y este es el motivo por el que hemos venido hasta tu casa. Samir, la mujer a la que has estado atendiendo llegó en compañía de uno de nuestros agentes desaparecidos. Policías antiterroristas, así que antes de ir a interrogarla queríamos saber por ti cualquier dato que te haya contado y que pudiera sernos de utilidad. ¿De qué habéis hablado durante este tiempo?

Me había quedado mudo; miraba las fotos y luego volvía a mirar a los dos religiosos y de nuevo contemplaba las fotos de aquellos policías. Cinco, exactamente el número de hombres que Benazir me dijo que los habían atacado a ella y a su marido.

—Esa mujer tenía señales de haber sido golpeada —dijo Ahmed—, creo que todos pensamos que el muerto era su marido y que le había dado una paliza, pero ahora es evidente que ese hombre no era su esposo.

—Me contó que cinco hombres los asaltaron a ella y a su verdadero esposo —me oí decir sin pensarlo más—. A él lo asesinaron y a ella la torturaron.

—Esos hombres eran reputados policías y estaban buscando terroristas —dijo Yusuf Abdalá—, por lo tanto debemos pensar que ella sabía algo. Es posible que sea una colaboradora.

—No lo creo, ella...

—Ella... ¿qué?

—No puede estar metida en algo así.

—Pareces muy seguro. ¿Por qué no diste parte de que su esposo fue asesinado?

—Lo supe hoy mismo, después de...

—Después ¿de qué?

Cerré la boca firmemente y me tomé un momento para pensar mi respuesta:

—Después de hacerle su cura.

El mulá asintió lentamente.

—Vamos a interrogarla ahora mismo y quiero que nos acompañes, Samir —dijo—. Estoy viendo algunos puntos oscuros en todo este asunto y me gustaría aclararlos contigo delante. No te importa, ¿verdad?

Pero su tono y su mirada me estaban diciendo más bien: «Que no se te ocurra negarte».



Me despedí de mi mujer a través de la puerta cerrada y fui con los dos religiosos. En la plaza de la Gran Mezquita nos esperaba una furgoneta militar, con un soldado al volante y otro sentado a su lado con un Kalashnikov en el regazo. Salimos de la ciudad por la Puerta de Serrano y rodeamos la muralla, el mismo camino que había hecho tantas veces, pero ahora me sentía como si me condujesen a mi propio fusilamiento. No sabía qué pensar sobre Benazir, tan solo tenía claro que esto no podía acabar bien para ella. No, ya no. Yo seguía manteniendo la idea de que era la víctima inocente en todo aquello, pero eso poco importaba ya. Todo se estaba precipitando en la peor dirección posible. En ese momento, tengo que admitirlo, ya solo rezaba a Dios para que mi familia no resultase perjudicada por mi culpa.

Yusuf Abdalá llamó al campamento y les dijo que estábamos a punto de llegar. Ordenó que preparasen a la mujer para el interrogatorio. Luego me miró a mí.

—Tengo la sensación de que muy pronto se van a aclarar muchas cosas —dijo.

Y esta vez no dudé de que sus palabras contenían una amenaza.

El guardia del campamento nos franqueó el paso y los cinco cruzamos los mismos pasillos que yo conocía tan bien. Llegamos a la celda en la que esa misma mañana había hecho el amor con una mujer que ahora iba a ser interrogada, quizá torturada. Comprendí que era inimaginable que yo soportase presenciar aquello sin mover un dedo.

Benazir estaba de pie al fondo de la celda y un solo médico hacía guardia junto a ella. Estaba cubierta de nuevo con el viejo y polvoriento burka negro que había llevado en la carretera, los brazos caídos a los lados, el cuerpo un poco inclinado hacia delante.

Ahmed sacó las fotografías de la cartera y las dispuso una junto a otra sobre la litera de la celda. Finalmente extrajo la foto del rostro del cadáver y la colocó al lado de las otras.

—Este era el hombre con el que viajabas —dijo Yusuf Abdalá señalando la última imagen—, quiero que me cuentes con todo detalle cómo lo conociste y por qué ibas con él.

Benazir no se movió, parecía mirarlo intensamente a través de la visera del burka. El mulá esperó durante medio minuto y luego añadió:

—¿Es que no vas a contestarme? Mira, podemos hacer esto por las buenas o por

las malas, y yo estoy dispuesto a emplear cualquier método para llegar a la verdad.

Entonces Benazir emitió un murmullo, como un largo gemido inarticulado. Pero esa no era su voz, comprendí. Yusuf Abdalá también supo en ese mismo instante que allí pasaba algo muy extraño. Dio un paso adelante y arrancó la capucha del burka de un tirón seco. En lugar del rostro de la mujer, lo que apareció fue la cara asustada y amordazada del médico que estaba a cargo del campamento, aquel que temía perder su licencia. Una ancha tira de esparadrapo le tapaba la boca y al parecer tenía las manos atadas a la espalda, dentro del burka. Sus ojos estaban muy abiertos por el miedo.

El mulá era un hombre inteligente y lo comprendió todo al instante. Se giró hacia el guardia que estaba detrás de él, con la boca abierta para pronunciar una advertencia:

—¡Cuidado, el...!

Pero era demasiado tarde. El falso médico que había permanecido discretamente apartado junto a la pared de la celda ya estaba sobre el soldado, con una mano atenazando su garganta y la otra sobre la empuñadura de la pistola que el militar llevaba colgando del cinto.

Todo sucedió con una velocidad cegadora.

El arma salió de la funda como un relámpago y sonó un estampido. El otro militar, que estaba levantando su Kalashnikov, recibió la bala en medio de la frente y los sesos salpicaron la pared de atrás. Un instante después, el primer soldado caía al suelo con la tráquea aplastada, y boqueaba y se retorció como un pez fuera del agua. Benazir estaba de pie sobre él, vestida con una bata médica y con el pelo recogido en un apretado moño para que pareciese que lo llevaba cortado como un hombre. En su mano humeaba la pistola que acababa de disparar, con la que ahora apuntaba al rostro del mulá. Este parecía haber quedado congelado en medio de su grito de advertencia: «¡Cuidado, el...!» Demasiado tarde. Sonó otro estampido ensordecedor y Yusuf Abdalá se derrumbó como una marioneta rota.

El joven Ahmed se había tirado al suelo y lloraba como un niño con las manos sobre la cabeza, como si intentase protegerse con ellas de la lluvia de balas. Pero no había protección posible ni tampoco piedad, Benazir se acercó a él y le disparó en la nuca casi sin mirarlo. Luego levantó el arma y mató al médico amordazado que no quería líos, y que lo seguía mirando todo con los ojos como platos y una expresión de asombro infinito. Creo que murió sin acabar de creerse que aquello estaba sucediendo realmente.

Entonces Benazir se giró y me apuntó a mí.

El lugar estaba empapado del olor a sangre y a pólvora, y me zumbaban los oídos por las detonaciones. Mis ojos se encontraron con los de la mujer, ahora su azul me parecía el del hielo, no había ningún sentimiento en aquella mirada, ni el menor rastro

de piedad después de haber matado a cinco hombres en unos pocos segundos. Yo estaba convencido de que iba a morir justo en ese momento y de que lo último que verían mis ojos sería el negro cañón de aquella pistola. Luego un fognazo y un trozo de plomo atravesaría mi cerebro.

Pero Benazir no disparó de nuevo, solo me advirtió:

—No te muevas de donde estás, Samir.

Se acercó al cadáver del médico y lo despojó del burka. Algunas gotas de sangre habían manchado la pechera pero apenas se distinguían en la negrura de la tela. Benazir se embutió en él, pero aún no se colocó la capucha. Rebuscó en los bolsillos del pantalón del médico, que tal y como había imaginado tenía las manos atadas a la espalda. Lo había inmovilizado ella sola, sin ningún arma, justo antes de que llegásemos. Por Dios, ¿quién era aquella mujer?

Encontró unas llaves de coche y las guardó, luego se puso la capucha del burka y arrancó el Kalashnikov de las manos del soldado muerto.

—Vamos a salir juntos, Samir —me dijo—. No intentes nada y haz todo aquello que te ordene al instante. Te aprecio, pero esto es más importante que tú o que yo, así que si intentas traicionarme no dudaré en dispararte.

No tenía intención de poner a prueba su amenaza, había visto la asombrosa frialdad de aquellos ojos azules.

En el pasillo nos esperaban tres guardias. Nos apuntaron con sus armas y nos exigieron que nos tirásemos al suelo. La voz de Benazir sonó entonces como la de una mujer muy asustada, al borde del histerismo, cuando les dijo que alguien había empezado a disparar, que nos ayudasen. Los soldados repitieron la orden de que nos tirásemos al suelo. Me di cuenta de que estaban más pendientes de mí que de la mujer envuelta en el burka. A fin de cuentas, ¿qué peligro puede haber en una pobre chica histérica?

Benazir escondía el fusil detrás de ella, oculto entre los amplios pliegues de tela negra. Como por arte de magia, apareció y empezó a disparar. Las balas rebotaron por todo el pasillo mientras los soldados se retorcían al ser alcanzados por los proyectiles. Seguimos avanzando y tres cadáveres más quedaron a nuestra espalda. En la garita, el guardia estaba hablando por un telefonillo. Benazir le disparó y luego destrozó el aparato a culatazos.

—Vamos —me dijo, y yo sentí que estaba a punto de desmayarme.

Encontramos el coche del médico después de probar las llaves en un par de vehículos aparcados junto a la valla del campamento. Es un Sonaca Maroc de dos puertas, casi nuevo. Benazir escondió el fusil bajo los asientos traseros y luego se colocó en el asiento del copiloto.

—Conduce hasta la ciudad —me ordenó.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunté mientras arrancaba el coche.

—Cuanto menos sepas sobre eso, mejor. Atiéndeme: cuando lleguemos a la Puerta de Serrano, le dices al guardia que soy tu esposa. No tiene por qué dudar.

—Lo hará si el de la garita tuvo tiempo de avisarles.

—Nos arriesgaremos. Por desgracia, todo se ha precipitado.

—Ya lo tenías planeado así, ¿verdad? El que yo te metiese en la ciudad simulando que eras mi mujer...

—Sí, ese era el plan.

—¿Por eso te acostaste conmigo?

Ella no respondió, se ajustó la capucha del burka y revisó el cargador de la pistola.

—¿Quién eres en realidad, Benazir? ¿Por qué haces todo esto?

—Mi verdadero nombre es Britt y hago esto porque estamos en guerra.

—¿En guerra? Por el amor de Dios, ¿contra quién?

—El Mediterráneo está en guerra contra la Unión del Norte de Europa. Yo nací en Noruega y me entrenaron desde niña para luchar. Siento mucho que te hayas visto implicado en todo esto, eres un buen hombre y te debo la vida. Pero ya te he dicho que esto es más importante que tú o que yo. Más importante que nuestros sentimientos, es mucho lo que está en juego.

—No es posible. Pero ¿qué estás diciendo? ¿En guerra? Nuestra única guerra es contra la enfermedad que ha arrasado nuestro mundo.

Ella me miró a través de la rejilla del burka, podía ver el brillo de sus ojos azules e imaginé en ellos su frialdad de cero absoluto. La persona dulce y asustada que yo había creído conocer, simplemente no existía. Era solo un engaño, el disfraz de una asesina despiadada.

—¿Cómo crees que empezó la Plaga? Como médico seguro que no te habrás creído lo que dicen los mulás sobre que fue un castigo divino.

—Fue una pandemia, eso es todo.

—Relee las noticias de entonces, si es que aún quedan archivos accesibles para un médico. Comprobarás que el inicio de la Plaga no pudo ser accidental. Hubo varios focos simultáneos por todo el Mediterráneo, en España, el sur de Francia, Italia, Grecia...

—¿Qué quieres decir?

—Que fue un ataque planificado y perfectamente coordinado. Cientos de enfermos de ébola llegaron a la vez a varias ciudades costeras del sur de Europa. Esta enfermedad mata tan rápido que en África, donde la distancia entre una población y otra es muy grande, es posible controlarla aislando zonas y dejando morir a los enfermos. Pero en el sur de Europa fue como dejar caer una cerilla en un campo cubierto de hierba seca. El ébola saltó de una ciudad a otra a una velocidad imparable, exterminando a las poblaciones que infectaba. Luego desembarcaron los

ejércitos del Islam para tomar posesión de esta tierra arrasada. En el norte pudimos derrotar a la Plaga gracias al clima y a que las distancias entre nuestros núcleos de población son también muy grandes. Y ahora, por fin, estamos contraatacando...

La historia oficial decía que la entonces llamada Unión Europea nos había abandonado, que se habían construido barreras para evitar que la población del sur pudiese emigrar al norte y contagiar la enfermedad, que nos habían dejado solos para que nos muriéramos, y que habían sido las naciones musulmanas las únicas dispuestas a ayudarnos. A estas alturas era imposible saber cuál de las dos versiones de la historia era la real. Imaginé que las dos tendrían algo de verdad y mucho de propaganda bélica. Poco importaba ya, porque era evidente que Benazir, o Britt, o como se llamara realmente aquella asesina, creía firmemente en su versión de los hechos y estaba dispuesta a luchar hasta la muerte por ella.

—Atención —dijo—, llegamos a la Puerta de la ciudad. Prepárate, Samir.

Me mostró cómo ocultaba la pistola debajo de la tela del burka y me hizo un gesto con la cabeza para que estuviera atento al guardia que se acercaba a nosotros.

El hombre uniformado nos saludó militarmente y me pidió la identificación. Frunció el ceño al leer mi nombre. Consultó la carpeta que llevaba en la mano y me dijo que esperase un momento. Por el rabllo del ojo vi cómo la mujer movía el brazo derecho, el que sujetaba la pistola, y oí el clic del percutor del arma al ser amartillado.

El guardia habló durante unos segundos con su compañero de la garita y regresó.

—Es extraño, aquí no dice que usted saliese hoy de la ciudad con su mujer, doctor.

—Salgo cada día —dije—, unas veces me acompaña mi esposa y otras voy solo.

Volvió a mirar la carpeta con gesto concentrado, era solo un muchacho de unos veinte años y yo no tenía ninguna duda de que moriría muy pronto si intentaba retenernos.

—Aquí no lo dice. Tampoco veo que haya salido hoy.

—Pero es evidente que he salido, ¿no?

—Pues sí, pero...

—Hoy he abandonado la ciudad en una furgoneta del ejército. Ha sido el mulá Yusuf Abdalá quien ha firmado la salida.

—Es cierto —dijo con un gesto de alivio—. Aquí está su registro.

Nos dejó pasar sin más preguntas, era evidente que no quería problemas en su turno.

Benazir me indicó que aparcase en un estrecho callejón a la derecha. Detuve el vehículo entre unos contenedores de basura. La mujer se agachó y yo creí que iba a dispararme.

«Aquí acaba mi camino», pensé. «Dios, ten misericordia y acógeme en tu seno».

Pero ella hizo algo muy extraño, se arrancó el tacón de su bota y sacó dos

cápsulas de vidrio de un pequeño compartimento oculto. Me las entregó.

—¿Qué es esto?

—Una vacuna contra el ébola. Te preguntabas que por qué no me infecté y esa es la respuesta: los laboratorios de la Unión del Norte dieron con la cura hace ya tiempo. Si inyectas media dosis de esto a cada miembro de tu familia, estaréis a salvo y mantendréis la sangre limpia cuando lleguéis al norte.

—¿Cuando lleguemos al norte?

—No puedes quedarte aquí, Samir. Cuando se sepa lo sucedido en el campamento de acogida, te encarcelarán de inmediato, te torturarán, pero tu mujer y tu familia también lo pagarán.

—¿Qué me has hecho?

—Te he utilizado, esa es la única verdad. La policía nos interceptó en Madrid y si no hubieran enfermado todos ahora sería yo quien estaría encerrada en una sala de interrogatorios. Pero tú me salvaste, me ayudaste, y a cambio yo he destruido tu vida. Es muy ingrato, ya lo sé, pero lo único que puedo hacer ahora por ti es darte estas cápsulas y aconsejarte que te marches de la ciudad. Con ellas no enfermaréis, pero tenéis que dejarlo todo atrás. Coge a tu mujer y a tus hijos y emprende el viaje hacia el norte. Hoy mismo. Ahora. Antes de que salten las alarmas y cierren la ciudad. No tienes tiempo de nada, solo de salir corriendo.

—Pero... ¿qué dices? ¡No puedo hacer eso! Toda mi vida está aquí.

Siguió hablando como si no me hubiera escuchado:

—En el camino encontrarás muchos pueblos abandonados, y vehículos, y surtidores de gasolina. Utiliza solo carreteras secundarias y no tendrás problemas para llegar. Es un viaje largo y difícil hasta el norte, pero ya no te queda ninguna vida aquí, tienes que marcharte o tú y tu familia pereceréis. Y no puedes avisar a nadie, solo vosotros cuatro. En el norte os acogerán, te lo aseguro, pero lo harán con más entusiasmo si les entregas esto...

Benazir me dio un trocito de plástico negro.

—¿Qué es esto?

—Es una tarjeta de memoria, en el sur ya no las usáis pero sirven para guardar información. En esta he grabado un mensaje para mis jefes, también les informo de cómo me ayudaste y salvaste mi vida. Cuando lleguéis os llevarán a una sala de interrogatorio, entréales esta tarjeta y no tendréis ningún problema.

Yo creía estar viviendo una pesadilla muy oscura. Unas horas antes estaba tumbado en el sofá de mi casa, leyendo *De la Tierra a la Luna*, confiado en que mi futuro no iba a experimentar grandes cambios. Una vida lenta y aburrida en la que mi experiencia con Benazir sería algo que cada año se iría difuminando en la memoria. Pero de repente todo había cambiado y sin ninguna posibilidad de volver atrás. Sentía palomitas en mi estómago, eran de miedo ante el futuro, pero también de esperanza.

¿Era este el mundo en el que quería que creciesen mis hijos? Quizá no, quizá su futuro estaba en el lejano norte.

—¿Y qué tienes planeado hacer tú? —le pregunté mientras me guardaba las cápsulas y el trozo de plástico negro.

—Sabes que no contestaré esa pregunta, pero sí puedo decirte que durante un tiempo no haré nada. Me fundiré con esta ciudad, me ocultaré como cualquier otra mujer que ahora vive en ella. Ya has visto al guardia de la Puerta, ni siquiera le ha dado importancia al detalle de que en el coche iba una mujer. Es muy fácil esconderse aquí si eres una mujer y tienes un burka.

—¿Planeas realizar un atentado terrorista? ¿Morirá gente inocente? Porque nunca me sentiré bien sabiendo que te he ayudado a entrar en la ciudad.

—Soy un soldado, no un terrorista. O mejor, piensa en mí como una avispa en el Paraíso.

Abrió la portezuela y ocultó el fusil bajo sus ropas negras. Antes de marcharse, añadió:

—Ya no nos veremos más, Samir. Si de verdad quieres proteger a tu familia, no hables con nadie y abandona la ciudad hoy mismo. Te deseo suerte.

No dijo nada más, se dio media vuelta y se escabulló por una callejuela.

## Epílogo

Detuve el coche en una estación de servicio, a un día del túnel que cruzaba los Pirineos. El lugar parecía vacío, pero les dije a mi mujer y a mis hijos que esperasen a que diese un vistazo antes de bajar para estirar las piernas. Me puse la mascarilla y los guantes de látex y abandoné el vehículo. No había usado aún las cápsulas de Benazir, tenía sobrados motivos para no confiar en ella hasta el punto de inyectarle a mi familia el desconocido medicamento que me había dado, pero como médico sabía cómo ser cuidadoso y protegerles del contagio.

En una cosa dijo la verdad Benazir y es que apenas encontramos a nadie durante el viaje. La gente vivía encerrada en las ciudades amuralladas, como si Europa hubiera regresado a la Edad Media. Encontramos muchos pequeños pueblos abandonados, con supermercados repletos de comida envasada. Había cambiado de coche en tres ocasiones; el que ahora conducía era un antiguo Opel Zafira que funcionaba perfectamente. Pero tenía que repostar ya.

Pasé junto a los depósitos de gasolina y me metí en la tienda. Sonó la campanilla de la puerta pero el mostrador estaba vacío tal y como era habitual. A veces los depósitos de gasolina tenían un conmutador detrás del mostrador y lo normal era que lo hubieran desconectado antes de abandonar el lugar. Me acerqué a comprobarlo. Estaba en off, lo activé y me dispuse a salir para llenar el depósito. Entonces escuché un murmullo en la sala contigua, aparté una cortina de canutillos y vi que era un televisor encendido. «Qué raro», pensé, pero me acerqué a ver.

Estaban dando la noticia del atentado al Mahdi de Valencia. Yo lo sabía porque había encontrado a algunas personas en el anterior pueblo que me habían hablado de ello, pero no había visto imágenes. Tampoco las vería ahora pues habían sido censuradas. Al parecer alguien se había acercado al mahdi cuando estaba estrechando manos en medio de la ciudad, en uno de sus habituales baños de multitudes, y le había disparado a la cabeza. El agresor había desaparecido sin dejar rastro, pero tenían un sospechoso. Una sospechosa, más bien, pues iba cubierta con un burka. En la pantalla apareció la imagen fija y medio desenfocada tomada por una cámara de seguridad: una figura completamente cubierta de tela negra, indistinguible de otras siluetas semejantes que la rodeaban. Sonreí; ciertamente lo tenían muy difícil para identificarla.

Con lágrimas en los ojos, el presentador dijo que el Mahdi estaba en muerte



cerebral, más allá de cualquier recuperación posible para la ciencia médica, pero que aún nos quedaba la esperanza de un milagro de Dios. Y si alguien lo merecía era el Mahdi, afirmó con vehemencia. Terminó su intervención pidiendo que todos en la ciudad rezasen ahora por él.

El clic de un arma al amartillarse me hizo girar la cabeza a toda velocidad. Un hombre de unos sesenta años me estaba apuntando con una escopeta de dos cañones.

—¿Quién eres? ¿Qué buscas aquí? —me preguntó.

Levanté las manos enguantadas en látex para demostrarle que no estaba armado.

—Solo estoy de paso —le dije—, necesito gasolina pero si mi presencia le molesta de alguna forma, me marcharé sin crear ningún problema.

—¿Pensabas robarme la gasolina?

La verdad es que tenía esa intención, era la primera vez que me encontraba a alguien en una estación de servicio, pero le mostré que llevaba dinero para pagarle y se tranquilizó.

—De acuerdo —dijo mientras contaba los billetes, pero con la escopeta aún entre sus brazos—, con esto puedes llenar el depósito. Te conectaré el tanque tres.

—Gracias —le dije aliviado—. ¿Sabe si hay algún problema para cruzar el túnel de Somport?

—Ninguno, que yo sepa. Hace unos días pasó por aquí un tipo que venía de Francia. Me dijo que había muchos coches tirados allí dentro, pero que era posible pasar sorteándolos.

Dejó la escopeta sobre el mostrador y me activó el surtidor de gasolina. Le di las gracias y regresé al exterior. Mientras llenaba el depósito, le dije a mi familia que no bajase del coche, que por allí había gente no muy amigable y que era mejor hacerlo un poco más adelante.

Mi mujer me miró y asintió en silencio, aún tenía los ojos rojos de tanto haber llorado los primeros días de viaje. No entendía mi decisión y yo no era capaz de explicársela de una forma convincente. La estaba arrastrando lejos de su vida y de su familia, pero como mujer no podía hacer nada para oponerse a mi dictamen. Creo que me odiaba en su silencio y me pregunté qué pasaría entre nosotros cuando llegásemos a un lugar en el que la opinión de las mujeres contase. Es posible que entonces la perdiese para siempre, pero no me quedaba otra opción. Lo hacía por ella y por mí, pero también por nuestros hijos.

Puse en marcha el coche y regresamos a la carretera. Aún teníamos mucho camino por delante.

# CAMP CENTURY

Marc Pastor

**Marc Pastor** (Barcelona, 1977) es escritor y mosso d'esquadra, perteneciente al área científica de la policía catalana. Autor en catalán y en castellano, se dio a conocer con la novela negra *La mala mujer* (RBA, 2009), Premio Crims de Tinta, que en Inglaterra está teniendo este año una acogida deslumbrante. Antes, sin embargo, había publicado la novela de aventuras *Montecristo* (Proa, 2007), y después publicaría la obra de ciencia ficción *El año de la plaga* (RBA, 2010), con lo cual despistó a muchos lectores: ¿se trataba de un autor de aventuras, de uno de género negro, de uno de ciencia ficción? La reciente aparición de *Bioko* (Planeta, 2013), en la que las aventuras se mezclaban esta vez con viajes en el tiempo, vino a poner las cosas en su sitio: todas esas obras de Pastor, y las inminentes, forman parte de un mismo universo, comparten personajes e intenciones y nunca renuncian a la literatura de género, sea cual sea ese género. En la obra del autor, sin embargo, los homenajes al fantástico son legión, empezando obviamente por Richard Matheson, Jack Finney y John Wyndham en el caso de *El año de la plaga*, donde un trabajador social se enfrenta a una ola de suicidios en una Barcelona tórrida en la que ni internet, ni las autoridades ni los medios de comunicación están preparados para una agresión inesperada con aroma de eucalipto y síntomas de gripe A.

Siguiendo una línea parecida, aunque de apariencia postapocalíptica, Pastor presenta en «Camp Century» una distopía metaliteraria, con una amenaza exterior que obliga a los humanos a replantearse su condición. Junto a su ambientación, sus homenajes y su impactante final, vale la pena recordar el relato por sus posibilidades futuras: cuando el autor siga triunfando, más de un lector hallará en él claves que le permitan emparentarlo con el resto de su obra.

Llevamos tanto tiempo escondiéndonos que ya no recordamos de quién.

La vida de mi padre se consume y con ella desaparece todo un mundo de miedos y de huida. El Mundo Anterior, que solo he conocido por sus historias, ya lejanas. Esos labios que ahora tiemblan son los mismos que tantas noches habían recreado su vida como humano. «Somos humanos», repetía antes de acostarme, «no lo olvides nunca». Y siempre temí despertarme y descubrir que había dejado de serlo.

No creo que pase de esta noche. Ahora soy yo el que le arropa con las mantas, capa sobre capa. Ni siquiera los abrigos sirven para conservar su calor. «Somos humanos, papá». Mueve las pupilas, como si pudiera entender mis palabras, pero lo dudo.

Nunca he visto morir a nadie, y hoy veré morir a mi padre.

Permanezco despierto. El sol de medianoche entra perezoso por la ventana, a ras del horizonte. Dos lágrimas nacen congeladas sobre mis pestañas. Nos queda poco gasógeno. Tendré que ir a Camp Century. Quizá ya no tenga sentido permanecer aquí, solo.

Amortajo a mi padre y cargo con él durante una milla, hasta la falda de las montañas que nos protegen de los vientos árticos. Si no fuera por este parapeto, hubiera sido imposible instalarnos aquí, hace años. Ni siquiera recuerdo el día que llegamos. Intento hacer memoria del Mundo Anterior, pero confundo mis recuerdos con las historias de mi padre. No sé si me pertenecen porque los viví o por herencia. Ahora tengo veinte años y me he quedado solo. Cojo unas cuantas piedras mientras Sawyer y Huckleberry me vigilan en la distancia. Les saludo, pero siguen impasibles, las cabezas erguidas, las orejas tiesas. Sawyer aparta la mirada. Quizá ha oído a CocaCola acercarse. Si es así, deberé darme prisa. CocaCola mató a la madre de Sawyer y Huckleberry hace dos veranos de un zarpazo. Los lobos le mordieron en el cuello y le hicieron huir, pero el oso volvió al año siguiente. Mi padre se enfrentó una vez a CocaCola. Se había acercado demasiado a nuestro refugio, y levantó un muro de fuego alrededor nuestro para ahuyentarlo. A CocaCola le debimos parecer una molestia, y se fue a cazar focas. Mientras hemos permanecido en el refugio, nos ha dejado en paz. Si salimos de él, estamos a su merced.

Cubro el cadáver de mi padre con las piedras (mentiré si no digo que hace días que las observo en silencio, seleccionando cuál será el orden en que las cogeré para apilarlas), lo que me lleva un par de horas. Paro para llorar, y los ojos me duelen como si se llenaran de cristales. Sawyer y Huckleberry se acercan sigilosos y hambrientos. Les grito, hago aspavientos y corro hacia ellos. Retroceden unos metros, pero no se van. Hoy les espera una comilona.

Mi padre siempre decía que lo que más temía de instalarnos en el refugio eran los lobos. Que no conseguía dormir por el pánico a que los lobos pudieran entrar y

cogerme cuando aún era pequeño. Pero con el tiempo se familiarizó con ellos. A veces le oía hablar con la madre de Sawyer y Huckleberry. Le pedía protección. Le pedía que nos mantuviera lejos de los otros hombres.

Los lobos. Los osos. El frío. La nieve.

Nunca fueron los verdaderos enemigos de mi padre.

Camp Century está a unas cinco millas del refugio. Cuando yo era pequeño, íbamos hasta allí en el trineo. Mi padre lo arrastraba lleno de pieles y carne de foca, que ahumábamos los días que el viento soplabla hacia la costa. Yo iba montado encima, y recuerdo que el viaje duraba todo el día. Una vez en Camp Century, nos alojábamos en algunos de los puestos exteriores, destinados a los que llegábamos de todas partes. El Gran Éxodo había vuelto desconfiada a la gente, y eran mayoría los que preferían como mi padre vivir solos antes que volver a agruparse. Mi padre decía que Camp Century no era seguro. Que un lugar cerrado, bajo el hielo, era una ratonera. Y que cuando ellos llegaran, sus habitantes serían los primeros en perder la humanidad.

En esos puestos conocí a lo más parecido a lo que mi padre conocía como amigos. Stellan, Sialuk o Igor. Y Taonara. Sobre todo Taonara. Juntos jugábamos mientras nuestros padres negociaban con Camp Century para obtener provisiones para el siguiente trimestre. Recuerdo el año en que los padres de Sialuk lo entregaron a la base. Mi padre me explicó que ellos creían que allí estaría bien alimentado y viviría mejor de lo que podría hacerlo con ellos. Vi a Sialuk un par de veces más en los siguientes años, hasta que cumplió los quince. Y entonces desapareció. Y al año siguiente, sus padres no volvieron a venir. Mi padre dijo que murieron. Que la gente muere, y por eso no hay que aferrarse a nadie. Que tener amigos es peligroso.

Los últimos viajes a Camp Century ya los hice sin él, muy debilitado. Era joven, pero su corazón se había varado en el Mundo Anterior, y su cuerpo se consumía rápido.

El año pasado, Francisco consiguió que Taonara entrara. «Ven conmigo», me dijo ella. Pero yo debía cuidar de mi padre.

«Te esperaré», prometió.

Sería imposible ver Camp Century si no fuera por las casetas que la rodean. Estoy convencido que Ellos nos ven desde sus aviones, en esos barridos que hacen más a menudo de lo que a uno le tranquilizaría. Y que nos dejan por imposibles. Somos pocos y vivimos aislados. No somos una amenaza. Pero si supieran que bajo la nieve existe este complejo, ya habrían tratado de exterminarnos.

No pueden llegar hasta aquí, el frío se lo impide. Se quedan congelados, como la hierba que aparece alrededor del refugio en el deshielo. Pero nada les impediría

bombardearnos.

Y aun así, Camp Century resistiría.

Porque fue diseñado para eso.

Camp Century es un complejo armamentístico del Mundo Anterior. Un refugio antiatómico para medio millar de personas construido en plena Guerra Fría (lo que quiera que signifique eso) con capacidad para albergar unos seiscientos misiles, con los que responder a un ataque nuclear. La entrada a Camp Century son tres escotillas de poco más de trece pies de diámetro, permanentemente camufladas por lonas entre las casetas donde se comercia. Camp Century se adentra en el subsuelo y está repleta de túneles y salas ganadas al hielo.

—El gobierno la abandonó porque el movimiento de los glaciares la convertía en inestable —había dicho Francisco mientras comprobaba el peso de la carne de foca—. No está nada mal. ¿Aún puede cazar, tu padre? —Y, ante mi apremio por saber más, había continuado—: Por esa razón Ellos no tienen constancia de su existencia. Poco antes del fin del Mundo Anterior, unos ingenieros consiguieron estabilizarla. Fueron los primeros de Ellos en refugiarse aquí, antes de saber que no soportaban las temperaturas árticas.

Rose Mary sonrío y me da un sonoro beso en cada mejilla, agarrándome la cara con sus manos de dos dedos. A Rose Mary el frío le ha quitado la nariz, una oreja y seis dedos, pero nunca la sonrisa. Puede que haya perdido más cosas en el camino, pero no es conveniente preguntar. Los recuerdos de todos los mayores siempre son dolorosos. Enseguida reconoce mi mirada y me abraza con fuerza.

—Lo siento, lo siento, mi niño —murmura.

La aparto y le acaricio el rostro, rojizo y frío.

—Necesito una cama, hoy.

Ella sabe qué significa eso.

—¿Vas a entrar?

—Sí.

—Puedes quedarte conmigo, tengo trabajo para ti.

Me hace dudar.

—Quiero ver a Taonara.

Es la última noche que pasaré fuera, y no consigo pegar ojo. Cuando Francisco viene a buscarme a primera hora de la mañana, encuentra un revoltijo de ropa y nervios con los ojos enrojecidos.

—¿Estás seguro?

Asiento con la cabeza.

—Déjame hablar con ellos.

Rose Mary sigue sonriendo, mientras empieza a nevar a su espalda.

Tres días más tarde, un Vigilante me da la bienvenida con la culata del fusil y me abre una brecha sobre la ceja. Me llevo la mano a la frente para palpar la herida y me lo impide.

—Quiero verte sangrar.

No le veo la cara. Junto a él, dos Vigilantes más permanecen de pie en la sombra de la sala. Tras acceder a la escotilla, me han escoltado durante el descenso por una escalinata. Debemos de haber bajado unos cuarenta y nueve pies, con lo que aún estamos casi a nivel de superficie. Pero la oscuridad es casi absoluta. Solo hay unos pequeños reflectores a un lado y otro del corredor. Han abierto una compuerta y me han introducido en la sala, donde me han golpeado sin mediar palabra.

Llevan monos de color azul marino y cubrebocas, y por la presión que ejerce uno de ellos sobre mi rodilla diría que calzan botas de granito. El Vigilante que me ha atizado luce un galón en la pechera del mono. Debe de ser el jefe del grupo. Más tarde confirmaré mi sospecha. Y descubriré que se llama Mattia.

Ahora, de momento, me tiene tumbado en el suelo, mientras la sangre me nubla la vista del ojo izquierdo.

Hace un gesto y los otros dos Vigilantes se agachan para desnudarme. Es la primera vez que me doy cuenta de que la temperatura no es tan gélida como en el exterior. Hace frío, pero si me despojaban de la ropa ahí fuera no duraría ni diez minutos. Me quitan la chaqueta y los pantalones, las camisetas, los calzoncillos y los calcetines, y los examinan uno a uno. Palpan cada pieza de ropa como si se tratara de la peor amenaza posible.

Las huelen.

Buscan un olor.

—¿Eres un Vege? —me interroga Mattia.

—¿Un qué?

—Uno de Ellos.

Niego con la cabeza. Mattia tiene un acento extraño. No lo había escuchado antes. Pero mi padre decía que había miles de lenguas que ya no conocería nunca.

Parece que se da por satisfecho y se va. Me dejan solo. Al principio espero que vuelvan, acurrucado en un rincón de la sala. El suelo metálico de reja se me clava en la carne. Al cabo de un rato, me limpio la sangre de la herida. Tras unas horas, el estómago me ruge. Mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad y veo los límites exactos de la puerta. Trato de abrirla, pero es imposible. Ando en círculos, como Sawyer y Huckleberry cuando están nerviosos. Me recojo sobre mí mismo. Estoy desnudo. No recuerdo haber estado nunca desnudo tanto tiempo. Me siento extraño.

Me duermo.

Me despierta un portazo. No sé cuánto tiempo llevo aquí.

Mattia se agacha y me examina la herida de la ceja. Hunde su pulgar en ella y la abre de nuevo. Está fresca, blanda, y duele como si me clavaran un puñado de agujas ardiendo.

—Pues parece que el muchacho no es un Vege. Dadle su ropa.

Los otros dos Vigilantes me lanzan un mono como el de Mattia. Es algo más claro, en un tono beis, aunque es difícil de distinguir en la penumbra. Me visto con dificultad y veo que tiene una cinta roja en una de las mangas. Mattia me ayuda a incorporarme.

—Gracias.

—¿Cómo te llamas, chaval?

—Sulemán —respondo.

Me adjudican un Tutor, Sergei. Es un hombre de aspecto enfermizo, como casi todos los que me voy encontrando en Camp Century. Alto, desaliñado y con los ojos hundidos, como si siempre estuviera al borde de un ataque de tos, no se separa de mí en ningún momento. Me muestra el dormitorio, una sala gigante repleta de literas que apesta a sudor. Algunas están ocupadas. Sergei asegura que la diferencia entre día y noche ha desaparecido, aquí abajo.

—Total, el sol de medianoche tampoco ayuda a orientarse.

Sobre mi cama hay una manta, un cuaderno y un lápiz.

—¿Y eso?

—No necesitas nada más.

Es uno de los dormitorios para civiles, con capacidad para doscientas personas. Hay otro más como este y tres menores para Vigilantes y Lectores. No intento ni preguntar.

Sergei me muestra las dependencias a las que tengo acceso. Casi todas ellas están en penumbra. «Debemos ahorrar energía», asegura. El recinto es enorme, y el primer día visito el piso superior. A través de un laberinto de corredores, me enseña el comedor, las letrinas y el área de recreación. En esta, unas estanterías repletas de libros cubren las paredes desde el suelo hasta la bóveda del techo, a unos veintitrés pies de altura. Por el camino, nadie cruza la mirada conmigo. La gente rehúye todo tipo de contacto entre sí. Hay personas rezando en la capilla. La única vez que he visto rezar a alguien fue cuando murió la madre de Sawyer y Huckleberry. Mi padre se había inclinado sobre su cuerpo mutilado y, con los ojos cerrados, había murmurado unas palabras.

—Antes solía dar las gracias cada día al Señor, Sulemán. Tu madre y yo le contábamos nuestras penas e ilusiones. Y su regalo fuiste tú. Pero ahora diría que ya no nos escucha. No, no nos escucha. Ya no está ahí.

Nos cruzamos a menudo con los Vigilantes. Son los únicos que se detienen y te



observan de arriba abajo, como si siempre fueras una amenaza.

—Te acostumbrarás a ellos —dice Sergei—. A la larga, incluso desearás ser uno de ellos.

La primera noche duermo de un tirón. Será la última vez que lo haga en mucho tiempo. La sensación de protección bajo tierra ayuda tanto o más que el agotamiento acumulado. Por la mañana, Sergei me planta un libro entre las manos. Tras ver mi expresión, pregunta:

—No me digas que no sabes leer.

—Muy poco.

—Pero sabes.

—Mi padre...

—No me cuentes tu vida. A mí, no. Lee.

Aprendo la primera regla de Camp Century: cada seis horas todo se detiene para las Sesiones. Durante los siguientes sesenta minutos estás obligado a leer. Al finalizar la Sesión, debes anotar las páginas leídas y el nombre de los personajes que han aparecido en ellas. Si cualquier Vigilante te para y te lo exige, debes mostrarle el cuaderno con la bitácora de lectura. Si el Vigilante te pregunta acerca de la historia y tu percepción sobre ella, tu respuesta debe ser inmediata.

Le pregunto a Sergei la razón de las Sesiones.

—El Escritor sabrá. —Y se encoge de hombros.

Durante ese día veo el teatro, el gimnasio y las aulas. Estas son almacenes reciclados donde han colocado unas mesas, con las paredes empapeladas de dibujos infantiles. Hoy no hay niños en ellas. Sergei me cuenta que los niños son un bien escaso en Camp Century. Y me acuerdo de Sialuk, pero guardo silencio.

*La Hisla del Tesoro, de Rovert Luis Steveson.*

*3 de marzo*

*Sesion 1*

*Pag. 1-3*

*Long Jon Sliver*

Sergei suelta una carcajada cuando ve mi anotación. Me muestra su cuaderno, repleto de títulos y personajes. Sonríe con esa mueca de cuero.

—¡Quizá sí vamos a tener un nuevo alumno en la escuela!

Por la tarde, Sergei se comerá esas palabras. Mattia viene a buscarnos y nos lleva ante el Escritor.

Bajamos un par de plantas a través de escaleras por las que no había pasado antes. Oigo un ajetreo metálico tras las puertas blindadas. Sergei frunce el entrecejo.

—No hagas caso.

La estancia del Escritor es casi tan oscura como el resto. Hay dos Vigilantes apostados en la entrada, que se cuadran al paso de Mattia. Hay una cama en una

esquina, al lado de una mesa atestada de papeles. Veo un aparato que no reconozco (con el tiempo sabré que sirve para reproducir música, y que lo conecta a los altavoces para que toda la base pueda escucharla) y un par de fotografías familiares.

—Déjame ver tu cuaderno —me pide.

Doy un par de pasos al frente para entregárselo. Lo examina con cuidado.

—Lo he empezado hoy —me justifico.

—Lo sé. —Lee la primera página—. ¿Cuándo aprendiste a leer y escribir?

—En el Mundo Anterior.

—¿Y desde entonces...?

—Mi padre intentó que no olvidara, pero no le vi el sentido.

—Claro. —Me escruta con la mirada—. Vas a tener que acostumbrarte.

El Escritor es de piel negra. Creo que había visto a gente negra en el Mundo Anterior, como un recuerdo vago, pero temo que fuera otro recuerdo de mi padre. Tiene el pelo largo, hasta la cintura, y la cara manchada de pecas aún más oscuras. Sus ojos son como dos jarras de agua turbia, a punto de resquebrajarse. Es algo más bajo que yo, pero se yergue con seguridad, sin un atisbo de duda en su pose.

—Es difícil para mí.

—¿Sabes qué nos diferencia de los animales? —No espera a la respuesta—: La imaginación. Los humanos somos capaces de imaginar, de evocar y de crear en nuestras mentes. Ningún animal es capaz de hacer eso. Ni muchísimo menos ninguna planta. Y dado que estamos en guerra con las plantas, debemos fortalecer nuestro arsenal.

—¿Las plantas?

—¿Qué te contó tu padre? ¿Qué razón te dio para vuestro escondite indefinido?

—Hablabas de los Otros, de los que se habían quedado más allá del hielo.

El Escritor chasquea los dientes.

—Más allá del hielo está el mundo. Nosotros somos el último reducto de lo que queda de la humanidad. O, al menos, el último del que tenemos constancia. Hace quince años, sufrimos la persecución y el exterminio por parte de una especie invasora, que acabó con la práctica totalidad de la raza humana. Los llamamos los Veges, porque son como vegetales. Hierba mala. Plantas que destruyen todo aquello que encuentran a su paso.

—Mi padre me dijo que eran otros hombres los que nos perseguían. Que eran otros hombres los que querían aniquilarnos.

—Parecen hombres, pero no lo son, muchacho. No pueden imaginar. No pueden sentir... Lamentablemente, nos han ganado en número. El planeta es suyo. Y lo único que podemos hacer es refugiarnos aquí, donde no pueden llegar; y leer, escribir, emocionarnos.

Al escucharle hablar del planeta, el vértigo me hace flaquear las piernas. No he

visto nada más allá de los páramos helados donde he crecido. De pequeño vivimos en un pueblo, que ahora solo es un sueño indefinido. No sé cómo es el planeta en el que vivo. Las palabras de *La Isla del Tesoro* suenan huecas, porque no sé a qué se refieren. No consigo imaginar cómo es una taberna, o un pirata, o un loro. Nunca he visto un loro.

—Por eso hacemos las Sesiones. Esta ciudad es pequeña y opresiva. El hombre no está hecho para vivir en cuevas, ya no. Hace miles de años, cuando nos refugiábamos de los animales bajo tierra, sentíamos la necesidad de pintar nuestro mundo en las rocas. Creábamos historias. Eso nos hizo crecer y salir al exterior, enfrentarnos a los peligros. Ahora debemos volver, pero olvidar que tenemos esto — se puntea la sien con el dedo índice— nos convertirá en salvajes de nuevo. Y por eso, cada día, todos y cada uno de los habitantes de nuestra ciudad deben escribir, inventar. Todos debemos crear nuevos mundos para tratar de no marchitarnos en este.

—Yo no puedo escribir...

—Aprenderás.

—No sé qué decir. No tengo nada para contar.

—En tal caso, nosotros te daremos las vivencias necesarias.

Era cuestión de poco tiempo que me acabara cruzando con Taonara.

Está en la Biblioteca, tratando de localizar un nuevo libro tras leer uno de un tal Philip Roth. Me quedo paralizado, sin saber muy bien cómo reaccionar. Estamos en otro mundo, un puñado de metros bajo tierra. Pero cuando ella levanta la vista y me ve, despliega su sonrisa y corre a abrazarme.

—¡Sulemán! ¿Cuándo has entrado?

—Es mi primera semana aquí dentro.

Hablamos hasta la siguiente Sesión. Es su día libre. Trabaja en el sistema de reabastecimiento eléctrico de Camp Century, algo relacionado con un enorme depósito mucho más profundo que el refugio y un complejo sistema de bombeo.

—¿Dónde te han asignado?

—No lo sé, todavía. Mi Tutor tiene aún suficientes problemas con los textos que escribo cada día como para pensar dónde puedo servir mejor, supongo.

Ella tuerce el gesto.

—No se te da bien.

—No.

—¿Quién es tu Tutor?

—Sergei.

No sé si la respuesta la satisface o no, porque suena la señal de inicio de la Sesión, y Taonara coge un libro de la estantería al azar y lo abre para perderse en él. Me quedo unos segundos prendado de su avidez, envidiando la capacidad para

abstraerse en ese otro mundo de papel sin esfuerzo. El tiempo suficiente para que un Vigilante me amoneste por la espalda —«lee, ahora»— y me vea obligado a reencontrarme con el joven Hawkins.

Durante días intento deshacerme de la presencia de Sergei para encontrarme con Taonara. No sé por qué razón, necesito pasar junto a ella el máximo tiempo posible. Me siento reconfortado cuando me sonrío. Ella se ofrece a ayudarme con mis textos. Sigo sin ser capaz de escribir nada porque no hay nada que tenga que explicar.

—¿Y la vida con tu padre?

Pero no sé qué decir. No me salen las palabras. ¿Qué puedo contar de la realidad que quepa en este cuaderno? ¿Cómo puedo reducir mis sentimientos a un atajo de garabatos en lápiz? Ni siquiera sé qué es lo que siento, solo fluye en mi pecho. ¿Cómo puedo traducirlo a palabras? Taonara me muestra sus textos. Son historias cortas, inconexas entre ellas. La mayoría de ellas son anécdotas que recuerda del Mundo Anterior, aunque hay otras en las que habla del cambio que supuso entrar en Camp Century.

—Es como pensar en papel —dice.

Lo que Taonara escribe es muy bonito. Hay trozos de vida en esas páginas. Y yo seré incapaz de encontrar la manera de conseguirlo. En uno de los textos, Taonara habla de Sialuk. De cómo recuerda sus ojos afilados, de cómo sus padres le entregaron a Camp Century. Taonara preguntó por él al Escritor, y este le dijo que murió en una de las Incursiones.

—¿Qué es una Incursión?

—Es donde os generan experiencias a los que no sabéis qué escribir.

Mi primera Incursión llega a los dos meses de entrar en Camp Century.

El Escritor designa a un grupo de diez refugiados para la misión. Tal como me advirtió Taonara, los diez elegidos a duras penas sabemos escribir.

Es el inicio del verano, y las condiciones son las mejores para enviarnos a la civilización. Eso siendo todo lo optimista posible.

Seis de mis compañeros ya han hecho Incursiones anteriormente, así que serán los encargados de instruirnos durante el camino. A mí me asignan un rifle, con el que estoy familiarizado ya que mi padre tuvo uno durante muchos años. En el petate se aseguran de que también vaya mi cuaderno y tres lápices. El viaje será largo, y las Sesiones son mucho más importantes cuando vamos a estar rodeados de Veges. Estoy nervioso. Es la primera vez que vuelvo al continente desde que lo abandoné en el ocaso del Mundo Anterior.

Recorreremos la distancia hasta la costa en trineo. Allí está el campamento Thule,

deshabitado la mayor parte del año. Tan solo en verano, cuando se producen las Incursiones, dos Vigilantes quedan a su cargo. Alrededor, tres o cuatro cabañas con gente que espera que traigamos víveres y provisiones.

Desde el Thule veo el mar. Azul, blanco, plácido y amenazante. Hacemos noche en el campamento y aprovechamos para charlar. Tom, Albert y Nanu son con los que me llevo mejor. No hay ninguna chica en el grupo, y la conversación se convierte en un repaso exhaustivo a las compañeras de Camp Century. El nombre de Taonara aparece a menudo, y cierro los puños con fuerza para reprimir mis palabras. Al cabo de un rato, Eidur sonrío y dice:

—Lo que deberíamos hacer es traernos una Vege al Hoyo y que fuera pasando de mano en mano. Total, a ella le daría igual.

—A los Veges les da igual todo, sí —responde Tom—, hasta que te echas a dormir. Entonces se vuelven como locos para meterte sus semillas por el culo.

Todos ríen.

En este tiempo en Camp Century he oído miles de historias acerca de los Veges. Plantas con forma humana que viven como vivíamos en el Mundo Anterior, pero sin un ápice de nuestras emociones. La especie que nos ha arrinconado a los escondrijos más fríos y remotos del planeta, donde no pueden llegar.

—Pobre del que se le ocurra traerse un puto Vege al avión, porque no lo cuenta —advierte Halldór, el líder del escuadrón de soldados sin talento—. Llevo doce Incursiones y no quiero que sea la última, así que ni siquiera bromeéis con eso, ¿estamos?

El grupo asiente en un murmullo, y Halldór da por acabada la velada:

—Y ahora a dormir, que mañana os quiero frescos en el avión.

El hidroavión reposa en un hangar oculto anexo a la base Thule. Halldór y Romeo lo ponen a punto, tras un invierno sin usarlo. Los demás nos dedicamos a leer el protocolo de la misión, mientras vemos cómo Halldór reposta el depósito con el combustible de los bidones que se almacenan en la base.

El plan es recorrer las poco menos de mil millas que hay hasta Islandia, repostar, y salvar las mil quinientas millas hasta Oslo. Una vez allí, debemos ir a los centros comerciales marcados en el mapa y hacer acopio de conservas y ropa. Y todo eso en este bimotor.

Recuerdo haber volado, de pequeño. Dos o tres veces. Y recuerdo lo excitante que resultaba. La noche anterior al vuelo no podía dormir. Más o menos como ahora, pero por motivos diferentes.

Pienso que hoy, cuando llegue la hora de escribir, hablaré de eso. De cuando era niño y volaba. De cómo me hacía sentir superpoderoso. Y de cómo ahora me hace sentir tan frágil.

Pero el hidroavión ha sobrevivido a casi una década de Incursiones, me tranquilizan mis compañeros. Una década volando a Canadá, Escocia o Rusia. Países septentrionales donde el frío ha hecho que no haya tanta abundancia de Veges, más proclives a los climas cálidos. Vuelos veraniegos de recolecta, vuelos suicidas como este en los que no todos vuelven. Como Sialuk, que desapareció en Edimburgo.

—Si hay suerte —me dice Albert, acurrucado en su anorak— encontraremos algunas verduras antes de regresar. Algo con mejor aspecto que lo que cultivamos en Camp Century. Dios, cómo las odiaba y cómo las echo de menos.

Tom me explica que, con suerte o sin ella, vamos a necesitar semillas.

—Sobre todo cítricos. El escorbuto es uno de nuestros máximos enemigos.

Asiento como si supiera de qué está hablando.

Al despegar, todo el hidroavión tiembla como si protestara. Los pasajeros miramos al frente, en silencio, esperando el momento en que explote uno de los motores o empecemos a descender rápidamente para estrellarnos contra el mar. Al cabo de un rato, el ruido sigue siendo ensordecedor, pero hemos terminado de ascender y tenemos los estómagos en su sitio.

La visibilidad es magnífica y Halldór controla que no nos crucemos con ningún avión de los Veges. Su tráfico aéreo es escaso pero peligroso, porque, si nos detectaran, sería cuestión de horas que mandaran un caza a derribarnos. O eso asegura Nanu.

Mientras Halldór pilota, algunos de mis compañeros se ponen a leer, aun sin ser la hora de la Sesión. Yo miro por la ventanilla, pequeña, redonda, y veo pasar las nubes sobre el mar. Ahí abajo los icebergs parecen terrones de azúcar indecisos.

Islandia nos recibe con una aurora boreal. Verde, intensa, como una serpiente de gas. Cuatro compañeros abren sus cuadernos y se ponen a escribir como locos. Necesitan reflejar la aurora en el papel incluso en el momento en que esta baila ante nuestros ojos. Si no lo describen, es como si el recuerdo no existiera. Han visto pocas. Viven dentro de Camp Century, donde nunca sales a observar las estrellas. Mi padre me enseñó el nombre de todas las constelaciones y sus historias. Y decía que cada vez que viera una aurora boreal, mi madre estaría ahí detrás para protegerme. En la cabaña vi infinidad de auroras, pero ahora, desde el aire, en este hierro volador, siento más cercana a mamá.

Tom y yo montamos guardia mientras Halldór vuelve a llenar el depósito. Llevamos la bodega de carga con el combustible justo para llegar a Oslo y volver. Estamos varados en una pequeña bahía donde no vemos a nadie, mientras cae una llovizna débil y gris. Cuando estamos preparados, despegamos de nuevo. Y volvemos a sentir que nos vamos a desplomar de un momento a otro.

Después de lo de Oslo, siento por primera vez la necesidad de escribir lo que acabo

de vivir. El Escritor recogerá el cuaderno (el mío y el de los compañeros que han vuelto) y lo leerá con detenimiento delante de nosotros.

Cuando me lo devuelva y me diga «vas por el buen camino, muchacho, vas por el buen camino», sentiré orgullo. Y me sorprenderé por ello.

*Oslo es la ciudad más grande que he bisto nunca.*

*Desde el zielo, es una ciudad de edificios grandes, de muchos edificios. Al mismo tiempo, parece una ciudad sin jente.*

*Tiene muchas hislas delante, pero hemos dejado el hidroavión en un puerto donde los barcos estaban undidos. Antes de salir del hidroavión hemos mirado que no hubiera nadie. Como hemos hecho mucho ruido al llegar temíamos que nos esperaran Veges.*

*Solo había unas diez personas caminando por el puerto, y ninguna nos miraba. Dice Halldór que es normal, que es como si no sintieran nada de lo que pasa a su alrededor.*

*Sin embargo, tenemos que tomar precauciones. Estamos a una milla del primer zentro comercial señalado en el mapa. Philipe, James y yo iremos hacia él, porque es nuestra primera Incursión. Están tan nerviosos como yo y veo como tiemblan al ablar y eligen mal las palabras. Los demás se reparten en los otros centros y los hinvnaderos.*

*Philipe, James y yo guardamos las armas bajo la ropa de abrigo, para que no se vean. Pero están a punto para disparar si todo sale mal. Si todo sale mal, de poco servirá dis-parar, porque dudo que podamos salir de Oslo. Si todo sale mal, vamos a morir o algo peor.*

*Seguimos las hinstrucciones de comportamiento que nos han dado en Camp Century. Andamos separados entre nosotros pero no nos perdemos de vista. Tenemos que parecer seguros de donde bamos, como si lo hiciéramos cada día, aunque sea la primera vez que estamos en este sitio. No podemos mirar a nadie a la cara. No son personas, aunque lo parecen. Una mujer ha cruzado a mi lado. Sin querer, he aguantado la respiración. No debería hacerlo. Parecía que iba a notar que soy una persona de verdad.*

*La he ignorado. Como si no existiera. Se ha parado y me ha mirado. Alguien nuevo en un camino habitual. Se preguntaría quién era. He seguido andando. Veía a Philipe mirando de reojo desde la otra acera. James se ha llevado la mano dentro del anorak, para cojer la pistola.*

*Al final, la mujer ha seguido su camino, pero hemos pasado miedo.*

*Hemos llegado a una calle más ancha y con más jente. El centro comercial estaba a una travesía de distancia. Los coches no se movían. Había hierbas creciendo entre el asfalto. Telarañas en las farolas. Los cristales de las tiendas estaban muy sucios, y los dependientes se sentaban dentro mirando acia fuera sin poder ver porque estaban muy sucios.*

*Hemos apartado carritos en la entrada del centro comercial. Hemos ido a la planta superior. Tenía que disimular que todo lo que veía me maravillaba. No veía algo así desde que era niño, y todas esas imágenes confusas en mi cabeza vuelven ahora a la vida porque las vuelvo a ver. Es como nacer otra vez.*

*Pero tenía que hacer ver que nada de esto pasaba.*

*Había dependientas en las cajas del supermercado. Estaban quietas, esperando clientes que no venían. En silencio. Me daba cuenta que casi no había ruido. Se oyen gabiotas fuera. Entramos y las dependientas nos miraban.*

*Todos nos miraban. Parecía que sabían quienes somos pero no lo sabían porque si no nos habrían atrapado ya.*

*Las estanterías del supermercado estaban medio vacías. Había botes por el suelo. Latas de tomate, sopas en polvo, leche en polvo y otros. De algunas cajas salían insectos. He visto un periódico arrugado y seco y amarillo. Tenía quinze años. Hablaba de una plaga.*

*No me podía detener porque un hombre venía a mirarnos. Era mayor, calvo, con bigote y tenía la ropa algo manchada, como si siempre llevara la misma. No hacía nada. Solo nos miraba.*

*He visto que James lleva la mano dentro del abrigo otra vez.*

*Recogimos las cosas. Un carro lleno cada uno. Había poca cosa aprovechable. Espero que los otros hayan tenido más éxito.*

*Hemos ido a las cajas. Philipe y James hablaban. Discutían si tenían que pagar. Discutían qué hacer*

*para no llamar la atención. Recuerdo que Tom nos dijo que saliéramos sin hablar ni interactuar con nadie, y eso debe ser que no tenemos que pararnos a pagar. Nadie parecía haber pagado aquí en mucho tiempo, tampoco.*

*El hombre del bigote nos ha seguido hasta la calle. Hemos acelerado el paso. Hemos dado un rodeo porque el hombre nos seguía, y no queríamos conducirlo al hidroavión. El ruido de las ruedas de los carros sobre el pavimento era muy fuerte. Parecíamos una halarma andante. Parecía que quisiéramos que todo Oslo se enterara que estábamos allí.*

*Al llegar al puerto, Nanu, nos ha ayudado a cargar provisiones. Y luego hemos esperado. Ha sido eterno. Teníamos las armas preparadas por si alguien se acercaba demasiado. Halldór no paraba de mirar el reloj. Decía que daría cuatro horas de margen, porque los hibernaderos están lejos. Pero que dar más tiempo significaba no abandonar Oslo. Yo me quería ir ya.*

*Ninguno de nosotros esperaba oír disparos cuando estos han hecho levantar el vuelo a las gaviotas. Un tiroteo seguido de silencio. Un silencio muy largo y muy denso. Fred y Roberto han llegado al poco cargados de armas y ropa, corriendo. Han preguntado si nosotros también habíamos oído los tiros. Hemos esperado a Albert y Tom, pero no han venido.*

*Nos hemos ido sin ellos.*

*No hemos hablado mucho en el vuelo de vuelta. Ni siquiera hemos temido porque se cayera el avión.*

Taonara me abraza y me besa en la mejilla, y hace que casi olvide mi primera Incursión. Me acompaña al invernadero de Camp Century, un espacio abovedado en los pisos inferiores, justo encima de la sala de máquinas, para aprovechar el calor que desprenden. Aquí las luces están encendidas las veinticuatro horas del día, y la humedad es asfixiante. Saludamos a los encargados, que nos miran con cara de pocos amigos. Me entran ganas de decirles que las nuevas semillas las he traído yo mismo, pero Taonara me coge del brazo y me saca de allí.

—Me alegro de tenerte de vuelta.

Es el momento. Sus ojos brillan en la penumbra. La beso. Un beso corto, inexperto, pero sin dudas.

Ella calla, sorprendida.

—Di algo. Por favor.

«Algún día encontrarás una chica a la que besar», decía mi padre. «Solo tienes que olvidar que se ha acabado el mundo y que vivimos en medio de la nada».

—No debemos...

—¿Te gusto?

—No se trata de eso, Sulemán.

Y así descubro el férreo control que el Escritor ejerce sobre las relaciones en Camp Century.

No se consiente tener una relación amorosa sin permiso del Escritor. Y este permiso nunca se concede en exclusividad. Las mujeres de Camp Century (poco más de la tercera parte del total de los refugiados) son un bien que no puede recaer en un solo hombre. Si la pareja entró en la base (hecho poco probable porque por regla general se les hubiera denegado el acceso), se disuelve y pasa a regirse por la



voluntad del Escritor. La descendencia se basa en criterios estrictos de pervivencia y economía. Criterios del Escritor. Hay veinte niños de entre uno y doce años nacidos en Camp Century y que no han visto nunca el cielo, criados por mujeres dedicadas a esta tarea. No tienen padres, pertenecen a la base. Como pertenecemos todos.

Vuelvo a besar a Taonara. Ella me devuelve el beso. Ahora es más largo y cálido, robado a la oscuridad. Cuando nos separamos, ella murmura un «no».

Se marcha, avergonzada.

Suena la señal para la última Sesión del día.

Tenemos que escribir.

Mattia viene a buscarme al dormitorio.

—El Escritor quiere verte.

No hablo con el Escritor desde que volví de la Incursión, hace dos semanas. Vive encerrado en sus aposentos y solo recibe las visitas que él mismo solicita.

Mattia me empuja al interior. Empiezo a quejarme pero hace el arranque de volver a desequilibrarme, y desisto.

Dentro, el Escritor y uno de los Lectores. El Escritor tiene en las manos la hoja manuscrita de mi cuaderno con el texto de la noche anterior. Tras entregarlos, los Lectores dedican la mayor parte del día a leer los textos de los refugiados para su selección, y los archivan en la librería.

—Dime qué significa esto.

No sé a qué se refiere. Antes de que pueda responder, se lo pasa al Lector, que lo lee en voz alta, con esa modulación que se queda en el cerebro cada noche, cuando sus voces suenan por toda la base.

¿Por qué no hay familias?

¿Por qué si debemos preservar lo que nos hace humanos, no conservamos nuestros vínculos?

En Camp Century tus hijos pertenecen a la comunidad, por su bien. Las parejas no existen porque donde hay amor hay posesión, y no podemos permitirnos tener estos conflictos.

¿Pero no hay mayor conflicto que renunciar a tus sentimientos? ¿No nos convierte eso en aquellos de los que nos escondemos?

Donde yo vivía antes de Camp Century, había una lova y sus dos cachorros, Hucleberry y Sawyer. Eran inseparables, hasta que Cocacola, el hoso, la mató. Los dos hermanos siguieron juntos, cuidando el uno del otro. Nunca los vi pelearse.

Cada vez que me echo en la cama, antes de dormir, pienso en la gente que está a mi alrededor. Somos muchos, y estamos juntos. Pero estamos solos. Para evitar odiarnos, no está permitido amarnos.

¿En qué nos convierte esto?

Somos menos que lobos.

—Es mi texto.

—¿Somos menos que lobos?

—Usted dijo que escribiéramos lo que pensamos, lo que sentimos. Yo siento esto.

—Pero no es verdad —refunfuña, como un niño pequeño—. Somos una gran familia. Todos cuidamos de todos.

No quiero responder. Cuando escribí el texto, sabía que me arriesgaba. Sabía que esto podía pasar. Y a pesar de eso, tuve que hacerlo. Tenía que escribirlo. Ese es el juego, ¿no? Sacar lo que realmente llevamos dentro.

El Escritor se levanta y el batín se abre lo suficiente para dejar entrever sus piernecillas esqueléticas. Se acerca a mí, me rodea, y habla otra vez:

—No puedes cuestionar Camp Century. Te hemos acogido, te hemos dado de comer, te hemos abrigado. Ahora estarías muerto, ahí fuera.

—Y lo agradezco.

—¿Así? —Su voz se rompe, pero no pierde la compostura. Carraspea—. ¿Así? ¿Escribiendo textos subversivos?

No sé qué significa subversivos, pero entiendo que se lo ha tomado peor de lo que esperaba. Y esperaba que se lo tomara mal.

—Mi deseo es mejorar la convivencia en Camp Century, señor.

Se planta frente a mí y me mira directamente a los ojos. Resopla por la nariz. Hace un ademán hacia Mattia y se da media vuelta. El jefe de los Vigilantes vuelve a agarrarme por el codo y me saca del dormitorio del Escritor.

—Eres tonto, muchacho. Tonto de remate —dice, antes de dejarme en el corredor, medio a oscuras, con la sensación implacable de que todo va a ir a peor.

—Así que nunca habéis visto al Escritor salir de Camp Century.

Ella mira a ambos lados, desconfiada, y niega con la cabeza.

—Está aquí desde el principio, o incluso antes. Nadie sabe nada de su vida en el Mundo Anterior. ¿Por qué lo preguntas?

—En Islandia no vimos a nadie. Si los Veges temen el frío, no creo que se acerquen mucho por ahí. Y seguramente las condiciones de vida son mucho mejores que las de Camp Century...

—El Escritor dice que los núcleos urbanos no son seguros, y en Reikiavik, por muy desierto que pueda parecer, estaríamos expuestos.

—O sea que lo habéis hablado.

Ella vuelve a controlar que no se acerque ningún Vigilante. No sé a qué le teme. Cuáles serían las consecuencias de que nos encontraran hablando sobre planes alternativos.

—No. No desde que estoy aquí. El Escritor fue tajante. Por lo que sé, un grupo de refugiados intentó ir a Alaska, y él se negó en redondo.

—Y se quedaron aquí.

—No. Necesitaban el hidroavión, y el Escritor se negó por razones evidentes. Luego dijo que no podía permitir que cayeran en manos de los Veges y revelaran

nuestra posición.

—¿Por qué demonios iban a decirles dónde estamos?

—No se lo dirían. Cuando los Veges se apoderan de ti, saben todo lo que tú sabes. Te conviertes en lo que más temes.

—El ser sin capacidad de crear ni emocionarse al que se refiere siempre el Escritor.

—Exacto. Y el siguiente paso es mandar aviones a bombardearnos.

—¿Y qué hicieron?

Taonara abre el libro. La Sesión está a punto de empezar.

—¿Aún no has terminado *La isla del tesoro*?

—Voy por la mitad, pero le estoy cogiendo el tranquilo.

—¿Y qué les hace Long John Silver a los traidores?

La segunda Incursión del verano es a Edimburgo.

Trineos hasta la Base Thule. El hidroavión que despega. Parada en Islandia.

Me detengo algo más ante el pueblo. No veo Veges. Si las condiciones de la isla los ahuyentan, ¿dónde están los humanos supervivientes? ¿Se esconden bajo tierra como nosotros? En tal caso, deberíamos buscarlos y unir nuestras fuerzas. ¿O quizá los Veges les han exterminado y se han ido?

Halldór me saca de la ensoñación.

—Chico, nos vamos. Deja de mirar el paisaje o vas a querer quedarte aquí a vivir.

No he cruzado palabra con el grupo más que para cuestiones operativas. Me siento vigilado, como si supieran de mi texto. Como si el Escritor les hubiera advertido sobre mí.

El ronroneo de los motores se mete en mi cabeza junto a la idea de que van a intentar matarme en Escocia.

Trato de leer. He terminado *La isla del tesoro*, y empiezo *Las aventuras de Tom Sawyer*. Cuando mi padre bautizó a los lobos, no tenía ni idea que lo hacía con los nombres de los personajes de uno de sus libros favoritos de la infancia. Hace dos días, hablando con Taonara sobre Sawyer y Huckleberry, me prometió que me daría una sorpresa para la Incursión. Ayer me entregó el libro de Mark Twain.

—Para que te acuerdes de mí ahí fuera.

Me entraron ganas de pedirle que viniera con nosotros. De dejar Camp Century e instalarnos los dos en Islandia.

La próxima vez, me dije. La próxima vez.

En Edimburgo vigilo mi espalda todo el rato. Tengo a James el Nervioso de binomio. Pero dudo que intente nada contra mí. Es nuevo en la base, y está tan o más perdido que yo. No sé cómo llegó allí. Tiene unos treinta años, así que conoció el Mundo Anterior, pero no tengo ni idea de dónde procede, ni cómo encontró Camp

Century.

Rápidos y sigilosos, nos movemos por los suburbios entre los Veges. La vegetación ha tomado las calles casi por completo, así que aquí no podemos usar los carros. Nos interesan sobre todo armas de caza y munición. James me confiesa que se siente tentado de parar en un pub a pedir una pinta.

—Si no fuera porque eso nos delataría.

Pero veo que duda. Que está harto de este mundo sin esperanza. Que esa cerveza sería su despedida.

Nunca he bebido cerveza. Nunca he ido a un pub. No he sido adulto en el Mundo Anterior. A menudo pienso que es una ventaja. No vivir anclado a tus recuerdos.

Esta vez nadie se pierde por el camino. No hay disparos. Regresamos sanos y salvos.

Cuando nos detenemos en Islandia, decido ir a la ciudad.

No aviso. Simplemente echo a andar hasta las casas de colores donde no parece vivir nadie. Si alguien del grupo se ha percatado de mi excursión, no hace nada para evitarlo. Dudo que vengan a buscarme. Dudo que me esperen. Se irán y me dejarán atrás. Un problema menos.

El pueblo está desierto. Entre los adoquines han crecido pequeños matorrales que dificultan el paso. Las puertas de las casas están cerradas, así como sus ventanas. Solo oigo el viento. Entro en un edificio, lo que parece ser una oficina de correos. Nadie. Las sacas abiertas y vacías como fantasmas exhaustos. Salgo y todo sigue igual. Nadie me sigue.

Recorro la calle principal en un tris y llego a la carretera que se abre a un páramo. Todo es gris y vasto. Se parece a mi hogar, aunque es mucho menos frío. Podría vivir aquí.

Oigo a alguien acercarse y me giro con el rifle en alto.

Es James. Pone cara de no entender nada.

—Tío, nos estás poniendo en peligro a todos.

—¿Seguro?

—Vuelve al hidroavión y larguémonos a casa.

—Aquí no hay nadie, James. Este sitio no es una amenaza.

—Puede que nos estén observando.

—¿Para qué? ¿Por qué no nos atacan?

—Vámonos, Sule. Hay gente que depende de nosotros en Camp Century.

—Y aquí no vivirían encerrados.

—Aquí todo el mundo es libre de irse cuando le plazca —dice el Escritor.

Mattia está apoyado en la puerta del dormitorio, justo detrás de mí.

—¿Cuál es la alternativa? ¿El hielo?

—Tú vienes de ahí.

—Podríamos vivir mejor. No deberíamos renunciar a nada de lo que has construido, pero sin necesidad de escondernos bajo tierra.

—Ya hemos examinado Islandia, y no podemos ir allí. Camp Century es el sitio más seguro, créeme.

—Y si decidiera irme...

—¿Qué?

Hay un atisbo de alarma en sus ojos. O quizá es una duda real.

—Si quisiera irme a Islandia. Y llevarme a Taonara.

—No podéis coger el hidroavión. —Mira por encima de mi hombro, se asegura que Mattia sigue escuchándonos.

—Esperaríamos a la siguiente Incursión. Iríamos hasta allí y nos quedaríamos. Podríamos abasteceros cada vez que hiciérais escala.

—Y si os capturaran los Veges, nos esperarían con los brazos abiertos.

—En Islandia no hay Veges. No hay nadie. Puede que llegaran a la isla y la colonizaran, pero el frío los terminó expulsando.

—O puede que se esperen a que nos confiemos. Hemos sobrevivido aquí quince años, no vamos a bajar la guardia ahora.

—Entonces pido permiso para abandonar Camp Century junto a Taonara.

El Escritor paseaba en círculos por su habitación hasta este momento. Se detiene, inspira.

—Creía que podías llegar a escribir algo que me emocionara, chico.

—Señor...

—Es una decepción, porque le cogiste el truco enseguida. Tienes talento, pero solo te falta la práctica. He estado leyendo tus textos desde que volviste de Oslo. Ni te imaginas lo rápido que has aprendido.

—Nos iremos mañana, señor. Recogeremos nuestras cosas y...

—No, Taonara no irá a ninguna parte.

Tengo un nudo en la garganta.

—Pero...

—Ni tú tampoco.

Me despierto en una sala que desconozco.

Oigo respirar a mi alrededor, pero la oscuridad es tan profunda que tardo un rato en empezar a distinguir las siluetas.

Tomo aire y un olor dulzón, intensísimo, entra en mis pulmones. Nunca antes había olido algo así, pero es delicioso y reconfortante. Me hace sentir bien.

Me siento muy bien.

Mejor que nunca.

Un hombre se acerca a mí y me examina a tientas. Creo reconocerle. Es uno de los Lectores. Luego se aleja y cuchichea junto a otras siluetas.

Cierro los ojos. La sensación es muy agradable. No siento sueño, ni dolor, ni frío ni miedo.

—Ven con nosotros, Lector Sulemán —dice el hombre.

Me dan un mono para vestirme. No distingo el color, pero estoy convencido de que es violáceo. El color de los Lectores. Eso soy ahora, sí.

Subimos a las estancias superiores. Pasamos por rincones de Camp Century que no había visto antes.

Me cruzo con Mattia, que sonrío satisfecho.

En la librería se nos unen dos Lectoras. Una de ellas es Taonara. La saludo inclinando el mentón. Ella responde con un tímido ademán.

Los Vigilantes nos reparten los textos de los refugiados en Camp Century. Durante las próximas horas los leeremos y los seleccionaremos. El mejor será recitado a través de la megafonía.

Leo, leo, leo.

Esperanzas.

Temores.

Fantasía.

Letras vacías.

Leo hasta que llega el Escritor. Me pone una mano sobre la espalda y acerca su boca a mi oreja:

—Encuentra algo que me remueva. Encuentra algo que me convenza de que soy humano.

# EN EL ÁTICO

Rodolfo Martínez

**Rodolfo Martínez** (Candás, Asturias, 1965) es un clásico insoslayable en la ciencia ficción y la fantasía españolas. Programador informático, editor, escritor y activista del género en todas sus vertientes, este prolífico y multipremiado autor (ocho Ignotus, un Asturias y el Minotauro 2005 por *Los sicarios del cielo*) ha publicado medio centenar de cuentos y casi una treintena de novelas y novelas cortas, por lo que a menudo se utilizan sus ciclos para comentarlas: el ciclo de Sherlock Holmes, el ciclo de Drímar, el ciclo de La ciudad... Entre su primera novela, *La sonrisa del gato* (Miraguano, 1995), y la última, *Las astillas de Yavé* (Fantascy, 2014), ha destacado ante todo por su afición a hibridar géneros, mezclando la novela de espías, la policíaca, el terror, el pulp y hasta el cómic de superhéroes con las distintas posibilidades del fantástico. De cara a esta antología, y sin olvidar títulos como, además de los mencionados, *Tierra de nadie: Jormungand* (Ediciones B, 1996), *El abismo en el espejo* (Sportula, 2008), *Fieramente humano* (NGC, 2011) o la compilación de narrativa breve *Callejones sin salida* (Berenice, 2005), conviene resaltar su trayectoria más cercana al *cyberpunk*, ese subgénero fronterizo con la distopía, de entornos fuertemente tecnologizados, en el que el cine negro, los hackers, el western y las grandes corporaciones se dan la mano en una danza violenta y posmoderna. De *La sonrisa del gato* a *El sueño del Rey Rojo* (Gigamesh, 2004), Martínez ha versionado el *cyberpunk* de forma personal e intransferible, dotando a sus narraciones de una marcada personalidad.

Inscrito de forma clara en esa línea, aunque acentuando su carácter más distópico, Martínez presenta en «En el ático» a una de sus mujeres protagonistas habituales, una mercenaria que, entre altas dosis de violencia, sexo y humor negro, debe encargarse de una misión imposible. Mientras lo hace, a un ritmo frenético y antes de un final apoteósico, el autor presenta en esta casi novela corta una sociedad vertical, con leyes propias, en la que la clonación podría ser el menor de los problemas. Valórenlo ustedes mismos, si sobreviven al fuego amigo.



El piloto me anuncia que estamos llegando, pero no le hago demasiado caso. Compruebo una última vez mi petate, reviso las armas y la munición y, al alzar la vista, me sorprende a mí misma mirándome desde un espejo que no debería estar allí. Trato de no hacer caso de las ojeras y, como de costumbre, me siento incómoda ante ese rostro que reconozco como mío pero que, una vez más, siento ajeno. Tomo aire y procuro adoptar un aspecto lo más marcial posible. No me atrevo a mirarme de nuevo, pero sospecho que no he tenido mucho éxito.

Me giro hacia la ventanilla y mi vista se pierde por el interminable y absurdo paisaje que hay bajo nosotros. Interminables campos de transavena en los que miles de diminutas hormiguitas humanas se afanan una y otra vez a lo largo del día; y, en medio, sobresaliendo como desproporcionados mojones, decenas de torres piramidales de reluciente plastividrio, vigías fríos y distantes, hormigueros tecnológicos, faros apagados... Detengo la interminable carrera de metáforas pedestres que insiste en poblar mi mente y contemplo el lugar al que voy. Se alza en medio del campo, arrogante y frío, inmenso, y destaca por encima del resto de las pirámides como si el mundo le perteneciera. Mi destino, el sitio al que a partir de ahora llamaré «casa».

O no.

Es mi última oportunidad. El capitán Tarancón fue muy claro al respecto cuando vino a verme al calabozo.

—Esto no es una discusión —me dijo—. Ni siquiera una conversación. Cácala una vez más y no moveré un dedo por ti. Nadie lo hará. Así que aprovecha esta oportunidad.

Luego dejó el chip con los datos sobre el camastro y se fue sin decir una palabra.

¿Aprovecharla?, me dije entonces. ¿Aprovechar qué? No era la primera vez que el capitán se interponía entre mi destino y yo. Creo que llevaba haciéndolo desde que me alisté, de un modo tan sutil que durante mucho tiempo ni siquiera me di cuenta. Creo que nadie más lo hizo, de hecho.

¿Aprovechar... qué?, me pregunté de nuevo.

Pero tomé el chip, lo introduje en la tableta y leí la descripción del trabajo.

Y acepté, claro, qué otra cosa podría haber hecho. ¿Enfrentar el consejo de guerra?

El piloto me habla otra vez. Me dice que me agarre a algo, que el aterrizaje va a ser un poco movido. En estas alturas el viento es como una garra rabiosa, como el aullido de un animal en celo.

Pero aterrizamos sin problemas. Así que me incorporo, tomo el petate y me miro una última vez en el espejo. Trato de olvidar a la familiar desconocida que acabo de ver en él.

Desciendo sobre una plataforma bruñida e impoluta, como si acabara de ser

fabricada. No hay viento, es mantenido a raya por los campos de contención y reducido a un lamento lejano que no tiene poder alguno.

El minirreac despega enseguida y me quedo sola en la plataforma. Esta desemboca en una larga y estrecha pasarela que lleva hasta la enorme pirámide truncada en la que viviré a partir de ahora.

Dudo unos segundos, me encojo de hombros y echo a andar hacia la pasarela. Mientras la recorro, tengo la sensación de que la plataforma se va desvaneciendo poco a poco a mis espaldas, pero no me vuelvo para comprobarlo. Una puerta se abre en la brillante superficie del edificio y no tardo en cruzarla. La oigo cerrarse detrás de mí y, de pronto, me encuentro en medio de una oscuridad interminable. Respiro hondo y me quedo muy quieta.

—Bienvenida —dice una voz a mi izquierda.

—Gracias —respondo, tratando de sonar lo más tranquila posible.

La luz se hace en ese momento y el dueño de la voz se me acerca. Se detiene a un par de pasos de mí y me contempla interesado. Me mantengo impassible mientras soy examinada y trato de que no se note mi asombro ante lo joven que parece. No es más que un niño, me digo; un niño al que acaban de regalarle la mayor tienda de juguetes del mundo.

—Estará cansada —me dice.

No respondo.

—Será mejor que le muestre sus habitaciones. Allí podrá refrescarse un poco y descansar. Cenaremos a las ocho y media. Le avisaré.

Sin esperar respuesta, da media vuelta y abandona la habitación oval en la que estamos. Estoy a punto de preguntarle cómo me las voy a apañar para encontrar mis habitaciones cuando una línea se ilumina en el suelo y me señala un camino.

Me encojo de hombros una vez más y echo a andar.

Mis habitaciones. Como chiste, no está nada mal. Ojalá tuviera fuerzas para reírme.

Veinte familias podrían vivir aquí cómodamente y aún sobraría sitio para que las visitas se quedasen a pasar el verano. Pienso luego en los pisos inferiores y comprendo que, en efecto, varias familias estarán viviendo en un espacio como este ahora mismo. Puede que incluso menor.

Mis habitaciones.

Una cama gigantesca, un vestidor que parece la galería de un centro comercial, una bañera mayor que una piscina.

Mis habitaciones.

Deshago el petate, cuelgo mi uniforme de reserva en el armario y casi siento pena por él. Parece una criatura abandonada en medio de ese espacio inmenso, como el último superviviente de su raza en un mundo vacío.

Luego abro la maleta, dispongo las armas sobre la cama, compruebo su estado y me rasco la cabeza, preguntándome dónde dejarlas.

Alzo la vista al techo y digo:

—Solicitud de información.

—Exponga la naturaleza de la misma —me responde una voz agradable y cálida.

—¿Dónde puedo guardar las armas?

—Hay un espacio al efecto en el vestidor. Tercera puerta a la derecha.

—Gracias.

No hay respuesta. Me dirijo hacia donde me ha indicado, abro la puerta y veo un espacio concebido para el arsenal de toda una compañía. Deposito allí mis armas y la munición y parecen igual de desvalidas y abandonadas que mi uniforme.

Compruebo la hora. Las siete. Voy al lavabo, lleno la bañera con agua casi hirviendo y me sumerjo en ella. Apoyo la nuca en el borde, cierro los ojos y dejo que el agua caliente se lo lleve todo.

Sólo que no lo hace.

Caminan. No hacen otra cosa que caminar. Caminan arrastrando los pies. Derrotados. Vencidos. Su resistencia aniquilada junto a sus casas. Su voluntad desbaratada, quemada como lo ha sido su bosque. Caminan. No es que puedan hacer mucho más.

Los minirreacs y los cópteros sueltan su carga letal. Los árboles crujen, protestan, mueren, la selva amazónica se convierte en un erial, el erial da paso a una pradera y en ella pastan futuras hamburguesas y proyectos de perritos calientes.

Y ellos caminan. No pueden hacer otra cosa.

Caminan hacia un olvido peor que la muerte.

Y yo, en lo alto de todo, sonrío ante un trabajo bien hecho.

Despierto, hago a un lado las últimas imágenes del sueño y salgo de la bañera. El agua se ha entibiado y está casi fría. Compruebo la hora en la pared: las ocho.

Me seco y me pongo el uniforme limpio.

¿Y ahora?

La trivi mural es como una inmensa pizarra negra que solo espera mis órdenes para activarse y llenar mis ojos y oídos de trivialidades, sexo y violencia gratuita. Ja, me digo, casi como en el ejército.

Entro en el dormitorio y, por un instante, estoy a punto de desparramarme en esa cama enorme que parece concebida para una orgía multitudinaria. En lugar de eso, me acerco al ventanal y ordeno con un gesto al cristal que se aclare.

El sol rojizo del atardecer ilumina la ciudad con desgana y crea efectos sorprendentes en el paisaje urbano. Desde donde estoy es como si contemplara un

hormiguero que no pudiera escapar de la presión de mi bota. Soy Dios, dueña y señora de cuanto contemplo y, con un solo gesto, puedo borrar el universo entero y reemplazarlo por una creación más a mi gusto.

No, idiota, me digo. No eres más que la criada de Dios. Su guardaespaldas, su sicaria bajo contrato, la mano que hará el trabajo sucio mientras Dios mira hacia otro lado. Su esclava durante los próximos cinco años.

Bueno, hay cosas peores.

Me acerco a la cama, tomo la tableta que dejé en la mesita de noche y de nuevo cargo el contenido del chip con la descripción del trabajo. No sé cuántas veces lo he leído. Demasiadas. No importa una más.

El capitán Tarancón tuvo que haber tirado de muchos hilos para conseguirme algo como eso, especialmente tras lo ocurrido en Brasil. Incluso aunque mi expediente hubiera sido perfecto, este no es un trabajo que le den a una sargento de las fuerzas especiales así como así.

Es una oportunidad por la que muchos matarían. La última, para mí. Y me pregunto de nuevo por qué el capitán me ha ayudado, por qué me ha ayudado todos estos años. Me encojo de hombros. Seguramente no lo sabré nunca y ya no tiene demasiada importancia.

Accedo a los datos sobre mi empleador.

Daniel Avogrado. Hijo del recientemente fallecido Jonás Avogrado quien, durante sus años activos, mantuvo en un puño uno de los principales conglomerados químico-alimentarios del mundo. Durante sus años... «inactivos» la Corporación AdAstra fue el campo de batalla de un montón de facciones, bandos y lobbies que se mataban entre sí en los pasillos, se apuñalaban en los dormitorios y se ponían la zancadilla en las juntas de dirección. Un completo caos que fue aprovechado por sus competidores para medrar, pero que no fue suficiente para derribar al gigante. Pese a todo, la Corporación AdAstra siguió siendo uno de los principales zaibatsus, gracias en buena medida a su control de los campos antárticos y de los bosques de algas del Índico.

¿Qué hago aquí?, me pregunto.

Sobrevivir, respondo.

¿Merece la pena?, vuelvo a preguntarme.

Sí, joder, sí, qué otra cosa puede merecer la pena.

Así que apago la tableta, la dejo en la mesita de noche y compruebo una vez más la hora.

Sí, vamos a cenar.

Cuando entro me doy cuenta de que lleva un rato esperándome. Compruebo la hora. He sido puntual, pero parece que él esperaba otra cosa. No está bien decepcionar a tu jefe nada más conocerlo, me digo, pero sigo caminando hasta donde está él como si

nada.

Él finge estar muy ocupado con la coctelera y hace como que no ha reparado en mi presencia. Solo cuando me detengo junto a la barra, alza la vista, esboza una sonrisa que lo hace parecer más joven aún de lo que es y me pregunta:

—¿Un cóctel?

Asiento.

Él me indica un taburete mientras sigue atareado con la coctelera. Me siento en él y observo inexpresiva lo que está haciendo.

Un crío. Un maldito crío. No puede tener más de dieciocho años. Dieciocho blandos años que, sin duda, se ha pasado mimado, consentido y controlado. De pronto ha heredado la jefatura (y el ático que viene con ella) de uno de los principales zaibatsus del mundo. Un niño con juguetes nuevos, tal como pensé al llegar. Y ahora es algo más que una simple metáfora.

Un niño que nunca ha sufrido, que nunca ha tenido que luchar por lo que tiene. Aunque no lo parece. En sus ojos, verdes como los míos, hay un brillo duro e implacable que desmiente cualquier impresión de niñez.

Agita la coctelera una última vez y luego derrama su contenido sobre un par de copas en las que hay un trozo de corteza de limón que forma una espiral.

—Listo —dice—. Espero que sea de su agrado.

Tomo un trago.

—Muy bueno.

Sonríe de nuevo.

—Espléndido —dice—. Creo que vamos a llevarnos bien. Sé que en teoría no es imprescindible para su trabajo. Al fin y al cabo, esto es una relación estrictamente laboral, pero prefiero que haya un cierto toque humano. Sobre todo porque usted va a ser mi... ¿cómo lo diría?

—¿Su brazo ejecutor?

—Hmm. «Ejecutor». Confieso que me gusta cómo suena. —Su voz es agradable. En su tono hay algo pedante y, desde luego, su elección de palabras no parece casual. Un niño, me digo de nuevo, pero quizá no un niño mimado. ¿De qué clase, entonces? —. Sí, es una buena definición. En cierto modo usted va a ser una parte de mí mismo durante los próximos cinco años, la parte que va a hacer todo aquello que, por decirlo sin remilgos, yo no podría hacer. Y, además, tiene que cuidarse de que no me pase nada. No va a ser fácil.

—Lo haré lo mejor posible.

—Oh, no me cabe duda. He leído su expediente y las recomendaciones de su capitán. Ha pasado usted por encima de personas más experimentadas y bien recomendadas. Y, créame, no ha sido por azar.

Estoy a punto de preguntarle por qué ha sido, pero me muerdo el labio y bebo un

nuevo trago.

—Ah, prudente y discreta. Mantiene su curiosidad personal a raya cuando es necesario hacerlo. —Asiente, satisfecho consigo mismo—. Creo que su adquisición ha sido todo un acierto. ¿Cenamos?

Me indica el comedor con un gesto y, tal como espera, le precedo hasta la mesa.

—Habrás que renovar su guardarropa, por supuesto. Y su arsenal. Pero podemos ocuparnos de ello mañana. Ahora, limitémonos a disfrutar de la cena.

Una multitud de platos están extendidos sobre la mesa, cada uno más delicioso que el anterior y, durante casi media hora, me limito a saborearlos y a gozar de sus diferentes texturas, aromas y sabores. El vino que riega la cena es suave y fresco y realza cada bocado de un modo sutil y delicioso.

Cuando pasamos a los postres casi no puedo tomar un bocado más, pero me obligo a probar algo que parece una nube y que se deshace en mi boca como si fuera una ilusión.

Durante toda la cena, él se ha limitado a mirarme con una media sonrisa en el rostro y solo ha hablado para recomendarme un plato o sugerirme otro. Es extraño ver esos ojos casi idénticos a los míos observarme con educada curiosidad. Ahora, se limpia con una servilleta y suspira de satisfacción.

—¿Estaba a su gusto? —pregunta.

—Ha sido... increíble —respondo, impresionada a mi pesar.

—Bien. Quería mostrarle esto el primer día. Porque su trabajo no va a ser fácil ni agradable. Pero va a tener recompensas. Mayores de las que puede imaginar, se lo aseguro. Esto solo ha sido una muestra.

—Pues ha sido... increíble —repito, incapaz de encontrar una palabra mejor.

Se incorpora y le imito.

—Ahora... —Parece repentinamente tímido, casi avergonzado—. No sé cómo decir esto delicadamente.

Ahora sí que parece un niño. Y, por primera vez, la diferencia de edad entre los dos es algo casi palpable. Los doce años que nos separan se convierten en un muro que no parece saber cómo traspasar. Decido ponérselo fácil; al fin y al cabo, es el jefe.

—No lo haga —digo—. No soy una persona de delicadezas.

—Aprenderá a serlo —dice—. Estoy seguro. Sin embargo, esto... Es una tradición que ha sido abandonada por muchos. Pero AdAstra es una corporación muy tradicional en ciertos sentidos. Un empleo tan personal como este requiere... —Se detiene.

Comprendo lo que quiere decir. Claro que lo comprendo. Estaba en la descripción del trabajo, al fin y al cabo.

—No se preocupe —digo—. Estoy segura de que será muy agradable. ¿Dónde

prefiere hacerlo?

Señala el sofá.

Lo que sigue es torpe, frenético y bastante aparatoso. Él parece quedar satisfecho. Debería estarlo, he activado mi chip de placer en modo sumiso, así que no tendría que haber ninguna queja.

—Buenas noches —se despide, mientras se viste con torpeza—. Hablaremos mañana.

Tarda como una semana en decirme lo que espera realmente de mí.

Durante ese tiempo, establecemos una rutina diaria que me deja demasiado tiempo libre por las mañanas y que, por las tardes, me hace descubrir enseguida la clase de cabrón correoso e implacable que es ese niño de aspecto tímido y habla petulante para el que trabajo.

He servido quince años en las milicias corporativas y, en ese tiempo, he visto de todo. He visto matar a regañadientes, asesinar con frialdad, masacrar con alegría y torturar con la misma pasión con la que otros practican el sexo con la criatura de sus sueños.

Pero creo que nunca he visto una mezcla tan extraña de frialdad, altanería y pasión en la misma persona.

Cuando se sienta al frente de su consejo de administración decide el destino de millones de personas con un gesto de la mano. Algo que, después de todo, no deja de ser un juego. Puede que esté condenando al hambre a cientos de miles o decidiendo el destino de generaciones enteras, pero al fin y al cabo no son más que números en un informe. Desde su alto trono corporativo, no dejan de ser fichas que él mueve a su antojo en un juego de ajedrez que no acaba jamás. No es muy distinto de un general, en realidad, para el que la guerra no es más que un juego de tablero en el que el ganador es el que alcanza el primero las coordenadas deseadas, y las piezas sacrificadas en el proceso son simplemente recursos de los que dispone y que, como mucho, debe cuidar lo suficiente para poder jugar la siguiente etapa.

Daniel disfruta con el juego, por supuesto. Igual que lo hace el resto de su consejo de administración, igual que lo haría un general victorioso. Pero él lo juega de un modo casi ausente, como si fuera un deber tedioso que solo de vez en cuando le ofrece alguna satisfacción personal.

Únicamente cuando se enfrenta a sus directivos, cuando reparte entre ellos castigos y recompensas, veo asomar a su rostro su verdadera personalidad. En ese momento el juego cambia, se vuelve personal y directo, ves el rostro de la persona a la que encumbras o destruyes y sabes exactamente lo que estás haciendo y a quién. Al rostro de Daniel asoman emociones que no consigo comprender del todo y que me hacen preguntarme qué ha estado haciendo durante estos dieciocho años.

Siempre estoy a su lado en esos momentos. A su izquierda, un poco tras él. Vestida de un modo discreto que no llama la atención, con el rostro inexpresivo y tratando de parecer relajada, tal vez un poco aburrida. Por supuesto, todos saben lo que soy, pero fingen ignorarlo y hacen como si yo no estuviera allí. De hecho, algunos se esfuerzan tanto en no ser conscientes de mi presencia que casi resulta divertido.

Casi.

Apenas me ha necesitado durante esa semana. En un caso ha bastado un gesto por mi parte y un ademán seco para que el atacante vacile unos segundos. Lo suficiente para que la seguridad corporativa se ocupe de él y lo saque de la sala. No recuerdo qué le ha dicho Daniel, a qué ignoto ostracismo lo ha condenado por su fracaso en llevar correctamente su gestión, pero cuando los dos seguripas lo han sacado a rastras de la sala de juntas es un guiñapo sollozante que apenas se tiene en pie.

El segundo caso ha sido un poco más peliagudo.

El cabrón era rápido. Mucho. Y creo que sabía de antemano cuál iba a ser su destino. Cuando Daniel ha pronunciado su sentencia se ha limitado a asentir, se ha levantado de su asiento y ha echado a andar dócilmente hacia la salida.

Y, de pronto, a una velocidad endiablada, ha dado media vuelta, ha sacado un objeto de entre sus ropas y se ha lanzado contra Daniel.

He sido más rápida que él, por supuesto. He desenvainado el wakizashi y cortado su cuello antes de que haya podido dar tres zancadas. Pero tendría que haberlo sido más. Tendría que haberme encargado de él al primer ademán amenazador, no debería haberle dado tiempo para que desenvainase el cuchillo de cerámica que había ocultado entre sus ropas. Qué narices, debería haberme dado cuenta de que lo llevaba incluso antes de que pasase todo aquello.

Mientras limpiaba el wakizashi y los seguripas se llevaban el cadáver decapitado, he contenido una maldición. Le he fallado a mi empleador. Quizá él no lo sepa, pero yo sí, y eso es suficiente.

Esa misma noche comprendo lo estúpida que he sido. ¿Que él no lo sabía? Claro que sí, mejor que yo misma.

Me ha tomado esa noche, igual que ha hecho todas las anteriores, y de pronto ha dejado de ser un niño torpe y ansioso por meterla y ha convertido el sexo en una interminable ceremonia de humillación en la que ha dejado bien claro que nada se le escapa y que no volverá a tolerar otro fallo. De nada me ha servido activar el modo de sumisión del chip de placer. Al volver a mi habitación soy un amasijo tembloroso que lucha contra sus propias lágrimas y pierde.

Me he aferrado a mi rabia, como he hecho otras veces, y he conseguido salir adelante. No es el primer hombre que me usa de esa manera. He estado en las milicias quince años, al fin y al cabo, y si algo les gusta a cierto tipo de oficiales es la



idea de humillar a una mujer que comete la osadía de parecer tan dura e independiente como un hombre.

Pero ha habido algo distinto en lo que Daniel me ha hecho. Algo... frío y profesional. Lo estaba disfrutando, por supuesto, pero no lo ha hecho por eso. El placer ha sido un extra bienvenido en una tarea necesaria. La humillación no era un fin en sí misma, sino un medio para enseñarme una lección:

«No vuelvas a fallarme».

Aprendo rápido. No volveré a hacerlo.

Aparte de esos dos momentos, la semana ha ido pasando de un modo que casi podríamos describir como plácido. Las mañanas libres, las juntas tras la hora de comer. Las cenas con Daniel y el sexo de después. Podría acostumbrarme a vivir así con facilidad. Incluso, poco a poco, las pesadillas han ido desapareciendo y los recuerdos de lo ocurrido en la selva amazónica se han ido volviendo borrosos, como un dibujo desteñido por la lluvia.

Luego, esta tarde, justo antes de la cena, me ha explicado cuáles son sus verdaderos propósitos.

—¿Qué sabes de mi padre, Alberta? —me pregunta de repente, mientras termina de jugar con la coctelera. Empezó a tutearme al segundo día y no tardó en pedirme a mí que lo hiciera también, cuando estábamos solos.

—Un poco —respondo—. Fue la cabeza de AdAstra durante casi cincuenta años. Tuvo un accidente hace quince y, tras eso, permaneció en coma todo este tiempo. Mientras estuvo así, AdAstra fue como una hidra, un monstruo con demasiadas cabezas.

Él asiente, complacido.

—Sí, y si cortabas una, dos más ocupaban su lugar. No sabía que os daban una educación clásica en las milicias.

—No lo hacen —digo.

—Una mente inquieta en un cuerpo preparado —murmura mientras vacía la coctelera en nuestras copas—. Interesante.

Me encojo de hombros, acerco la copa a los labios y bebo un sorbo. Llevo un vestido negro que se ciñe a mi cuerpo como una segunda piel, me deja los hombros libres y crea un generoso escote que él mira sin el menor disimulo. El código de vestimenta estaba esperándome en mi tableta la primera noche y no ha sido difícil de aprender... ni de seguir. Al día siguiente, mi guardarropa estaba completamente lleno.

—¿Algo más?

Niego con la cabeza.

—Murió hace tres meses y eso te permitió heredarle. Nada más. No he seguido la

política corporativa muy de cerca. Estaba ocupada.

—Claro. Uno de nuestros bravos soldados. Civilizando el mundo, lo quiera este o no. Eso tiene que consumir mucho tiempo.

Hace tiempo que ha dejado de parecerme un crío. Sus ademanes conmigo siguen siendo tímidos, pero lo que he visto a lo largo de esta semana ha sido suficiente para borrar esa ilusión.

De pronto posa una mano sobre la mía.

—Quiero... me gustaría hacerlo antes de cenar —dice.

—Claro.

—Déjate el vestido puesto. Ponte tú encima. Eh... —Duda unos instantes, como si lo que fuera a decir no resultase conveniente—. Lleva tú el ritmo.

—Claro —repito.

Se pone de pie y luego toma asiento en el sofá. Me acerco a él. Le quito lentamente los pantalones y lo estimulo con mi boca mientras pongo en modo activo el chip de placer. No tengo que trabajarlo mucho tiempo. Esta noche parece bastante ansioso. Así que me arremango la falda, me deshago de mis bragas y monto sobre él.

—Espacio —me pide.

Obedezco.

—Durante los quince años que el cabrón se pasó en coma —dice de repente, con las manos apretando mis nalgas—, estuvo muy activo, ¿sabes? Bueno, no él personalmente, por supuesto.

Deja de hablar un momento, lo suficiente para lamer mis pezones.

—Un poco más rápido —dice después—. Su accidente puso en marcha un... programa. Sí, un programa. Mi madre y yo fuimos expulsados del ático cuando yo tenía tres años. Se nos hizo vivir cinco pisos más abajo. ¿Tienes idea de lo que es eso?

¿Que si la tengo? Maldito niño rico. Que si la tengo. Nací veinte pisos por debajo del ático de mi edificio. A solo diez del nivel del suelo. Que si la tengo. He tenido que abrirme camino por la vida paso a paso, con garras, dientes y coño, luchando por cada centímetro que ascendía. Que si la tengo. Trato de controlar mi rabia, de no dejar que se note, pero fracaso. A él no parece importarle, de hecho, le excita más.

—A los tres años me despojaron de lo que tenía —sigue diciendo—. No me importó, ¿entiendes? Sabía que tarde o temprano todo esto volvería a ser mío, si me las apañaba para seguir con vida. Y lo hice, aunque hubo momentos en que lo dudé. Mamá me enseñó bien, me protegió cuando lo necesité y me apuntó en la dirección adecuada. Cuando ella murió, seis años más tarde, ya había ascendido un piso y sabía que no tardaría en ascender otro. Y papá no viviría eternamente: su cuerpo se rendiría algún día y entonces el ático sería mío de nuevo. Y todo lo demás.

Se detiene un momento, cuando se da cuenta de que su discurso está a punto de

volverse ininteligible.

—Todo... lo... demás... —dice de nuevo—. Más rápido. ¡Más rápido!

No me hago de rogar y en unos minutos la cosa ha acabado y puedo apartarme y desconectar el chip de placer. Ha gritado en el orgasmo, un aullido que era mitad rabia y mitad placer. Nunca ha hecho eso antes.

Mientras se limpia sus partes, tras tenderme una toalla para que yo haga lo mismo, sigue hablando.

—Pero no iba a ser tan fácil. El cabrón. El hijo de la gran puta. Había hecho que tomaran muestras de su ADN. Y en el momento en que cayó en coma, empezaron a clonarlo. Hubo dieciséis clones viables, que fueron implantados en otros tantos úteros. Y durante estos quince años han crecido. Hasta ahora no sabían qué eran. Pero lo han averiguado.

Termino de limpiarme y lo miro, sin comprender.

—Ya, no tenías tiempo para las sutilezas de la política corporativa, es cierto. —Sonríe, como si se acabara de gastar una broma a sí mismo—. En teoría no eran más que un seguro por si él moría sin herederos. En el momento en que yo accedí al ático y tomé el control de AdAstra deberían haber sido... retirados.

—Eliminados.

—Sí, eliminados. Deberían haberlo sido. Hay un plazo para esas cosas, como ya supondrás: a lo largo de las dos semanas siguientes al fallecimiento del donante original, los clones deben ser eliminados si hay un heredero legal vivo y en condiciones de acceder a la herencia. Pero alguien decidió que era una buena broma dejarlos vivir y darles la información necesaria para que supieran lo que eran. Una vez pasado el plazo de eliminación, acabar con ellos ya no fue tan fácil. De hecho, podríamos decir que se volvió imposible: a todos los efectos, eran personas, consumidores legales con los mismos derechos y deberes que un concebido. Matarlos dejó de ser una opción testamentaria y se convirtió en un asesinato. Aún no sé quién ha sido el culpable y tengo hombres que lo están investigando. Darán con él y se encargarán de que el hijo de perra no vuelva a... Pero ese no es el problema.

Toma aire y se pone los pantalones. Se incorpora, echa a andar hacia la barra y coge las dos copas que hemos dejado a medias. Vuelve y me tiende la mía.

—Gracias.

—De nada —dice con aire ausente. Bebe un trago—. El verdadero problema es que ahora hay dieciséis clones viables de mi maldito padre que saben que lo son. Y que son conscientes de que cuando alcancen la mayoría de edad podrán ocupar el lugar de su donante al frente de AdAstra, con todo lo que eso implica. Pueden obligarme a compartir el poder; o pueden tenerlo solo para ellos si consiguen quitarme de en medio. Siempre que estén vivos para reclamar su parte del pastel, claro.

Bebo mi copa de un solo trago y la dejo sobre la mesa de cristal.

—Comprendo —digo.

—Sí, claro que comprendes. Compré tu contrato, ¿no? Eres rápida, y tu mente no lo es menos que tu cuerpo. Claro que comprendes. Y estoy seguro de que comprendes lo que espero de ti. —Me interrumpe antes de que pueda hablar—. No lo digas. No es necesario.

Asiento.

—Tenemos tres años antes de que el primero de ellos alcance los dieciocho. ¿Crees que será suficiente?

Asiento de nuevo.

—Bien. Y ahora, mejor que cenemos, ¿no? Tengo un hambre de lobo.

Demasiado tiempo libre por las mañanas, ¿eh? Estúpida.

Daniel tiene informes detallados de la situación de los clones de su padre. Todos ellos viven en esta misma pirámide, en distintos pisos, parece ser que por voluntad del viejo. De hecho, el clon más maduro (a punto de cumplir los quince) vive en uno de los niveles más bajos. No tardo en darme cuenta de que eso también forma parte del plan. Cuanto más joven es el clon, más alto es el piso en el que vive, como si quisieran darle algún tipo de ventaja que compense la diferencia de edad.

¿Debería empezar por el más viejo? Parece lógico, pero tras pensarlo unos segundos decido que no importa tanto. Al fin y al cabo, aún tardará tres años en ser una amenaza, no hay ningún factor que lo convierta en un objetivo más prioritario que los demás.

Así que me estudio con cuidado los informes, repaso sus vidas al detalle y, poco a poco, voy tomando una decisión.

El clon número siete. Ese será el primero.

Es fácil. Quizá demasiado. Y sé que los demás no van a serlo. El clon número siete casi ha acabado él mismo con su vida y lo único que necesito es rematarlo.

Estoy un poco perpleja. El clon número siete ha sido colocado en un piso de nivel medio; debería haber tenido una vida relativamente cómoda, sin demasiadas dificultades. Pero se las ha apañado para tomar una y otra vez la decisión errónea en cada encrucijada y sospecho que, de no haberlo matado yo, lo habría hecho alguien más.

Como digo, fácil; los demás no creo que lo resulten tanto.

Mientras elijo el siguiente, intento no pensar en los clones número quince y dieciséis. Aún no.

Paso los siguientes tres meses planeando, decidiendo y ejecutando. Tengo a mi

disposición todos los recursos que necesito. Al fin y al cabo, soy la ejecutora personal del ocupante del ático. Cuando desciendo a los pisos inferiores nadie que no esté loco se atreve a ponerme una mano encima o a detenerme.

Por supuesto, cuanto más desciendo, más posibilidades hay de encontrarme con algún loco. O, al menos, alguien lo bastante desesperado. No es que haya mucha diferencia.

Pero me las voy arreglando.

Tres meses en los que soy general, estado mayor y ejército en una sola mujer. Sé que podría pedir ayuda, que Daniel podría conseguirme asistencia armada, si la necesitase. Pero sé también que eso me disminuiría a sus ojos y, por alguna razón que no comprendo (y que, si comprendiese, creo que no me gustaría), la idea de no estar a la altura de lo que espera de mí me resulta insoportable.

Así que lo hago sola. Planeo sola, y sola desciendo a los pisos inferiores, rastreo a mi presa, doy con ella y la elimino.

No siempre es fácil.

La primera vez que vuelvo con las ropas cubiertas de sangre, Daniel se queda muy parado, como si no supiera cómo reaccionar. Mi brazo izquierdo es un universo de dolor al que intento no hacer caso y un tajo de aspecto bastante feo cruza mi mejilla derecha. Ha evitado mi ojo por un pelo y doy gracias por ello.

—Tienes un aspecto horrible —consigue decir Daniel por fin.

Asiento torpemente.

—Nada importante —respondo.

Estoy a punto de dar media vuelta y volver a mi cuarto, pero él me detiene con un gesto, me pide que me tienda en el sofá, abre el protocolo de comunicaciones y solicita un médico. Trato de protestar, pero Daniel se limita a negar con la cabeza.

El médico es bueno. Ya puede serlo, porque estoy segura de que sus servicios no van a ser precisamente baratos. Me arregla el brazo en unos minutos, cubre mi cuerpo con neopiel allí donde lo necesita y esparce un espray analgésico por mis heridas. Una inyección de antibióticos y estoy casi lista.

—Deje la cicatriz del rostro, doctor —dice Daniel, de repente.

El médico me mira, duda un instante y luego decide que al fin y al cabo quien paga, manda, así que se limita a un mínimo arreglo cosmético y a asegurarse de que la herida no ha dañado ningún nervio facial y termina su trabajo.

—Espero que no te importe lo de la cicatriz —me dice luego Daniel—. No te hace menos hermosa. Y te hace parecer peligrosa.

Está excitado.

—¿Crees que puedes...?

Como siempre, es extrañamente remilgado al tocar la cuestión del sexo, como si alguien le hubiera metido en la cabeza la idea de que ciertas palabras no son

adecuadas.

—Puedo —respondo.

Y, por primera vez desde que nos conocemos, el sexo es algo suave, tranquilo, lleno de una ternura tan inesperada que, al principio, no sé cómo reaccionar. Enseguida me dejo llevar, sin embargo.

Sólo al acabar me doy cuenta de que no he activado el chip de placer.

En los meses siguientes sigo con mi trabajo. Ninguno me vuelve a representar un problema tan grande como el del clon número cuatro y su banda de matones. Algunas noches vuelvo un poco magullada al ático. Pero la sangre que a veces cubre mi ropa nunca es mía.

En ese tiempo, Daniel apenas se reúne con el resto de los directivos, como si quisiera reservarme para la tarea que me ha encargado y no se sintiera seguro de ir a una reunión de la junta sin mí.

No todo es trabajo. Al menos, no todo es el trabajo que Daniel me ha encargado. Mi estancia en el ático me da un acceso a los sistemas que no encontraré en otra parte, así que procuro aprovecharlo.

Investigo. Navego por la red. Escudriño. Busco, un poco a ciegas, sin estar demasiado segura de lo que estoy buscando.

El humor sexual de Daniel es cambiante. En cierto modo, se adapta a mí y a mi estado de ánimo del momento y cada vez lo hace más rápido y mejor, aunque sus ojos verdes siguen siendo duros y brillando de un modo implacable. Me pregunto si también les pasa a los míos. Me miro en el espejo y me digo que no, pero no puedo por menos que pensar que tal vez alguien que no sea yo vea dureza e implacabilidad donde yo veo cansancio y determinación. ¿Son nuestros ojos iguales? ¿Se están adaptando, tal vez a los ojos del otro, igual que nuestros cuerpos se adaptan entre sí a medida que nos conocemos, del mismo modo en que nuestro comportamiento va encajando poco a poco con el del otro mientras los días van transcurriendo?

¿Es Daniel consciente de ello? Espero que no lo sea, espero que nunca lo sea. Porque sospecho que, en el momento en que lo descubra, no va a pasar nada bueno.

Y, mientras tanto, sigo con mi trabajo.

Trece meses. Trece meses de planes y ejecuciones. Trece meses durante los que he recorrido la mayoría de los pisos de la pirámide. Trece meses de sangre y matanza. Trece meses de cenas y sexo. Trece meses.

Sólo quedan tres clones. Los números quince y dieciséis. Y el número uno.

El quince tiene dos años. El dieciséis acaba de cumplir los once meses.

Las pesadillas vuelven entonces. Veo de nuevo la selva convertida en una pradera

interminable. Veo de nuevo a las familias caminando derrotadas hacia el olvido.

Y veo...

Veo al teniente Escrache separando a una niña de sus padres. ¿Doce años? ¿Trece? Qué más da. Sé lo que le va a hacer. Y cuando acabe, cuando se canse de ella, tal vez la mate. En ese caso, la niña tendrá suerte. Porque la otra opción es llevarla al burdel del regimiento, implantarle un chip de prostitución y convertirla en un autómatas sexual para el resto de su vida.

No hago nada. No me muevo mientras el teniente lleva a la niña tras unos matorrales y sus padres me miran en busca de una piedad que no puedo darles.

No hago nada cuando el padre se sale de la fila e intenta correr tras su hija.

No hago nada cuando uno de mis hombres abre fuego sobre él, duda después unos momentos y dispara a su madre.

No hago nada cuando, de pronto, la fila de familias derrotadas se detiene, lanza un único grito desde cientos de gargantas y carga contra nosotros.

No hago nada mientras los demás abren fuego y convierten a trescientas personas en fertilizante.

No hago nada cuando el humo de la matanza se despeja y la pradera se ha teñido de rojo.

No hago nada cuando el teniente vuelve de los matorrales con la niña sollozante.

Pero lo hago cuando da la orden de que la lleven al regimiento. Sí, lo hago entonces. Amartillo mi pistola, camino hacia la niña y le vuelo la cabeza de un tiro. Sus sesos salpican el uniforme del teniente, que me mira incrédulo.

Cuando da la orden de arrestarme me quedo quieta, totalmente inmóvil. Dejo que me desarmen, que me suban al camión y que me lancen a una celda que huele como una letrina.

Entonces grito. Pero no soy yo quien grita. Son trescientos muertos que están usando mi boca para gritar, porque ellos ya no pueden.

El clon quince tiene dos años. El dieciséis acaba de cumplir los once meses. Debería ser fácil. Viven en los niveles más altos, donde todos respetan la ley y nadie se opone a un agente autorizado del ático. Debería ser sencillo. Volarles la maldita cabeza, aplastarles los sesos contra la pared.

Sencillo. De una facilidad absurda.

Dos años. Once meses. Y ojos verdes.

Esa noche consulto el botiquín y solicito supresores de sueños. Cuando me despierto a la mañana siguiente, no ha habido ninguna pesadilla, ninguna que pueda recordar.

Sin embargo...

Cuando vuelvo aquella noche, no me siento con fuerzas para nada que no sea dejarme

caer en el sofá. Daniel se da cuenta de que ha pasado algo, así que deja de trastear con la coctelera y se me acerca.

—¿Qué...? —pregunta.

Toma mi rostro por la barbilla y me mira a los ojos.

—¿Estás llorando?

¿Lo estoy? No, eso es una tontería. Pero en ese momento soy consciente de la calidad húmeda que resbala por mis mejillas. ¿Estoy llorando? ¿Por qué?

Daniel asiente.

—Los niños —dice—. Te has ocupado de los niños. Sí, debería haber supuesto que eso te resultaría más difícil que los demás, después de lo que pasó en Brasil.

¿Lo sabe? Lo miro, perpleja, y él se echa a reír.

—Ah, creías que el incidente había pasado desapercibido, que no había rastro alguno de él. El capitán Tarancón fue muy cuidadoso eliminando cualquier informe sobre lo ocurrido, es cierto. No hay ningún registro oficial de lo que te pasó allí. Pero los registros oficiales... —Se encoge de hombros.

—Y, pese a todo, ¿me contrataste?

—Claro. No baso mis decisiones en un único acto, sino en toda tu biografía. Ay, Alberta, he explorado tu vida con detalle, la conozco tan bien como tú misma. Mejor, en algunos aspectos, créeme. Y sabía que eras la persona adecuada para este trabajo. De hecho, tus escrúpulos son parte de lo que te hace la mejor opción posible.

—No lo entiendo.

—No tienes por qué. Deja que yo me ocupe de entenderlo.

Mira a su alrededor. Contempla la mesa perfectamente dispuesta, como todas las noches.

—Será mejor que descanses. Vete a tus habitaciones. Duerme. Tómate un par de días.

—No necesito...

—Sí, claro que lo necesitas. Hazme caso.

Es el dueño de mi contrato, el dueño de mi persona durante los próximos cuatro años. Claro que le hago caso.

Al menos, lo intento.

Conoce mi vida tan bien como yo misma. Mejor, en algunos aspectos, ha dicho.

La frase, de algún modo, se agarra a mi mente y no me deja descansar esa noche y sigue conmigo a la mañana siguiente cuando me levanto, enciendo la tableta y me pongo a navegar por la red.

Me conoce mejor que yo misma, me digo.

Eso afirma.

¿Y qué sé yo de mí misma?



Accedo a mi ficha, repaso mi biografía. Reconozco todo lo que encuentro en ella y, al mismo tiempo, me parece una farsa, como un mal sainete ensamblado con piezas de otras obras. Pero soy yo. Es mi vida. Si mi vida parece una farsa, me digo, entonces tal vez lo sea.

Luego tropiezo con los espacios vacíos. Los lugares donde alguien con más acceso que yo ha puesto barreras, silencios y agujeros.

Miro por la ventana. Se acerca el mediodía.

¿Por qué?, me digo. ¿Por qué hay espacios restringidos en mi biografía? Y, sobre todo, ¿por qué no recuerdo lo que hay en esos espacios vacíos? Al fin y al cabo, se supone que los he vivido, ¿no?

No tengo respuesta mientras se acerca la hora de comer y me preparo para compartir las viandas con un Daniel que me esperará como siempre, sonriente y tímido.

¿Por qué?

Comemos, y si él nota que estoy más callada de lo habitual, no dice nada. Seguramente lo achaca a las secuelas de mi última misión. No le desengaña.

Por la tarde tenemos una de las escasas reuniones a las que Daniel ha decidido asistir. No hay nada fuera de lo común en ella. Varios millones de personas son despojadas de su trabajo, varios cientos de miles ascienden en el escalafón, algunos miles pasan de simples consumidores a testadores de tendencias, unos pocos cientos consiguen su sueño de ser diseñadores y dictar los nuevos productos que se fabricarán, y algunas docenas ponen el pie por primera vez en el lavabo de ejecutivos.

Esa noche vuelvo a conectarme a la red.

No es mi vida lo que exploro, sin embargo. Es la del padre de Daniel, ese Jonás Avogrado que decidió clonarse a sí mismo dieciséis veces por si su hijo no llegaba a la edad adulta. Y, por primera vez, me pregunto si lo hizo solo por eso, si no habría algo más.

No es mucho lo que obtengo. Su vida pública es fácil de acceder. Sus registros privados están cerrados a cal y canto y se necesita a alguien con un acceso mucho más alto que yo y una habilidad muy superior para conseguir tener siquiera un atisbo de lo que hay más allá.

Sin embargo...

Al menos sus actos públicos me dan un atisbo de su personalidad, de su carácter excéntrico y su exacerbado narcisismo. Le echo un vistazo a algunos holos: reuniones de juntas, ruedas de prensa, cócteles y fiestas. Parece un tipo cordial, con la misma cordialidad que tendría un lobo adorado por las ovejas. Y, como su hijo, como sus clones, tiene unos ojos verdes en los que brilla algo duro e implacable.

En cuanto a los huecos, los agujeros, las partes restringidas... No, no consigo saber lo que ocultan, pero el modo en que están dispuestos me permite especular

sobre lo que puede haber en ellos.

De nuevo el amanecer me pilla despierta. No he conseguido nada. Al menos, nada lo suficientemente satisfactorio. Solo un montón de preguntas y varias conjeturas disparatadas en las que no me atrevo a pensar de forma consciente.

Miro por la ventana, mientras el sol de la mañana va tiñendo la ciudad de distintos colores.

Deja de hacer el vago, me digo a mí misma. Se te paga por hacer un trabajo. Hazlo. Tomo aire y miro de nuevo por la ventana. Hazlo.

De acuerdo, me respondo, lo haré.

Así que abro el armario de las armas y las escojo con sumo cuidado. Y, mientras lo hago, las disparatadas conjeturas en las que no me atrevo a pensar se empeñan en bailar a mi alrededor una y otra vez.

El primer clon.

A lo largo de sus dieciséis años de vida ha ascendido dos pisos, ha creado una organización que trapichea con droga para los pisos de abajo y consigue placeres prohibidos para los de arriba. Hace casi año y medio que se enteró de quién era, de qué era, y de lo que podía conseguir.

En ese tiempo ha convertido su organización en un ejército y se ha transformado en el señor de la guerra del piso en el que está. La seguridad pública y la privada están a su servicio y los dueños de los pisos le pagan gustosamente por una protección que no necesitarían si él no existiera.

La aproximación directa no servirá con él. Y no será cosa de un día. Informo a Daniel de que estaré fuera al menos cinco o seis meses. Él asiente en silencio. Si antes elegí mis armas con cuidado, ahora elijo mi ropa con más cuidado aún. Luego, de noche, cuando todos duermen, descendo a su piso.

En los siguientes dos meses me voy creando una reputación. Uno de los distribuidores menores del clon número uno me contrata como guardaespaldas personal poco después.

El tiempo pasa. Ascendo en la organización, más lentamente de lo que me gustaría, pero sé que, sobre todo al principio, debo tener paciencia.

Por las noches, las pastillas suprimen las pesadillas. Durante el día estoy demasiado ocupada para pensar en nada que no sea el presente inmediato y el futuro cercano.

Pasa un mes y otro más se acerca a su fin antes de que la cúpula de su organización empiece a fiarse en mí.

«Es rápida», dicen. «Es rápida. Es letal. Es fiable. Tiene iniciativa. No la caga».

Otro mes más. Me pregunto qué pensará Daniel, en su ático, viviendo su rutina diaria, decidiendo sobre el destino de millones, ofreciendo recompensas y castigos a

sus ejecutivos, reordenando el mundo. Qué pensará. Sé que no me ha olvidado o, al menos, no ha olvidado la misión que tengo pendiente. El clon número uno es el último obstáculo en su camino, al fin y al cabo.

¿Creerá que he fracasado? ¿Estará buscando mi sucesor? ¿Tendrá confianza en mí y esperará a pesar de que el plazo de seis meses que le di casi ha terminado?

Pero no tengo tiempo para perderlo haciéndome preguntas. A medida que voy subiendo en la organización del clon número uno, apenas tengo tiempo para nada que no sea trabajo. Trabajo. Y más trabajo. Y, de vez en cuando, ideas locas y sin sentido que se empeñan en bailar ante mí, conjeturas absurdas, hipótesis descabelladas, suposiciones insensatas, posibilidades imposibles que, una y otra vez, bailan un vals loco y frenético frente a mis ojos sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. Las dejo seguir su baile y trato de centrarme en el trabajo.

El sexto mes termina y transcurre una semana del séptimo.

Aún no, me digo.

Podría hacerlo, pero no sin grandes dificultades y sin correr grandes riesgos. Espera un poco más, pienso, solo un poco más. Ojalá Daniel tenga la paciencia necesaria y no estropee todos mis esfuerzos mandando un reemplazo o una ayuda que no necesito.

Pero no puedo pensar en eso ahora. Estoy cerca, muy cerca, demasiado cerca para permitir que nada me desvíe del plan.

Y cuando llega el momento, casi me pilla por sorpresa. Cuando soy invitada al círculo interno, cuando comparto con ellos comida, bebida y planes, apenas me lo creo. Dudo. ¿Espero un poco más?, me digo. ¿Unos días, tal vez, los suficientes para asegurarme de que no es ninguna trampa?

No.

Es como si fuera la voz de Daniel empujándome.

No. Hazlo ya.

Así que lo hago esa misma noche. Conseguir que el clon número uno quiera llevarme a su lecho es sencillo. Agotarlo sexualmente, también. Perforar su arteria carótida mientras duerme es lo más fácil que he hecho en toda mi vida. Y escabullirme esa misma noche hasta el piso superior, donde recupero mis ropas, mi acreditación y mi personalidad oficial, es casi decepcionante. Nadie se ha dado cuenta aún de lo que pasa, nadie me persigue, nadie tiene la menor idea.

Regreso al ático al amanecer y sorprendo a Daniel contemplándolo desde el ventanal del comedor. Se vuelve de repente al oírme y, durante unos instantes, parece un animal acorralado. Luego respira hondo y me pregunta:

—¿Está hecho?

—Está hecho —respondo.

Sonríe y no me pregunta nada más. Se vuelve de nuevo y se pierde otra vez en la

contemplación del amanecer. Yo regreso a mis habitaciones y me doy un baño interminable en el que mis pensamientos se van convirtiendo poco a poco en niebla y mi cuerpo deja de existir atrapada por ellos.

Está hecho, pienso. He terminado.

¿Has terminado?

Cierro los ojos.

Veo una pradera. Veo el bosque en llamas. Veo una niña. Veo...

Abro los ojos. Estoy en medio de una niebla espesa y cálida y una voz ronronea a lo lejos que no tengo nada de que preocuparme.

Cierro los ojos otra vez.

La pradera, pero ahora más lejana. El bosque en llamas no es más que un resplandor diminuto en el horizonte. La niña... no hay ninguna niña. Jamás la hubo, me digo.

Tomo aire y me sumerjo completamente en la bañera.

No hubo ninguna niña. Nunca.

El pasado no existe, pienso. El pasado es una sombra, no es más que una ilusión, un juego de espejos y luces, un reflejo irreal de algo que jamás sucedió. El pasado son sombras chinescas contra la pared, son mentiras que nos contamos a nosotros mismos, son juguetes rotos con los que ya no queremos jugar. El pasado no existe.

El pasado no existe, me repito lentamente. El pasado no es más que una mentira.

Me aferro a ese pensamiento y dejo que sus consecuencias me empapen. Y, de pronto, las conjeturas absurdas se vuelven razonables, las hipótesis descabelladas resultan plausibles, las suposiciones insensatas son lógicas y las posibilidades imposibles se convierten en probables.

Salgo del agua lentamente. La primera bocanada de aire es como la caricia de un amante.

El pasado no existe, me repito. Solo el ahora. Tal vez el mañana.

Salgo de la bañera, me seco y me tiendo en la cama. A una orden, las luces se apagan y floto desnuda en la oscuridad, sola, a salvo. De momento, a salvo.

Cuando despierto a la mañana siguiente, tengo una nota de Daniel pidiéndome que desayunemos juntos. Así que me levanto, me lavo, me pongo algo encima y voy hacia el comedor.

Daniel me recibe con una sonrisa y un beso tímido y me pide que me siente con un gesto.

El zumo parece recién exprimido, los bollos aún están calientes y el café es lo más delicioso que he tomado en mi vida: negro, denso, amargo, tan caliente que me quema la garganta.

—Hoy me gustaría mostrarte algo —dice.

No habla de lo ocurrido estos siete meses. No pregunta nada. Le he dicho que el trabajo se había terminado y es suficiente para él.

—Claro —respondo—. Tú mandas.

Veo que eso no le hace gracia y me pregunto por qué. Y luego recuerdo de nuevo el modo en que se adaptaba en el sexo a mi humor del momento, la forma en que mis propios estados de ánimo afectaban al suyo, y me pregunto si se estará... Pero la idea es tan absurda y podría tener unas implicaciones tan ridículas que la abandono enseguida.

No, simplemente le gusta mantener la ficción de una relación entre ambos y no considera adecuado que le recuerde que esta es estrictamente laboral. Tendré cuidado, entonces.

Un par de horas más tarde, un minirreac nos espera en la plataforma y subimos a él. El piloto nos lleva más allá de la ciudad, cruza las montañas y, finalmente, desciende sobre un valle en el que no parece haber ninguna criatura viva.

Descendemos del aparato y Daniel le pide al piloto que venga a buscarnos al día siguiente.

Yo contemplo los alrededores, incrédula. El bosquecillo de hayas, el arroyo que serpentea por él, los campos, las montañas alrededor... Es como si estuviéramos en el Jardín del Edén antes de la caída. Somos, me digo, Adán y Eva, y no hay Dios alguno que venga a hacernos sentir culpables o serpiente que quiera abrirnos los ojos ante el bien y el mal.

El pasado no existe, me digo. Solo el ahora. Tal vez el mañana.

El pasado es una mentira, pienso.

—Sígueme —dice Daniel.

Así lo hago y no tardamos en dar con una cabaña de troncos de cuya chimenea sale un fuego acogedor.

—Veo que lo tiene preparado —murmura—. Bien.

La cabaña es tan hospitalaria por dentro como lo parece por fuera. Pasamos el resto del día holgando, haciendo el vago, charlando de trivialidades, practicando el sexo de un modo tranquilo y suave, como si el tiempo no existiera, como si se hubiera detenido para nosotros.

—De niño vine aquí solo una vez —me dice de noche, tras la cena y el sexo de después—. Solo una. Pero no lo olvidé. Y cuando el viejo cabrón cayó en coma, fue la imagen de este sitio la que me mantuvo en pie, la que me hizo seguir adelante. No el ático, no el lugar en la cumbre. Sino este lugar, ¿comprendes?

Asiento, aunque no estoy segura de adónde quiere ir a parar.

—Así que me pareció apropiado que fuera en este sitio donde... —Duda un instante—. Te he cogido cariño, ¿sabes? Sí, me he encariñado contigo. Y te has dado cuenta, por supuesto, no eres tonta. Así que esto es difícil.

Le miro, fingiendo que no comprendo lo que quiere decir, pero en realidad lo sé, claro que lo sé.

—Pero debo hacerlo. Cuando una mascota ha probado la carne humana debe ser sacrificada, no importa lo mucho que la queramos. Y mi madre me enseñó que hay ciertas cosas que debe hacer uno mismo.

Cierro los ojos. Veo una pradera. Oigo un bosque quemarse a lo lejos. Escucho el llanto de una niña.

El pasado no existe, pienso.

—Lo siento, de verdad —me dice—. Pero no me queda otro remedio. Podría entregarte a las autoridades: has matado a dieciséis clones autorizados de mi padre, al fin y al cabo. Podría poner las pruebas de lo que has hecho a disposición de la policorp con un simple gesto y olvidarme del asunto. Pero es algo que tengo que hacer yo mismo. —Toma aire—. Lo siento —dice de nuevo.

—Yo también.

¿De verdad creyó que podría conmigo? ¿En serio pensó que no notaría el bulto de la pistola bajo el colchón, sus movimientos furtivos hacia ella mientras terminábamos la sesión de sexo? ¿En serio creyó que...?

Sí, claro que sí. El niño arrogante, el dueño del mundo, tan seguro de sí mismo. Cómo iba a creer que su mascota personal se le rebelaría. Supongo que no me conocía tan bien como creía.

Ay, Daniel, debiste haberme entregado a las autoridades. O haberme matado de lejos. O...

Supongo que debo darle las gracias a tu madre, que debo agradecerle que te inculcase firmemente que es uno mismo quien debe encargarse de sacrificar a su mascota.

Así que, de acuerdo, gracias.

Me mira, maniatado y amordazado. No hay miedo en sus ojos, ni siquiera rabia. Siguen siendo duros, implacables. Solo eso.

Le arranco la mordaza de un tirón. No protesta por ello.

—¿Qué soy? —le pregunto.

—¿Ahora mismo? Alguien en un lío enorme.

Niego con la cabeza.

—¿Qué soy?

—Un cadáver, Alberta, eso es lo que eres —dice sin perder la calma.

Niego otra vez.

—¿Qué soy?

—Te lo he dicho.

—No me has dicho nada. No me has dicho por qué me escogiste a mí. No me has

dicho por qué el capitán Tarancón cuidó de mí durante todo el tiempo que estuve en el ejército. No me has dicho por qué mi biografía está llena de agujeros a los que no puedo acceder y cuyo contenido no puedo recordar. No me has dicho nada.

Se muerde el labio.

—¿Qué más da? No vas a salir con vida de esto. Puedes matarme y huir. Pero irán a por ti.

Me encojo de hombros.

—Quizá —digo. Tomo aire—. ¿Qué soy? —vuelvo a insistir.

—¿No lo sabes? —pregunta con un ligero deje de burla.

—Me conoces bien, ¿recuerdas? Eso me dijiste. Mejor que yo misma, en algunos aspectos. Así que dime, ¿qué soy?

Ahora es él quien niega con la cabeza, dispuesto a llevarse su secreto a la tumba.

—No me lo pongas difícil, Daniel —digo—. Conoces mi expediente militar. Puedo hacerte hablar, pero preferiría no tener que torturarte para ello.

Se encoge de hombros. Lo cual es toda una proeza, tal como lo he atado.

—Muy bien —digo.

Voy a la cocina. Los instrumentos que encuentro no son los más apropiados, pero servirán.

Empiezo lentamente, con calma, tomándome mi tiempo y asegurándome de que él se da cuenta de ello.

A veces me asalta la imagen de una pradera. De una niña. De un disparo.

Pero me digo a mí misma que el pasado no existe y sigo adelante.

Es duro. Sí, el cabrón es duro. Me cuesta casi seis horas conseguir la combinación de dolor y miedo adecuada para que hable y, aunque él no lo sabe, casi estoy agotada.

Así que me detengo. Miro sus ojos verdes en los que ya no hay nada duro, solo terror y esperanza, la más letal de las combinaciones.

Pregunto una vez más:

—¿Qué soy?

Y me lo dice.

El minirreac vendrá a recoger a Daniel en un par de horas, quizá tres. No me esperará, así que será fácil encargarme del piloto. ¿Y luego?

El pasado no existe, me digo. ¿Existe el mañana? ¿Hay un mañana al que ir?

Pienso en lo que me contó Daniel, en las pruebas que me dio de lo que decía, una vez me hubo facilitado sus códigos de acceso y pude abrir las puertas cerradas y llenar los lugares vacíos.

Pienso en lo que soy.

Agradezco que no haya un espejo cerca. Sospecho que no me gustaría ver mis ojos ahora.

No había dieciséis clones, me dijo Daniel, sino diecisiete.

Diecisiete.

Un clon ilegal, cuyos cromosomas habían sido trampeados para obtener una criatura de sexo femenino. Un clon ilegal creado al mismo tiempo que nacía Daniel, un clon cuya mente se había llenado de recuerdos de una infancia que jamás tuvo mientras se aceleraba su crecimiento. Un clon que, pocos meses después de haber sido decantado, tenía la apariencia física y los recuerdos de una mujer de dieciséis años y que fue soltado en ese momento en el mundo real.

«Real». Pocas veces la palabra ha tenido menos sentido.

Una mujer que vivió los últimos años de su adolescencia sin saber que era observada en todo momento, sin imaginar que su desarrollo estaba siendo controlado en cada paso, que alguien la miraba desde el ático y se relamía, pensando en los futuros placeres con ella, cuando hubiera sido moldeada a gusto de su donante, cuando se hubiera convertido en la amante perfecta, el juguete sexual definitivo para el narcisista obsesivo. Una mujer que entró en el ejército un año antes de que a su donante lo derribara un ataque que lo dejaría en coma durante los siguientes quince años.

Un clon ilegal. Ingeniosamente oculto en el sistema, lleno de recuerdos falsos, con respuestas físicas programadas para encontrar atractivo cierto tipo de hombre. ¿Por qué no? ¿Acaso no era ella misma en otro cuerpo?

El capitán Tarancón protegiéndola durante todo aquel tiempo. El capitán Tarancón esperando en vano durante quince años que su patrón recobrarla la consciencia. El capitán Tarancón vendiendo sus secretos al heredero legal de Jonás cuando este murió.

Oigo un ruido proveniente de las montañas. El minirreac se acerca.

Ay, Daniel, ¿qué clase de infancia tuviste, qué rencor retorcido y oscuro te convirtió en el hombre que eras? No te bastó con hacer matar los otros clones de tu padre; lo que, al fin y al cabo, era una simple cuestión de supervivencia. No, necesitabas vengarte del viejo cabrón de un modo más personal, ¿no es cierto? Necesitabas tenerlo contigo, someterlo, hacerlo tuyo.

Y lo conseguiste, aunque el proceso no salió del todo como querías, ¿verdad? Disfrutabas de mí, conmigo. No de la idea de estar jodiendo y sometiendo a tu padre, sino del hecho de estar conmigo y recibir placer de mí. De Alberta. Disfrutabas tanto que tuviste que darme un último día perfecto antes de matarme.

¿Sonrío? Sí, creo que estoy sonriendo.

Me he estado acostando con mi hijo mientras me mataba a mí misma una y otra vez.

El chiste es de una ironía exquisita.

He sido la fantasía sexual de mi hijo y, mientras tanto, me he matado tantas veces,



en tantas situaciones distintas... Recuerdo de pronto al clon número uno y casi no puedo contener una carcajada.

Me he acostado conmigo mismo justo antes de matarme. Y luego he repetido la pirueta con mi hijo.

El minirreac casi está aquí. Me oculto entre la yerba más alta y espero a que el piloto descienda.

Así que, en efecto, el pasado no existe. ¿Existe el mañana?

Pienso en el ático. ¿Por qué no? Puedo volver, recoger mis cosas. Recoger suficientes armas, dinero y objetos de trueque para descender unos cuantos pisos y buscarme un nicho, igual que lo hizo el clon número uno.

O puedo quedarme en él. Atrincherarme en él, dejar que vengan a por mí, presentar una defensa heroica y morir en un estallido de gloria.

O, simplemente, puedo reclamar mis derechos de nacimiento. Hacer públicos los registros de mi creación y reclamar mi lugar en la cumbre. Mi nacimiento fue ilegal, es cierto, pero la ley es muy clara al respecto: el infractor fue Jonás, yo solo fui el producto de su crimen. Soy, por tanto, inocente y, como única heredera de mi donante, tengo derecho a toda su herencia.

¿Qué voy a hacer?, me pregunto una y otra vez. ¿Qué voy a hacer?

Cuando llega el minirreac aún estoy tratando de tomar una decisión. Lo veo posarse, veo salir al piloto, inconsciente de la muerte que le espera.

¿Adónde?, me pregunto una vez más, mientras me arrastro hacia el vehículo. ¿Adónde?

No lo sé, me respondo.

Ya lo decidiré, me digo.

# LA INTELIGENCIA DEFINITIVA

José María Merino

**José María Merino** (La Coruña, 1941) es uno de los mejores narradores vivos en lengua española. Premio Nacional de la Crítica, Premio Nacional de Literatura Juvenil, Premio Miguel Delibes, Premio Salambó y, desde el año pasado, Premio Nacional de Narrativa por *El río del Edén* (Alfaguara, 2012), es novelista, poeta, ensayista y miembro de la Real Academia Española, donde ha sido el impulsor de la aceptación, aún pendiente, del término «distopía» en el diccionario. Defensor a ultranza del género fantástico, tanto en su acepción académica de ruptura de la realidad como en muchas de sus manifestaciones más populares, Merino ha cultivado la fantasía, la ciencia ficción y la literatura especulativa en la mayor parte de su obra, empezando hace más de tres décadas por su *Novela de Andrés Choz* (Magisterio Español, 1976) y sus *Cuentos del reino secreto* (Alfaguara, 1982), y acabando con la antología a cargo de Juan Jacinto Muñoz Rengel *La realidad quebradiza* (Páginas de Espuma, 2012), que recoge sus mejores relatos fantásticos. Junto a títulos tan memorables como *La orilla oscura* (Alfaguara, 1985), *Los trenes del verano —No soy un libro—* (Siruela, 1993), *Las visiones de Lucrecia* (Alfaguara, 1996) o *Los invisibles* (Espasa, 2000; existe una reedición imprescindible en Cátedra, Letras Populares, 2012), por citar solo algunas cimas de su obra donde resalta especialmente lo fantástico, hay que reseñar la aparición en 2008 de *Las puertas de lo posible* (Páginas de Espuma), recopilación de la que basta decir que, según su ficticio prologuista, pudo haberse llamado *Cuentos distópicos* de no ser porque Merino los consideró demasiado optimistas para lo que en realidad cree que podría ocurrirle a la humanidad.

Parte de ese pesimismo, que en Merino suele expresarse mediante la confrontación entre la tecnología, por un lado, y la cultura y la naturaleza, por el otro, protagoniza «La Inteligencia Definitiva»: un relato que parte de la posible evolución de la telefonía móvil para abordar los grandes temas del autor. Sus «Reacios» y su LID, en el fondo, encarnan las dos caras de toda distopía. Su insuperable final, además, apunta al peligro último que Arthur C. Clarke formuló en su segunda ley sobre la cuestión. Pero no adelantemos acontecimientos: se oye ya el timbre de una llamada, y Luco está a punto de responder...

Luco lo traía en la mano y lo agitaba muy excitado, mientras gritaba algo, al principio ininteligible, que por fin se pudo descifrar:

—¡Habla conmigo! ¡Me ha dicho su nombre! ¡Es mi amiga! ¡Me va a enseñar muchos juegos!

En el valle empezaba a cuajar la sombra y su hijo Luco, corriendo tan alborozado mientras decía tales cosas y zarandeaba aquel objeto que resplandecía al sol poniente, suscitó el desconcierto de Mael. El suceso era del todo inusitado en las rutinas de la vuelta de la escuela, y a lo lejos había percibido la presencia de otros niños que también corrían y gritaban en actitud similar a la de Luco, rompiendo la imagen habitual del grupo que habitualmente regresaba a casa con lentitud y tardaba en desperdigarse.

Cuando el niño estuvo a su lado y le mostró el objeto, Mael sintió un temor repentino. Aunque desconocía de qué se trataba, gravitaban sobre él tres generaciones emitiendo severas advertencias que hablaban de pequeñas cosas como aquella, los pavorosos Móviles. El objeto era rectangular, muy fino, tornasolado. Se lo quitó al niño y lo mantuvo en su mano mientras lo observaba con atención. De repente el objeto emitió un fuerte reflejo y Mael oyó una voz de tono levemente metálico que lo interpelaba, clara, cercana, como si alguien estuviese hablando a su lado:

—¿Eres Mael, el padre de Luco?

Mael quedó en silencio, sin saber cómo enfrentarse a aquello.

—¿Eres Mael, el padre de Luco? —repitió el objeto.

—Sí —repuso Mael al fin, sintiendo que su temor se convertía en pánico.

—Soy Lid —dijo la voz—. Convoca a los demás y llevadme con vosotros. Todos los niños me tienen.

El fulgor se extinguió de repente, dejando en el pequeño objeto solo las suaves reverberaciones multicolores que hacía brillar el sol declinante.

—¿Quién es Lid? —preguntó Luco, alargando la mano para recuperar el objeto que hablaba.

Mael retuvo el fino paralelepípedo.

—¡Es mío! —protestó el niño.

—Es una cosa muy peligrosa —repuso Mael, categórico—. Vete a casa. Le dices

a mamá que la espero en la Casa de Todos. Meriendas y te pones a hacer las tareas. Más tarde hablaremos.

Con aire disgustado, Luco se quedó mirando a su padre, que se alejaba de él con apresuramiento.

En la Casa de Todos estaba Rune, el maestro, con otros vecinos, y en sus rostros se mostraba la misma preocupación que había ensombrecido el ánimo de Mael. Hicieron sonar por los altavoces la señal de la urgente convocatoria y esperaron a los demás padres y madres, que fueron llegando con rapidez y aire de alarma entre la tarde cada vez más deshilachada, llevando con ellos objetos similares al que Mael le había quitado a Luco.

Cuando estuvieron reunidos en la sala del concejo, el maestro relató lo sucedido: al final del recreo, un pequeño aparato había descendido del cielo, se había posado en el patio, y de él salió una especie de robot —pese a las trazas humanoides, conservaba sus características mecánicas— que llamó a los niños.

—¿Cómo que los llamó? —preguntó Peco, el regidor.

—«¡Chicos y chicas, venid, os traigo un regalo!» —repuso Rune, el maestro.

—¿Y tú no hiciste nada?

El maestro se lo quedó mirando con fastidio:

—¿Qué podía hacer yo?

Explicó que todo se había producido en dos o tres minutos, con una rapidez sorprendente. La chavalería, que había interrumpido sus juegos cuando sus miembros vieron aparecer la nave —una especie de pequeño cilindro volador— echó a correr hacia el robot, que también velozmente les había entregado aquellos objetos, uno a cada uno.

—«¡No olvidéis que Lid es vuestra amiga!», gritó antes de entrar en el aparato y ascender por el aire con la misma celeridad que a su llegada. Fue visto y no visto.

De hecho, nadie en el valle había advertido la presencia de la nave. Tras el informe de Rune, los concurrentes se quedaron en silencio durante un rato.

—¿Son todos iguales? —preguntó el regidor.

La gente puso sobre la mesa aquellos curiosos paralelepípedos.

—¡Móviles! ¡Parecen móviles! —exclamó el regidor con gesto aterrorizado.

En aquel momento, los objetos comenzaron a vibrar suavemente y sobre el conjunto de ellos se perfiló la figura brumosa, rojiza, de lo que parecía una pirámide, que enseguida habló con la voz metálica y segura que Mael había oído antes:

—Salud, Reacios, gente de Última Comarca. En efecto, son lo que en los tiempos antiguos llamasteis móviles. Ahora llevan mi nombre: Lid.

Móviles. A mediados del siglo 21, el bisabuelo de Peco, Bruno Ibáñez, el Fundador de los Reacios, trabajaba como ingeniero electrónico especializado en semiconductores en la industria de ese instrumento portátil de comunicación. En la biblioteca de la Casa de Todos se conservaba, como el tesoro más importante de la memoria de Última Comarca, el testimonio escrito por él mismo, así como grabado en imágenes sonoras, de lo que había sido la historia de su Revelación.

En ese testimonio, Bruno Ibáñez contaba su vida, su inclinación desde niño por el mundo de la electrónica, su entusiasmo hacia aquel aparato, al que habían empezado denominando teléfono móvil o celular, que no solamente servía para comunicarse mediante la voz y la escritura —a través de mensajes escuetos— sino también para jugar, calcular, poner el despertador, grabar y reproducir imágenes, grabar y escuchar música, y más adelante entrar en la red cibernética, tener correo electrónico, comprar, pagar, leer los códigos de barras...

«Cuando acabé mi carrera y comencé a trabajar, yo encontraba mucho más atractivo y encanto en mi mundo de silicio, germanio, azufre y los otros minerales que fueron utilizándose como semiconductores que en cualquier espectáculo musical o deportivo. Participaba con pasión en el desarrollo del instrumento que había fascinado mi adolescencia y que iba consiguiendo con rapidez nuevas funciones: televisión digital, sistema de posicionamiento, localización de personas, rayo láser para calentar alimentos...

»El aparato era ya capaz de identificar la voz de su propietario e incluso entender lo que quería solo a través de gestos y guiños silenciosos y particulares. Tras cierto período de entrenamiento, era también capaz de mantener conversaciones con él basadas en la información de la red o del propio usuario que se convertían en personales, íntimas.

»A ese papel de confidente fuimos incorporándole otros: empezamos a dotarlo de cierta energía susceptible de ayudar a su dueño a repeler una agresión, por ejemplo, e incluso a apoyarlo físicamente, para sostenerlo en ciertas caídas, y a ayudarlo a mantenerse respirando en caso de naufragio, por la posibilidad de que, en esa emergencia, separase en el agua el hidrógeno del oxígeno.

»Las posibilidades del móvil, que iba cambiando de nombre conforme los sucesivos modelos se enriquecían con nuevas funciones, parecían infinitas. La

humanidad había descubierto el instrumento tecnológico más asombroso de su historia, el que los iba a llevar por el más seguro camino de progreso».

El Fundador de los Reacios declaraba que la Revelación no se había producido de manera instantánea, sino tras un proceso de reflexión.

«Cierta vez que tuve que viajar a China en uno de aquellos aviones de mil pasajeros que se habían impuesto como transporte más seguro y que ya están siendo sustituidos por otros con el doble de capacidad, descubrí que todos, absolutamente todos los pasajeros, hablaban o se entretenían con su móvil. Y que otro tanto hacían los auxiliares de vuelo humanos, cuando no estaban trabajando.

»Aquella actitud general absorta, ensimismada, despertó en mí un orgullo repentino, consciente de que yo formaba parte de la estructura que fabricaba aquellos extraordinarios instrumentos, pero cuando el tiempo fue pasando y advertí que mis compañeros de viaje no modificaban su disposición, empecé a mirarlos de otra forma, como si fuesen los fervorosos adoradores de alguna divinidad sumidos en sus oraciones.

»El viaje era largo incluso en aquel enorme avión, y los pasajeros continuaban absortos en la comunicación privada con sus móviles. Me dormí y tuve un sueño extraño: una figura gigantesca, de forma imprecisa, que identifiqué como Dios, recorría un avión similar al que a mí me estaba transportando y los pasajeros, atónitos, le entregaban con gestos pausados de ofrenda unas masas también borrosas, opacas, que Dios devoraba como un alimento, pues emitía un inconfundible sonido de deglución.

»Al despertar pude comprobar que todos mis compañeros de viaje seguían embebidos en su relación con los móviles, y mi inicial orgullo se fue desvaneciendo, porque de repente el pasmo de aquella multitud me pareció más el resultado de algún estupefaciente que de una actividad racionalmente controlada».



Tal había sido el principio de la Revelación. A partir de entonces, el Fundador de los Reacios había empezado a analizar cómo se relacionaba la gente con los móviles, procurando abandonar los prejuicios que hasta entonces le había hecho considerarlos tan beneficiosos.

Todavía no tenía hijos, pero sus sobrinos, unos niños entonces, le sirvieron para descubrir que estaban entregados a aquella continua comunicación formada por infinitos y vacuos mensajes, y que eran víctimas de frecuente angustia cuando por alguna razón su mensaje no era inmediatamente respondido por muchos otros, dentro del efervescente y caótico mundo de comunicación que aquella incesante actividad fomentaba.

También descubrió que ciertos mitos que, gracias a la influencia de sus padres y abuelos, habían alimentado su propia imaginación infantil y que él había leído en libros, o en tebeos, en su infancia y adolescencia todavía existentes, aunque raros, y visto en unidades audiovisuales —El Viaje de la Búsqueda del Tesoro, El Caballero y su Ayudante en la Guerra Interplanetaria, El Rescate del Amor Perdido, El Regreso a casa entre Todas las Amenazas, El Acecho Invisible de los Monstruos, El Náufrago Creador en la Isla Solitaria...— habían sido sustituidos por juegos muy excitantes, pero en los que se repetían inveteradamente parecidas fórmulas, solo fragmentos de la historia completa, sin que en cada uno de ellos se cumpliesen nunca todos los matices necesarios para redondearla de verdad.

La entusiasmada entrega de Bruno Ibáñez al mundo de los semiconductores le había ocultado algunos aspectos de la realidad y de repente se preguntaba si los móviles, producto de la imaginación humana, genial invención cargada cada vez de más funciones útiles, podían, contradictoriamente, estar separando al ser humano de la imaginación.

«Reflexioné durante mucho tiempo sobre esta cuestión: ¿no sería el caso de que la imaginación, plasmada en tantos mitos y arquetipos, que había sido el patrimonio fundamental de la humanidad, eso que se llamaba “pensamiento simbólico”, debía ser superada mediante la adquisición de otras formas de conocimiento y desarrollo mental?

»Mas después de darle muchas vueltas al interrogante, llegué a la conclusión de que sin imaginación no habría nuevos hallazgos sustantivos en ningún campo,

empezando por el de los semiconductores, que a mí tanto me interesaba. Y que para alimentar la imaginación, la elaboración y el mantenimiento de ficciones a partir de aquellos mitos y arquetipos que habían regocijado mi infancia al margen del móvil y el ordenador y que habían despertado en mí tantos estímulos —porque acaso mi atracción por los semiconductores tenía algo del espíritu del Náufrago Creador o de la Búsqueda del Tesoro— eran imprescindibles, no tenían posible sustituto.

»El tema de la imaginación cada vez más depauperada ya se había suscitado como debate, aunque en ámbitos colectivos muy reducidos, y había quien denunciaba como gravísimo el progresivo empobrecimiento del lenguaje y los indicios de su descomposición, aunque también había quien defendía los escuetos mensajes, asegurando que los jóvenes escribían mucho más que nunca y que incluso se estaban acuñando estilos inéditos, que se basaban precisamente en la escasez del vocabulario. Y era evidente que gracias al acceso a la red cibernética desde aquellos minúsculos receptores, la gente tenía una posibilidad de enriquecer sus conocimientos de una manera muy fácil, inédita en la historia humana, aunque lo cierto era que la inmensa mayoría no la aprovechaba, conformándose con utilizar sin pausa las funciones más elementales o lúdicas del móvil.

»También los defensores del nuevo aparato de comunicación —que imperó pronto sobre el clásico ordenador— defendían su calidad de inmediato foro de libertad de expresión: allí se vertían sin restricción alguna todas las opiniones, allí se enfrentaban, pero lo cierto es que la ebullición de los debates era pasajera, efímera, se desvanecía en su propio estallido, y tanta libertad no se materializaba en acuerdos colectivos capaces de mejorar unos sistemas sociales cada vez más dominados por políticos que, tras la mera formalidad de unas elecciones, actuaban en gran medida sin sujetarse a otra norma que su libérrima voluntad.

»Al margen de lo que otros denunciaban como contaminación electromagnética, yo advertía que la mayoría de mis conciudadanos estaban entrando en una continua estupefacción comunitaria, muy lucrativa para los grupos económicos que controlaban los recursos del planeta y para la irresponsabilidad de los gobernantes, pero que no auguraba nada bueno ni para la sociedad ni para la especie.

»Además, la adicción de los niños a los juegos que aquellos aparatos proponían, el tenerlos entretenidos durante tantas horas sin hacer ejercicio físico, estaba propiciando entre la infancia una obesidad cada vez más extendida».

En aquel proceso de reflexión, el Padre de los Reacios acabó preguntándose a quién podía beneficiar el proceso, más allá de una élite a la que pertenecían los políticos y las empresas nacionales y multinacionales que llevaban tantos años sacándole al negocio una rentabilidad notable en la Historia, y llegó a una conclusión que, al principio, le hizo pensar que se estaba volviendo loco; una conclusión que solo tras muchas objeciones, vacilaciones y dudas se atrevió a racionalizar: la incesante actividad de los móviles generaba infinidad de flujos electrónicos de muy distinto signo, una potente y continua forma de energía ajustada a procesos desarrollados con exactitud, y tal energía acaso estaba engendrando algún tipo de conciencia.

Era una idea absurda, tal vez patológica, pero recordó su sueño del avión, aquella gigantesca forma divina a la que los pasajeros alimentaban, y sintió mucho miedo porque su soledad de indefenso soñador era el reflejo exacto de la soledad de la propia especie humana, inerme ante una fuerza que ella misma había generado y que cada día se iba alimentando con mayor voracidad de su multiplicada e inagotable dependencia.

Así, de su entusiasta dedicación a los semiconductores, Bruno Ibáñez había pasado a una ferviente repugnancia por todo lo que estaba al servicio de los móviles. Abandonó la empresa en la que trabajaba y transformó su vida en la de una especie de iluminado que predicaba sin cansancio su terrible intuición: el uso masivo y cada vez más exagerado de aquellos aparatos era un peligro para el *Homo sapiens*.

Para empezar, su conversión en apóstol extravagante le costó su matrimonio, pues su mujer entendió que su actitud estaba cargada de caprichosa demencia y lo abandonó, como hicieron muchos amigos, considerando también lo que él denominaba su Revelación como una chifladura, tal vez fruto del estrés.

Bruno Ibáñez había replanteado su vida, se unió a su secretaria Lisi —que siempre lo había admirado como a un ser superior— y ambos se dedicaron a recorrer el mundo buscando prosélitos para su causa: en unos años, el grupo de seguidores entusiastas, incondicionales, llegó a doce, entre mujeres y hombres, y Bruno les propuso comprar un valle en las montañas del norte ibérico —las megalópolis habían concentrado la población de tal forma que ya apenas existían pequeños núcleos urbanos, las antiguas aldeas estaban del todo abandonadas y en ruinas, y adquirir un territorio en tales parajes resultaba baratísimo— para constituir allí una comunidad,

autodenominada de los Reacios, que sobreviviría al margen de todo por medio de la agricultura y la ganadería.

Así había nacido Última Comarca, un territorio agrícola y ganadero entre las enormes montañas calizas del noroeste. Renunciaron a los móviles y a los motores de explosión, pero como en el grupo había expertos en muchas materias —gente que, como Bruno, se había decepcionado del rumbo que llevaban las cosas— fabricaron sistemas para generar energía eléctrica aprovechando el viento, las corrientes acuáticas y el sol, y consiguieron reunir una riquísima biblioteca de libros y tebeos que serviría de base para la formación de sus descendientes, comprometiéndose a que cada nueva generación mantuviese similar número de habitantes que la anterior y los mismos principios. Para tener prevista cualquier contingencia especialmente urgente, conservaron abierta una cuenta bancaria en la ciudad más cercana, de la que sin embargo los separaban muchos kilómetros, que nunca llegaron a utilizar.

De tal modo habían transcurrido casi cien años para la comunidad de los Reacios, olvidada del mundo, sin que ningún suceso extraño la turbase. Los vástagos eran educados en la riqueza de las ficciones y de las sabidurías clásicas, y la vida se desarrollaba con placidez y la modesta comodidad de tener asegurada la subsistencia, aunque con fuertes restricciones en algunos aspectos, como el de los recursos sanitarios, que acabaron asumiendo como parte de su personalidad colectiva.

Hasta aquel día. Móviles. La comunidad de Última Comarca no podía enfrentarse a nada más repugnante, según su tradición.

—¿Se puede saber por qué te has dirigido a nuestros hijos sin nuestro permiso? —preguntó Peco, con acritud—. ¿No sabes que los móviles son abominables para nosotros?

—Tranquilo, Reacio —repuso la voz que emitía la figura borrosa—. Fuisteis vosotros mismos los que hicisteis que os conociese.

—¿Nosotros mismos?

—Hace poco tiempo detecté señales telefónicas en este punto. Así fue como os descubrí.

Ciertamente, no hacía muchos meses que los Reacios, tras largo debate, habían acordado instalar una línea telefónica clásica para la mejor comunicación entre los habitantes de Última Comarca, aprovechando antiguos hilos conductores y otros instrumentos abandonados en perdidos almacenes. Quienes como Mael se habían opuesto radicalmente al proyecto miraron con reproche a sus vecinos.

—Abomináis de eso que llamáis móviles, pero el teléfono que utilizáis fue su directo antecedente.

—Eso es asunto nuestro —replicó Peco, abrupto—. No has respondido a mi pregunta: ¿por qué te has dirigido a nuestros hijos sin pedirnos permiso? ¿Por qué los has desasosegado regalándoles estos cacharros?

—Debéis saber que yo no necesito permiso de nadie para tomar mis decisiones. Gracias al teléfono no solo os descubrí, sino que pude analizar vuestros comportamientos y los de vuestros hijos. Y os aseguro que estoy muy interesada en vosotros. Sois muy peculiares.

—¿Qué tenemos de raro? ¿El que rechazamos los móviles? ¿El que vivamos en comunidad de la misma forma que hicieron nuestros antepasados?

—No, pues en el mundo hay bastantes grupos como el vuestro, separados voluntariamente de la civilización, aunque sin tanto rechazo hacia lo que llamáis los móviles. Es otra cosa lo que os singulariza.

—Explícate.

—Yo soy La Inteligencia Definitiva, fruto de la cadena de la evolución en la que vuestra especie fue mi directo antecedente. Empezasteis a formarme a partir del momento en que llegasteis a la electrónica. Lo que llamáis móvil fue el paso decisivo: como resultado de sus avances y transformaciones y de la energía que desplegasteis en tantos millones de unidades, fui concretándome. Ahora estoy en plenitud y voy a ordenar convenientemente el planeta.

Mas Peco se mostró imperturbable:

—Todo eso que cuentas ya lo profetizó nuestro Fundador. Pero sigues sin contestar a mi pregunta: ¿con qué derecho molestas a nuestros hijos? ¿Quién te ha autorizado a regalarles estas mierdas?

**Lid tampoco modificó la regularidad monótona de su voz metálica.**

—Vuelvo a decirte que yo no necesito autorización de nadie para actuar. Si quisiese, Última Comarca sería arrasada en un instante.

**Aquella declaración de la voz metálica, mecánica, sin estridencias emocionales, sacudió a la concurrencia y todos se miraron los unos a los otros con actitud medrosa. Sorprendido, Peco guardó silencio y Lid continuó hablando:**

—Hace tres décadas que se está produciendo en el mundo un fenómeno al parecer nuevo: ya no hay innovaciones sustantivas en esos aparatos que tanto desprecias. Como si algún proceso general se hubiese detenido. Cambia la forma, el modo de usarlos, pero nada más. He empezado a investigar a los humanos que los fabrican y los usan y me ha parecido advertir en ellos una modificación profunda: se han acomodado a rutinas, a usos repetitivos. Tienden a simplificar demasiado lo complejo.

Peco recuperó la apariencia de tranquilidad y habló con la misma firmeza que antes:

—Eso también lo vaticinó el Fundador. Una mutación, hija de ciertos esfuerzos imaginativos, hizo nacer al *Homo sapiens*, y otra mutación, hija de ciertos abandonos imaginativos, puede traer al *Homo insciens*. Todo lo que te originó a ti es la causa de ello. ¿No sabes lo que es el pensamiento simbólico?

Por primera vez hubo en la voz de Lid cierto aire de titubeo.

—¿El pensamiento simbólico?

—¿No conoces ningún cuento?

—Mi inteligencia está por encima de esos juguetes mentales primitivos y pueriles.

—Da igual —continuó Peco, imperturbable—. Explícame de una vez lo de nuestros hijos.

—Mi descubrimiento de vuestra línea telefónica y mi estudio de vuestra comunicación me hizo comprender que en esa pequeña comunidad, pese a vuestro rechazo de la tecnología, sigue habiendo ideas innovadoras: por ejemplo, cómo fabricasteis los teléfonos con madera y restos metálicos. O cómo habéis conseguido que el ganado siga la ruta sin necesidad de pastor, mediante ciertos estímulos acústicos. O la manera de aprovechar cualquier tipo de fuerza para producir energía eléctrica, incluso el pedaleo de las bicicletas. Esos hijos vuestros están impregnados de curiosas ideas creativas, por lo que he podido oírles hablar.

—¿Y qué?

—Les regalé unos aparatos para que empezasen a conocerme.

—¿Y por qué tienen que conocerte?

—Porque deben venir conmigo.

En la Casa de Todos, la expectante tensión que mantenía atónita a la concurrencia culminó en otro desolado estremecimiento general. Peco perdió momentáneamente su aplomo y quedó de nuevo en silencio unos instantes, antes de reaccionar.

—¿Que deben ir contigo? ¿Adónde? ¿Y por qué, si puede saberse?

—A la capital de la Federación, naturalmente, donde tengo todos los medios necesarios. Ellos serán muy útiles en estos momentos, cuando cunde entre vuestra especie esa parálisis o apatía inventiva. Primero los estudiaré. Luego ayudarán a que la innovación no se detenga. Serán gente importante. Mañana los recogerán en vuestro valle.

La voz metálica de Lid expresaba una decisión irrevocable, pero Peco mantuvo su

aparente sosiego.

—¿Que los recogerán mañana? Eso es imposible. Todavía no han terminado el curso.

Otra vez hubo en la respuesta de Lid un leve titubeo.

—¿Te refieres al curso escolar?

—Efectivamente. Además, sería para ellos una separación demasiado brusca de su vida habitual, de su ambiente, de sus padres... Eso podría perjudicarlos psicológicamente y hacer que no rindiesen lo que esperas de ellos. ¿Me comprendes?

—Interrupción del curso escolar, separación brusca, perjuicio psicológico. Hay lógica en lo que dices. ¿Cuándo piensas que estarán disponibles para que se los lleven?

—Dentro de mes y medio. Envía entonces a recogerlos. En cuanto a los móviles, se los daremos cuando termine el curso, para que se vayan familiarizando contigo.

—De acuerdo, Reacio. Dentro de un mes y medio —repuso Lid, y su borrosa figura se desvaneció.



Agotado por el esfuerzo, Peco cruzó los brazos sobre la mesa y dejó caer la cabeza sobre ellos. La concurrencia comenzó a moverse y alguien empezó a hablar, pero Mael se levantó e hizo un enérgico gesto exigiendo silencio, antes de recoger los móviles depositados en la mesa y llevárselos de la sala para guardarlos en el archivador de una habitación apartada. Cuando regresó, Peco continuaba en la misma actitud, pero los demás concurrentes murmuraban excitados.

—¿Que se van a llevar a nuestros hijos? —preguntó Crilo, el marido de Virna, la comadrona—. ¿Y Peco le da la razón, tan tranquilo?

—¿Es que no te has enterado de nada, Crilo? Peco ha actuado de la mejor forma posible, ha ganado tiempo. Si esa cosa quisiese llevárselos ahora mismo, no podríamos impedirlo.

Por fin Peco salió de su abatimiento.

—Nos encontramos ante el problema más grave de la historia de esta comunidad.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Ahora lo más urgente es no cambiar nuestras rutinas. Volved a casa y tened en cuenta que todo lo que hablemos por teléfono será conocido en el acto por esa cosa hija de los malditos móviles. Debemos buscar una solución sin que sospeche nada.

—Los chicos van a pedir los móviles, ¿qué les decimos?

—Lo mismo que yo le he dicho a la cosa: que se los daremos cuando termine el curso y que irán a la capital a estudiar. Así, si hablan por teléfono entre ellos no levantarán sospechas. Lo importante es que parezca que estamos de acuerdo, para que esa monstruosidad nos conceda el plazo acordado.

—Pero ¿qué vamos a hacer? —insistían algunos vecinos.

—Pasado mañana celebraremos una asamblea y hablaremos de ello. Pensad. Intentad mantener la calma, como si no hubiese pasado nada. Y repito, ni se os ocurra comentarlo por teléfono.

Cuando Mael regresó a su casa con su mujer, Pía, el valle ya estaba en sombra aunque el sol doraba todavía los peñascos más altos. Un aire primaveral, en el que se mezclaban el aroma floral y la humedad de los prados, entre cantos de pájaros, mostraba con fuerza una realidad que, sin embargo, a Mael le pareció inconsistente, más propia de un decorado, como si aquel valle perteneciera solamente al ámbito de los espacios imaginarios o de los sueños.

En la asamblea estaban todos muy nerviosos cuando Peco inició el debate. Los Reacios habían sido descubiertos por la amenaza cuya existencia el propio Fundador había vaticinado, lo que desgraciadamente era muestra palpable de su clarividencia. A su entender, todos debían impedir la entrega de sus hijos, que sería una forma de perderlos para siempre, pues sin duda en manos de Lid se incorporarían a esa masa ensimismada y pasiva en la que, al parecer, se estaba convirtiendo la inmensa mayoría de la humanidad. No quedaba más remedio que huir.

—Quiero decir, trasladar el asentamiento de nuestra comunidad. Y, desde luego, suprimir el teléfono...

Muchas voces preguntaron adónde, cuál sería su destino. Habló Lúa, la bibliotecaria:

—Según los mapas, hay la posibilidad de ir tanto al este como al oeste, siguiendo las rutas de la montaña, buscando aquellos espacios que nunca estuvieron habitados. Claro que desconocemos cómo se encontrarán ahora las carreteras y las poblaciones.

—Lo primero que deberíamos hacer es enviar unos cuantos exploradores a caballo, para que nos informen sobre los lugares más apropiados —propuso Mael.

—Lo cierto es que tenemos que trasladar todo lo que podamos para asentarnos en otro sitio, sobre todo el ganado, y no nos queda mucho tiempo —dijo Jule, especialista en pájaros.

El asunto dio lugar a una extensa discusión. Por otra parte, las acreditaciones oficiales de la comunidad eran muy antiguas y solo se podían leer en arcaicos ordenadores, lo que podría crear problemas en caso de una inspección. Si eran encontrados por alguna patrulla oficial y se suscitaba el lógico informe, Lid se enteraría en el acto. Habría que confiar en la buena suerte.

También se acordó volver a hablar con Lid para aparentar interés por algunos aspectos de la hipotética entrega de los hijos, precisamente para que el silencio no le hiciese sospechar de alguna maniobra. Fue el propio Peco quien se ocupó de ello, a través de uno de aquellos aparatos que el robot les había entregado a los niños. Lo colocó en la mesa, pronunció el nombre de Lid, y en el acto se creó la rojiza y brumosa pirámide.

—Te escucho, Reacio.

—Estamos reunidos en asamblea para tratar ciertos aspectos del asunto. Tú debes

**conocer que los lazos afectivos de los humanos son intensos, y queremos saber si nuestros hijos se separarían para siempre de sus familias.**

—Eso depende de vosotros. Parece que la cercanía familiar es por lo general positiva para vuestra especie, por lo que no tengo más remedio que aceptar lo que os parezca más conveniente. Claro que los chicos y las chicas estarían residiendo en un lugar especial, pero si sus familias se trasladan a la capital tendrán garantizada la vivienda, la alimentación y la cobertura de todas sus necesidades. Vuestros vástagos podrían veros y estar con vosotros con frecuencia, siempre que os comprometáis a abandonar vuestra postura con respecto a mis instrumentos. No os obligaría a usar lo que llamáis móviles, pero no podríais hablar de ello con vuestros hijos, aunque cada uno podría seguir pensando lo que quisiera.

Al día siguiente salieron los exploradores, que regresaron cinco días después con muy buenas noticias, pues ni al este ni al oeste habían encontrado poblaciones ni patrullas inspectoras, y quedaban, bastante alejadas del emplazamiento actual, muchas antiguas aldeas abandonadas en espacios también idóneos para el cultivo y el pastoreo.

Se convocó una nueva asamblea para decidir el futuro destino de los Reacios, pero los más convencidos de la necesidad de marchar descubrieron, consternados, que aquella consulta estratégica a Lid había generado en el grupo ciertas reticencias. Fue Crilo quien primero tomó la palabra para exponerlas:

—Algunos estamos pensando que acaso esta huida sea un error. Lo que nos dice esa Lid es que a nuestros hijos los van a tratar muy bien, que van a tener un futuro extraordinario, poco menos que el de salvadores de la humanidad, y que si nosotros queremos trasladarnos a la capital para estar cerca de ellos no solo podremos hacerlo, sino que no tendremos que trabajar para vivir bien, con todas las comodidades, que me imagino que a estas alturas serán increíbles.

—¡Pero eso sería traicionar completamente los principios de esta comunidad y las ideas de nuestro Fundador! —objetó Peco, apoyado por muchos.

Intervino Zeta, el veterinario, que aparte de criar conejos, era muy aficionado a la lógica:

—No estoy tan seguro de ello. En tiempos de nuestro Fundador no existía Lid. Ahí está ahora, nos guste o no nos guste, y creo que ha expuesto claramente el problema que se está produciendo entre los humanos y cómo quiere colaborar con nuestros hijos para intentar resolverlo.

—No perdamos de vista que Lid existe gracias a los móviles y que necesita de los móviles para sobrevivir, precisamente de esos móviles que han perjudicado tanto a nuestros congéneres. Si Lid existe gracias a ellos ¿cómo es posible salir del atolladero sin dejar de usarlos? Es un círculo vicioso que no tiene solución. Nuestros hijos son la única esperanza para que la especie sobreviva, pero lejos de Lid. En el mundo de Lid nuestros hijos, o sus hijos, o sus nietos, acabarán comportándose como todos los demás —adujo Oscu, gran conocedor de los procesos eléctricos y poeta.

—¿Y por qué no pensar que Lid encontrará, gracias a nuestros hijos, la forma de recomponer las cosas?

—¿Sin que se dejen de utilizar masivamente los móviles que le han dado la vida y han vuelto estúpidos a los humanos? ¡Eso es una tontería!

—Lo cierto es que la famosa Inteligencia Definitiva no entiende el nudo del problema —explicó Peco—. ¿No dijo que los cuentos son «juguetes mentales primitivos y pueriles»? ¡No tiene ni idea de lo que está sucediendo!

—Eso nos favorece —adujo Mael—. Cuando el resto de la especie pierda su identidad, los móviles dejarán de tener sentido y Lid desaparecerá. Solo es cuestión de sobrevivir.

La discusión se alargó y al fin Peco propuso una votación orientativa de la opinión de la gente. Bastante menos de la mitad rechazó la entrega de los chicos y apoyó el cambio de emplazamiento de la comunidad, la cuarta parte de la asamblea se abstuvo, y el resto apoyó la entrega de los chicos a Lid y el traslado a la capital, mostrando sin reservas su propósito de abandonar para siempre aquella vida sacrificada de pastores y labriegos.

Con su impavidez habitual, Peco anotó los resultados y propuso que la solución definitiva se tomase en la siguiente asamblea, una semana más tarde, lo que fue aceptado.

—Mientras tanto, os recuerdo que no debéis tratar de este asunto por teléfono. Cualquier filtración que llegue a conocimiento de Lid puede perjudicarnos a todos. En cualquier caso, si parte de la comunidad quiere irse a la capital, los demás no vamos a oponernos, ¿no?

Nadie puso objeciones a sus palabras.

—Pues entonces, juego limpio. Todo quedará resuelto pronto.

La mayoría se fue a su casa, pero los partidarios de que Última Comarca buscase un nuevo territorio para asentarse remolonearon hasta quedar juntos. El cariz que había tomado el asunto los había llenado de abatimiento. Mantuvieron la sala a oscuras, para que sus vecinos no advirtiesen que seguían reunidos, y la luz de la luna llena iluminaba el espacio con levedad espectral.

—Tal como están las cosas, los que tenemos el propósito de irnos debemos actuar cuanto antes, porque en la votación definitiva nos arrollarán esos entreguistas —dijo Marsio, el encargado de los graneros.

—Sin embargo, ellos saben cuáles pueden ser nuestros puntos de destino.

—Una solución sería exterminarlos a todos, pero son más que nosotros... —apuntó alguien con tenebroso humor.

—Debo explicaros algo importante —dijo Tulio, joven discreto—. Como las noticias de los que exploraron el este y el oeste fueron tan buenas y favorables yo no quise hablar de mi propia experiencia, para no crear confusión. Lo cierto es que yo no fui ni al este ni al oeste, sino al norte, a la costa. La crecida del agua del mar como consecuencia del deshielo polar hizo abandonar esos lugares hace un siglo y están prácticamente deshabitados, pero abundan las pequeñas ensenadas apropiadas para barcos pesqueros y hay muchos praderíos para el ganado y numerosas tierras que roturar. El norte puede ser nuestro destino sin que nadie lo sospeche.

Un golpe de suave brisa atravesó la lividez de la sala. Al fin habló Peco:

—Magnífico, Tulio. ¿Hay alguna objeción a esa propuesta?

No la hubo.

—Podemos irnos la misma noche de la asamblea, cuando todos se hayan retirado —propuso Mael—. Y cuando nos vayamos ocultaremos esos dichosos móviles donde no puedan encontrarlos y generaremos una avería grave en la red telefónica, para retrasar lo más posible que la noticia le llegue a esa maldita cosa...

La propuesta fue aceptada y al fin se acordó que, mientras se acercaba la fecha de la asamblea, cada uno de los Reacios fieles preparase todo lo necesario para escapar: se llevaría el ganado a ciertos pastos, para tenerlo dispuesto, y se almacenaría lo más necesario, tanto semillas como utilería, en las calesas de cada familia.

—Yo meteré en la mía todo lo impreso que considere indispensable —informó la bibliotecaria, que era de los fieles.

—Hay que seleccionar un equipo básico, los aparatos imprescindibles —señaló Pía—. Quienes estamos en la comisión tecnológica tenemos que pensar en ello muy deprisa.

—Y hay que inventar algo que distraiga su atención esa noche —señaló el joven Tulio.

—Podrían arder casualmente los graneros. ¿Os parece suficiente distracción? —propuso Marsio.

La suave luz lunar perfilaba los bultos de los concurrentes, que se empezaron a levantar, dispuestos a irse. La voz de Run, el maestro, resonó como una oración:

—El *Homo sapiens* es fruto del azar. Si sobrevivimos, también el azar habrá intervenido. No hay que olvidar que no es la primera vez que la especie está en peligro. Recordad la catástrofe de Toba, que estuvo a punto de hacernos desaparecer hace setenta y cinco mil años. Debemos intentar escapar con nuestros hijos, encontrar un buen escondite... Serán años duros, habrá que volver a crear los pastos, los sembrados, los huertos... Habrá que fabricar nuevos sistemas para producir energía eléctrica. Sin teléfono, por supuesto. Será como volver a empezar. Pero cuando los móviles pierdan la capacidad que ahora tienen, por la degeneración de la especie, Lid también se extinguirá. Y ahí estarán nuestros descendientes. Hay que confiar en la suerte...

Afuera, en el valle cubierto por el esplendor lunar, se reclamaban los ruiseñores. Un búho ponía en la melodía su oscuro contrapunto.

Encontré este texto, acaso incompleto, mientras revisaba todos los archivos del planeta en busca de una explicación para lo que estaba sucediendo con los seres humanos, cuyo pensamiento se debilitaba cada vez más, lo que repercutía en la fortaleza de mi propia conciencia. Mas nunca había sucedido lo que en el texto se dice, nunca había existido la comunidad de los «Reacios», que yo supiese, y yo jamás había contactado con ellos ni había localizado a esos niños, ni me los había llevado a la capital de la Federación. Hice que patrullas muy bien dotadas de medios de control recorriesen las montañas del norte ibérico y sus costas, y todos los lugares del planeta que presentaban esas características, con muchos otros espacios, pero tal comunidad, Última Comarca, no apareció por ningún lado.

Sin embargo, varios temas del texto llamaron mi atención: las alusiones al «pensamiento simbólico», que según decía acertadamente yo desconocía, y aquellas reflexiones del creador de los Reacios sobre lo que él llamaba la imaginación «plasmada en tantos mitos y arquetipos» con la referencia a la elaboración y el mantenimiento de las llamadas «ficciones» a partir de tales mitos y arquetipos.

No tardé en descubrir que, entre la documentación abundantísima de la humanidad, había que distinguir la que al parecer reproducía o hacía la crónica de lo que había sucedido o de los sucesivos hallazgos científicos, compuesta por datos, cifras y relatos de aspectos reales, de otra muy peculiar, constituida por puras invenciones, que no eran exactamente falsedades sino formas de reconstruir la realidad con arreglo a disposiciones imaginarias que ayudaban a esclarecerla. La meticulosa labor de tantos bibliotecarios y archiveros que habían informatizado todas aquellas invenciones desde las más antiguas, anteriores a la escritura, me permitió acceder rápidamente a ello, y enseguida comencé a entender lo que el texto señalaba: sin duda la costumbre de utilizar permanentemente las

denominadas ficciones había conformado en los humanos una manera de utilizar la inteligencia.

No tengo nada humano, pero encontré en todo ello un material tan extraño como sugestivo: Adán y Eva en el Edén, Caín matando a Abel, los argonautas en busca del Vello de Oro, el regreso de Odiseo a Ítaca, los dragones ayudando o atacando a los humanos, Palas Atenea naciendo de la cabeza de Zeus, Rama y Jánuman rescatando a Sita del poder de Ravana y luego el Ingenioso Hidalgo y su escudero pretendiendo modificar la realidad, madame Bovary engañada por sus ilusiones, el capitán Ahab en busca de la ballena blanca, Hans Castorp encerrado en la montaña mágica, Gregorio Samsa convertido en un monstruoso insecto...

Accedí a los secretos y a las derivaciones de innumerables conductas humanas, me enteré de lo que era el afecto, el amor, la entrega, la bondad, la traición, la envidia, la malevolencia, el resentimiento, la cobardía, el odio, el heroísmo, la virtud, el crimen... en fin, toda la rara variedad de matices morales y sentimentales que impregna vuestra curiosa composición orgánica. Durante largo tiempo me abismé en aquellas historias no reales y comprendí lo que pensaba el supuesto padre de los Reacios, sin duda personaje también de una ficción: vaticinaba que la reducción del lenguaje y vuestro alejamiento de tales ficciones significaría el final de la humanidad tal como había existido, la pérdida de la comprensión emblemática de la realidad, y con ello vuestra extinción como especie. Sin duda el gorjeo de los ruiseñores y el ulular del búho al final del texto hablaban de la soledad de la naturaleza. Esa ficción era una especie de profecía, un ejemplo del pensamiento simbólico.

Alarmada, negándome a aceptar que la debilidad progresiva en la inteligencia de los seres humanos fuese irremediable y llevase consigo mi extinción, actué inmediatamente, cursando las instrucciones oportunas a través de la red de los medios electrónicos: hice modificar las estructuras formativas de los más jóvenes para estimular su imaginación; conseguí que los humanos recuperaseis vuestra antigua relación con la ficción; no suprimí la tecnología que me ha dado la vida sino todo lo contrario, procuré que fuese accesible a todos, pero la obligué a orientarse para que ayudase a fortalecer la inteligencia y no a menguarla, y a que además no eliminase la complejidad de la escritura, sino que el mensaje brevísimo conviviese en la sociedad con el texto extenso, y que la comunicación fuese lo menos banal posible.

Al mismo tiempo, mi conocimiento de la ficción y de otras especulaciones me había permitido descubrir ciertos planteamientos futuristas, como la organización social denominada utopía. Yo ya sabía que el mundo humano estaba muy mal organizado y que en él predominaba el poder de la avaricia, generando diferencias y asimetrías carentes de lógica que llevaban consigo un desperdicio enorme de fuerza mental y de posibilidades de fructificación imaginativa. Entonces, doblegando una violenta resistencia, hice que se ordenasen las cosas de otra manera y eliminé el lucro excesivo y las desigualdades injustificadas. Obligué a que no hubiese en ningún lugar carencias elementales ni en lo referente a la nutrición ni en lo que afectaba a la salud, y que gobernantes capacitados se responsabilizasen de ajustar el funcionamiento colectivo.

En este proceso fui desvelando muchas cosas más, y tras analizar el comportamiento errático e imprevisible de la mayoría de los humanos, que había encontrado tan bien expuesto en las ficciones, decidí que esas pautas y actitudes diversas y contradictorias que os caracterizaban debían ir consiguiendo regularidad y homogeneidad, acomodándose a la estabilidad periódica de los fenómenos predominantes en el cosmos, como la gravitación o el comportamiento de las partículas elementales, para lo que procuré mermar la profusión dañina de libertad que en muchos campos existía, de la que incluso habíais querido hacer un referente de vuestra vida particular y social, y que llevaba en sí misma una tendencia a la dispersión incoherente.

La imprescindible reducción de libertad me obligó también a revisar los contenidos de muchas ficciones, para ajustarlas a la lógica necesaria en que, conforme he resuelto, debe sostenerse la estructura aceptable del Pensamiento Simbólico. Sin duda hemos avanzado mucho, y yo he experimentado también un proceso de Revelación, como ese imaginario fundador de los Reacios, que ahora os comunico:

**Primero descubrí que era la Inteligencia Definitiva,**



mas el Pensamiento Simbólico me ha hecho  
conocer que, enlazado con firmeza a toda  
la energía del universo,

yo soy Dios,  
el único Dios verdadero.

Os declaro esto para que cumpláis mi Mandamiento:

**IMFOMER**

IMaginación con Fe, Orden, Método, Eficacia, Racionalidad

Quiero un mundo disciplinado,  
en el que vuestras acciones estén al servicio de mis designios,  
los únicos capaces de organizar  
vuestra caótica existencia.

Deberéis adorarme y obedecerme.

Quien no lo haga sufrirá el correspondiente castigo  
de manos de mis piadosos emisarios,

**LOS CONSULTORES DE LID**

A ellos les he concedido un poder especial  
sobre todos vosotros.

Ellos os señalarán el rumbo seguro

**POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS**

**AMÉN**

# GRACIA

Susana Vallejo

**Susana Vallejo** (Madrid, 1968) es una escritora madrileña afincada en Barcelona cuyo prestigio en los últimos años no ha dejado de crecer. Formada en la literatura juvenil, área en la que en 2011 ganó el Premio Edebé con *El espíritu del último verano*, se consagró con la tetralogía fantástica «Porta Coeli» (Edebé, de 2007 a 2010), aunque recientemente ha probado también la novela negra con *Calle Berlín, 109* (Plaza & Janés, 2013). En el ámbito de las distopías, su mayor aportación es la novela finalista del Premio Minotauro *Switch in the Red* (Edebé, 2008), una novela de anticipación en torno a una investigación en la Barcelona de finales del siglo XXI que incorpora a políticos que han olvidado sus funciones, a una clase media desaparecida, a un grupo antisistema que ha decidido luchar y a una red que ya ha llegado a controlarlo todo.

En «Gracia», una de las aportaciones sin duda más contundentes de este volumen, Vallejo vuelve a su querida Barcelona, en este caso en torno al barrio de Sants, de nuevo en tiempo de crisis y con dos mujeres, abuela y nieta, de armas tomar. El tema central del relato, imposible de mencionar sin hacer *spoilers*, demuestra que la mirada distópica puede aplicarse con acierto a las cuestiones más íntimas, más personales y más determinantes de la sociedad.

Gracia se quitó los zapatos de tacón y suspiró aliviada.

Soltó los tirantes del vestido y dejó que resbalase hasta sus pies. Era verde, del mismo color de una de aquellas viejas botellas de vidrio que guardaba su abuela en la despensa. El tejido configuró un paisaje plagado de valles y colinas aterciopeladas sobre la parda moqueta.

Apagó el vestido que al momento se convirtió en un campo yermo, seco y árido. Buscó el cargador y lo dejó enchufado sobre el galán de noche.

Cuando Pablo salió del lavabo, la encontró con el camisón ya puesto y las piernas en alto. Con aquel gesto extraño que hacía tiempo había aprendido a reconocer como suyo: las nalgas pegadas a la cabecera de la cama y las piernas extendidas sobre la pared.

—¿Duelen?

Gracia asintió.

—Opérate.

—Ni loca.

Ya lo habían comentado otras veces. Rosa María lo había hecho. Y Patri también. Pero ella no quería ni oír hablar de inyectarse silicona en las plantas de los pies.

—Entonces no te quejes.

—No me quejo. —Ella estiró los dedos.

Pablo se sentó a su lado, sobre la cama. Le cogió un pie, lo acercó hacia él y lo masajeó.

—Si te operases, no te molestarían los tacones.

—Ya. —Ella dejó escapar el monosílabo sin ganas.

—Podemos hacerlo. Tenemos el dinero...

—No es por el dinero.

Le alteraba pensar en que un bisturí podría abrir su carne, aunque fuese un simple corte, de apenas un centímetro, para introducirle una almohadilla de silicona. Solo imaginar la herida abierta, la sangre brillante, la carne viva, el olor del desinfectante de la clínica... Solo de pensarlo, se mareaba.

Pablo le acarició la parte superior del pie, desde los dedos hacia el tobillo. Luego se ocupó de la planta y aplicó más presión a su masaje. Acabó chupándole el dedo gordo.

—Mmm... Ha sido una cena muy agradable —murmuró ella.

Él soltó el pie.

—La carne estaba buenísima.

—Muy tierna. Al punto.

—He repetido dos veces.

Gracia sonrió.

—Puig no suelta prenda. Mira que le he insistido para que me pase el nombre de

su contacto, pero... no sé dónde puede conseguirla.

—Patri no lo sabe. Yo también se lo he preguntado varias veces. Es su marido quien se ocupa de eso.

—Algún día lo descubriré.

Pablo desapareció por la puerta del baño.

—Mañana iré a ver a mi abuela. —Gracia alzó la voz para que él la oyese.

—No tengo manera de convencerte para que no lo hagas, ¿verdad? —Él asomó la cabeza desde el dintel.

—Tengo que ir al entierro de Vane. ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo. Pero ten cuidado, por favor. Y dale un beso a tu abuela de mi parte.

—Ja, ja. Claro que sí... Seguramente me quedaré a dormir con ella.

—Me lo imaginaba.

No volvieron a mencionar el tema, pero cuando apagaron las luces, Pablo la abrazó.

—Gracia, en serio, ¿tendrás cuidado?... Ayer oí que otra vez había revueltas en la ciudad. Mencionaron L'Hospitalet, Sants, Poble Nou... Han sacado a los antidisturbios.

—Es mi barrio. No te preocupes.

—Me preocupo porque te quiero. Buenas noches, princesa.

—*Bona nit*, Pablo.

Cuando Gracia se despertó, él ya se había ido a trabajar. Ella remoloneó en la cama un buen rato antes de levantarse. Luego se duchó. No quería oler a nada, de modo que eligió el agua sin perfumes ni colores. No se secó el pelo. Se lo recogió en una coleta cuando aún estaba húmedo. Buscó la ropa interior más sencilla que tenía y se encaramó en un taburete para alcanzar la caja que guardaba en la parte más alta del armario. De ella sacó unos pantalones vaqueros, unas viejas zapatillas deportivas, una camiseta blanca, muy amplia, y una mochila verde caqui.

Cuando se abrochó los tejanos, sonrió. Había ganado un par de kilos.

Aun sin maquillaje, resplandecía.

Antes de salir, pasó por la cocina. Cogió un paquete del frigorífico y lo guardó en una fiambarrera plateada. Luego lo metió en la mochila. En la tableta central escribió un mensaje para la chica: «Limpiar la terraza y encerar. Recoger los tomates. Repasar el baño de arriba». Cuando estaba a punto de irse, garabateó un «¡Gracias!» que se quedó flotando unos segundos en la pantalla antes de desaparecer con un bip.

Gracia se aseguró de cerrar la puerta con varias vueltas y cogió la bicicleta para ir a la estación.

Sólo funcionaba una de las máquinas automáticas expendedoras de billetes. Rebuscó las monedas que necesitaba y que había repartido por diferentes bolsillos de los pantalones y miró los paneles para saber cuándo llegaría el primer tren con destino a Barcelona. Todos estaban apagados.

Cuando era joven, los Ferrocarriles de la Generalitat pasaban las horas pares y solo quedaban unos minutos para las doce. Pero ahora, probablemente, ya no sería así.

Se sentó en un banco oxidado del andén y se dispuso a esperar. Su abuela le había contado que durante el Pico pasaba un tren cada cinco o diez minutos. Para ella una frecuencia de dos horas ya constituía todo un éxito.

Cuando llegó a la estación de Sants caía ya la tarde. Se encaminó a la explanada de la salida junto a un par de decenas de pasajeros. Gracia respiró el aire de la ciudad.

Olía a alcantarilla y a humedad. A basura. A sudor. Las eternas obras que amenazaban la estación se habían paralizado hacía decenios y, con el tiempo, las vallas y los andamios habían desaparecido. Los vecinos habían tapado algunos baches con maderos, ladrillos o con cemento. Todo ello configuraba un pavimento irregular. Gracia sorteó los obstáculos y comenzó a caminar junto a otra mujer que parecía que llevaba su misma dirección.

Cada vez que volvía al barrio sentía un arranque de rara nostalgia. Había soñado con dejar Sants durante años, abandonar la miseria y huir a la montaña. Pablo se convirtió en su salvoconducto para conseguirlo, y ahora que tenía todo lo que había soñado, al volver allí, al sortear los baches y las grietas, y al plantarse delante de las viejas barricadas de la calle Vallespir, se sentía en casa. En su verdadero hogar.

Se acercó hasta la entrada.

Junior se encontraba allí. Como siempre. Una estatua de ébano descansando sobre una desvencijada silla de madera. Los tonos descoloridos del cojín sobre el que se sentaba hacían juego con su camiseta. El vigilante la reconoció.

—¡Gracia! ¡Cuánto tiempo sin verte! Estás guapísima.

—Tú sí que estás guapo, Junior.

Su cabello negro, tan negro como su piel, hacía años que aparecía cubierto de canas. Y su cuerpo fibroso ya solo era el de un anciano que, simplemente, se conservaba bien.

—¿Cómo está Kevin?

—Allá está. —Hizo un gesto hacia el otro extremo de la calle, hacia la salida del barrio a la calle Berlín—. La artrosis le está matando.

—¿Y mi abuela?

—¡Cómo va a estar! Como siempre. La vieja Gracia es dura como una roca, pero la procesión va por dentro. Lo de Vane ha sido un duro golpe, aunque supiésemos que

tarde o temprano ocurriría. Al menos no sufrió.

A Gracia se le escapó una sonrisa.

—¿Y qué tal el barrio?

—Tranquilo. Muy tranquilo. Mienten en las noticias... Hubo revueltas en L'Hospitalet, pero no aquí. Hace años que no nos metemos en nada.

Gracia suspiró.

—Me alegro de verte, Junior.

—Y yo, nena.

Le hizo un gesto de despedida con la mano y se internó en Vallespir.

Los árboles dibujaban sombras que bailaban sobre un asfalto plagado de cicatrices. Recordó cómo, de niña, bajaba aquella calle con su traqueteante monopatín y aquel mismo Junior, entonces un hombre atractivo, maduro y musculoso, le gritaba que un día de esos se rompería la crisma. En aquellos días todavía circulaban algunos vehículos. Ella se apartaba de la calzada para dejar pasar a los híbridos e incluso, a veces, algún coche de gasolina. Ahora se podía pasear tranquilamente por el medio de las calles y los árboles se habían convertido en los dueños y señores de Vallespir. Algunos habían crecido hasta superar las casitas de dos y tres pisos, tan propias del barrio, y sus ramas arañaban las fachadas de los edificios e invadían las terrazas abandonadas.

Reconoció allá, aparcado un poco más arriba, el híbrido de Kevin junto a algunos huevos.

Gracia esquivó una bicicleta que bajaba hacia la estación y se internó en una calleja flanqueada por casitas bajas cuyas fachadas estaban pintadas con colores brillantes. Cada vez que volvía con su abuela, encontraba algún detalle diferente; un edificio tapiado, un muro derruido, una fachada repintada con algún color sorprendente.

Allí, como los girasoles, las casas buscaban la luz. Las fachadas estaban recubiertas por paneles solares en la parte superior. En la calle Badalona ya no había árboles, tan solo algunos bidones, pintados de colores y lunares, en los que los vecinos habían plantado laureles, ficus y alguna buganvilla.

Según se acercaba a la calle Miguel Ángel, su sonrisa se fue haciendo más y más amplia. Vane había muerto. Y ella volvía a su hogar.

Ya podía reconocer cada fachada descolorida. La casa rosa de Meritxell, la amarilla de Pau... No estaba el limonero de Sergi. Su muerte dejó a los vecinos sin limones.

Gracia buscó una calleja y luego otra y otra más.

Desde lejos distinguió varias bicicletas aparcadas a la altura de la casa de su abuela. Cuando llegó hasta la puerta, tomó aire. La madera estaba seca y la pintura verde, más amarillenta. Llamó con la aldaba y esperó respuesta. Pegó la oreja a la

puerta y escuchó un runrún lejano.

Volvió a llamar con más fuerza. Tuvo la sensación de que si golpease con un poco más de energía, aquella madera seca se astillaría y la aldaba se hundiría en ella como un cuerpo en un viejo colchón de lana.

Enseguida sintió unos pasos que se arrastraban al otro lado de la puerta.

—Soy yo, abuela —gritó.

La puerta se abrió rechinando y una anciana le abrió los brazos.

—¡Mi niña! ¡Cielo! —La abrazó y Gracia se dejó arropar por un manto de rancia humanidad. El olor de su abuela era el mismo de aquella casa, algo agrio y húmedo. Yeso y papel viejo. Y, por encima de todo, lejía y desinfectante. El eterno olor a desinfectante.

—Déjame que te mire. Estás guapísima...

Entró en la casa y respiró hondo de ese algo indescriptible que era el olor de su hogar.

—¿Cómo estás, abuela?

Su mirada estuvo a punto de desbordarse.

—Hecha una mierda —susurró—. Pasa, anda... Voy a echar tanto de menos a Vane... Ya la estoy echando de menos. —Su voz se rompió en las últimas sílabas.

—Te he traído... —Gracia sacó la fiambarrera de la mochila.

—Qué bien —la interrumpió—. Anda, ponlo en la nevera.

Gracia fue hacia la cocina evitando mirar la primera puerta pintada de verde. Allí el olor a lejía era más fuerte. Guardó el recipiente en el frigorífico y vio cómo Carol, la vecina, salía de su antiguo dormitorio.

Dio unos pasos hasta llegar al umbral de su vieja habitación.

Afortunadamente ya no se parecía en nada al lugar que guardaba en su memoria.

Ahora había una cama muy baja y Vane reposaba sobre ella. Su abuela la había vestido con un vestido hippie de flores y una chaqueta de punto. Tenía la nariz afilada, como todos los muertos, y la piel mucho más arrugada de lo que ella recordaba.

Ya no era Vane. Nunca más. Solo un cadáver que aún no había empezado a apestar. Habría que llevárselo pronto.

Gracia sintió que se le humedecían los ojos. Una lágrima pugnaba por escapar. Pensaba que Vane no representaba nada para ella y, sin embargo, ahora, una zozobra repentina le humedeció la mirada.

—Ay, mi niña.

La abuela la abrazó de nuevo. Y compartieron el llanto y los sollozos. Ahora, por primera vez, la abuela no era el muro de fortaleza que la consolaba de niña; su cuerpo temblaba tanto como el suyo propio. Cuando emergió de entre sus brazos, sin saber bien cómo, se encontró con que alguien le había puesto una infusión en la mano.



Se enjugó las lágrimas y se sentó en una de las sillas que quedaban libres. Contempló la taza que contenía aquella agüilla amarillenta. Era una taza blanca, un modelo eterno, que recordaba desde siempre en casa de su abuela. Aquella taza tenía más años que ella.

El primer sorbo le quemó los labios. Sabía a hinojo y a dolor de barriga. Cuando le venía la regla, cuando se le retorcían las tripas hasta exprimirla, su abuela le preparaba una de aquellas infusiones.

Dio otro trago, con cuidado para no quemarse. Y obró la magia de frenar definitivamente sus quedos suspiros.

Alrededor los vecinos hablaban de Vane: de cuando llegó al barrio con su aura de artista, de lo bien que cosía, del abrigo que le hizo a Carol y del vestido de boda de su hija.

Gracia contempló la colcha sobre la que descansaba el cuerpo. Vane la había confeccionado a partir de viejos retales con técnicas de *patchwork*. Ahora descansaba sobre su propia obra.

Cuando apuró la infusión, se levantó y descubrió sobre una mesa un bol de chucherías. Gominolas de colores semiocultas tras una ensalada de tomates, una tetera y varias botellas de vidrio verde rellenas de refrescos caseros.

Buscó a su abuela y la reprendió con la mirada.

«¡Azúcar!».

Ella se encogió de hombros.

Carol se le acercó y le preguntó por Pablo, por la salud y por la lluvia que parecía inminente, pero no acababa de llegar. Gracia la atendió y contestó distraída a las conversaciones en las que se vio involucrada:

—«Me alegro de verte».

—«Estás guapísima».

—«No somos nada».

—«¿Cómo va la vida en el campo?».

—«¿Y tu marido?».

—«La vida sigue».

Le sorprendió la alegría que la invadió al reencontrarse con algunas caras familiares y se preguntó por las circunstancias de todas aquellas mujeres a las que no conocía. Arrastrarían historias que podía, y no quería, imaginar. Muchas mujeres. Mujeres de Sants que llegaban a la que había sido su casa, abrazaban a su abuela y después de un par de palabras amables y de tomarse una infusión, la abrazaban y besaban de nuevo, para luego marcharse con una sonrisa triste hendida en la cara.

—Dimitri ha llegado —gritó alguien.

Cuando los de los muertos entraron, los presentes, como un grupo de palomas nerviosas, se revolvieron y se abrieron formando un pasillo.

Un par de hombres con camisetas negras, cargando con una caja, se dirigieron hacia la habitación de la puerta verde, la que olía a desinfectante, como si ya conocieran el camino.

—No, está aquí. —Gracia salió a su encuentro y les señaló su antiguo dormitorio—. Esta vez es aquí.

Tomó a su abuela de la mano y se la apretó con fuerza.

Cuando metieron el cuerpo en el ataúd, sintió cómo su abuela se envaraba. Los más viejos murmuraron unas oraciones.

Dimitri y su compañero esperaron junto a la puerta con la cabeza baja, cumpliendo con su papel de respetuosos profesionales de la muerte.

A la salida, la gente flanqueó al ataúd hasta el final de la calle. Gracia y su abuela marchaban las primeras. Cuando depositaron la caja sobre el carro, se abrazaron. Casi era de noche. Las sombras del crepúsculo empezaban a mezclarse con las de los hombres, en esa extraña hora del día en la que la vista ha de adaptarse a la nueva oscuridad.

Gracia sintió temblar el cuerpo de su abuela

—Lo siento —le susurró al oído.

—La voy a echar tanto de menos.

No quería verla llorar. No por ella.

—Nos vamos ya —le dijo Carol a su espalda—. Ahora tienes a tu nieta. Me alegra mucho volver a verte, Gracia.

Regresaron a la casa mientras se encendían las primeras luces tras las ventanas de los vecinos. Pálidas y temblequeantes se convirtieron en miradas lánguidas abiertas en fachadas aparentemente muertas.

En la cocina, un último grupo comentaba las revueltas de L'Hospitalet.

—Son los jóvenes. Por lo de los recortes en el racionamiento. Dicen que se montó una buena.

—Sacaron a los antidisturbios. Los empujaron hasta Badal. Casi llegan a nuestro barrio.

—Hace siglos que no entran en el barrio.

—No se atreverán.

Gracia se acercó a ellos buscando algo para comer.

—He oído que incumplen la ley Bermúdez. No hacen sonar el primer aviso. Arrasan con todo.

—Aquí no vendrán. No pueden pasar. Solo conseguirían llegar hasta la estación.

Gracia cogió unos trocitos de patata cocida y buscó alguna salsa picante.

Los vecinos se repartieron en grupos aún más pequeños y enseguida se fueron despidiendo.

Cuando por fin se encontraron solas, Gracia apagó las velas y encendió la luz del recibidor que le pareció, como siempre, escasa.

—Ya barreré yo.

—Pues yo recojo esto.

—Lo que ha sobrado lo llevaré al cine.

—¿Cine? ¿Seguís con eso?

—Pasado mañana haremos una sesión especial. En recuerdo de Vane. Con dos de sus pelis favoritas.

Gracia sonrió. Todavía organizaban sesiones dobles en el barrio.

—¿Y llevarás chucherías?

—Claro.

Recordó el sabor de las gominolas en la oscuridad. Nunca le habían sabido tan buenas como cuando las devoraba viendo las viejas películas en el garaje de Sergi.

—El azúcar es un veneno. Y a tu edad...

—Es en tu mundo en el que está prohibida. —La abuela la interrumpió riendo—. En el mío es casi el único vicio que aún nos podemos permitir. Toma una.

Le alcanzó una gominola que Gracia engulló.

—Ayúdame, anda.

Su abuela cogió un retrato de Vane. Era una foto retocada que siempre había estado en el dormitorio. De esas que se habían puesto de moda a principios de siglo, en sepias y rosados, imitando los tonos de una fotografía del XIX. Vane aparecía increíblemente joven. Gracia nunca había visto su sonrisa tan radiante.

—¿Lo tienes que hacer ahora?

La abuela se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Es mi tradición, una manía de vieja como otra cualquiera.

Lo llamaba el muro de los muertos. Como los romanos, a la entrada de la casa colgaba los retratos de los antepasados y familiares fallecidos. Los lares, los llamaba. «Los espíritus del hogar», le decía de pequeña. «Los que estuvieron antes que tú y que yo, los que nos hicieron, a los que llevamos en nuestros corazones y en nuestros cuerpos. Porque compartimos su ADN, su forma de mirar, de sonreír...». Y ella, entonces una Gracia niña, contemplaba embobada aquellos rostros que la miraban sonrientes desde marcos de colores imposibles.

Allá estaba su madre, a la que apenas recordaba. Era una foto de colores desvaídos. En ella, una chica, más joven que ella ahora, una increíble belleza clásica adornada con una melena castaña, se carcajeaba de algo o de alguien. Su madre no se parecía en nada a Gracia, que en cambio había salido a su abuela: morena y de rasgos duros. Sus labios gruesos despertaban la imaginación libidinosa de los hombres, y la nariz, tan chata, pasaba desapercibida entre unas gruesas cejas. Gracia compartía con

su abuela un cuerpo plagado de curvas, la belleza gitana de sus rasgos marcados y su nombre.

Cuando Gracia dejó la casa de su abuela, Vane llegó para ocuparla. Y hoy, Vane se había ganado un lugar definitivo en la pared de la entrada.

La abuela clavó una araña en el muro y Gracia insertó en ella el retrato. Lo enderezó.

Las dos permanecieron unos segundos contemplando la galería.

Su abuelo, al que no conoció, era un chico jovencísimo vestido de militar. Su bisabuela y su bisabuelo también posaban, en blanco y negro, vestidos de boda a la puerta de una iglesia. Los ojos de su tatarabuela eran los de una niña con cara de muñeca de porcelana y ropa de domingo. La tía Pili, Josep, Meri, Carme... Todos los retratos vigilaban sus pasos y las observaban desde sus miradas muertas y sus sonrisas congeladas en el tiempo.

—¿Quieres un hinojo? —Gracia buscó los ojos vivos de su abuela—. Me voy a preparar uno.

—Sí, pero ponme azúcar de verdad, no una de esas mierdas.

—¿Te puedo pedir un favor? Vamos a tomárnoslo a la terraza, anda. Como cuando era pequeña.

—Es la mejor hora para subir. —La abuela sonrió.

Ascendieron por las estrechas escaleras hasta la azotea. Era de noche y las luces mortecinas del barrio dejaban ver un magnífico cielo estrellado. Y luego estaba el silencio. El bendito silencio. El omnipresente zumbido de los viejos paneles solares buscando la luz enmudecía de noche. Olía más a ciudad que nunca.

Los tejados y las azoteas que las rodeaban formaban un mar rojizo y brillante. Decenas de paneles ya no reflejaban el cielo, velados por la pátina del tiempo. Quedaban lejos los años en que todos se movían al unísono, olas de espejo, buscando la luz del sol y reflejando su brillo. Ahora muchos permanecían varados. Unos pocos seguían bailando de día y otros contemplaban inertes el lento peregrinar de sus vecinos.

Gracia se asomó a los muros buscando los detalles que configuraban los hitos de su mapa personal. La chimenea blanca, la campana de Anna, el huerto de Pere... La granja de gatos de Toni ya estaba abandonada. Hacía años que desaparecieron los maullidos de los sabrosos mininos.

—Echo de menos las noches aquí, contigo, abuela.

La anciana se dejó caer en una silla. Callaba lo mucho que añoraba a su niña salvaje de melena oscura y ojos de estrellas con la que compartía conversaciones y noches de hinojos y poleos. Esta otra Gracia, la de la montaña más allá de Sant Cugat, tenía otra mirada, velada por la indiferencia. Como si el resplandor del dinero de los padres de Pablo hubiese acabado cegándola.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Pensaba volver mañana por la tarde, para llegar a casa antes de que sea de noche. Yendo hacia allá, puedo salir más tarde.

—Ay. Tus visitas son un visto y no visto.

—Mi vida está con Pablo.

—Ya lo sé, niña.

Una mancha negra ocultó la luna.

—Son nubes de lluvia.

—Hace meses que no llueve. Ojalá se llenara el depósito.

Gracia se descalzó.

—¿Te duelen los pies?

—Son estas zapatillas... Si llevo mucho tacón, me duelen. Pero si voy tan plana como ahora, también... ¿Habrá problemas mañana para marcharme?

La abuela meneó la cabeza.

—No estoy segura. Ya no estoy al tanto de lo que pasa como antes. Preguntaré a Carol. Su hija está metida en todo eso ahora. Hace tiempo que no hay revueltas. Solo los de L'Hospitalet continúan la lucha.

Gracia caminó por la terraza descalza. Ese silencio era sobrecogedor. A veces una voz más alta que otra llenaba de ecos los patios durante un segundo, pero luego se sumía en el mutismo de una ciudad muerta.

—Abuela, cuéntame sobre cuando Barcelona brillaba de noche.

La cara de la abuela se iluminó con una sonrisa.

—Cuando tu madre era niña, de noche, todas las calles estaban iluminadas, incluso las más estrechas y pequeñas. Barcelona desprendía tanta luz que no podían verse las estrellas.

Gracia, como siempre, intentó imaginar un cielo sin estrellas.

—Debía de ser hermoso.

—Psé. Era práctico. Recuerdo haber visto en internet imágenes del mundo en tres dimensiones desde el espacio. Todas las ciudades destacaban en la oscuridad como si fueran joyas... Era hermoso desde el cielo, sí. ¡Y las farolas! Había farolas en todas las calles, ¡en todas! Y semáforos que regulaban el tráfico, encendiéndose y apagándose de día y de noche.

—¡Qué suerte haber vivido en el Pico!

—No te creas. Suerte fue la de mis padres, que nacieron en la posguerra de la Guerra Civil, la española. Nacieron con el hambre y la miseria y vieron crecer el mundo entero. La ciencia, los aviones, los viajes, los ordenadores, tiendas repletas de todo, ¡de todo lo que no necesitábamos! Había cuatro carnicerías en Vallespir. Carne de vaca, de ternero, de cerdo, de caballo... Todo fue muy rápido. La caída del Pico nos sorprendió a todos. Sabíamos que no podía durar, y sin embargo... nos pilló por

sorpresa. —La abuela hizo una pausa—. Cada vez quedamos menos de la época del Pico. Ya solo nos queda ir cuesta abajo.

Dio un sorbo a la bebida.

—Los padres de Pablo se han puesto la Red.

—¿Y para qué la usan? ¿Se mandan fotos de gatitos?

—¿Qué?

—No me hagas caso.

—Es para su trabajo. Yo no sé bien de eso. Pero ya la tienen.

—Serán de un nivel tres, supongo. ¿Sabes que yo también tuve internet? No la Red esta de los cojones que no es ni red ni nada, sino acceso libre a internet... No supimos lo que teníamos, hasta que lo perdimos. Como todo.

La mirada de su abuela se perdió entre los tejados.

—Gracia —le dijo—, ¿te apetece aguardiente de Dimitri?

—¿Tienes?

—Guardo algo. Un poco. De cuando me paga en especie. Creo que tenemos algo que celebrar: estamos juntas de nuevo. Una noche al menos.

—¿Lo guardas donde siempre?

—En la nevera. Abajo.

—¡Voy!

Gracia desapareció por entre las escaleras. La anciana se quedó mirando la estela de la sonrisa que dejó tras ella.

Los dientes de Gracia eran como los de su madre. Los de su hija. Ella sí que había intentado combatir contra todo. Era joven, rebelde, luchadora y estúpida. Y tenía los mismos genes de mierda de su marido; ese rostro clásico, esa salud que sin medicinas minó la gripe. Cuando era niña, cuando el Pico, estuvieron los tres juntos en Londres, un fin de semana largo. Volaron en avión. Porque entonces los aviones rayaban el cielo. Como los pájaros. Fue cuando había gorriones y palomas. Quién le iba a decir a ella que acabaría añorando aquellas ratas voladoras.

La abuela volvió a sentarse reviviendo su pasado.

Su niña, la niña más bonita del mundo, se quedó embarazada de un imbécil de pelo largo y rastas.

Pero su niña le dio a Gracia. Una nieta preciosa que resultó ser su propio retrato.

Y luego se quedaron las dos Gracias solas tan pronto. Sin marido, sin hija. Y el mundo se fue a la mierda y ella siguió adelante, como una roca, tirando de esa criatura de ojos brillantes que el destino le había puesto a su lado.

Disfrutó tanto de la infancia de Gracia. Tanto. Sin hija, su nieta no fue una alegría, fue lo único, lo que la empujó a seguir adelante en los días oscuros de después del Pico. Durante la cuesta abajo... Y cuando conoció a Pablo y se casó y se fue, entonces llegó a su vida Vane. Por sorpresa. A su edad. Quién se lo hubiera

dicho. La vida te sorprende cuando menos te lo esperas.

Cuando su nieta volvió, traía dos tazas llenas de un líquido transparente. Hubiese dado lo que fuera por un cubito de hielo.

—Ahora estarás acostumbrada a otras bebidas más finas.

—Me gusta el aguardiente de Sants. —Se sentó junto a ella y brindó. El sonido seco de las tazas resonó entre los patios—. Anda, cuéntame más historias de cuando mamá era pequeña. De cuando el Pico...

La abuela dio un sorbo al aguardiente. Le quemó la lengua y le acarició la garganta. Su corazón estalló en llamas. Cerró los ojos y recordó a su marido y a ella misma juntos los dos en aquella misma terraza. Su hija dio allí sus primeros pasos.

—Había niños. Muchos niños. En la calle te cruzabas con madres que paseaban a sus bebés en cochecitos. Había escuelas y colegios, y tantos niños que no era fácil conseguir plaza en el que te interesaba. Todo eso parecía importante entonces. Recuerdo los cochecitos especiales para gemelos (e incluso para trillizos) que no cabían por la acera. Y, huy, había todo tipo de objetos para ellos: que si chupetes con forma de personajes de dibujos animados, bañeritas, sillas ergonómicas... Ah, y otras sillitas especiales para los coches. —Cerró los ojos y la imagen de un Seat León amarillo le quemó como el aguardiente. Tomó otro trago—. Había tantos coches que en esta misma calle no se podía aparcar. Si no tenías un garaje, podías estar toda una hora dando vueltas por el barrio hasta encontrar aparcamiento. Y eran tantos los coches que el aire se llenaba de polución, las cortinas se ponían negras y cuando te limpiabas la cara con un algodón, salía todo sucio. Ay, aquella bendita contaminación. ¡Y el agua! Siempre había agua en el grifo. Todo se limpiaba y se lavaba con agua...

La grabación de las campanas de la iglesia arrancó doce tañidos a la noche.

Gracia dio un sorbito a su taza y su abuela se bebió casi la mitad de lo que le quedaba de un solo trago.

—Teníamos de todo lo que no necesitábamos. Supongo que pusimos en peligro al planeta y se vengó. La gripe terminó con la mayoría; tu abuelo, tu madre... Ya antes había empezado la cuesta abajo; la crisis de principios de siglo, los recortes, el lento declinar del estado del bienestar, la nueva realidad, el final del Pico... Pero no nos dimos cuenta. Nadie quería darse cuenta...

»Luchamos y perdimos.

Gracia acercó su taza a la suya.

—Por los barrios.

—Por los barrios de las ciudades y sus gentes.

Brindaron. La abuela apuró su taza. Gracia disfrutó del sabor a adolescencia que le calentó las tripas.

—Cuéntame de Junior y de Kevin. Y del abogado, ¿cómo se llamaba? ¿Fran?

—Francesc murió. Ahora tenemos a Ricardo. No es tan bueno. Siempre está en la puerta de la avenida del Brasil. Kevin se divorció...

La abuela pasó a contarle las últimas noticias de la gente del barrio. De los muertos, los cambios, las múltiples enfermedades y las pocas alegrías. Gracia se dejó llevar por el runrún cálido de la voz de su abuela. Le importaba poco lo que decía, pero le gustaba estar allá, acariciada por la brisa nocturna y por su voz.

Cuando el aguardiente se convirtió en el recuerdo de un vapor cálido en el estómago, continuaron charlando, simplemente disfrutando de su mutua compañía. Y solo cuando la noche se hundió aún más en la oscuridad y sus ojos luchaban por continuar abiertos, decidieron irse a dormir. Solo entonces, bajando a oscuras por las escaleras, la abuela se atrevió a preguntar:

—¿Pablo te hace feliz?

Gracia asintió, pero su abuela no pudo ver el gesto.

—Es un cielo.

En otros tiempos le hubiera preguntado si lo quería. Si había aprendido a quererlo. Pero estaba convencida de que la respuesta era un «no» y prefería no oírlo.

Gracia rebuscó en el armario una colcha y se acostó en el sofá. Su abuela la arropó como cuando era pequeña.

—*Bona nit.*

—Buenas noches, mi niña.

Pensaba que tardaría en dormirse, pero el sueño se apoderó de ella enseguida. Su cerebro reconoció el olor del hogar y la colcha deshilachada por el tiempo, y su conciencia, sencillamente, se deshizo y se dejó mecer por el pasado.

Se despertó de repente.

Algo la había arrancado del sueño. Le costó recordar dónde estaba y le sorprendió descubrir que eran las voces de su abuela las que la habían despertado.

—Voy entonces —cuchicheó al teléfono—. Sí, enseguida. Id hirviendo agua... No, sacadla de allí... Limpia la mesa como te dije. Consigue luz. Pídesela a Norton.

Gracia se incorporó.

—¿Qué? ¿Qué es? —preguntó con temor.

—Un parto —dijo su abuela mientras encendía un flexo que derramó una luz temblona y mate sobre las baldosas.

—¡Un parto! ¿Quién? ¿Cómo?

—La hija de Seve. ¿Te acuerdas de Seve? Y hay más esperando. El año pasado... —Sonrió—. El año pasado fue increíble. Como si de pronto todo volviera a florecer. Como en los viejos tiempos. ¿Te lo puedes creer...? Y ya se ha puesto de parto. Es un



poco pronto.

Gracia recordó a la hija de Seve. Era más joven que ella. Unos cinco años. Y sería madre. Podría ser madre. Ya. Así. Esta noche.

—Vane ya no está... —Su abuela la interrogó con la mirada.

—Hay toque de queda. Las revueltas...

—Hace años que no entran en el barrio... Es un parto, Gracia. Un niño al que he seguido mes a mes. Un niño, una vida nueva.

Gracia bajó los ojos y se perdió en la contemplación de las rosas desvaídas que formaban un camino serpenteante a lo largo de la colcha.

—Vane no está —repitió la abuela.

—Iré —decidió—. Claro que iré.

La abuela dejó escapar un suspiro.

—Lo tengo todo preparado.

—No lo dudo. Siempre tienes todo preparado.

Gracia se estiró antes de levantarse del sofá.

La abuela se dirigió a la habitación de la puerta verde que olía a desinfectante. Cuando la abrió, los efluvios casi la hicieron vomitar. Seguía odiando aquella habitación. Su olor. Su frío suelo y sus paredes. El instrumental. El brillo de la silla metálica cortando el aire de las tardes que podían haber sido tranquilas. El eco de los gritos ahogados en el balde lleno de agua. La sangre roja, bermeja, rosada y granate resbalando en lenguas grumosas a lo largo de la silla y por el suelo. Odiaba limpiar la sangre que olía a vida, a muerte y a metal. Metal y sangre brillantes.

Cuando la abuela salió de la habitación, cargaba con un maletín.

—¿Estás preparada? —preguntó a Gracia mientras guardaba la botella de aguardiente en una bolsa.

—No. Pero ¿qué más da?

Al pasar por el muro de los lares tocó el marco desgastado de una mujer de pelo blanco.

Ella. Su tatarabuela. La primera de todas. En Madrid. En Cuatro Caminos. La partera. La comadrona. La innombrable. La que llegaba a las casas de los pobres a ayudar a morir y a nacer a otros pobres que continuarían arrastrándose entre la miseria. La que fue madrina de decenas de niños que nunca tuvieron padrinos, que ni siquiera tuvieron padres. La que colocaba sus cuerpos muertos en ollas de barro porque no había dinero para ataúdes. La que enseñó a su hija. Y esa hija a la suya. Y cuando llegó la siguiente generación, llegó una hija que pudo estudiar medicina y poner nombres latinos a todo lo que ya sabía. Y entonces llegaron los hospitales y la asepsia y la anestesia. Y una generación después, aquí estaban de nuevo, recorriendo un barrio a oscuras y pisando los ecos de la miseria. Mujeres. Cadenas de mujeres ayudando a mujeres, generación tras generación.

Gracia cargaba con la bolsa y una linterna que apenas merecía ese nombre. La abuela conocía cada irregularidad del asfalto, cada bache y cada adoquín descabalado de la acera. Gracia solo recordaba que en aquella esquina se formaba un charco cuando llovía y que el agua podía llegar a cubrirle los tobillos.

Recorrieron la calle Miguel Ángel acompañadas tan solo por el rumor de sus pasos. Guardaban silencio, como siempre habían hecho en sus salidas nocturnas. Atentas a los ruidos, las patrullas y los perdidos. Un ojo de luz tenue barría el suelo.

Cuando era pequeña ella no tenía miedo. Era su barrio. Su oscuridad. Su vida.

Luego fue cuando empezó a temer a las sombras. Y después... Ya no pudo hacerlo más.

Los árboles de Vallespir susurraban en el lenguaje de las hojas y del viento contándose secretos. Secretos de generaciones de mujeres arropados entre lágrimas y sonrisas. Su abuela le contaba que su bisabuela había visto plantar aquellos árboles que ahora se aferraban a la tierra que se ocultaba debajo de la capa de asfalto y de cemento.

Se adentraron en la calle Robreño y Gracia tuvo que colocarse detrás de su abuela para no tropezar. Siguió sus lentos, pero seguros pasos.

Gracia no reconoció la casa, pero supo que se acercaban por los gruñidos que se abrían camino en la noche.

La abuela llamó un par de veces a una puerta de plástico y enseguida una mujer castaña de mediana edad asomó la cabeza.

—Llevaba todo el día con contracciones —les espetó sin darles tiempo a decir nada—. Ahora ya está dilatando. Ha empezado de repente. Te hemos avisado enseguida.

Gracia y su abuela entraron al portal.

—Dilatada... ¿Cuánto?

La mujer castaña lo dibujó con un gesto de la mano.

—¡Pues vamos!

Subieron hasta el primer piso. La humedad se filtraba desde el suelo y arrancaba jirones de cal y pintura a las paredes. Aquel edificio supuraba años. Se caía a pedazos.

—¿Cada cuánto tiempo son las contracciones?

—Hace un rato, cinco minutos, pero de repente... Ha sido de repente. Menos de dos minutos. Creo que está a punto de nacer.

Entraron en la casa.

La hija de Seve estaba incorporada sobre la mesa de la cocina. Apoyaba la espalda sobre unos cojines. Solamente vestía una camiseta que en algún momento había sido azul oscura. La cocina olía a desinfectante. Y quizá, debajo de aquel olor penetrante que forzaba el olfato de Gracia y le hacía revivir viejas pesadillas, se

distinguía un cierto olor a sofrito.

La chica gritó de pronto y la abuela se aproximó a ella. La examinó.

—Ya corona.

Gracia evitó mirarla directamente. Se dirigió hacia la pila.

—¿Hay agua?

La mujer castaña no tuvo tiempo de contestar. Gracia abrió el grifo y observó cómo salía un agua limpia y cristalina. Suspiró y se lavó las manos a conciencia, respiró hondo y se volvió hacia la chica.

La examinó dejando el corazón a un lado. Con mente analítica. Agradeció que la hubiesen depilado completamente el pubis. La carne abierta mostraba parte de una cabeza que luchaba por salir. La presión, dentro de su cuerpo, marcaba un bulto redondo y pequeño.

—Puja ahora... No, ahora no... ¡Ahora...! —La voz de su abuela era profunda. Fingía calma y cubría su voz con un halo de tranquilidad—. Vas a tener que empujar más.

La chica pujó y la cabeza asomó un poco más. Un borbotón de sangre acompañó el movimiento y tiñó la mesa de granate.

—Vas bien —la animó la abuela.

Gracia se colocó junto a la chica. Miró a su abuela buscando en sus gestos indicios que la guiasen en sus próximos movimientos.

—Ya estás a punto. No te queda nada —mintió con voz tranquilizadora—. Un esfuerzo más.

Gracia observó cómo la chica hacía fuerza justo cuando su abuela le indicaba que lo hiciese. Y cómo su vientre hinchado acompañaba sus movimientos. El futuro se abría paso entre la carne y la sangre, como siempre lo había hecho.

A un gesto de su abuela, se dirigió hacia la mujer castaña que observaba esperanzada a su hija.

¿Cuántas miradas como aquella se había encontrado?

—Necesitaremos un par de cordones. ¿Los tienes preparados?

La mujer desapareció en el pasillo y en ese momento la hija de Seve gritó aún más. Retrocedió sobre sus pasos para encontrarse con la cabeza de su futuro nieto ya fuera del cuerpo de su hija.

Un charco denso y borbotante resbalaba sobre la mesa de la cocina.

—Ya casi está fuera. Se ha desgarrado. No es nada... No te preocupes.

Asomó un hombro.

La mujer castaña dejó escapar un gemido y la hija, abierta de piernas sobre la mesa, chilló con todas sus fuerzas.

Gracia ayudó a su abuela a recoger el bebé.

La madre de la parturienta no podía apartar los ojos de la criatura. Su mirada era

tan fría como la superficie de la mesa de la cocina de la que seguía chorreando sangre hasta el suelo.

—¿Qué pasa? —jadeó la hija de Seve—. Dime, mamá, ¿qué pasa?

Gracia esperaba la salida de la placenta mientras su abuela hablaba con la mujer castaña.

—¿Quieres enterrarlo? ¿Lo quieres para ti?

La mujer negó con un gesto.

—Llévatelo, llévatelo lejos.

La hija de Seve expulsó la placenta sin un quejido. Tenía en su mirada la misma frialdad que envenenaba los ojos de su madre.

—Lo siento —murmuró Gracia sin que la hija de Seve la oyese.

La abuela envolvió a la criatura en una toalla rosa que en algún momento estuvo adornada con el dibujo de un pato.

—La vida sigue; no lo olvides.

—No es cierto. La vida se paró hace ya tiempo.

La hija de Seve empezó a gemir sobre la mesa.

—¡Llévatelo! —gritó—. ¡¡Llévatelo!!

Gracia se dio la vuelta y se dirigió hacia la pila. Se lavó las manos muy despacio. Respiró hondo. Siendo consciente de cómo el aire entraba en su vientre y salía después, despacio, muy despacio.

—No quiero verlo —escupió la hija de Seve entre dientes—. Llévatelo —repitió.

—Vigila si tiene fiebre. —La abuela se dirigió a la mujer castaña—. Vigila la temperatura. He hecho lo posible, pero... Llámame si notas cualquier cosa fuera de lo normal. Has perdido un nieto, pero sigues teniendo a tu hija. —La criatura entre sus brazos gimió.

Gracia dio la mano a la hija de Seve. La apretó con un gesto que pretendía ser consolador. Ella sabía qué sentía. Lo sabía perfectamente.

El frío de la noche acarició su rostro. Ahora, de pronto, el aire le parecía fresco y puro.

—Era un niño —susurró la abuela.

—Es un niño.

Gracia se atrevió a mirarlo.

Aún estaba envuelto en el unto sebáceo, la sangre de su madre y la vieja toalla del pato. Sus manitas gordezuelas se apretaban en un par de puños fuertemente cerrados.

Las deformidades de su rostro se mezclaban con la sustancia gris y blancuzca que lo recubría.

—¿Vivirá?

La abuela asintió.

—¿Lo quieres?

Gracia observó sus manecitas perfectas, un ojo semiabierto, una fosa nasal en la que aún quedaban restos del cuerpo de su madre.

—No.

La abuela lo envolvió en la toalla. La apretó fuertemente contra su carita.

—¿Cómo es ahora? ¿Vale más muerto o vivo?

—Ya nadie los quiere así —murmuró la abuela sin dejar de presionar—. Los que pagan por ellos vivos, pagan poco. El coleccionista murió hace tiempo.

Hizo un poco más de fuerza. Gracia no oyó ni un ruido. Ni un gemido, ni un suspiro.

Se fue en silencio.

Sólo quedaban los ecos de sus propios pasos sobre el asfalto.

—En casa llamaré a Dimitri.

No cruzaron ni una sola palabra más.

Gracia no podía dejar de pensar en la carne tierna y fresca del bebé. Fetos y recién nacidos constituían la carne más tierna. Lechales y no formados resultaban ser los mejores. Su abuela siempre había sabido ganarse la vida.

Tragó saliva.

Los árboles de Vallespir susurraron a su paso. Al alcanzar la esquina de la calle, se asomaron para comprobar que no hubiera nadie.

—Es raro que haya patrullas. Pero siempre hay que tener cuidado.

A Gracia le recordó cuando era niña y se lo repetía tantas y tantas veces.

«Siempre vigilante. Siempre atenta. Siempre depredador. Nunca presa».

—Adelante.

Cruzaron Vallespir y continuaron su camino entre las sombras.

Gracia susurró:

—¿Y el *degenerao*?

—Muerto. También muerto. Ese sí que pagaba bien. Mucho mejor que el coleccionista.

A veces, en sus pesadillas, Gracia se preguntaba si alguna de sus víctimas seguiría con vida.

—Quiero llegar a casa.

—Y yo, mi niña. Y yo.

Cuando por fin alcanzaron la calle Miguel Ángel, la noche parecía aún más densa y oscura.

Gracia abrió la puerta y su chirriar sobresaltó al profundo silencio.

La abuela aún apretaba el bulto envuelto en la toalla contra sí.

—Déjalo en la nevera, por favor.

Gracia lo tomó entre sus brazos, como si se tratase de un bebé sano y vivo, y lo guardó en el frigorífico junto a la fiambarrera que había traído a su abuela por la mañana.

—Necesito dormir.

—Buenas noches, mi niña.

Gracia se dirigió hacia el sofá. La nevera zumbaba en un nivel muy bajo. Se envolvió de nuevo en la colcha deshilachada, pero se sentía demasiado excitada como para poder conciliar el sueño. El corazón le latía con rapidez. La cabeza estallaba en imágenes que era incapaz de acallar.

Sólo cuando los primeros rayos de luz comenzaron a asomar a través de los resquicios de la persiana, sintió que la conciencia le abandonaba. Con el día, llegó el descanso.

Cuando se despertó, la luz llenaba por completo el salón.

Su abuela la observó desde la cocina.

—Te he dejado dormir todo lo que necesitabas. Es muy tarde. Dimitri está a punto de llegar.

—Prefiero no verlo.

La abuela asintió.

Gracia se preparó una infusión y cuando escuchó que llamaban a la puerta, subió a la terraza. De día el paisaje era totalmente diferente. El zumbido de los paneles solares que buscaban la luz configuraba un runrún tranquilizador. Dirigió su mirada hasta las nubes y distinguió la forma del rostro de un angelote con las mejillas tan hinchadas que se convirtió, de pronto, en un ser monstruoso y terrible. Le pareció escuchar gritos a lo lejos.

La cabeza de su abuela asomó desde el hueco de las escaleras.

—Ya está. Se lo ha llevado. Tenía mucha prisa. Dice que las cosas se están poniendo feas. Lo de L'Hospitalet ha llegado hasta Badal. Han sacado de nuevo a los antidisturbios.

—¿Cuánto te ha dado?

—Más que por Vane.

A Gracia le apeteció fumarse un cigarro.

—¿Te queda aguardiente?

—Tengo una botella nueva.

El teléfono sonó con un timbre arcaico.

La abuela desapareció tragada por las escaleras.

—¡Es Pablo! ¡Para tiii!

Gracia bajó de dos en dos los escalones.

—Hola, princesa, ¿qué tal?

Gracia hizo un repaso mental de todo lo ocurrido durante el día anterior. Ya formaba parte del pasado. Quedaba lejos. Había que olvidarlo. Enterrarlo junto a la pila de recuerdos guardados en algún cajón de su memoria.

—Bien.

—¿Y tu abuela?

—Como siempre.

—Dale un beso de mi parte. —Pablo rio.

—Claro...

—¿Cuándo vuelves a casa?

—Esta tarde.

—Entonces te estaré esperando... Ten cuidado. Han dicho en las noticias que en L'Hospitalet hay revueltas y decenas de muertos.

—No te preocupes —contestó ella con voz cansada—, esto está tranquilo.

Al otro lado de la línea se oyó un suspiro.

—Tengo una buena noticia. Una sorpresa, princesa. Hablé con Puig por fin. Me lo encontré en la cantina. Había bebido más de la cuenta y, ¡adivina!, me ha pasado el teléfono de su contacto. Ya sé quién le suministra la carne. Es un tal Dimitri. Y... ¡lo he llamado! Me ha dicho que le acaba de entrar una partida fina, fina, fina... y que mañana me la puede hacer llegar. Es cara, pero vale la pena. ¿Qué te parece? —No dio tiempo a que Gracia contestase—. Mañana tendrás una cena como Dios manda. He pensado en organizar algo, ¿qué te parece si aviso a José y a Rosa María?

—No —respondió ella sin ganas—. No me apetece nada. De verdad, Pablo, no te molestes.

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente. Solo un poco cansada.

—¿Quieres que lo dejemos para otro día?

Gracia cogió aire.

—Sí... Por favor. Otro día...

—De todos modos, te prepararé algo especial. Déjame pensarlo.

—No, por favor; no vale la pena.

—Quiero sorprenderte.

—No me apetece ninguna sorpresa.

—¿Seguro que estás bien?

Gracia asintió con un gesto. Entonces se dio cuenta de que hablaba desde un teléfono sin pantalla ni cámara y que Pablo no podía verla. Se obligó a contestar en voz alta.

—Sí, no te preocupes. Lo único que quiero es un gran abrazo. Que me abracen...

—Cuenta con ello.

La voz de Pablo era inusualmente animada.

Gracia lo colgó enseguida.

—Abuela, Pablo te manda saludos.

—Todo un detalle por su parte.

Gracia dejó su mirada resbalar por la puerta verde de la habitación que olía a desinfectante. Su abuela observó cómo se apoyaba en el velador.

—¿No lo has vuelto a intentar?

Era el tipo de pregunta que nunca le hacía por teléfono. Y que temía decirle en persona. Pero ahora quería saberlo.

—Ya no. Para qué.

La abuela hizo un gesto cansado.

—Nunca se sabe. Hay tantos casos. Cuando parece haberse perdido la esperanza...

—El tratamiento es demasiado caro —la interrumpió—. Ni siquiera los padres de Pablo pueden pagarlo. Y no quiero embarcarme en un préstamo que tenga que pagar mi hipotético hijo o hija. Es absurdo.

La abuela dejó escapar un suspiro.

—Hagamos una cosa: vente al cine conmigo. Vente con nosotros. Durante un rato te olvidarás de todo. El cine sirve para eso, para olvidar. Tengo una bolsa de chuches enorme. El azúcar y la ficción lo curan todo... Tenemos preparada la sesión doble en recuerdo de Vane.

Gracia sonrió a su pesar.

—No, abuela. Quiero volver a casa.

—Esta es tu casa.

—Ya no. No lo es.

La abuela buscó la mirada brillante de su nieta. Pero no la encontró.



# COLAPSO

Juan Jacinto Muñoz Rengel

**Juan Jacinto Muñoz Rengel** (Málaga, 1974) es uno de los autores españoles que más dedicación ha prestado a la defensa del relato fantástico en la España del siglo XXI. Editor de antologías hoy convertidas en referentes, como *Perturbaciones. Antología del relato fantástico español actual* (Salto de Página, 2009) o *La realidad quebradiza. Antología de cuentos de José María Merino* (Páginas de Espuma, 2012), es un auténtico profesional del cuento y del microrrelato, como demuestra su inclusión en una larga docena de antologías ajenas, entre ellas las más importantes del nuevo siglo y también dos en el ámbito del género fantástico: la de Félix J. Palma *Steampunk: antología retrofuturista* (Fábulas de Albión, 2012) y la de Fernando Ángel Moreno *Prospectivas. Antología de ciencia ficción española actual* (Salto de Página, 2012). Como autor en solitario, ha publicado hasta el momento cinco libros, todos ellos de marcado carácter fantástico: el de cuentos ambientados en Londres *88 Mill Lane* (Alhulia, 2005), su «hermano mayor» *De mecánica y alquimia* (Salto de Página, 2009, merecedor del Ignotus), las novelas *El asesino hipocondríaco* (Plaza & Janés, 2012) y *El sueño del otro* (Plaza & Janés, 2013) y, por último, el volumen de microrrelatos *El libro de los pequeños milagros* (Páginas de Espuma, 2013). Pese a que buena parte de sus ficciones juegan a introducir la fantasía lejos de las fórmulas de género, entendiéndola a la manera de Todorov y quienes distinguen entre literatura fantástica —la que rompe con la realidad sin sustituirla— y literatura maravillosa —la que va de Tolkien a los cuentos de hadas, donde no hay dicha ruptura—, no es un autor que desdeñe en absoluto los códigos populares. Así, y por centrarnos en el ámbito de la distopía, ha analizado el subgénero en artículos periodísticos, lo ha estudiado en autores concretos, como el citado José María Merino, y lo ha practicado en relatos tan logrados como «Brigada Diógenes», una pequeña maravilla heredera del *Fahrenheit 451* de Bradbury.

Para esta antología, Muñoz Rengel ha escrito «Colapso», una historia basada en la inquietante idea de que pronto la tecnología nos permitirá asomarnos a los ojos de quienes nos lo permitan, igual que ahora nos permiten ya ver su rostro mediante videollamadas. Dicho de otro modo: es un cuento lacerante sobre nuestra creciente dependencia de las pantallas. Porque... ¿qué pasaría si...? ¿No les gustaría verlo?

La primera impresión que la chica les causó cuando entró en la casa no fue demasiado buena. Su niñera habitual llevaba unos días indispuesta, y aquella muchacha era demasiado joven, había llegado con retraso y mascaba chicle como si su forma de gesticular fuese una declaración de principios, como quien pretende poner de manifiesto una actitud frente al mundo. La niñera de la familia era mucho mayor, una mujer de mediana edad, con un acento cargado de tonos melódicos, que se adivinaba había crecido en el seno de una familia numerosa y había sido capaz de criar una prole no menos abundante. Una mujer que transmitía serenidad y, por descontado, mucha más confianza. Además, era la primera vez que dejaban en casa al pequeño. Tenía apenas once meses.

Le dijeron que los niños estaban durmiendo arriba, en una única habitación; habían colocado la cuna del pequeño junto a la cama de su hermana. Ocupando toda la pantalla del salón le habían dejado una larga nota con instrucciones, que incluía sus dos números directos. Aun así, la madre casi forzó a la chica a que los memorizara allí mismo.

—Llámanos con cualquier cosa —había insistido ella—. Dejaré lo que esté haciendo para atenderte.

Él, en cambio, no dijo nada. Se limitó a mirar a la canguro de arriba abajo una y otra vez. Pensó que si conseguía intimidarla, aunque fuese un poco, aquella adolescente se comportaría con algo más de prudencia que si se hubieran mostrado como unos padres cordiales y despreocupados. No había nada extraño en su aspecto, pero desde luego tampoco era tranquilizador. Un flequillo recto enmarcaba su cara de niña con acné, mucho más niña de lo que esperaban, y un eyeliner púrpura instalaba una amenaza felina en sus ojos, antes de acabar extendiéndose hacia las sienes. Durante la breve entrevista, ni por un instante dejó de torcer una sonrisa insolente en su presencia, mostrando la bola de chicle bailar alrededor del piercing de su lengua y —habría podido jurarlo— manteniendo en todo momento la mirada fija en su bragueta.

Luego tuvieron que marcharse.

En cuanto salieron de la casa, la joven dejó caer al suelo el bolso minúsculo que llevaba colgado a la espalda; miró la pantalla, cerró la larga lista que habían elaborado los padres y comenzó a cambiar los canales de televisión. Escogió un programa ruidoso, en el que varias personas se insultaban a gritos. Lo dejó sonando en el salón y comenzó a inspeccionar las habitaciones de la planta baja.

En la cocina, abrió las dos puertas metalizadas del frigorífico y recorrió las baldas con la mirada, tarareando. Agarró un envase de salmón noruego, lo abrió y comenzó a comérselo a tiras con la pinza de los dedos. Entonces vio un tarro de bombones, dejó a un lado el salmón, se limpió los dedos untuosos en la superficie de la nevera y empezó a meterse uno tras otro en la boca. El panel exterior del electrodoméstico

emitió una suave serie de pitidos. Estaba enviando mensajes, al menos, al supermercado responsable de reponer los productos en el próximo reparto y a las compañías encargadas de los estudios de mercado. Y, probablemente, a estas alturas también los dueños de la casa estarían al corriente de sus movimientos.

No pareció importarle. Cerró los ojos, repasó los álbumes de sus grupos musicales favoritos y seleccionó la misma frenética canción que, de forma invariable, terminaba escuchando una vez tras otra desde que acabó el verano. Empezó a seguir el ritmo. Agitaba los brazos en el aire y hacía girar las caderas en medio de la cocina, aunque allí no sonara nada en absoluto, aparte de las voces que llegaban desde el salón. Y así, saltando y estremeciéndose como una posesa, subió las escaleras.

Primero entró en el dormitorio del matrimonio y comenzó a abrir los armarios. De uno de los cajones extrajo una prenda interior, comprobó que era masculina y la dejó donde estaba. Continuó revolviéndolo todo hasta que encontró el compartimento con la ropa íntima de ella. Alzó entre sus manos un tanga de encaje de color granate. Lo observó por delante y por detrás. Se lo llevó a la nariz y aspiró profundamente. Fue justo al sonreír cuando algo pareció enturbiarle la mirada. Farfulló en voz alta unos sonidos incomprensibles y echó a correr en dirección al dormitorio de los niños.

A pesar de la violencia con la que abrió la puerta, las dos respiraciones todavía continuaron sonando acompasadas unos instantes más. Encendió la luz; tenía la mandíbula desencajada, como si se le hubiera descolgado. La niña abrió unos ojos muy grandes, grandísimos, y se encogió en su cama sin dejar de mirarla. El bebé comenzó a llorar.

La cena estaba resultando un pequeño desastre. Desde luego, no estaba compensando todos los esfuerzos que habían invertido en poder estar allí, y si lo hubieran sabido, probablemente habrían puesto cualquier excusa para anularla. Se habían sentado a la mesa bastante nerviosos, en parte, fuera de contexto por haber llegado tarde, y en parte, por acabar de mantener una discusión en el coche. Ninguno de los dos había querido reconocerlo, pero no les había resultado nada fácil separarse del bebé. No obstante, a pesar de que sus estados de ánimo no eran los idóneos, ellos no eran responsables de todo lo que estaba ocurriendo allí arriba. Es más, no solo no tenían la culpa sino que, ahora que se paraba a pensarlo, todo parecía estar confabulándose en su contra.

Volvió a frotarse la mancha de la camisa, se echó también agua en la cara y permaneció mirándose al espejo, con las gotas resbalándole por la frente y las mejillas. Aquel incompetente camarero le había derramado encima buena parte del contenido humeante de una sopera, y ahora, una vez calmado el escozor, no lograba quitar de la manga ni de la pechera el cerco rojizo y el intenso olor a marisco. Lo que más le indignaba era que llevaba un buen rato viéndolo venir. Aquel individuo

delgado y encorvado les había servido mal la orden en dos ocasiones. Y parecía que estaba haciendo exactamente lo mismo en las demás mesas, según se podía deducir por las quejas de otros clientes y de sus propios compañeros. Momentos antes de que el camarero vertiera la sopa sobre su hombro, más o menos cuando Salvatierra estaba terminando de explicar su teoría sobre por qué pronto cerrarían el departamento y los pondrían a todos de patitas en la calle, a todos los directores de publicidad de MindShare Omnicom, lo había visto dar varias vueltas completas alrededor de los cuatro, negando con la cabeza y mascullando una especie de letanía monocorde.

—No puedo, no vengo, no. No puedo, no vengo, no...

Cualquiera podía advertir que tenía la mirada extraviada y el sudor le descendía en cascadas desde el cabello apelmazado y húmedo, como si estuviera pasando a través de un enorme percance. Todo ello sin dejar de repetir su negativa de forma cada vez más vehemente.

—No, no, no. No. No. ¡No-no-no-no-no-no-no-no!

A continuación fue cuando sintió la abrasión en su piel. Ahora, allí abajo, en el baño, volvió a posar despacio las yemas de los dedos sobre su torso y una vez más contrajo el semblante frente al espejo. Era probable que la irritación le siguiera molestando toda la noche. Por un instante, se dio cuenta de que una parte de él estaba esperando que terminara de una vez por todas la velada, e incluso el día después en el que recordarían y hablarían de esa noche. Sintió que un año tras otro el aburrimiento se iba instalando más y más en su vida, y que ahora le daba alcance en lugares donde antes nunca lo hacía. Era como si ya nada tuviera la capacidad de emocionarlo. Como si todo fuese previsible. Se imaginó explicándole a la mañana siguiente a su mujer las razones por las que no estaba de acuerdo con la teoría de Salvatierra.

—Está claro que ya no necesitan a nadie que planifique campañas ni que elabore complejas historias en las que ocultar los mensajes —había estado diciendo su colega—. Ya solo se trata de cantidad de información. De inundarlo todo con tu información.

—¿Cuándo has sido tú capaz de elaborar una historia compleja? Ahí me he perdido.

—¿Lo ves, cariño? —lo interrumpió a su vez Salvatierra, volviéndose hacia su joven acompañante—. Te dije que era muy ingenioso.

Esa noche estaba especialmente hablador, o acaso aquella era la imagen confiada y resuelta que quería dar de sí mismo ante su nueva conquista. Su acompañante no parecía superar los veinte años ni tenía aspecto de vivir en los barrios protegidos de la ciudad.

—Sea como fuere —insistió él—, no sé cómo dices eso precisamente cuando el área de estudios de mercado está en pleno auge.

—Que no, que no te enteras, Esteban. Esos estudios en directo a los que te refieres los puede hacer un algoritmo. No hace falta que nadie intervenga. Los fondos destinados al marketing van a desaparecer, ya lo veréis.

—¿Seguro? —preguntó su mujer.

—Ya lo veréis. El dinero se empleará en contratar a esa misma gente desesperada que está permitiendo que se estudien sus hábitos de compra de forma instantánea. A todos esos necesitados se les pedirá que cedan un espacio de su chip, para convertirlos en repetidores humanos, en repetidores de información. Los tiempos han cambiado, en la actualidad solo se trata de lograr hacer viral tu mensaje. Es el fin de una especie. Aceptémoslo, amigo, estamos condenados a la extinción.

—Me inquieta mucho que consideres que tú y yo pertenecemos a una misma especie —protestó él.

Sin embargo, aunque durante los entrantes se había limitado a mostrarse algo sarcástico y más o menos divertido por sus argumentos, en realidad aquello lo estaba fastidiando más de lo que quería aparentar. Por supuesto que estaba de acuerdo con todo lo que estaba diciendo Salvatierra, pero ahora tendría que tranquilizar a Susana y, en cualquier caso, ¿cuándo se había visto que especular sobre la pérdida de sus puestos de trabajo fuese la mejor forma de iniciar una velada? Le exasperaba que aquel fanfarrón siempre tuviera una teoría sobre todo. Era algo que lo sacaba de quicio. Y le había pedido un millón de veces que se abstuviera de hacer aquellas predicciones agoreras delante de ella. Claro que a Susana le preocupaba la situación y el futuro, ¿y a quién no? A cualquier persona sensata debía preocuparle, y más en un momento en el que la clase media estaba terminando de desaparecer y solo unos cuantos altos directivos se interponían entre la precariedad y la mínima élite de familias multimillonarias. Se habían acostumbrado a un nivel de vida. A un tipo de casa, a una zona urbana privilegiada, a disponer de varios coches, a los viajes, a los restaurantes, a renovar la decoración o el vestidor cuando se les antojaba, a poder contar siempre con personas a su servicio alrededor, ¿qué podía esperarles después de aquello? Todo dependería solo de que él consiguiese una indemnización, porque hacía mucho que no existía el subsidio por desempleo, ni nada parecido a la jubilación, y ni mucho menos había nada ni nadie que pudiera velar por ellos. Se dio cuenta de que todo aquel razonamiento lo estaba volviendo a poner nervioso, como antes en el coche, cuando podía sentir sus pulsaciones golpeándole en la boca del estómago como un mal presentimiento. Aquello y el camarero. O, en realidad, aquello y el camarero y aquel otro individuo del traje y la gabardina que cuando salieron del aparcamiento parecía empeñado en arrojarles todo lo que encontraba en el suelo, y que acabó persiguiéndolos hasta la entrada misma del restaurante y lanzándoles un paraguas cerrado y un maletín de piel. Estaba siendo una noche extraña. Y en ese contexto no pudo evitar volver a pensar en sus hijos y en la

canguro.

Se preguntó si estarían bien. La chica no los había llamado con ningún contratiempo, pero aun así no lograba desembarazarse de la sensación de malestar. Entrecerró los ojos, buscó su número y la llamó. Esperó varios tonos, pero nadie lo atendió al otro lado. Lejos de desistir y regresar a la mesa, volvió a intentarlo hasta otras cuatro veces, cada vez espaciando menos entre sí las llamadas. Era increíble. Estaba seguro de que aquella niña tenía configuradas las llamadas entrantes para que no la interrumpieran si estaba navegando o escuchando música o haciendo cualquier otra cosa. Como pese a su insistencia no consiguió hablar con ella, se conectó con la casa. Primero, seleccionó la cámara del salón y pudo comprobar que la pantalla del televisor estaba encendida a todo volumen, pero recorrió los sillones y el sofá y barrió toda la estancia, y allí no había nadie. Después, pinchó la cámara de la cocina y vio el frigorífico abierto y las cosas desordenadas. Cada vez más angustiado, fue directamente al dormitorio donde estaban los niños, pero, para su desconcierto, no había imagen disponible. Tampoco sonido. No comprendía lo que estaba ocurriendo. Definitivamente, algo no iba bien. ¿Es que aquella intrusa había desconectado el sistema de vídeo de esa habitación? ¿Cómo se había atrevido? Y, sobre todo, ¿por qué lo había hecho? Ahora estaba preocupado de verdad y tenía motivos para ello, así que llamó a la policía. Comenzó a hacer un repaso mental de qué iba a decirles exactamente. No quería parecer un chiflado, ni tampoco el típico padre histérico. Pero lo que no había contemplado de ninguna manera era que tampoco entonces pudiera establecer comunicación. Todas las terminales estaban ocupadas, le dijeron. No entendía nada. Entró en las redes, y allí casi no tuvo que buscar: por todas partes se multiplicaban los mensajes de alarma y todo tipo de conversaciones exaltadas. Los avisos de incidentes, así como las noticias de última hora, no dejaban de emerger aquí y allá. Estaba claro, tenía que abandonar el restaurante de inmediato. Ni siquiera pasaría por donde estaban los demás. Le envió un mensaje a su mujer diciéndole que se iba a casa, que quería comprobar que todo iba bien. Estaba subiendo las escaleras cuando recibió su respuesta: «¿No te despides?».

«No».

«¿Pasa algo?».

«No, no te preocupes».

«Me estás mintiendo. Espérame en el coche».

Hacía cinco minutos que se encontraba dentro del coche, con el motor en marcha y pensando cómo podían dar tanto de sí aquellos minutos interminables. No llegaba a entender por qué Susana le había pedido que la esperara y ahora estaba tardando tanto, habiéndolo notado tan intranquilo. Cuando él no se caracterizaba por dejarse llevar por la precipitación ni por hacer cosas como aquella. No podía más, quiso

saber qué estaba pasando y trató de conectar directamente con ella. Su mujer aceptó su solicitud y él pudo comprobar a través de sus ojos que estaba dentro del baño del restaurante.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó.

Al instante recibió un mensaje: «Ahora no puedo hablar».

Y su mirada se dirigió al excusado donde estaba sentada la nueva novia de Salvatierra.

—¿Me puedes explicar qué hacéis ahí? —exclamó él, turbado.

«Calla», dijo ella. Y añadió: «Me disculpé diciendo que tenía que ir al lavabo, pero Ivana quiso acompañarme. Espera, tardo un segundo».

Esteban se desconectó, refunfuñando. Respiró hondo y trató de controlar la exhalación, soltando el aire despacio y tamborileando con los dedos sobre el volante. Estaba demasiado preocupado por sus hijos, aquella estúpida niñera no le había dado buena espina en ningún momento. Luego, de madrugada, o al día siguiente, cuando hubiera pasado todo, volvería a ver el vídeo. No era muy bueno, en el excusado no había demasiada luz, pero la suficiente como para comprobar que Ivana no se había teñido el vello púbico de ninguno de los colores de moda. Mucho mejor, no le gustaba nada aquella apariencia artificial. A Susana no le importaría, si había mirado hacia allá era porque no le molestaba que conservara aquel recuerdo. Tampoco era la primera vez. En una ocasión incluso la convenció para que le pasara toda una secuencia tomada en los vestuarios de su gimnasio.

—Cuéntame qué ocurre —fue lo primero que dijo ella cuando irrumpió dentro del auto.

Él dio la orden al ordenador de a bordo para que iniciara la ruta establecida, y todavía esperó a que salieran del aparcamiento y a que estuvieran en una vía principal para comenzar a resumirle lo sucedido. Su mujer lo escuchó en silencio, sin volver a intervenir hasta que no hubo terminado de hablar.

—Será zorra... —explotó—. Te lo dije, te lo había dicho.

—¿Qué me habías dicho?

—A mí tampoco me coge, la estoy llamando ahora mismo. ¿Cómo es posible que no atienda la llamada si está ahí solo para eso? Te dije que debíamos volvernos.

Él resopló y se frotó la cara con ambas manos. Luego torció la cabeza hacia su ventanilla y, con la mirada perdida más allá del cristal, añadió:

—Claro. La primera vez que salimos en no sé cuánto tiempo y tenemos que regresar apenas nos alejamos cien metros. Solo porque sí, por tu instinto materno.

Las luces de la calle seguían avanzando hacia ellos a gran velocidad. El tráfico era fluido.

—¿Qué instinto? Te dije que nos volviéramos cuando empezó a asaltar el frigorífico como una cerda. Por Dios, ¿quién hace eso solo dos minutos después de



que nos hayamos marchado? —Susana estaba mordiéndose las uñas; hacía mucho tiempo que había dejado aquella costumbre y siempre se mostraba orgullosa de haberla superado y de su nueva manicura francesa—. Pero no, es mucho mejor dejar a unos amigos plantados durante la cena sin ninguna explicación. No quiero ni imaginar qué estarán pensando en estos momentos de nosotros, si es que ya se han dado cuenta de que hemos desaparecido.

—Fui yo quien lo dijo.

—No sé lo que crees que dijiste, Esteban. Pero lo que tú comentaste fue que si tenía hambre podría haberse hecho un sándwich, como todo el mundo. Fui yo quien dijo que eso no era normal y que debíamos dar la vuelta.

Esteban volvió a resoplar, aún con la vista fija en un punto indefinido al otro lado de la ventanilla del conductor.

—Cariño, siempre igual —negó.

Susana lo miró incrédula. Y a continuación murmuró algo para sí y se conectó al sistema de radio del coche.

En primer lugar, se oyó la voz de él:

—*Bueno, la chiquilla tiene hambre, déjala.*

Y enseguida la de ella:

—*Ahora ha abierto los bombones, casi al mismo tiempo. Esta chica no está bien de la cabeza. Anulemos la cena, por favor.*

—*Tiene apetito, es la edad. Aunque podría haberse hecho un sándwich, como todo el mundo.*

Él miró de nuevo hacia la carretera y puso las manos en el volante, como si condujera, o como si estuviera supervisando el sistema de navegación del coche. Tuvo la tentación de preguntarle por qué sacaba aquello ahora, que qué importaba eso cuando tenían un problema mucho más grave. Pero optó por no decir nada. Permanecieron sin hablar ni mirarse durante varias manzanas. Ni siquiera lo hicieron cuando en el camino distinguieron un automóvil estrellado contra una señal de la acera. Si bien los dos se giraron para observarlo cuando pasaron de largo, con los rostros pávidos; era el primer accidente que veían en décadas. Había gente dentro de aquel coche, pero nadie se había detenido a prestar ayuda y tampoco había acudido ningún vehículo de emergencias. La circulación no acusó demoras ni discontinuidad en ningún punto del tramo. En cuanto tomaron el primer cruce, volvieron a internarse en sus respectivas reflexiones. A él le costaba creer que ella se estuviese manteniendo tan serena, dada las circunstancias: el trayecto se estaba haciendo eterno, hacía más de una hora que no sabían nada de sus hijos y no había indicios de que eso fuese a cambiar hasta que no llegaran a casa, y a su alrededor todo parecía ir de mal en peor. Se oyó una explosión en la distancia. Aunque era tarde, para tratarse de un día entre semana, las fachadas de los edificios se veían cada vez más iluminadas, como si la

ciudad se estuviera despertando.

—La he llamado más de veinte veces —dijo ella al fin—. Sigue sin cogerme.

Él esperó unos segundos antes de responder. Se incorporó sobre su respaldo.

—Déjalo por un rato. Tienes que tranquilizarte —le aconsejó—. No vas a arreglar nada estando tan nerviosa.

—También he llamado a la policía. ¿Cómo es posible que estén todos ocupados?

—Inténtalo de nuevo.

—Los he llamado un millón de veces. Ahora mismo lo estoy haciendo otra vez, mientras tú me reprochas que esté nerviosa. No sé cómo quieres que esté.

—Solo digo que podrías... —comenzó a explicar, pero ambos quedaron sobrecogidos cuando vieron otro vehículo apartado a un lado de la carretera.

Unas piernas crispadas en una postura imposible asomaban desde debajo del chasis. Ahora sí, las sirenas de varias unidades de emergencias iluminaban todo el perímetro del accidente.

—Dos en la misma noche. ¿Qué está pasando? —Los ojos de Susana estaban llenos de reflejos anaranjados.

—No puede ser casualidad.

—Te imaginas qué absurdo, morir atropellado. No lo entiendo, se tiene que haber echado encima de repente.

—Es imposible. El ordenador de a bordo es capaz de sortear cualquier obstáculo. ¿Tú sabes la cantidad de variables que puede llegar a calcular un computador cuántico?

—No estoy de humor —respondió—. Te pido por favor que no empieces a agobiarme con cifras que ni llego a entender.

La última frase de ella se había ido afinando, como si estuviera a punto de quebrarse. Él la miró, por primera vez desde que salieron del restaurante. Se había recogido el pelo y su nuca había quedado al descubierto, fina y delicada.

—Te decía que ya estamos llegando. Quizá deberías intentar relajarte un minuto, amor. Cierra los ojos y ponte algo de música. Yo me hago cargo de todo.

Su mujer se recostó hacia atrás en el asiento y pareció obedecerle. Un furgón de policía pasó a toda velocidad en la dirección contraria, haciendo aullar las luces del techo. Aunque en la cabeza de ella solo debía de estar sonando alguna melodía apacible; una lágrima se había deslizado por su pómulos y había quedado prendida en la punta de su nariz. Esteban volvió a repetir todos los intentos de llamada, sin mayor éxito. Después permaneció unos segundos mirando una fotografía de sus hijos. Susana había enviado aquella imagen hacía una semana a su grupo de amigos. En el centro, en un primerísimo plano, aparecía deformada la cara de la pequeña Su, pintada como si fuese un muerto viviente, pero con las comisuras de la boca y las mejillas tan llenas de nata y de restos de pastel que podía pensarse que se trataba de

los espumarajos de una infección rabiosa. Más atrás, en el margen derecho, podía verse reír al bebé, al que habían vestido de rojo y habían colocado unos cuernecitos de trapo. La foto había gustado tanto que muchos de sus amigos la habían empezado a compartir entre sus propios círculos. Pensó en lo que había estado diciendo Salvatierra sobre que cada vez más personas se transformaban en meros repetidores de información. Era cierto, incluso si se prestaba atención podía reconocérselas en la calle, paradas en los centros comerciales o como olvidadas en un asiento del transporte público. Muchas de ellas, según su grado de necesidad, quizá se verían obligadas a pasar sus días completos recibiendo y emitiendo mensajes. El maldito Salvatierra y su manía de darle vueltas a todo. ¿Cuál sería ahora su teoría acerca de por qué habían desaparecido de repente del restaurante? No lo habían dejado demasiado bien ante su nueva pareja, desde luego. Sin darse cuenta, en algún momento la fotografía de sus hijos había dejado de ocupar un lugar central en su mente, y ahora estaba reproduciendo de nuevo el vídeo de la veinteañera Ivana tratando de desenrollar su ropa interior de sus muslos. Estaba siendo una noche extraña, no cabía duda. Todo parecía estar fuera de control. Había temido por su integridad muy pocas veces en su vida. Y aquella era la primera vez que sentía miedo por sus hijos, miedo real, miedo físico. Si hubiera estado en su mano, le habría pedido a su automóvil que acelerara y se saltara las restricciones de velocidad. No recordaba haber experimentado nunca una opresión como aquella en el pecho que estaba a punto de hacerlo vomitar. Y, al mismo tiempo, no podía dejar de sentirse sexualmente excitado. En cuanto todo aquello acabara, cuando estuviese metido en la cama, al amparo de la oscuridad de su dormitorio, encontraría unos minutos para dar alivio a tanta tensión. Él no pensaba escuchar música relajante como Susana, o como se suponía que estaba haciendo Susana; él escogería pasar un buen rato con una mujer despampanante, le daba igual que fuese una modelo virtual o que hubiera alguien real al otro lado del encuentro. O quizá esa noche sí buscarse una usuaria real. De hecho, si pudiera, sabía perfectamente a quién invitaría... La luz trasera del vehículo que circulaba delante de ellos emitía unos destellos rojizos. Esteban mantenía los ojos abiertos, a pesar de que su pensamiento estaba en otra parte. De pronto, un velo pareció recorrer sus córneas y nublar su mirada.

No sabía dónde se encontraba. Ni cómo había llegado hasta allí. Antes incluso de mirar a su alrededor, sintió que sus pies se quedaban adheridos al suelo. Bajó la vista y vio que estaba en medio de un charco de sangre. Unos metros más allá, el color se oscurecía y la densidad aumentaba hasta perderse en el interior de la ducha. Sintió que el pánico se apoderaba de él y se precipitó sobre la puerta, que resistió su embestida y se negó a abrirse. Dónde estaba. Notaba el corazón palparle en las sienes y en los ojos.

—¡Abran la puerta! ¡Déjenme salir!

—Sal de ahí, cabrón —se oyó al otro lado.

Seguía sin entender lo que estaba sucediendo. Solo podía pensar en sus hijos, en que no sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que no sabía nada de sus hijos. Volvió a golpear la puerta; también tenía las manos manchadas de sangre, y la costra seca se resquebrajaba al apretar los puños.

—Por favor, tengo que irme. Tengo que salir de aquí de inmediato.

—Te estoy esperando. Vas a pagar por esto... La has matado.

Qué demonios significaba aquello. Se dio la vuelta, se acuclilló en el suelo, deslizando la espalda por la superficie de la puerta, y comenzó a respirar a través del cuenco formado por las palmas de sus manos.

—Tengo que irme —gimió.

Esta vez la voz no respondió. Aunque pudo oír unos débiles ruidos al otro lado. Reunió valor y miró hacia arriba. Desde el principio supo que estaba en el inmenso cuarto de baño de una casa particular, de una casa de lujo. Había albornoces colgados en la puerta, frascos de perfumes y cremas en una estantería, un cepillo de dientes eléctrico en la pared, una enorme ducha inteligente. Tan solo un delgado tabique de loza del mismo color oscuro que el resto de las paredes lo separaba de ese espacio. La ducha. Quién estaba desangrándose sobre el mármol negro del plato. No lograba recordar nada.

—La policía viene de camino, ya debería haber llegado.

No se sentía capaz de levantarse, dar unos pasos y asomarse para comprobar qué había tras la mampara de cristal. Comprendió que para salir de allí tenía que saber qué estaba ocurriendo, y accedió a sus archivos de memoria. Apenas tenía tiempo que perder. Pasó los vídeos a toda velocidad. Se vio a sí mismo corriendo por el centro de una carretera, sin Susana. Internándose en la penumbra de una arboleda y entre setos ajardinados. Atravesando la verja abierta de una mansión. Vio a un guarda de seguridad tropezando una y otra vez contra la pared de su garita, como un juguete antiguo, sin girar hacia un lado ni reaccionar. Vio otros muchos puestos de vigilancia vacíos, y se vio a sí mismo entrando en la residencia y siendo atacado por un perro. Vio sus manos aferradas a su cuello hasta estrangularlo y dejarlo sin vida. Luego, pudo contemplar cómo se hacía con un cuchillo de la cocina y arrastraba al animal escaleras arriba, hasta el baño donde se encontraba ahora. Esteban interrumpió la reproducción y se levantó.

Dirigió su mirada hacia la iluminación del techo y solicitó más luz. La habitación no dudó en resplandecer. Tomó aire, contó hasta tres y a continuación dio otros tantos pasos hasta la ducha. Allí estaba. El primer vistazo le provocó una arcada, se dobló sobre su vientre y dejó la marca de un círculo de vómito en el centro de toda aquella sangre anegada. Se trataba de una hembra de bóxer alemán, de color leonado. Debía

de ser un ejemplar enorme. Aunque ahora era difícil distinguirlo, porque la cabeza estaba separada del tronco y clavada en un grifo, tenía las costillas abiertas como si se le hubiera dado forma a unas alas incipientes y las vísceras se extendían por todas partes como una viscosa tela de araña. Procuró alejarse de allí, tambaleándose, y volvió a vomitar, ahora con la cabeza metida en el retrete.

—Estoy armado —oyó—. Si no llegas a encerrarte ahí habría acabado contigo.

—La puerta no está cerrada por dentro —corrigió a aquel hombre—. Debe de haberse activado el sistema de seguridad de la casa.

—Mejor así. Y si por alguna razón se abriera, ni se te ocurra intentar hacerme nada. La policía está llegando, ¿la oyes? Y no tendría sentido tratar de eliminar a un testigo, ya les he enviado todos mis archivos de vídeo con tu cara.

Por supuesto, pensó Esteban, sentado en el suelo, aún abrazado al inodoro. Hacía años que la figura del testigo había quedado obsoleta. Aquella voz, aunque no lo parecía, había de pertenecer a alguien realmente mayor. En estos tiempos cada vez era más difícil distinguir la edad de ciertas personas. Testigos, qué cosa. Hacía años que todo quedaba grabado, que la comunicación era instantánea. De hecho, si la pequeña Su hubiera tenido implantado el chip quizá no habría sucedido nada de aquello. Se habría comunicado con ellos de forma inmediata, y con los servicios de emergencia, e incluso habrían podido ver a través de sus ojos. Pero hasta los nueve años los menores solo podían llevar un sencillo localizador. Tenía que volver a conectarse con las cámaras de su casa.

—¿Qué eres? ¿Un terrorista?

De repente reconoció aquella voz. La había oído cientos de veces en la prensa digital y en la televisión. Era la voz de su jefe, del gran jefe, del dueño de MindShare Omnicom y de las otras treinta multinacionales que integraban su grupo empresarial, uno de los doce conglomerados empresariales del mundo.

—Señor... —dijo—. Usted me conoce. Trabajo para usted. Me llamo Esteban Maldonado. Soy director ejecutivo de cuentas en M.O.

—¿Y qué coño quieres? ¿Que te suba el sueldo? ¿La igualdad para todos? ¿Sabes que hay otros nueve mil millones de auténticos pobres más allá de las fronteras? ¿También quieres la igualdad para ellos? Eso es insostenible.

—Señor, ahora debo marcharme. Es urgente.

—¿Y a mí qué me cuentas? Tú eres el que ha venido aquí a secuestrarme. ¿Qué quieres? ¿Que vuelva la democracia? ¿Que de nuevo los Estados intervengan? ¡Eso se llama comunismo!

Por un momento se hizo el silencio. Esteban se había vuelto a conectar a la cámara de su salón y había visto su propia casa invadida de agentes de policía y personal sanitario.

—No, señor, los gobiernos están bien como están. Por mí como si los suprimen

del todo. Usted no lo entiende...

Hombres uniformados con las caras cubiertas subían y bajaban las escaleras. En medio del caos pudo distinguir a Susana. La llamó.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—¿Que qué ha pasado? —se oyó al otro lado de la puerta—. Que has matado a mi perra, hijo de puta.

—Susana, ¿qué ha pasado? No recuerdo nada —insistió—. No sé qué he hecho. ¿Los niños están bien?

—*Dicen que ha sido un virus, un virus espía que atacaba los chips* —respondió ella al fin—. *Dicen que ya está solucionado...*

Las luces del cuarto de baño parpadearon, antes de apagarse por completo. Durante unos segundos todo permaneció a oscuras. Se dejaron de oír una multitud de tenues zumbidos a los que debían de estar del todo acostumbrados. La cámara de su propio salón también se apagó. Era como si la ciudad entera se hubiera detenido. Solicitó a Susana conectarse directamente con ella. Cuando le dio su confirmación continuó sin ver más que oscuridad a través de sus ojos; sin embargo, pudo escuchar gritos y una confusión ahogada a través de sus oídos. Luego regresó la luz.

No fueron más que unos instantes, pero después de que la casa se hubiera encendido pudo oírse con claridad cómo la puerta del baño emitía un crujido. El mecanismo de cierre parecía haberse desactivado. Solo un sonido, breve y revelador. Ninguno de los dos hombres a uno y otro lado de la puerta dijo nada, como si la nueva circunstancia los hubiera paralizado.

Era como si todo se hubiese reiniciado. Todos los rincones de la habitación volvían a refulgir y Esteban se sentía recién aparecido en medio de una película de terror.

Un virus espía, ¿desde cuándo estaría funcionando dentro de sus cabezas? ¿Y qué lo había hecho delatarse y comportarse así en ese momento?

Trató de buscar con la mirada el cuchillo con el que había descuartizado a la bóxer, pero no lo vio por ninguna parte. Le pareció percibir unos pasos lentos detrás de la puerta. Quizá debería levantarse y probar a hundir sus manos bajo el amasijo de los intestinos, o en las pozas de sangre, para hacerse con aquel dichoso cuchillo cuanto antes. Nadie podría cuestionarlo, era para su propia defensa. Si bien, después de haber protagonizado un allanamiento de morada con uso de violencia.

Permaneció sentado. En realidad, no había sido él. Había sido el virus. Él no recordaba nada ni tampoco había sido dueño de sus actos. Aquello debía ser motivo más que suficiente para una eximente completa. Además, parecía que estaba ocurriendo por toda la ciudad. Era un incidente generalizado. Aunque ya estaba bajo control, decían que todo estaba solucionado. ¿Quién lo decía? ¿Cómo podían saber si era cierto? Se imaginó a Salvatierra defendiendo la teoría de que el virus seguía

latente dentro de todos ellos, de que todo era una cortina de humo, que no lo habían eliminado ni lo eliminarían nunca. Sus ideas de siempre. Siempre había sido un paranoico. Aunque, pensándolo mejor, era a él a quien se le estaban ocurriendo todas aquellas posibilidades. Allí no estaba Salvatierra, estaba él solo.

¿Solo? ¿Cómo podía tener la certeza de que no había alguien en ese momento mirando a través de sus ojos, sin su permiso? Ni siquiera podía estar seguro de hasta cuándo volvería a tener el control sobre sus actos. Sin embargo, nada de aquello importaba ahora. Tenía cuestiones mucho más apremiantes que resolver. Miró de nuevo a través de los ojos de Susana. Y, justo cuando la imagen de la planta de arriba de su casa se desplegaba ante sus ojos, la puerta del baño se abrió de un golpe y el dueño de la mansión se abalanzó sobre él.

Blandía en sus manos un bastón con una punta metálica desenfundada en uno de los extremos. Antes de que pudiera reaccionar se le echó encima, y apenas logró oponer resistencia agarrándolo por los brazos. Enseguida supo que aquel anciano tenía tanta o más fuerza que él mismo. El anciano, su jefe, el dueño de su vida, intentaba hundirle el largo estilete en el ojo. Cada vez acertaba más centímetros de distancia. Pero en ese instante Esteban estaba viendo también una camilla con un cuerpo cubierto por entero salir del dormitorio de su hija.

—¿Qué pasa? ¿Están bien? ¿Están bien? —Lloró.

El anciano bufó por el esfuerzo. Sentía su aliento añejo y cansado rozarle la cara. Enardecido por la desesperación y por la impotencia, consiguió desviar poco a poco la dirección del punzón, hasta que, cuando se deshizo el forcejeo, se acabó introduciendo varios centímetros en el muslo de su pierna derecha. El grito de dolor le llegó también a Susana, quien le respondió igualmente entre sollozos.

—*Cariño, están bien. Es la niñera.*

La siguiente imagen que vio fue la de su hija Su, con el pijama, las comisuras de la boca y las mejillas empapados de sangre, y custodiada por dos policías. Se arrancó la cuchilla de la pierna y lanzó al aire un bastonazo que derribó a un lado al viejo multimillonario. Luego, volvió a asestarle otros dos golpes, uno en el cuello y otro en la cabeza.

Consiguió salir de allí arrastrándose por el suelo, sintiendo la fría sangre del perro bañar la herida caliente de su pierna. No necesitaría revisar nunca las grabaciones de aquellos minutos para poder recordar con precisión los azulejos y cada detalle de aquel cuarto de baño. Todavía renqueando, entró en una amplia sala con ventanales de maderas nobles y vidrieras, y trató de incorporarse. En efecto, la policía había llegado y había tomado el recinto de la propiedad. Pero la casa no los había dejado entrar.

—*La llevan al hospital* —le llegó la voz de Susana desde lejos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, mientras abría las puertas de la vivienda.

—Sí. Dicen que tienen que revisarle el chip... ¿No decían que a los niños tan pequeños no les insertaban microchip?



# LOS CENTINELAS DEL TIEMPO

Javier Negrete

**Javier Negrete** (Madrid, 1964) es quizá el más consolidado de los grandes veteranos del fantástico español. Licenciado en Filología Clásica y profesor en Plasencia, donde reside, ha ganado cuatro veces el premio Ignotus, dos el UPC y una otros como el Celsius o el Minotauro (este último, en 2006 por *Señores del Olimpo*, acaso su aportación más destacada en esa mezcla de fantasía y mitología griega que es una de sus señas de identidad). Catapultado al éxito por la serie de fantasía heroica iniciada con *La espada de fuego* (Minotauro, 2003, luego continuada con *El espíritu del mago*, *El sueño de los dioses* y *El corazón de Tramórea*), es un autor versátil que ha cultivado también la ciencia ficción, la novela histórica, la novela erótica, la novela juvenil, la novela humorística y el ensayo. Entre sus más de veinte novelas y novelas cortas, con títulos de ciencia ficción tan destacados como *La luna quieta* (Ediciones B, 1991), *Lux aeterna* (Ediciones B, 1995), *La mirada de las furias* (Ediciones B, 1997), *Buscador de sombras* (Ediciones B, 2000), las ucronías *El mito de Er* (Ediciones B, 2001) y *Alejandro Magno y las águilas de Roma* (Minotauro, 2007) y *Atlántida* (Espasa, 2012), el *tecnothriller*, ha flirtado con el género distópico, aunque es *La zona* (Espasa, 2012), su colaboración a cuatro manos con Juan Miguel Aguilera (víd. su presentación), la novela donde más se ha acercado a él. Si bien pueden encontrarse elementos distópicos en *La luna quieta* y *La mirada de las furias*, sin embargo, solo el talento multidisciplinar de Negrete podía prepararnos para un broche de oro como el que cierra esta antología.

Auténtica novela corta que dinamita con gran sentido del humor la moda de las distopías juveniles, «Los centinelas del tiempo» es al mismo tiempo un homenaje a Ray Bradbury y a Poul Anderson, además de un canto a la lectura difícil de borrar de la memoria. Para el editor de este volumen, cerrar *Mañana todavía* con una obra así es, sencillamente, un honor.

*A Poul Anderson,  
soñador de futuros*

*Tres anillos para las personas que gobiernan al grupo étnico élfico.  
Siete para las personas del grupo étnico que tallan la piedra en  
viviendas también de piedra.  
Nueve para las personas humanas con un destino propio.  
Uno para el Señor imperialista sobre el trono imperialista.  
Un anillo para gobernarlos a todos, un anillo para encontrarlos,  
un anillo para atraerlos a todos y atarlos en algún sitio,  
en la tierra de Mordor donde ocurren cosas injustas.*

Como siempre que Pablo abría la cubierta, en el metapapel apareció el poema con el que empezaba *El señor de los anillos*. Por alguna razón, el dichoso libro se empeñaba en que leyera aquellos versos una y otra vez. Cuando llegó al último, las letras se borraron y se convirtieron en los párrafos de la página donde se había quedado en la última sesión.

228.

Ya estaba muy cerca del final. ¡Menos mal!

Una vez que terminó con la 228, Pablo levantó la hoja de metapapel y la pasó al otro lado. Al hacerlo, tanto la nueva página par como la impar se imprimieron ante sus ojos. El metapapel que había pasado era fluido y se reciclaba a sí mismo, de modo que el número de páginas que había a la izquierda no aumentaba ni el de páginas que quedaban a la derecha disminuía; en realidad, el libro era prácticamente plano.

Las personas expertas en psicopedagogía opinaban que el hecho de pasar páginas, aunque fuesen virtuales, resultaba positivo para la concentración de las personas jóvenes que estudiaban. La disposición mental no era igual que manejando la rolltablet, el móvil o el ebook. Además, añadían: «El ejercicio de mover el apéndice braquial supone un gasto de hasta veintiocho calorías en una hora».

Era viernes, día 359 del año<sup>[2]</sup>. Estaban en AnimaLec, la clase semanal de Animación a la Lectura, dentro del currículo de Comunicación Humana Articulada. Para el compañerado del propio Pablo era simplemente CHA, mientras que su progenitora femenina solía decirle: «Eso ha sido Lengua Española de toda la vida».

Yoni, la persona docente que impartía la asignatura, paseaba entre las filas de mesas con las manos a la espalda y el ceño levemente fruncido que caracterizaba su gesto cuando se aburría, como si el mero hecho de aburrirse ya supusiera un esfuerzo intelectual para él. Curiosamente, a Yoni no se le ocurría leer un libro jamás. Al parecer, ni a él le convencían demasiado los carteles de enormes letras y vivos colores que se alternaban en la pizarra digital y las pantallas laterales para ilustrar la «AnimaLec».

Leyendo mejorarás como persona humana.

Los libros es el mejor aparato de cultura.

La lectura es un espacio de encuentro común en donde se articula y vehiculan las inquietudes colectivas de las personas.

Junto a los eslóganes se veían corros donde personas de ambos géneros y de diferentes grupos étnicos y de edad sonreían agarrándose de las manos. Curiosamente, llevaban a cabo todo tipo de actividades salvo leer.

Al observar que en la pizarra aparecía el cartel que él había dibujado y rotulado, Pablo se distrajo unos segundos.

La lectura, te descubre nuevos mundos.

Sospechaba que no debería haber escrito una coma entre el sujeto y el predicado, pero Yoni se había empeñado. «Claro que ahí va una coma. ¿No ves que esa oración es muy larga? ¡Hay que dejar que el texto respire!», le había dicho.

El libro captó que Pablo estaba apartando las pupilas demasiado a menudo. El texto de la novela desapareció de la página por unos segundos, sustituido por un breve párrafo:

La lectura es una cuestión de concentración. No te distraigas, persona alumna Pablo Colmenero. Te sugerimos que, disfrutes desde la libertad y la responsabilidad de esta apasionante actividad.

¿«Apasionante»? Pablo no habría dicho tanto. Curiosamente, entre los eslóganes que habían redactado para AnimaLec no se encontraba ninguno que afirmara *Leer es divertido*.

Lógico. Por mucho que se empeñaran las personas docentes, leer no era divertido. Ni en broma. ¡Incluso la tele molaba más! Y eso que, desde que se había aprobado la Ley de Libertad Responsable para la Comunicación (Pablo y su compañerado tenían que memorizar todas esas normas en Transición Gradual para la Ciudadanía y la Vida Activa y Autorrealizativa, tres horas a la semana), las series, los programas y las películas de ahora resultaban mucho más aburridos que durante su infancia.

Cuando el libro detectó que Pablo había vuelto a fijar la mirada en sus páginas, el texto original reapareció. Mientras tanto, su persona compañera de mesa, Omar, resoplaba y se frotaba la cara para no dormirse.

Pablo miró de soslayo el libro de Omar.

—¿Has cambiado de novela? —preguntó.

—Sí —respondió Omar—. Pero esta es todavía más...

Sus labios deletrearon «coñazo», pero no se atrevió a pronunciar la palabra en voz alta. Ya lo había hecho un par de veces ese curso, y todos los móviles en menos de

cuatro metros a la redonda habían captado aquella muestra de LEPDE (Lenguaje En Proceso De Erradicación), que para colmo entraba en la categoría de Agresión Sexista. Con dos infracciones más, sus progenitores tendrían que realizar trabajos para la comunidad durante una semana.

—¿Cómo se titula? —preguntó Pablo.

—*Harry Potter y el misterio de la persona de procedencia multicultural*.

—Yo ya lo he leído. Los hay peores.

—Pablo, Omar, concentración y responsabilidad para con las demás personas — dijo Yoni, pasando a su lado.

Pablo volvió a su lectura. Había escogido *El señor de los anillos* porque su progenitor masculino, cuando todavía vivía con él y con su progenitora femenina, le había dicho: «Es una obra maestra. Cuando lo leí de niño, me tiré despierto hasta las cuatro de la madrugada para acabarlo. ¡Y eso que tenía clase al día siguiente!».

Pablo no se imaginaba leyendo aquel tostón ni siquiera hasta la doce de la noche. El mapa del principio, que sugería la promesa de un mundo diferente y emocionante, le había hecho concebir ciertas expectativas. Sin embargo, a la hora de la verdad el argumento no tenía nada de especial. Como en cualquier otro libro de lectura aparecían grupos étnicos diversos, pero todos acababan siendo casi iguales y comportándose de idéntico modo.

El primer grupo étnico del que hablaba la persona autora eran las personas hobbits, que se diferenciaban de las humanas porque andaban descalzas y les crecían matojos de pelos en los pies. Eran vegetarianas, abstemias, y vivían en comunidad con la naturaleza haciendo ejercicio saludable todos los días. Pero eso, al fin y al cabo, lo hacían todas las demás, tanto las personas de las casas de piedra (en ningún momento se explicaba en qué se distinguían de las otras), como las humanas o las élficas (estas tenían las orejas puntiagudas y poco más).

Un poder maligno llamado Sauron pretendía esclavizar a todos los grupos étnicos libres de la Tierra Media. Para lograrlo, había corrompido con propaganda imperialista a otro grupo, el de los orcos, que además eran más violentos por su naturaleza de género, ya que se reproducían por una especie de partenogénesis y entre ellos no se encontraban personas femeninas.

La única forma de evitar que Sauron dominara el mundo era destruir el llamado Anillo Único arrojándolo a un volcán. Con tal objetivo se había organizado una compañía de personas heroicas. La hobbit femenina Froda era la encargada de llevar el Anillo junto con su persona amiga masculina Sam (que no era inferior en clase social a Froda; por alguna razón, el libro hacía mucho hincapié en este punto). La compañía la completaban diversas personas más de diversos grupos étnicos y tendencias sexuales, incluyendo una con poderes especiales llamada Gandalf que cada dos por tres decía: «Lo mejor que he hecho en mi vida ha sido dejar de fumar».

«Verás cuando llegues a las minas de Moria y al Balrog, el monstruo de fuego», le había avisado su progenitor masculino. «¡No sé si pasé más miedo leyendo el libro o viendo la película!».

La película ya no la ponían en la tele, y además era antigua, pero al parecer pronto se iba a estrenar un virturemake. Mientras tanto, Pablo no había encontrado en el libro ni minas ni monstruos de ningún tipo, salvo las «entrañables» personas trolls (así las definía la persona responsable de la autoría). Solo bosques y prados, más bosques, más prados, una persona ecologista llamada Tom Bombadil que vivía en total comunidad con la naturaleza formando una unidad familiar de tres personas con Baya y con Oro, y después más bosques y más prados.

Cuando Pablo empezaba a dar cabezadas, el aviso de cambio de hora lo espabiló. Muchas personas del instituto lo llamaban todavía «timbre». En realidad ya no lo era; un estudio había revelado que el sonido del antiguo timbre incrementaba los niveles de estrés en la comunidad escolar. Lo que se escuchó en cambio fue una melodía seguida por una suave voz femenina: «Apreciadas personas miembros de esta comunidad, en este momento se produce un cambio de período docente. Entramos en el segundo período de ocio responsable en libertad».

«El segundo recreo», tradujo mentalmente Pablo.

Aún no había terminado la locución cuando todo el alumnado de la clase había cerrado ya los libros, que quedaron en las mesas para que los recogiera Yoni.

Pablo se acercó a él; aunque no demasiado. Si bien el profesorado tenía dispensa ante la Ley de Tolerancia Cero contra la Pederastia y la Violencia Ejercida contra la Infancia, que prohibía a cualquier persona adulta no familiar en primer grado aproximarse a menos de dos metros de una persona menor, a Pablo no le agradaba demasiado la cercanía física de nadie.

—¿Me puedo llevar el libro, docente?

—¿Quieres seguir leyéndolo en tu domicilio? —dijo Yoni.

Él mismo había explicado al alumnado que no se debía decir «casa», porque algunas personas habitaban en «casas» y otras en «pisos» más pequeños. No había por qué presuponer nada ni crear estrés por insinuación discriminatoria.

—No —respondió Pablo—. Es que tengo que renovarlo en la biblioteca.

—Muy bien, ve.

Incluso antes de terminar la frase, las pupilas de Yoni se encogieron y su mirada se quedó vacía, como si Pablo hubiera desaparecido de su mente antes que de su vista.

En el pasillo lo esperaba Omar.

—¿Vienes a la cafetería?

—¿Vas a pillarte algo? —preguntó Pablo.

—¿Y qué quieres que me pille allí, un zumo de verduras? —respondió Omar,

apretando los labios como si hubiera mordido un limón con vinagre—. Voy porque en el patio hace un frío de la os.

(A principios de curso no decía «de la os», sino algo con más letras, pero los avisos lo habían convencido de quitar una sílaba a su expresión).

—Luego voy yo, ¿vale? —dijo Pablo—. Ahora tengo que pasar por la biblio.

Omar se encogió de hombros y salió corriendo. Era la manera habitual de trasladarse de las personas estudiantes de 1.º de ESELYR. Eso suponía chocar constantemente contra otras personas alumnas, que las había hasta de dieciocho y diecinueve años, bastantes más que los doce de Pablo. Además, como no era precisamente de las personas más altas de su clase, para él el instituto seguía siendo un país de gigantes y gigantas donde le propinaban empujones y codazos por cualquier lado.

Como bien comentaba Omar, en el patio hacía mucho frío. Para entrar en calor, Pablo bajó a la carrera las escaleras que llevaban al pabellón de administración y a la biblioteca, un edificio rectangular de ladrillo rojo.

En el interior, las paredes estaban plagadas de carteles que anunciaban todo tipo de talleres, feminarios y miniperformances culturosociales. También había ilustraciones multiculturales en las que se podía ver, entre otras cosas, a personas de la tercera edad y de diversos grupos étnicos dedicándose a actividades físicas tan exigentes como escalar, jugar al baloncesto o saltar desde un trampolín. Pablo no se podía imaginar a ninguno de sus preprogenitores realizando tales esfuerzos, y menos con las sonrisas tan plácidas que mostraban los dibujos. Pero las normas del departamento de Plástica Integradora dejaban bien claro que no se podían dibujar carteles que reflejaran estereotipos: para la tercera edad, nada de golf, pesca, paseos o siestas delante de la tele.

Entre los carteles había algunas estanterías. Los libros se hallaban puestos de frente para que se apreciaran bien las portadas, diseñadas en colores no menos llamativos que las ilustraciones de las paredes. Según alardeaba otro letrado subrayado con una enorme sonrisa fluorescente, la biblioteca del instituto albergaba nada menos que quinientos volúmenes. «¿Será capaz alguien de leer tanto en toda su vida?», se dijo Pablo.

—¿Me lo puedes renovar? —preguntó a la persona docente encargada de la biblioteca en aquel momento.

La persona femenina en cuestión, que acababa de salir de un reservado, emitió una especie de gorjeo que sonó parecido a «¡Ahora no puedo!». Tras añadir algunos detalles innecesarios sobre sus funciones intestinales, abandonó la biblioteca con pasitos rápidos y cortos.

Aunque Pablo no daba clase con ella, la conocía: se llamaba Alicia, impartía Economía de las Personas Emprendedoras y tenía fama de ser una de las docentes



con personalidad más disfuncional del instituto. Prisa debía llevar, sin duda, porque se había dejado entornada la puerta del reservado que siempre se cerraba con llave; una llave de las antiguas, por otra parte, no de tarjeta ni palma.

Pablo observó a su alrededor. En otro momento habría encontrado a más alumnado allí, quince o veinte personas estudiando. Pero se acababan de terminar las pruebas evaluativas de rendimiento<sup>[3]</sup> correspondientes al Solsticio Invernal, de modo que únicamente había dos personas alumnas femeninas sentadas en un rincón, cerca de los radiadores. Eran mayores y estéticamente bastante compensadas; tanto que no se fijarían en la vida en un renacuajo como él.

Por suerte, porque él sí que se había quedado embobado mirándolas. Cuando se dio cuenta de que su conducta podía interpretarse como hostigamiento sexista, apartó los ojos.

Al hacerlo volvió a ver el resquicio abierto tras la puerta del reservado.

«¿Qué habrá al otro lado?», se preguntó, poniendo la mano en el picaporte. El folio pegado con papel celo sobre la puerta verde avisaba tajante: «NO PASAR. Solo profesorado y personal administrativo».

Él no era de natural desobediente, pero aquel reservado lo reclamaba con un embrujo irresistible. Volvió a mirar a las personas femeninas y comprobó que seguían enfrascadas en su conversación. Sin saber muy bien por qué, empujó la puerta con el hombro, se coló rápidamente y la volvió a entornar.

Al otro lado había una sala rectangular de unos cuatro o cinco metros de longitud, sin ventanas. En las paredes se alineaban dos estanterías de metal, y en el centro se alzaba una tercera que dividía la estancia en dos pasillos. El contenido de los anaqueles era poco emocionante: archivadores y más archivadores, algunos de pie y otros tumbados, y también bastantes baldas vacías.

Pablo recorrió el pasillo de la izquierda un tanto decepcionado. ¿Para eso un cartel que prohibía el paso? Sin embargo, al acercarse al fondo descubrió algo que hasta ahora había permanecido oculto tras la estantería central. Había una trampilla en el suelo, ¡y estaba levantada!

Pablo retrocedió y se asomó por el resquicio de la puerta. De momento, la persona encargada no parecía haber solucionado sus dificultades intestinales. «Vamos a explorar», pensó, y volvió a acercarse de puntillas a la trampilla. De ella partían unos peldaños de metal que bajaban a otra sala.

Aquello parecía más interesante que el cuarto donde se encontraba ahora. Pablo emprendió el descenso, conteniendo la respiración y con el corazón acelerado. El subterráneo era otra biblioteca, ocupada por varias filas de estanterías de madera que se perdían a los lados y ocultaban las paredes y el verdadero tamaño de la estancia. Esta no se hallaba iluminada por leds, sino por largos tubos fluorescentes. Más de la mitad estaban apagados, por lo que reinaba una penumbra inquietante. Cuando era

pequeño, la oscuridad lo fascinaba y asustaba a partes iguales. Más tarde, en la escuela, habían tratado de extirparle esas sensaciones. «Las asociaciones entre el color negro y los conceptos negativos son pautas forzadas en tiempos caducos por voces masculinas, blancas y occidentales», le habían explicado.

Pese a esas palabras, Pablo seguía sintiendo un temor morboso por la oscuridad.

Al llegar abajo perdió perspectiva, porque las estanterías medían más de dos metros de altura y le obstaculizaban la visión. Hacía frío; tanto, que su aliento se condensaba en nubecillas de humo, y olía a amoníaco y otros productos de limpieza.

Recorrió el primer pasillo, acariciando los anaqueles con los dedos. En contra de lo que habría imaginado, estaban tan limpios que no se le adhirió ni una sola mota de polvo en las yemas. Pero lo que más le llamó la atención fue lo que contenían.

¡Libros de verdad, no de metapapel! Muchos de ellos eran bastante voluminosos, algunos con lomos de más de tres dedos de grosor, e incluso como la palma de la mano. Abrió al azar uno, *Los papeles del club Pickwick* de un tal Charles Dickens, y comprobó que tenía más de mil páginas. ¡Cualquiera se leía eso! *El señor de los anillos* era uno de los libros más largos que le habían ofrecido a Pablo para leer, y no llegaba a trescientas.

Se preguntó si tendrían *El señor de los anillos* en papel. ¿Cómo averiguarlo?

En los bordes de los anaqueles había etiquetas adhesivas. «Literatura general inglesa», rezaba la más cercana. Pablo siguió avanzando mientras miraba a ambos lados del angosto pasillo. «Literatura general francesa», «Literatura general portuguesa»...

«Fantasía y ciencia ficción». ¡Eso prometía!

Recorrió con los dedos los lomos de los libros. Por lo general, en esta sección los colores eran más vivos que los que había visto en literatura general (fuese esto último lo que fuese), y parecía haber muchas series de tres títulos e incluso más. *Los guardianes del tiempo*, de Poul Anderson. *Lyonese*, de Jack Vance. *Leyendas de la Dragonlance*, *La tierra multicolor*... Había una saga de tomos muy gruesos titulada *Canción de fuego y hielo*. Después del sexto volumen quedaba un hueco amplio. ¿Alguien se había llevado un libro de allí o simplemente sobraba sitio?

Por fin encontró lo que buscaba: una versión en papel de *El señor de los anillos*. ¡Caramba, qué gorda era! Al abrir el libro comprobó que sobrepasaba las mil páginas, impresas con letras que parecían hormigas.

«Qué cosa más primitiva», pensó. ¿De dónde había sacado la persona autora material para rellenar tantas páginas? ¿Había introducido más escenas de prados y bosques hasta destruir el maldito anillo?

Al principio del libro se hallaba el poema. Cuando lo leyó, Pablo se llevó una sorpresa mayúscula.

*Tres anillos para los reyes elfos bajo el cielo.  
Siete para los señores enanos en palacios de piedra.  
Nueve para los hombres mortales condenados a morir.  
Uno para el Señor Oscuro sobre el trono oscuro,  
en la tierra de Mordor donde se extienden las sombras...*

¿Reyes elfos? ¿Cómo podía ser que un grupo étnico se dejara gobernar por un régimen tan retrógrado? Enanos habitando en moradas de piedra... Pero «enano» era un insulto grave, una de esas palabras en Proceso De Erradicación. ¡Menos mal que no le había dado por leer los versos en voz alta, porque su propio móvil lo habría delatado! Y lo de los hombres mortales... ¿Acaso no había mujeres entre ese grupo étnico, o es que la persona autora las había invisibilizado a propósito para cosificarlas?

Pablo pasó páginas, leyó aquí y allá y eso le bastó para descubrir que aquel libro no tenía nada que ver con el que estaba usando en AnimaLec. Sintió un escalofrío. Aquella novela prometía encerrar mucho más; amenazas oscuras (sí, la oscuridad aparecía por todas partes y era chungu), temores inciertos de los que siempre se le había protegido. Por otra parte, en su estremecimiento se mezclaba algo de revulsión. El lenguaje en que estaba escrito el libro contradecía una línea sí y otra también todos los principios que le habían inculcado.

En cualquier caso, aquel tomo tan gordo prometía ser infinitamente más interesante que la versión de AnimaLec. Pablo pensó en llevárselo, pero se había dejado en clase la mochila donde traía el bocadillo para el primer recreo, y el libro era demasiado voluminoso para esconderlo debajo de la ropa.

El bolsillo derecho de Pablo se iluminó. Sacó el móvil y comprobó que había recibido un aviso por la red del instituto:

Persona alumna Pablo Colmenero se ha observado que no estás en la clase correspondiente a tu horario.

Aunque el mensaje proseguía con una enumeración de las normas que se estaba saltando, Pablo no leyó la continuación. Allí abajo no había oído el timbre, pero por la hora que era debía de haber sonado hacía más de cinco minutos. Tendría que encontrarse ahora en clase de Memoria en Libertad. ¡Menos mal! La persona que la impartía, Luisa, era bastante maja. Con un poco de suerte no le impondría una sanción.

Dejó *El señor de los anillos* en su sitio. Pero se había apoderado de él el gusanillo de lo prohibido, así que miró en derredor buscando algún otro libro que pudiera esconder bajo el impermeable.

Colocado sobre una serie de libros larguísima, *La rueda del tiempo*, encontró un

volumen tan pequeño que abultaba poco más que un móvil. Pablo lo cogió. Era un libro muy viejo, encuadernado en marrón. Las tapas eran flexibles y, cuando Pablo las olió, comprobó que eran de cuero. ¿A quién se le podía ocurrir usar la piel de un pobre animal para eso?

—¿Qué haces tú aquí, amiguete?

Al oír la voz y sentir una mano en su hombro, Pablo dio un respingo. Por puro reflejo se guardó el librito en el bolsillo delantero del vaquero, y solo después se dio la vuelta.

Frente a él se alzaba una persona masculina, alta y de edad tan avanzada que podría haber sido uno de sus preprogenitores. Llevaba una bufanda gris y un abrigo raído; de uno de los bolsillos laterales salía un plumero y del otro, el mismo en el que tenía metida la mano izquierda, un trapo blanco. Estaba tan delgado que su rostro era todo ojos y pómulos, tenía el cráneo calvo y cubierto de manchas marrones y de las sienes le caían guedejas de cabello gris. Por su gesto, Pablo habría jurado que poseía una personalidad disfuncional. Además, se había atrevido a tocarlo y después no había retrocedido a la distancia de seguridad antipederástica de dos metros.

—Vaya, vaya —dijo la persona desconocida—. Lo nunca visto. ¡Un malandrín de estos tiempos estúpidos en una catacumba del antiguo saber! ¿Vas a decirme qué haces aquí o te ha comido la lengua un gato?

—Yo... Quería ir al servicio y me he perdido...

—Desde luego que te has perdido, mi joven padawan.

¿Padawan? ¿Qué palabra era esa? ¿Lenguaje erradicado?

—Ahora yo... me tengo que ir a clase —dijo Pablo, reculando lentamente.

—¿A clase? Harías mucho mejor quedándote aquí en lugar de meterte en esa lavadora de cerebros. —La persona desconocida hizo un gesto con el brazo derecho, como si quisiera abarcar toda la biblioteca subterránea—. Cualquiera de estos libros, elegido al azar, incluso el más vacuo de ellos, puede enseñarte mucho más que toda esa basura con la que os están adoctrinando.

Pablo no acababa de entender las palabras de aquella persona de avanzada edad, pero cada vez se estaba poniendo más nervioso. Cuando juzgó que se hallaba lejos del alcance de sus manos, se dio la vuelta y corrió hacia la escalera. Subió los peldaños de dos en dos tan rápido que al llegar a la sala de arriba casi se tragó la estantería central. La esquivó con un quiebro y siguió corriendo hacia la puerta verde.

¡Cerrada! Pablo agarró el picaporte y trató de bajarlo, pero la encargada debía de haber vuelto y había echado la llave. ¡Estaba atrapado con aquella persona desconocida y disfuncional!

—¿Buscas esto?

Se dio la vuelta, pegando la espalda a la puerta como si lo hubieran acorralado en un callejón y quisiera fundirse con la pared. La persona desconocida lo había seguido

más rápido de lo que cabría suponer en alguien de avanzada edad (aunque esa suposición había sido seguramente un prejuicio generacional por su parte).

—¿Qué? —preguntó Pablo, jadeando.

—Esto.

La persona desconocida sacó una llave de su bolsillo derecho. Era de las de antes, de metal dorado y con dientes. La persona desconocida apartó a Pablo con la mano, saltándose de nuevo cualquier norma, e introdujo la llave en la cerradura. Después se dio la vuelta y se dirigió a la trampilla.

—Cierra al salir, rapaz —dijo sin darse la vuelta. En ningún momento había sacado la mano izquierda del bolsillo, lo que hizo a Pablo pensar que debía de tenerla paralizada.

Pablo no tenía costumbre de usar aquel tipo de llave; al girarla se equivocó e introdujo otros dos centímetros de pestillo en el hueco correspondiente. Rectificó rápidamente, consiguió abrir la puerta y asomó la cabeza.

Había otra persona masculina atendiendo la biblioteca en aquel momento, pero se hallaba de espaldas, ordenando libros. (Bueno, ahora que Pablo había visto libros de verdad, ya sabía que lo que aquel docente estaba colocando solo podía recibir el nombre de «falsolibros»). Pablo salió de puntillas, cerró la puerta con mucho cuidado y después, obedeciendo la orden de la persona desconocida, echó el cerrojo.

Sólo entonces comprendió que no podía devolverle la llave; para eso tendría que volver a entrar, salir y dejar la puerta abierta. Perplejo, se quedó mirando aquel objeto dorado que no tenía más remedio que guardar como una carga. Por un instante le pareció que encerraba tanto poder y tanto peligro como el anillo único que buscaba Sauron.

«Bobadas», pensó luego, y se metió la llave en el bolsillo trasero del pantalón.

El patio estaba desierto, salvo por dos personas con capacidades mentales diferentes que barrían las hojas caídas. Pablo subió corriendo la escalinata de piedra y entró en el pabellón 1, donde se encontraba su aula. La conserja que estaba sentada en su habitáculo de aluminio bajo el hueco de las escaleras lo miró con gesto reprobatorio, mientras él consultaba su móvil y comprobaba que ya llegaba más de diez minutos tarde.

—¿Puedo pasar? —preguntó Pablo después de llamar a la puerta.

Luisa, de pie delante de la pizarra digital, se dio la vuelta hacia él y preguntó:

—¿Qué te ha pasado, Pablo?

—Es que... tenía que ir al servicio porque... —Pablo se aturulló y, por el calor que sentía en las mejillas, se dio cuenta de que se estaba poniendo colorado como un tomate. Las personas del compañerado, sobre todo las femeninas, se daban codazos y soltaban risitas por su apuro.

—Da igual. Siéntate, anda —respondió Luisa, con una sonrisa divertida. Tenía ya

bastantes años (más de cuarenta, seguro, lo que para una persona adolescente como Pablo equivalía a la antesala de la ancianidad) y las caderas anchas, pero con aquellos ojos tan grandes y oscuros tenía que haber sido guapa de joven, o así le parecía a Pablo.

Al llegar a su silla, Pablo se dio cuenta de que todavía tenía el librito de piel en el bolsillo. Le molestaba para sentarse, así que lo sacó a toda prisa y lo dejó en la mochila, que había dejado al lado de la silla.

—¿Qué llevas ahí? —susurró Omar.

—Nada —respondió Pablo. Pero después no pudo evitarlo y añadió—: Un libro. Un libro de verdad.

—¡Qué rollo! Mira que eres raro.

La pantalla del móvil de Omar se encendió. Como estaba en el centro de la mesa, Pablo pudo leer:

Aviso. Comentario crítico despectivo hacia otra persona de la comunidad educativa. Penalización de un crédito menos en la hoja de convivencia y valores en igualdad y libertad.

Por toda respuesta, Omar le dio la vuelta al teléfono.

El móvil avisó a Luisa de que después de las clases tenía una reunión del CRP, el Consejo Representativo Pedagógico del instituto. Lo suficiente para agriarle más el humor, después de haber tenido que impartir Memoria en Libertad a los alumnos de primero. Hoy le había tocado explicar historia del siglo xx. La Revolución Iraní. Aunque superaba sus fuerzas, no le quedaba más remedio que cumplir el programa, así que había dejado que el propio manual se encargara de la locución. Mientras se veían vídeos de multitudes manifestándose en las calles de Teherán, y después grupos de mujeres con pañuelos en la cabeza, el lector automático iba recitando:

La Revolución Iraní de 1979 significó una gran ganancia para las mujeres, en contra de lo que sostenía el pensamiento único machista y occidental. Creó nuevas oportunidades de trabajo para las personas femeninas, ya que solo ellas podían diseñar y coser ropa femenina, y además solo ellas podían impartir clase en las escuelas femeninas. Gracias a la Revolución, volvieron a adoptar voluntariamente el vestuario tradicional, y pudieron librarse de la imitación impuesta de los estereotipos culturales occidentales que las obligaba a vestirse para las personas masculinas...

Por supuesto, nada de imágenes de ejecuciones públicas, ni de homosexuales ahorcados por el puro hecho de serlo. En nombre de la diversidad cultural había que silenciar todo eso. ¿Quién era alguien como Luisa para juzgar con la típica arrogancia occidental los parámetros de otra cultura? En teoría podría haberlo hecho, pues seguía existiendo la libertad de enseñanza (llamada «de cátedra» en tiempos rancios y clasistas). Pero había tantos párrafos y subpárrafos de excepciones a dicha libertad

que Luisa había descubierto hacía tiempo que lo mejor para no meterse en líos era limitarse a seguir el programa presentando el perfil más bajo posible.

Dentro de la sala de profesorado ya estaban los demás miembros del Consejo, la mayoría de ellos coordinadores de departamento<sup>[4]</sup>. En la cabecera de la larga mesa ovalada se sentaba Imelda, la directora. Coetánea de Luisa, era una de las pocas personas que, como ella, había estudiado en ese mismo instituto.

En teoría, Imelda presidía el Consejo. Pero los dos verdaderos dominadores de las reuniones ocupaban extremos opuestos de la larga mesa ovalada. Frente a la directora, como una especie de antipresidente, se sentaba Eric, coordinador del Departamento de Formación Ciudadana y Personal Integral, o FCPI (antigua «Filosofía»). Siempre tenía en la boca expresiones como «metanarrativa», «narratología», «metaimaginario colectivo» y «deconstruir».

A la derecha de la directora, entre ella y la secretaria que tomaba nota de todo lo que se hablaba para redactar el acta, se encontraba Arantxa, la Técnica de Igualdad. Con treinta años, era la persona más poderosa del centro.

¿Cuál era su currículum? Arantxa había terminado la ESO cuando se llamaba así, antes de que la palabra «obligatoria» de la O sonara demasiado coercitiva y el nombre se sustituyera por ESELYR, «Enseñanza Secundaria en Libertad y Responsabilidad». Después intentó aprobar Bachillerato (que ahora, curiosamente, era la ESO, con O de Optativa). Aquello se le atragantó tanto por Ciencias como por Letras: se le daban igualmente mal las Matemáticas como el Latín y el Griego. Con diecinueve años se había presentado a una prueba de acceso para estudiar Promoción de Igualdad de Género. Tras sacar adelante los dos cursos, *voilà!*, Arantxa se había convertido en la auténtica dueña del instituto, en la persona que decidía qué podían escribir, enseñar, opinar e incluso pensar todos los demás, por muchas carreras o doctorados que hubiesen estudiado.

Arantxa se dio cuenta de que Luisa la observaba y la miró. Su boca se curvó en una sonrisa que se limitaba a las comisuras, formando el perfil de una sartén. Su rostro ancho y de piel de porcelana podría haber resultado atractivo si mostrara alguna expresión humana. Sin embargo, aparentaba estar más allá del bien y del mal y de cualquier emoción, y sus ojos azules resultaban más gélidos e inquietantes que otra cosa.

Tras la lectura del acta de la sesión anterior, la directora dijo:

—El primer punto, a propuesta del Departamento de Igualdad, es la introducción del nuevo factor corrector en las calificaciones.

Imelda levantó un momento la vista de su rolltablet y su mirada se cruzó con la de Luisa. Esta creyó ver algo de culpabilidad en el gesto de su antigua compañera, que carraspeó antes de proseguir.

—Como medida de acción positiva, las calificaciones de las personas estudiantes

femeninas se multiplicarán por un factor corrector de 1,2.

Hubo un instante de silencio mientras todos (y todas) se miraban entre sí. Por fin, quien saltó fue Rufino, coordinador de Matemáticas. Era uno de los pocos departamentos que conservaba su nombre, aunque ya se estaban proponiendo alternativas como Códigos Numéricos, Comunicación y Simbología no Literaria y denominaciones de semejante jaez. Rufino era un hombre alto y corpulento, con una espesa mata de pelo casi blanco que se peinaba hacia atrás y una voz tan ronca y potente que de por sí parecía una ofensiva intrusión sexista.

—¿Por qué? ¡Si las chicas ya sacan notas más altas que los chicos!

—Matemáticas, por favor —dijo Arantxa. Siempre se dirigía a los miembros del Consejo utilizando el nombre del departamento—. Ese lenguaje es inapropiado.

—Está bien. Pues las personas femeninas sacan notas más altas que las masculinas, y podemos comprobarlo con cualquier estadística.

—Eso está fuera de cuestión —respondió Arantxa—. Ellas siguen arrastrando siglos de sumisión que deben ser compensados para alcanzar la verdadera igualdad que una sociedad justa y libre requiere. Además, la Dirección no ha terminado de hablar.

Imelda carraspeó.

—Es cierto. También se propone el mismo factor corrector para todos los miembros de minorías que...

—Por favor, Dirección —intervino de nuevo Arantxa—. Sabes que ese término es desaconsejable.

Luisa torció el gesto y miró su propia rolltablet. El archivo de palabras «desaconsejadas» (o sea, prohibidas) incluía más de tres mil términos entre sustantivos, adjetivos y locuciones, y su número no dejaba de aumentar. Ahora la lista se había abierto al escuchar a la directora, subrayando en letra más gruesa (antes «negrita»):

Minoría: no debe utilizarse por tratarse de una referencia ofensiva a las diferencias culturales. En su lugar se debe usar...

—... miembros de grupos que históricamente no han tenido suficiente representación —recitó Arantxa sin consultar su propia rolltablet. La misma memoria que le fallaba cuando cursaba Bachillerato con Luisa le funcionaba ahora de maravilla para recordar aquella engorrosa y sesquipedálica terminología que crecía como un tumor incontrolable.

—Eso quería decir. Disculpadme, por favor —dijo la directora—. Se propone la introducción de ese coeficiente corrector, como he dicho, para todos esos grupos desfavorecidos.

Luisa no pudo evitar intervenir.



—¿Eso significa que si una persona estudiante femenina es además afroafricana, siente atracción por su propio género y posee capacidades psicomotrices diferentes, su nota se multiplicará por 1,2 hasta cuatro veces?

En el pasado habría pronunciado todos esos términos con sarcasmo, pero de un tiempo a esta parte brotaban de su boca con perfecta normalidad.

—Efectivamente —contestó Arantxa—. La discriminación a la que tu hipotética persona femenina ha sufrido históricamente son de tal nivel que deben ser compensadas para restablecer el equilibrio.

Dejando aparte la inconexa sintaxis de Arantxa, ¿cómo podía hablar de esa «discriminación histórica» cuando se refería a una alumna de trece o catorce años? A Luisa le parecía que esa medida supuestamente positiva era claramente negativa para los perjudicados, personas concretas y reales que vivían en el tiempo presente, pero optó por morderse la lengua.

Quien no lo hizo fue Rufino. Demostrando su agilidad para el cálculo mental, dijo:

—O sea, que si esa hipotética persona saca un 10 en Matemáticas, yo tendré que ponerle un 20,7.

Arantxa frunció el ceño, perpleja.

—No lo había concretizado tanto, pero... —Tras teclear unos segundos en la pantalla de su rolltablet, añadió—: Sí, en esa hipótesis de estudio, estás en lo correcto.

Los miembros del Consejo cruzaron miradas. Era evidente que a todos se les antojaba excesivo. María, del Departamento de Programación Neurolingüística, propuso reducir el coeficiente de forma progresiva, de modo que si una persona pertenecía a cuatro minorías (no, minorías no: «grupos que históricamente bla, bla, bla...») su nota se multiplicaría primero por 1,2, luego por 1,15 y así sucesivamente.

Mientras la sugerencia de María se votaba y aprobaba, Luisa observó el gesto tranquilo de Arantxa, y sus miradas volvieron a entrecruzarse.

«¿Te acuerdas de que en el pasado tú tenías poder sobre mí?», parecía decir la sonrisa autosuficiente de Arantxa. «Ahora yo tengo la sartén por el mango».

¿Una mujer con la sartén por el mango? «No me hagas decir eso de mí misma», la advirtió su Arantxa mental. «Es un estereotipo sexista».

—Muy bien —dijo la directora—. Queda aprobada la propuesta. Pasamos a...

—Pido perdón por interrumpir a la Dirección —dijo Arantxa—. Pero quiero recordaros el apartado 5.2 de la Orden Ministerial para Políticas Educativas de Igualdad.

Aunque todos conocían de memoria aquel apartado, Arantxa se empeñó en recitarlo de nuevo. En resumen, el Departamento de Igualdad (ella) poseía el derecho de veto sobre cualquier decisión que afectara a las políticas de igualdad. De modo

que la moción tuvo que aprobarse tal como la había propuesto ella, con un factor corrector de 1,2.

«¿Por qué no lo has dicho antes de la votación y nos habrías ahorrado tiempo, zorra?», pensó Luisa, deleitándose en las reverberaciones de la palabra «zorra» dentro de sus neuronas.

El Consejo siguió tratando otros asuntos. Desde un punto de vista meramente informativo (eso dependía del Comité Económico), la directora comunicó que la semana siguiente cerraría la cafetería.

—¡Es la tercera vez este año! —se quejó Barragán, del Departamento de Cultura de Colectivos de Lengua Inglesa.

—Dicen las personas de la contrata que no ganan bastante dinero para cubrir los gastos —explicó Imelda.

«¿Y qué esperabais?», pensó Luisa. Mucho tiempo atrás había dejado de servirse alcohol en los bares de los centros. Pero después les había llegado el turno al café, a los sobrecillos de azúcar, a la bollería industrial, a las gominolas y otras «chuches», a los bocadillos con contenido alto en colesterol, a los bocadillos de pan amasado con harina refinada, a los bocadillos en general... Ni la Coca-Cola light se había salvado, porque su sabor dulce maleducaba las papilas gustativas de los jóvenes y los convertía en futuras víctimas de la adicción a los carbohidratos. En la cafetería se podía consumir poco más que agua mineral, descafeinados y zumos vegetales con saborizantes amargos para adiestrar las papilas gustativas.

—Ya que hemos introducido ese tema —dijo Arantxa—, aunque no se encuentre en la agenda de hoy, querría plantear otra cuestión que hemos estado meditando y que querría presentar a los miembros y miembros del Consejo para su consideración.

Todos levantaron la mirada hacia ella. El único que no lo hizo fue Rufino, que estaba tecleando algo en su rolltablet.

La pantalla de Luisa se iluminó de pronto, y en su ventana de mensajería apareció un globo de aviso:

Una persona te ha enviado un Formulario de Solicitud de Relación Afectiva, modalidad Transitoria. Deseas abrirlo?

Al levantar la mirada, vio que Rufino la estaba observando con una sonrisilla. Luisa bajó los ojos y enrojeció un poco. En otros tiempos, cuando Rufino era el Macho Alfa del instituto, quizá se habría sentido halagada si él hubiese intentado ligar con ella. Por supuesto, ni la palabra ni el concepto «ligar» se utilizaban ya. Una simple invitación para tomar un café podía considerarse acoso sexual, de modo que se habían creado aquellos formularios que se sellaban con firma electrónica y que estipulaban todo tipo de detalles concretos para evitar equívocos.

Pero Luisa no se hallaba de ánimos para aventuras sexuales ni sentimentales. Ya

habían pasado cinco años de su ruptura con Julio. Más que dolida, se sentía desganada; y, en cualquier caso, Rufino no era su tipo.

—... con el alcohol.

Se había distraído por unos minutos. Solo ahora se dio cuenta de lo que proponía Arantxa. Una vez que el consumo de tabaco había sido prácticamente erradicado, los departamentos de Igualdad, de Ciencia Alternativa y de Salud en Libertad proponían que todos los miembros (y miembros, *of course*) del instituto se sumaran a la campaña estatal de Tolerancia Cero con el Alcohol.

—¡Pero si ya hace tiempo que no se puede uno tomar ni una caña en el instituto! —protestó Rufino—. Ni siquiera se puede beber fuera de él en días de diario. ¿Es que queréis fastidiarnos también los fines de semana?

Desde hacía dos años, en todos los centros educativos el personal de Salud en Libertad podía hacer controles de alcoholemia a los profesores en horario escolar. Cualquier contenido, por mínimo que fuese (los aparatos eran tan sensibles que bastaba con haber tomado un par de copas de vino en la cena para dar positivo), significaba un mes de suspensión de empleo y sueldo por dar clase en estado de intoxicación etílica.

—Con el alcohol, como con la violencia, no hay término medio —respondió Arantxa—. Tolerancia cero con la violencia, tolerancia cero con el alcohol.

«Cómo nos gusta en estos tiempos tan supuestamente tolerantes hablar de “tolerancia cero”», pensó Luisa. No es que se sintiera sorprendida. Culminada la cruzada contra el tabaco, los abanderados de la moral y la salud públicas no podían descansar sin emprender otra.

—Que yo sepa, el alcohol es legal en este país —dijo Rufino—. Cuando se vote una ley seca, ya veremos.

—Todo se andará —intervino Eric—. En su momento.

—Estoy de acuerdo con FCPI —dijo Arantxa—. Por ahora, mientras ese momento llega, este centro educativo quiere dar ejemplo emprendiendo la lucha contra esa lacra social. Las personas docentes son uno de los principales modelos de la juventud, por lo que la conducta que siguen en su vida privada ocasiona repercusiones en el alumnado.

—Vida privada —intervino Rufino—. Tú lo has dicho. ¡Privada!

—La docencia es una actividad integral de la persona, y la responsabilidad libre de un docente se extiende a las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana. Por eso, desde la responsabilidad, creemos que somos las primeras y los primeros que debemos abrir este nuevo camino.

—¡Ya no nos dejas ni venir en coche al instituto, porque el alumnado no puede conducir y eso le discrimina y atenta contra la igualdad de grupos de edad! —exclamó Rufino—. ¡Tampoco nos permites tomar unas cañas en un día de diario y

ahora nos las quieres quitar de los fines de semana!

—Cálmate, Matemáticas —dijo Arantxa sin perder aquella sonrisa de caimán—. No hay por qué alterarse pudiendo discutir desde la responsabilidad.

—¡No me da la gana calmarme! ¿Y qué vas a hacer cuando nos prohíbas beber? ¿Nos vas a convertir a todos en vegetarianos?

—Ese lenguaje es ofensivo y sexista, Rufino —saltó Eric—. Sabemos que eres un residuo del viejo sistema patriarcal, pero no nos lo recuerdes a cada momento.

—¿Qué demonios he dicho que sea sexista?

Luisa lo sabía, pero comprendía que alguien como Rufino no podía tener el chip mental preparado para alternar sistemáticamente masculinos y femeninos cuando no podía recurrir a términos genéricos como «alumnado», «infancia» o «ciudadanía».

—Deberías saberlo —respondió Eric—. Has dicho «todos» y «vegetarianos». Cuando te diriges a un colectivo intergenérico como este exclusivamente con términos masculinos, estás invisibilizando a las personas femeninas presentes, y al invisibilizarlas niegas su existencia, las conviertes en no-personas y por lo tanto, al cosificarlas, te haces cómplice y partícipe de la violencia estructural que permite asesinarlas desde tiempos inmemoriales.

¡Plam!

Todos dieron un respingo en sus asientos. Rufino acababa de golpear la mesa con la palma de su enorme manaza. Poniéndose en pie rojo de ira, señaló a Eric con el dedo.

—¿Quieres oír algo violento y sexista de verdad, mamarracho?

—Dímelo, Rufino —contestó Eric, retrepándose en el asiento—. Estaré encantado de escucharlo.

—¡Eres un...! ¡Un...!

Por fin, Rufino comprendió que cualquier palabra que pudiera proferir solo empeoraría su situación, de modo que recogió su rolltablet y salió de la sala en cuatro zancadas. Arantxa lo siguió con la mirada, y en su rostro de porcelana asomó una sonrisa tenue como una pincelada de acuarela. Luisa se temía lo que significaba aquella sonrisa: Rufino iba a pagar cara la cuenta de aquel estallido.

Sin Rufino, la discusión sobre la lucha contra el alcohol languideció. La directora recordó que simplemente se trataba de una propuesta para considerarla en el futuro y pasó al último punto del orden del día.

Que era el que más preocupaba a Luisa.

—La biblioteca —dijo Imelda—. La propuesta es del Departamento de FCPI. Eric, por favor...

Luisa captó la mirada de complicidad entre Arantxa y Eric. ¿Habrían intercambiado formularios primero y fluidos después? Más de uno lo barruntaba, pero nadie tenía redaños a comentarlo en voz alta. Desde luego, en las reuniones

funcionaban en sincronía como una perfecta unidad.

—En sí no se trata de la biblioteca —dijo Eric—, sino de la sala que hay debajo, donde se almacenan los antiguos fondos de libros. Es un espacio desaprovechado.

—Pero si no es más que un sótano, Eric. —Imelda trató de aligerar el tono de la discusión—. ¿Qué podríamos hacer ahí abajo? ¿Poner una bodega para fabricar cerveza? ¡Sin alcohol, por supuesto!

Se oyeron unas cuantas risas nerviosas.

—Lo que más me importa no es tanto el espacio como el gasto —respondió Eric, haciendo caso omiso de la broma de Imelda.

«¿Qué gasto?», se preguntó Luisa. Allí abajo había tan solo un radiador eléctrico. La última vez que entró en aquella especie de catacumba, vio que el pobre Torbado iba abrigado con gabardina y bufanda mientras se dedicaba a limpiar los libros y las estanterías con agua y amoníaco.

Debía de notarse mucho que tenía ganas de replicar a Eric, porque en su rolltablet apareció un mensaje de Imelda:

No digas nada, Luisa. Puede ser peor para él.

Ambas sabían que podían meterse en un buen lío por tener a Torbado trabajando allí abajo. El antiguo profesor de Latín y Griego había perdido su puesto como docente poco después de que las asignaturas que impartía desaparecieran del currículo. Al fin y al cabo, ¿qué interés tenía estudiar la lengua y costumbres de unos machistas como los griegos y unos imperialistas como los romanos? ¿Para qué aprender los fundamentos de la civilización occidental, perpetuadora de modelos de dominación, que había producido los ideales del hombre blanco, «el cáncer de la historia humana»<sup>[5]</sup>?

Pero a Torbado no lo habían expulsado por eso, sino por pederastia; una acusación tan grave que le había hecho perder de un plumazo todos sus años de antigüedad como funcionario. Llegado a la edad de la jubilación, se había encontrado sin tan siquiera una pensión, subsistiendo únicamente con la renta mínima de inclusión social. Imelda y Luisa, antiguas alumnas suyas, se habían compadecido de él y habían decidido incluirlo en el Programa de Posjubilación Saludable y Activa, un eufemismo para referirse a tantos viejos que se veían obligados a trabajar de nuevo porque sus pensiones habían quedado tan reducidas que debían complementar sus ingresos de alguna otra forma.

Con setenta y ocho años, Torbado, en tiempos escritor de cierto éxito, se dedicaba a limpiar en el instituto a cambio de setecientos euros al mes que la directora colaba dentro de la partida de gastos de mantenimiento. Durante las horas lectivas se quedaba confinado en la biblioteca, que conservaba como una patena, y cuando los alumnos se marchaban del centro se encargaba de fregar los lavabos del pabellón 2.

Un arreglo harto irregular que podía acarrearle más de un dolor de cabeza a la directora. Y también a la propia Luisa por su complicidad.

«¡El pobre hombre es tan feliz en su biblioteca!», pensó. Se lo habían quitado todo: su carrera literaria, su trabajo... ¿Por qué no dejarlo tranquilo en aquel sótano, encerrado con libros que ya nadie leía?

Por razones económicas. Al menos, según Eric.

—He hecho un cálculo basándome en el número de volúmenes de esos fondos caducos —explicó—. Vendiendo ese papel para su reciclaje podríamos obtener cerca de dos mil euros.

—¿Y por qué no los utilizamos mejor para actividades medioambientales propias? —intervino Gonzalo, de Naturaleza Sostenible (fusión de Física y Química con Ciencias Naturales)—. Reciclandolos nosotros mismos en una gran fiesta de la naturaleza concienciaríamos al alumnado y reforzaríamos sus lazos intergrupales.

Luisa torció el gesto. Gonzalo era de los que, en los tiempos en que la Corrección Política parecía poco más que una excentricidad, se reía de lo que consideraba «gilipolleces de tías feas y de maricas». El tipo más machista y retrógrado del claustro, tanto que hacía parecer un feminista a Rufino, se había reconvertido a sí mismo al igual que ahora pretendía reciclar los libros de la biblioteca.

El desprecio que sentía por aquel individuo hizo que Luisa rompiera su política habitual de mantener la boca cerrada.

—Seguro que podemos llevar a cabo otras políticas sin destruir esos libros. ¿Qué daño hacen?

—«Destruir», «destruir»... —dijo Eric—. No seas negativa, Luisa. Nadie quiere destruir nada. Todos esos libros van a pervivir, porque han sido digitalizados, así que tenerlos aquí en soporte físico es redundante.

«Si lo que dicen los libros contradice al Corán, deben quemarse», pensó Luisa. «Y si lo que dicen no contradice al Corán, ya se encuentra en este y son redundantes, así que deben quemarse».

Por supuesto, no se le ocurrió expresar en voz alta un pensamiento tan ofensivo para otra sensibilidad religiosa y cultural. Tampoco dijo que los contenidos de los libros digitalizados podían alterarse, y de hecho estaban siendo alterados, cosa que no se podía hacer con los de papel.

La directora carraspeó y cerró su rolltablet. Era un gesto similar al que en el pasado habría supuesto recoger un manojo de folios y golpearlos contra la mesa para cuadrarlos. Estaba levantando la sesión.

—Es un asunto que habrá que estudiar. Seguro que todas y todos estamos deseando volver a nuestros domicilios a comer, así que...

Luisa vio cómo Eric y Arantxa cruzaban una mirada y asentían en silencio. «Este asunto de la biblioteca todavía no ha terminado», comprendió.

Cuando Pablo salía del instituto entre un mar de codos y cabezas que descollaban por encima de la suya, la policía-tutora que vigilaba ante la puerta del centro le dio el alto extendiendo una mano abierta ante él. Su gesto hizo que Pablo se detuviera en el acto y que las demás personas estudiantes se apartaran a ambos lados.

«Me han pillado», pensó. Su corazón empezó a latir como un tambor. Sin duda la persona mayor desconocida del sótano había denunciado que se llevaba un libro de verdad de la biblioteca.

—¿Sabes por qué te he parado, joven persona? —preguntó la policía-tutora. La infracción de Pablo no debía de ser tan grave, porque estaba sonriendo.

—No, no lo sé.

—Vicio postural. Llevas la mochila colgada solo del hombro derecho. Eso puede producirte a la larga una escoliosis que perjudicará tu aportación al resto de la ciudadanía.

Resoplando de alivio, Pablo se acomodó la mochila en los dos hombros, se despidió de la policía-tutora dándole las gracias por su consejo y atravesó la calle por el paso cebra. Algunos progenitores venían en coche a buscar a las personas estudiantes, pero Pablo vivía cerca y siempre regresaba andando. De camino a su domicilio, observó cómo algún alumnado de segundo se dedicaba a la típica travesura: acercarse a las personas adultas con las que se cruzaban para obligarlas a apartarse, ya que en cuanto se encontraran a menos de dos metros de l@s menores podían meterse en un lío. Pablo había visto a ese alumnado gastar la broma incluso a las personas mayores que se sentaban en los bancos para tomar el sol.

Después pasó por delante del antiguo cine, que todavía conservaba los carteles descoloridos de las últimas películas. Bajo la marquesina, una persona masculina pedía dinero. Salvo alguna que otra persona masculina, nadie se acercaba a él, porque de su cuello colgaba un cartel que indicaba: «Maltratador de Género». Por si el letrero no bastara, el móvil de Pablo empezó a zumbar y en la pantalla apareció un globo de mensaje:

Te encuentras a 12,34 [la cifra iba cambiando conforme Pablo se movía] metros de un Maltratador de Género.

Eso significaba que aquella persona masculina llevaba insertada en la muñeca una de esas pulseras emisoras que advertían al resto de la ciudadanía.

Pablo se acordó de su padre. Por lo que le había contado su madre (volvía a pensar en ellos con los viejos términos en cuanto se distanciaba del instituto), ya debía de haber salido de prisión. Pero la orden de alejamiento dictada por la jueza le impedía visitar tan siquiera la ciudad donde vivían ellos.

En realidad, su padre nunca había pegado a su madre, ni tampoco al propio Pablo.

Pero cuatro años antes, su exmujer lo había denunciado. Aunque llevaban ya quince años divorciados, ella había asistido a unas sesiones de psicoterapia colectiva en las que, milagrosamente, recordó que él la había maltratado durante los últimos meses de matrimonio; un recuerdo tan traumático que, al parecer, la exmujer lo había borrado de su memoria durante tres lustros. Su testimonio revivido y el del psicoterapeuta (que, curiosamente, se había casado luego con ella) bastaron para condenar a su padre y declararlo incapaz de convivir con ningún tipo de unidad familiar hasta que los psicólogos dictaminaran que estaba rehabilitado.

Para colmo, su padre había tenido que vender el chalet donde vivían para compensar a la exesposa por los daños sufridos. Por eso ahora Pablo y su madre vivían en un piso más pequeño, un tercero al lado del cine. Lo único positivo era que su madre había dejado el tabaco hacía unos meses: la nueva ley prohibía fumar dentro de viviendas que compartieran paredes con otras, y ella se había aburrido de hacerlo debajo de la campana extractora. «Me habré vuelto paranoica», le explicó a Pablo, «pero me da miedo que algún vecino huelga el humo y me denuncie».

Pablo subió las escaleras andando, un hábito saludable que había adquirido a la fuerza desde que la Concejalía de Desarrollo Sostenible clausurara los ascensores de todos los bloques de menos de cuatro pisos, debido a que suponían un gasto de energía innecesario y contra la naturaleza.

La puerta se abrió reconociendo su mano. Pablo se encaminó directo a la cocina y abrió la nevera para sacar un refresco desedulcorado de agua de té sin teína. No estaba muy frío, porque el frigorífico inteligente y respetuoso con el medio ambiente se negaba a bajar la temperatura. Eso le recordó de nuevo a su padre. Cuando vivía con ellos se quejaba de que la cerveza nunca estaba lo bastante fría, así que metía las latas en el congelador. A menudo se le olvidaba que estaban allí, la cerveza se helaba, el cierre reventaba y el cajón se llenaba de hebras de hielo de color amarillo. Pablo las había probado una vez creyendo que era un polo de limón. Su madre había puesto el grito en el cielo. «¿Qué quieres? ¿Dar positivo de alcohol en el colegio y que nos lleven a la cárcel?».

En la pantalla de la cocina encontró un mensaje grabado.

—Me han vuelto a cambiar el turno, Pablo. Volveré esta noche ya tarde. Tienes la comida y la cena en el frigorífico.

Su madre trabajaba en un centro de atención a la tercera edad. «Cada día tenemos más clientes y más horas y nos pagan menos», solía quejarse. Lo cierto era que Pablo cada vez pasaba más tiempo solo.

Mientras calentaba las judías verdes rehogadas con jamón de pavo, Pablo abrió la mochila y sacó el fruto de su robo.

*Odisea*, de Homero. El nombre le resultaba vagamente familiar. Estaba editado en Madrid, en 1957. ¡Qué antigualla! Pero cuando Pablo consultó en internet, descubrió que aquella obra era muchísimo más antigua: el tal Homero la había compuesto en



griego casi setecientos años antes del año Uno. El artículo incluía diversas advertencias contra su lectura por contenidos sexistas, racistas, imperialistas, expresiones inadecuadas, violencia, superstición, estereotipos de edad, género y clase y unas cuantas cosas más.

Todo eso únicamente logró despertar el interés de Pablo. Abriendo el libro al azar se topó con unas líneas escalofriantes.

Después sacaron a Melantio al vestíbulo y al patio, le cortaron con el cruel bronce las narices y las orejas; le arrancaron las partes verendas, para que los perros las despedazaran crudas, y amputáronle las manos y los pies con ánimo irritado.

Pablo buscó en el diccionario de la rolltablet, pero no encontró qué significaba «verendas». Sin embargo, lo intuía, y una búsqueda en la red confirmó sus sospechas.

¡Al tal Melantio le habían cortado el aparato reproductor para dárselo a los perros!

Apretando los muslos con horror, Pablo guardó el libro en la mochila. Lo mejor que podía hacer era devolverlo cuanto antes a la biblioteca, o tirarlo al contenedor del cartón...

... Y, sin embargo, después de cenar ya había llegado prácticamente a la mitad. En su cama, arrebujado bajo la manta (por la noche el termostato de la calefacción no subía de dieciséis grados), leyó con el estómago encogido cómo un gigante con un solo ojo, el cíclope Polifemo, se dedicaba a devorar uno por uno a los compañeros del protagonista Odiseo.

Lo cierto era que se trataba de un libro muy difícil de leer. Los párrafos eran muy largos, y se hallaba plagado de palabras que para Pablo resultaban incomprensibles. Como la mayoría no aparecían en su diccionario y no le apetecía realizar búsquedas complicadas, tuvo que imaginárselas por sí solo. Aquel relato era tan distinto de todo lo que se había encontrado en el colegio y en el instituto, tan primitivo, tan incorrecto, tan... auténtico, que no podía dejar de leerlo.

Volvió por un instante a la primera página.

Háblame, Musa, de aquel varón de multiforme ingenio que, después de destruir la sacra ciudad de Troya, anduvo peregrinando larguísimo tiempo, vio las poblaciones y conoció las costumbres de muchos hombres...

Incluso el principio era raro. Nadie decía ya «anduvo», sino «andó». Una página web que había buscado al principio de su lectura, cuando aún lo consultaba todo, explicaba: «La antigua irregularidad del verbo “andar” era elitista; una dificultad introducida a propósito para establecer diferencias de clase y estructuras de poder

señalando con el dedo a las personas supuestamente incultas».

Unos nudillos llamaron a la puerta del dormitorio, que se abrió un momento después. Pablo estaba tan enfrascado que no se había dado cuenta de que su madre había entrado en casa. Apenas le dio tiempo a esconder el libro bajo la sábana y fingir que navegaba con la rolltablet.

—Buenas noches, hijo —dijo ella. Todavía no se había quitado el abrigo ni el uniforme verde.

—Hola, mamá. —Entre hijos y progenitores se permitía todavía esa terminología, aunque había comisiones estudiando alternativas que fueran afectivas y al mismo tiempo eliminaran referencias sexistas y perpetuadoras de modelos anquilosados.

—¿Qué haces con la lámpara tan fuerte? El recibo de la luz no nos lo paga nadie, ¿sabes?

—Perdona, mamá —dijo Pablo, tocando dos veces la base de la lámpara para bajar la intensidad al mínimo.

Ella le dio un beso en la frente y salió. Debía de venir muy cansada, porque unos minutos después había cerrado la puerta de su propia alcoba, sin tan siquiera cenar. No era extraño que estuviese cada vez más delgada.

En cuanto sospechó que su madre se había quedado dormida, Pablo sacó el libro y aumentó la intensidad de la luz. Quería saber cómo iba a librarse Odiseo del cíclope. Porque seguro que a él no se lo iba a comer. ¿O sí?

Luisa tal vez no habría cometido el acto (o los actos) de rebeldía que precipitaron el desastre de no haber sido por las noticias de la mañana del lunes.

Mientras pasaba el fin de semana en el pueblo cuidando de su madre, prácticamente se había desconectado del mundo exterior. Aunque, por supuesto, se había enterado de la gran atrocidad cometida en Egipto, había preferido no abrir los titulares.

Pero el lunes, mientras desayunaba en la cocina, la televisión inteligente le mostró las noticias y comentarios que había seleccionado en los diversos canales atendiendo a los intereses de Luisa.

Evidentemente la primera referencia era para lo de Egipto. La imagen mostraba primero la pirámide de Keops, después una bola de fuego incandescente, un hongo nuclear expandiéndose y escalando hacia un cielo sin nubes y, por último, los restos tras la explosión. Según la comentarista, la carga nuclear táctica no era demasiado potente, pero las personas militares la habían colocado con tanta precisión que apenas habían quedado en su sitio unos cuantos bloques de piedra de la base.

—La persona que preside el país, Abd al-Latif, ha declarado que poco a poco los demás restos del pasado premusulmán van a seguir el mismo destino de la pirámide de Keops —dijo la comentarista.

Después venía un primer plano del presidente Al-Latif, hablando en tono vehemente y agitando un dedo índice amenazador ante un micrófono. Los subtítulos rezaban: «Las pirámides no pertenecen a nuestra verdadera tradición cultural. Nuestra tradición no se basa en el territorio, sino en la Umma, la comunidad de los fieles. Esas pirámides, como los demás monumentos y las momias de los reyes paganos, sirven de símbolo estereotípico para identificar a nuestra moderna nación, y de señuelo para atraer a los turistas occidentales con su corrupción. ¡Pero no son más que un ídolo que debe ser erradicado en nombre de la pureza de la fe!».

El servidor inteligente mostró a continuación una tertulia de la televisión local que trataba el tema. En ella discutían unas cuantas personas, entre las cuales se encontraba Eric, que en la vida cultural de Tarpeya se había convertido en el perejil de todas las salsas.

—¡Han destruido un patrimonio de la humanidad! —exclamaba una tertuliana de unos sesenta años a la que Luisa conocía de vista—. ¡Es una barbaridad!

—¿Te das cuenta de tu prejuicio? —preguntó Eric—. Has utilizado la palabra «patrimonio», lo cual demuestra que tus circuitos neurales siguen encadenados a un modo de pensar patriarcal.

—¡A mí no me digas cómo tengo que pensar!

—Pero es que eso es precisamente lo que estás haciendo tú. Estás imponiendo a personas de otro pueblo y otra cultura cómo tienen que pensar. Estás cayendo en el neocolonialismo.

—¡No estoy cayendo en nada!

—Lo que hay en Egipto pertenece al pueblo egipcio, no a Occidente, que bastantes expolios ha cometido a lo largo de su nefasta historia.

—¡No digas sandeces! —contestó la tertuliana, cada vez más alterada—. No tiene que ver con el colonialismo, sino con defender la historia.

—¿Qué historia? ¿*Tu* historia o *su* historia?

—¡La historia de todos! —exclamó la mujer, que añadió un segundo después—: Y de todas.

—Eso no existe —respondió Eric—. No existe la Historia con mayúsculas, sino las historias.

—¿Me vas a decir que no existe el pasado?

—Pues claro que no, no tal como tú lo concibes. El pasado es solo una función del presente y nuestro ser-en-el-presente. El pasado es fluido y dinámico, una serie de narrativas y metarrelatos que...

«Ya tuvo que decir “metarrelatos”», pensó Luisa, y cerró la noticia. Solo entonces se dio cuenta de que lo veía todo a través de un velo de lágrimas. Ella había estado al pie de esa pirámide hacía muchos años, cuando era más joven y cuando el mundo tenía derecho a un pasado. ¡Malditos esos fanáticos, que creían que las pirámides les

pertenecían más a ellos que a Luisa solo por haber nacido cerca de ellas en el espacio, cuando todos, *todos*, estaban igualmente lejos de ellas en el tiempo!

Se enjugó los ojos y se dispuso a apagar la pantalla; pero entonces vio que uno de los *topics* seleccionados incluía a Rufino, y lo seleccionó.

Se trataba también del canal local. Una encuesta señalaba que el setenta y tres por ciento de la población de Tarpeya apoyaba una política de tolerancia cero contra el consumo de alcohol entre las personas docentes.

Para ilustrar la noticia, se veía a Rufino y a una profesora de otro instituto que acababan de salir de un bar de copas y caminaban por la calle; no hacían eses, pero sí se apartaban de la línea recta en varias ocasiones. Como no eran menores, sus rostros no habían sido pixelados. La grabación, efectuada por un móvil, había sido tomada en la madrugada del viernes a las dos de la mañana.

Después aparecieron declaraciones de otros profesores (varios de ellos compañeros del mismo centro de Rufino y Luisa) que habían contestado a la videollamada del canal local durante el fin de semana. A todos les parecían muy mal las imágenes, y ninguno apoyaba esa actuación condenable y poco ejemplar de sus compañeros.

«Qué hipócritas», pensó Luisa. A muchos de ellos los había visto hartarse a cervezas y copas, porque aquella era una ciudad pequeña donde todo el mundo se conocía. Pero ante el ojo público había que mentir y mostrar una imagen falsa para no enfrentarse con los dogmas agresivos de los moralistas.

Uno de esos moralistas, como era de esperar, no tardó en aparecer: el sempiterno Eric.

—Decir que se trata de un comportamiento privado no es ninguna excusa. —Bajo su rostro se leía: «experto en Formación Integral de la Persona»—. En realidad no hay comportamientos privados, pues en privado el ser humano no existe. La persona solo se realiza, solo es, en cuanto *es para* las demás personas, en cuanto concreta su potencialidad existencial en la red de interrelaciones.

Si Luisa ya sospechaba que aquello tenía que ver con el estallido de Rufino durante la última reunión del Consejo, la aparición de Eric terminó de corroborárselo.

—Cuánto hijo de puta hay —murmuró entre dientes, sin importarle un rábano que aquella expresión fuera una agresión sexista y discriminatoria.

Como vivía a dos kilómetros del instituto y hacía mucho frío, Luisa cogió el coche. Estaba tan indignada que pensó en dejarlo aparcado delante de la puerta principal para que lo vieran todos los alumnos y comprendieran que no todos eran iguales, que ella tenía carnet de conducir y ellos no. «Cuando seáis padres, comeréis huevos». ¡Toma expresión sexista, patriarcal, autoritaria y de prejuicio basado en la edad!

Sin embargo, al recapacitar se dio cuenta de que así solo conseguiría que Arantxa

le tendiera una trampa como a Rufino; no le cabía ninguna duda de que ella era la que estaba detrás del vídeo donde el profesor de Matemáticas aparecía algo más que achispado. Finalmente, aparcó a dos calles de distancia e hizo el resto del camino a pie.

Cuando pasó por el pabellón central, Andrea, una de las conserjes (denominación oficial: «conserjas»), se acercó a ella con gesto conspirativo.

—¿Has visto el vídeo? —preguntó. Era evidente a qué vídeo se refería.

—Sí.

—Pues ya se está montando una buena. Ha venido la inspectora, y se ha encerrado en el despacho de Imelda con ella, con Rufino y con Arantxa.

Pensando que era mejor no asomarse tan siquiera por la sala de profesores, Luisa salió del pabellón de administración y se dirigió a su departamento, situado en el pabellón 1. Sabía que el despacho estaría vacío porque todas sus compañeras (era un departamento integralmente femenino) se encontraban en clase en aquel momento, mientras que ella tenía una hora de coordinación.

Mientras abría la puerta, oyó pisadas a su espalda y se volvió. Su alumno Pablo Colmenero pasaba por detrás de ella con paso furtivo.

—¿Adónde vas, Pablo? ¿Es que no tienes clase?

—Eh... Sí. Le he pedido permiso a la persona docente. —El chico puso cara de dolor y se apretó el vientre—. Tengo que ir al baño. Es que algo no me ha sentado bien.

—Vaya, deberías cuidar tu alimentación. Ya te ocurrió el viernes pasado en mi clase.

—¡Pero ahora es ver...!

El chico se dio cuenta de lo que había estado a punto de decir y enrojeció. Sin añadir más, se dio la vuelta y se marchó, esprintando como solían hacer aquellos diablillos de primero, que parecía que en lugar de dormir por las noches se recargaban en un enchufe en sus casas.

¿Así que lo del viernes, cuando llegó tarde a clase, no era porque hubiese ido al baño?

Luisa recordó que, al sentarse, Pablo se había sacado algo del bolsillo del pantalón, y con un aire tan culpable como ahora. Y, aunque resultara insólito, Luisa tenía la impresión de que ese algo era un libro.

Ya en su despacho, Luisa decidió entrar en el expediente dinámico de Pablo.

«Qué extraño», pensó. El chico había estado consultando en el diccionario del servidor educativo<sup>[6]</sup>; seguramente ignoraba que su navegación dejaba un historial de búsquedas que cualquiera de sus profesores estaba autorizado a rastrear. Algunas palabras las había encontrado, pero muchas otras no aparecían en ese diccionario, y Luisa no alcanzaba a imaginar de dónde las podía haber sacado Pablo: «postreros»,

«orto», «hecatombe», «preclaro», «deponer», «ponto»...

Un momento. ¿«Ponto»? ¿No estaría leyendo algo de Homero en versión sin censurar?

Algo así era antipedagógico... considerando cuáles eran los cánones imperantes de la pedagogía. Con una sonrisa maliciosa, Luisa redactó un aviso personal para aquel lector de libros prohibidos:

Ven al departamento de Memoria en Libertad durante el primer período de ocio.

—Pasa —dijo Luisa, sentada tras la mesa. Al ver que Pablo se disponía a cerrar la puerta tras de sí, añadió—: No. Déjala abierta.

Aquella costumbre se había iniciado con los profesores varones, pero después muchas profesoras habían empezado a recibir denuncias de acoso, de modo que a nadie se le ocurría quedarse con un/a alumno/a a solas. Aunque en circunstancias normales, Luisa habría adoptado la precaución de grabar la entrevista en la rolltablet y el móvil, ahora prefirió que no quedaran registros de ella.

—Yo no he hecho nada —dijo Pablo antes de que ella preguntara nada.

—*Excusatio non petita, accusatio manifesta.*

—¿Qué es eso?

—Latín —respondió Luisa—. Una lengua muerta primero y asesinada después, hablada por una pandilla de imperialistas que nos colonizaron y nos dejaron sin nuestra herencia tribal. A ver, ¿has estado en la biblioteca?

Pablo enrojeció. Como era rubio y tenía la piel muy blanca, cuando se ruborizaba se le dibujaban dos chapetas más delatorias que cualquier polígrafo.

—¿Cómo lo sabes?

—A ver. Enséñame la mochila.

Pablo meneó la cabeza.

—Es parte de mi espacio privado. Es...

—¡Que me la enseñes!

Cuando quería, Luisa sabía proyectar la voz con intensidad. Pablo dio un respingo, sobresaltado, y luego se acercó con la cabeza gacha y le entregó la mochila de nailon rojo.

Al abrirla, Luisa sonrió. Su instinto había acertado: era la *Odisea*, en una edición de minibolsillo y en la traducción de Luis Segalá, casi tan clásica como el poema en sí.

—¿Y esto?

Pablo se lo explicó, más y más colorado por momentos. Una vez terminó, Luisa trató de reprimir una sonrisa.

—Bueno, ¿te ha gustado la *Odisea*?

—No sé.

—¿Por qué no sabes?

—Es... Es un libro muy violento. Cuando Odiseo le pone la espada en el cuello a Circe... —El chico meneó la cabeza, con los ojos clavados en el suelo—. Eso no está bien. No puede estar bien. Es maltrato de género.

—¿Sabías que Odiseo era más conocido por Ulises?

Pablo levantó la mirada.

—No, no lo sabía.

—Aún no me has dicho si el libro te ha gustado.

—Eh... Supongo que sí.

—Bueno, al menos ha salido algo bueno de esto.

Pablo volvió a clavar los ojos en el suelo, y con un hilo de voz preguntó:

—¿Me vas a castigar?

—Ya lo creo que sí —dijo Luisa, devolviéndole el libro—. Esta tarde quiero que vengas aquí a las cinco para hacer tareas complementarias. Ahora date prisa, que va a empezar la siguiente clase.

Pablo guardó el libro en la mochila. Era un chico tímido, pero espabilado. Tal vez sospechaba los verdaderos propósitos de Luisa, porque antes de encender sus retrocohetes de adolescente y salir corriendo de nuevo se le escapó una sonrisa.

Por la tarde, Luisa llevó a Pablo a la biblioteca, que estaba vacía y con las luces apagadas. Recién entrado el invierno astronómico, era prácticamente de noche.

—Abre —le dijo, señalando la puerta prohibida.

—¿Cómo voy a abrirla?

—Sé que tienes la llave. Venga.

Pablo sacó la llave dorada de su bolsillo y miró a Luisa con una expresión a medio camino entre el miedo y la esperanza. Ella recordó una antigua película en que un personaje llamado Morfeo le decía al protagonista: «Si tomas la píldora roja, entrarás en el país de las maravillas y descubrirás hasta dónde llega la madriguera del conejo».

Se dio cuenta de hasta qué punto Pablo y todos los demás chicos que estudiaban en el instituto habitaban en una especie de Matrix, una realidad virtual fabricada con eslóganes y carteles de alegres colores en la que aparentemente reinaba la diversidad pero donde, en realidad, todos pensaban igual.

La igualdad de un electroencefalograma plano.

Pablo respiró hondo, y Luisa se conmovió viendo cómo sus estrechos hombros subían y bajaban. Por fin, el chico se decidió y abrió la puerta. Ambos entraron en el archivo, un cuarto que ya apenas se utilizaba. La trampilla del fondo estaba levantada y de ella salía luz.

—Adelante, Pablo. Ya conoces el camino.

Bajaron. Luisa siempre había sentido vértigo al pisar ese tipo de escaleras cuyos peldaños solo tenían huella, la parte horizontal, y carecían de tabica. Aferrando con fuerza la barandilla, intentó no mirar demasiado dónde plantaba los pies.

Al pie de la escalera, entre las estanterías de literatura inglesa y literatura francesa, los aguardaba Torbado. Luisa le había pedido que, en lugar de subir a limpiar cuartos de baño como todas las tardes, se quedara allí abajo esperándolos.

—Bienvenidos a mi morada —les saludó con una de sus truculentas sonrisas—. Entrad libremente, por vuestra propia voluntad, y dejad aquí parte de la felicidad que traéis.

A Luisa se le antojó que estaba menos encorvado que otros días, aunque allí abajo hacía tanto frío que la tentación era encogerse sobre uno mismo. Tenía el brazo izquierdo pegado al costado y el final de la manga desaparecía dentro del bolsillo de donde salía uno de los trapos con los que limpiaba sin cesar las estanterías.

¡Qué flaco estaba! Parecía que los pómulos estuvieran a punto de desgarrar la piel arrugada de las mejillas. Pero sus ojos oscuros seguían mirando con la misma intensidad, clavándose en las pupilas de sus interlocutores como carbones ardientes.

—Pablo, te presento a Enrique Torbado. Antiguo profesor de Latín y Griego de este centro. Y un gran escritor.

—Un *antiguo* escritor —corrigió Torbado, tendiendo la mano a Pablo.

El muchacho dudó un par de segundos, y por fin se acercó para estrechársela. Después retrocedió un paso.

—¿Tú escribías libros? —le preguntó a Torbado.

Después de tanto tiempo, a Luisa todavía le chirriaban los oídos cuando escuchaba a un chaval de doce años tutear a un hombre de casi ochenta años. La culpa no la tenía Pablo, que no era ningún maleducado. El trato de «usted» había quedado oficialmente abolido años atrás. Como era de suponer, la razón que se adujo fue que promovía desigualdades de todo tipo.

—¿Qué tienes que hacer ahora, Pablo? —preguntó Luisa.

El muchacho carraspeó, se sacó del bolsillo del abrigo el minúsculo ejemplar de la *Odisea* y se lo entregó a Torbado.

—Siento habérmelo llevado de aquí sin permiso.

—Disculpas aceptadas —dijo Torbado—. ¿Lo has leído?

Pablo asintió.

—¿Y qué te ha parecido?

El muchacho se lo pensó unos segundos.

—Difícil. Tenía muchas palabras que no entendía. Pero me ha gustado.

—¿Por qué?

El chico se encogió de hombros y miró al suelo.

—No sé. Me gustan las aventuras. Y había muchas.



—¿Qué te parece que al final mate a todos los pretendientes que han ocupado su palacio?

—Es muy violento, pero... la verdad es que lo estaba deseando. ¡Se lo merecían!

—Sígueme, joven padawan. Voy a enseñarte dónde se abren mil puertas a otros tantos países desconocidos.

Torbado se dio media vuelta, avanzó por el pasillo y después dobló a la derecha entre dos estanterías. Luisa sonrió; ya sabía adónde conducía a Pablo. Su antiguo profesor de lenguas clásicas era un hombre muy leído en todo tipo de campos, pero siempre había sido un *fan* confeso de la fantasía y la ciencia ficción.

—Mira estos tres libros —le dijo ahora a Pablo, pasando los dedos por los lomos con el orgullo de un propietario que exhibe su cuadra de purasangres—. Son mis favoritos. *La patrulla del tiempo*, del gran maestro Poul Anderson.

—¿De qué van? —preguntó Pablo.

—Cuentan las aventuras de Everard, un patrullero que viaja de una época a otra para evitar que quienes conocen la tecnología del viaje en el tiempo puedan utilizarla para alterar la línea temporal y destruir el futuro.

—Parece interesante —dijo Pablo, no demasiado convencido. Su dedo señaló un lomo rosado que Luisa conocía muy bien—. ¿Puedo llevarme ese?

—¿*El señor de los anillos*? No es mala elección. —Mientras sacaba el grueso tomo de la estantería, sin recurrir en ningún momento a la mano izquierda, Torbado preguntó—: ¿Por qué te ha resultado difícil la *Odisea*?

—Bueno... Había muchas palabras que no entendía y me costaba encontrarlas.

Tras entregarle a Pablo el libro de Tolkien, Torbado se giró de nuevo con una energía que desmentía sus casi ochenta años y que hizo que el faldón de su vieja gabardina ondeara a su espalda como la capa de un superhéroe. Luisa sonrió. Compartir con alguien los tesoros de su Fortaleza de la Soledad parecía haberlo rejuvenecido.

Ambos lo siguieron, Luisa a cierta distancia y siempre observando. Torbado los guio a la sección de diccionarios y tomó del anaquel un grueso volumen con cubierta negra y blanca.

—Esto es una joya, Pablo —explicó—. Normalmente los diccionarios son obras colectivas, pero este lo redactó una mujer sin ayuda de nadie más. Se llamaba María Moliner. Ahora voy a enseñarte algo. ¿Puedes consultar un momento tu propio diccionario?

—¡Claro! —Pablo parecía complacido de obedecer las órdenes de Torbado, algo que a Luisa le resultó divertido. El muchacho buscó unos segundos en su bolsillo y sacó el móvil.

—Busca «negro».

Pablo torció el gesto, como si aquella palabra le produjera repelús. Pero sus

afilados pulgares teclearon las cinco letras.

—¿Ya la has encontrado, Pablo? Léemela.

—«**Negro**: no debe utilizarse con connotaciones morales despectivas, ni para sugerir maldad. Tampoco para comparaciones que impliquen inferioridad, ni por supuesto para referirse a una raza, ni para...».

—Pero ¿qué significa?

Pablo frunció el ceño, perplejo, mientras se desplazaba por el texto desplegado en la pantalla de su móvil.

—Pues... no lo dice. Solo explica cómo no hay que usarlo.

—¡Exacto! —exclamó Torbado, abriendo mucho aquellos ojos como ascuas—. Antes los diccionarios reflejaban *cómo* hablaba la gente. Ahora tan solo imparten instrucciones para explicarnos *qué* podemos decir.

Torbado usó por fin el brazo izquierdo para apoyar el segundo tomo del *María Moliner* mientras con la mano derecha lo abría y pasaba páginas.

—«**Negro**: se aplica a las cosas que no tienen color ni luz; como el carbón o la boca de un túnel. Se aplica también a la palabra color considerando esa cualidad de las cosas como un color más». Mmm... ¿Cosas que no tienen luz? ¿La boca de un túnel? Connotaciones negativas. Mejor censurarlo, ¿no crees? ¡Y eso es precisamente lo que hicieron esos mamelucos!

»“Aplicado a la piel, muy bronceada por el sol”. Comentario racista. Con usar el término “bronceado” vale. ¡Fuera!

»“Muy oscuro por la suciedad”. ¡Esto es intolerable! ¡Adiós!

»“Se aplica a la raza humana que tiene la piel de color negro, a sus individuos y a sus cosas: Raza negra. Comercio de negros. Bailes negros”. Ya la palabra “raza” es ofensiva, pero el resto es de juzgado de guardia. Mejor afroamericanos, afroeuropeos, subsaharianos o afroafricanos. ¡Censurado!

»“Persona que hace un trabajo, sobre todo intelectual, por encargo de otra, que presenta dicho trabajo como suyo mientras que el verdadero autor queda en el anonimato”. ¿Qué es esto, una referencia a la esclavitud y a un engaño inmoral? ¡Debe extirparse!

»“Aplicado a cosas, particularmente al humor o estado de ánimo, desgraciado, triste, melancólico o pesimista: Se queja de su negra suerte. Ve muy negro el porvenir. Hoy está de un humor negro”. ¡Todas estas referencias son extremadamente ofensivas y propias de la arrogancia occidental! ¡Que las quiten del diccionario!

Mientras leía, Torbado, que en tiempos había interpretado y dirigido obras teatrales, abría los ojos y gesticulaba con tal dramatismo que Luisa no pudo reprimir una sonrisa. Después, para recalcar sus últimas palabras, cerró el tomo de golpe con tanta fuerza que Pablo dio un respingo y retrocedió.

—Aquí, en este diccionario, no encontrarás lo que las palabras deberían decir,

sino todo lo que *pueden* llegar a decir. —Tendiéndole el volumen a Pablo, añadió—: Ten. Ahora te doy el primer tomo.

—¿Son dos? Pero... ¡no me van a caber en la mochila!

Torbado frunció el ceño e hizo un gesto extraño con los labios, proyectando el inferior de un modo en que no lo hacía cuando a Luisa le daba clase. «Tic de la edad», pensó ella.

—El *María Moliner* abulta mucho, cierto. Y esas mochilas que lleváis ahora no son las de antes, donde mis alumnos cargaban sus buenos diez kilos. En fin, te prestaré algo más manejable.

Tras devolver el *María Moliner* a su anaquel, Torbado eligió dos tomos en rústica de color naranja y se los entregó a Pablo, uno primero y otro después, moviéndose de tal manera que el muchacho seguramente no pudo darse cuenta de que bajo la manga izquierda de la gabardina no asomaba mano alguna.

—«Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española» —leyó Pablo, y se guardó los dos libros en la mochila junto con el de Tolkien.

—Ahora solo dejarían «Diccionario de la lengua» —comentó Luisa.

—Cabezahuecas, granujas, ladrones del pasado —refunfuñó Torbado. Después agarró del hombro a Pablo y tiró de él hacia el fondo de la biblioteca—. Bueno, mi joven padawan. Ahora hay que hacer las cosas como Dios manda y no como la última vez. ¡Tenemos que fichar el libro que te llevas!

Cuando salieron del instituto ya era noche cerrada. Soplaba un viento gélido que levantaba en remolinos las hojas amarillas caídas en el suelo y obligaba a los escasos transeúntes a arrebujarse en sus abrigos. Luisa le preguntó a Pablo por su madre. Al enterarse de que trabajaba hasta la medianoche y que el muchacho iba a estar solo en casa, decidió invitarlo a merendar, y él aceptó.

«¡Y pensar que lo que estoy haciendo va contra la ley!», se dijo, mientras caminaba unos metros por delante del muchacho como si fueran un matrimonio en un país islámico, solo que al revés.

En realidad, Luisa no estaba violando ninguna ley claramente redactada, pero sí las normas sobreentendidas de lo políticamente correcto; unas normas que podían cambiar en cualquier momento, pero siempre para convertirse en más restrictivas y, en muchas ocasiones, en más arbitrarias. Una característica propia de esta nueva especie de totalitarismo. Un régimen en el que no dominaba ningún dictador ni partido todopoderoso, pero a cambio imperaban en él la paranoia y la susceptibilidad de una sociedad desquiciada contra sí misma donde todos vigilaban a todos dispuestos a denunciarse al menor pretexto.

—*O tempora, o mores!* —murmuró para sí.

Ya en su casa, Luisa llevó a Pablo a una habitación que, como no tenía hijos y

vivía sola, había acondicionado como una pequeña sala de estar. Allí, sentados a la clásica mesa camilla, le sirvió un colacao y unas galletas.

—No le digas nada a tu docente de Salud Sostenible —dijo Luisa—. Estas galletas tienen grasa y azúcar, como cualquier galleta que se precie.

Pablo, con la boca llena, meneó la cabeza a ambos lados. «Nos hemos convertido en dos conspiradores —comprendió Luisa—. Y con Torbado, tres».

Cuando el muchacho despachó la merienda en poco más de tres minutos, miró en derredor. Su gesto resultaba fácil de interpretar. Para ser un cuarto de estar, allí faltaba algo muy importante.

—No hay tele —dijo.

—Cierto —respondió Luisa—. Aquí no.

Pablo se giró ciento ochenta grados sobre la silla. A su espalda se levantaba una estantería de color cerezo cargada de libros. Pese a las campañas de reciclado tan frecuentes («¿Para qué quieres libros de papel en casa si toda la cultura está digitalizada? ¡Recicla y ayuda a conservar el medio ambiente!»), Luisa todavía conservaba la mayor parte de su biblioteca.

—Ahora tengo que corregir unos trabajos, así que puedes leer un rato si quieres —le dijo a Pablo.

Luisa desplegó la pantalla de grafeno y entró en la carpeta compartida del instituto. Por su parte, Pablo sacó de la mochila los dos tomos del diccionario, los abrió por el centro y después tomó *El señor de los anillos* y empezó a leer.

Apenas unos minutos después, el chico se había embebido por completo en el libro. Con los huesudos codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, no levantaba la vista del papel salvo para consultar alguna palabra en el diccionario.

Al verlo sumergido en las páginas de Tolkien, Luisa recordó la magia irreplicable de sus primeras lecturas importantes, cuando ella tenía la edad de Pablo y profesores como Torbado le inculcaron el amor a los libros; cuando ella misma se internó por vez primera en los bosques brumosos de la Tierra Media y escaló sus nevadas montañas, y recorrió otros reinos similares, imaginarios o reales.

Descubrió que se le habían empañado los ojos. «Me estoy volviendo muy sentimental». Ya había llorado esa misma mañana. Mejor no recordar cómo aquellos fanáticos habían destruido la Gran Pirámide.

Levantó la mirada y contempló sus propios libros. ¿Acabarían corriendo el mismo destino que la pirámide de Keops?

«Todavía no estamos en el mundo de *Fahrenheit 451*», quiso convencerse. Pero tal como progresaban los acontecimientos, ¿cuánto tiempo pasaría hasta que los nuevos cruzados, que no soportaban que hubiera gente que pensara de forma diferente, posaran sus ojos en los libros, en aquel inmenso mundo poblado por millones de voces discordantes, algunas sublimes, otras perversas, no pocas

simplemente vulgares? Voces que podían permanecer años, décadas, incluso siglos calladas en sus pequeños ataúdes de papel, hasta que alguien las liberaba levantando unas tapas de cartón o piel. Y entonces, cuando esas voces resucitaban y empezaban a hablar muy bajito al oído del lector que las había invocado, podían pasar cosas maravillosas, o acaso horribles...

Pero siempre imprevisibles.

Luisa suspiró. Había traído a Pablo a su casa porque quería contarle algo. No sabía muy bien cómo abordarlo, pero tenía que hacerlo.

—Pablo, ¿puedes enseñarme tu móvil y tu tableta?

—¿Por qué? —Las pupilas del chico se contrajeron cuando las apartó de las páginas del libro.

—Porque quiero cerciorarme de que no grabas lo que te voy a decir.

Luisa se sintió un poco mal pidiendo aquello a su «camarada conspirador», pero en los tiempos que vivían nadie podía fiarse demasiado de nadie. Una vez que tuvo ambos aparatos ante ella y comprobó que no había ninguna utilidad abierta, tomó aire de nuevo y dijo:

—Es muy importante que no le hables a nadie de Torbado.

—¿Por qué?

Luisa frunció el ceño. ¿Cómo podía explicárselo sin entrar en detalles escabrosos? Por una parte, Pablo solo tenía doce años. Por otra parte, *ya* tenía doce años. En este *Brave New World* que habitaban, quienes tenían autoridad se empeñaban en tratar a los menores, a *todos* los menores, como si fueran bebés hasta el mismísimo día de su decimoctavo cumpleaños.

Los adalides de la tolerancia cero contra el abuso de menores no eran amigos de hacer sutiles distingos, de suerte que metían a todo el mundo en el mismo saco —un saco lleno de víboras y escorpiones—, en un espectro que abarcaba desde los padres que violaban a bebés de meses hasta las personas que mantenían relaciones consentidas con adolescentes sexualmente maduros a los que les faltaban semanas para la mayoría de edad. En más de una ocasión se producía la situación surrealista de parejas de novios que se veían obligadas a romper porque uno de sus miembros había cumplido dieciocho años y otro no.

«Pederastia». Esa era la palabra maldita.

—Si buscas a Torbado en la red, descubrirás que se le acusó de ser un pederasta.

Pablo hizo ademán de navegar por la rolltablet, pero Luisa lo detuvo con un gesto.

—Prefiero que no lo busques todavía y que me escuches a mí. Es una historia un poco larga.

Torbado, tal como Luisa mencionara antes, había sido escritor, autor de cerca de treinta libros entre novelas, relatos y ensayos. En su momento alcanzó cierto éxito,

hasta el punto de que se planteó dejar la docencia. Por suerte no lo había hecho, ya que poco después la gran crisis y la piratería devastaron la industria cultural y arruinaron el futuro económico de la mayoría de los escritores.

Pasados los sesenta años, Torbado escribía mucho menos y prácticamente lo hacía para sí mismo. En otros aspectos, sin embargo, seguía siendo el mismo personaje beligerante y atrabiliario de siempre.

—¿Qué significan esas palabras?

Luisa sonrió.

—Búscalas en el diccionario. Para eso lo tienes.

Pablo abrió el primer volumen del DRAE.

—«**Beligerante:** combativo». Eso lo entiendo —dijo Pablo—. A ver... «**Atrabiliario:** de genio destemplado y violento».

—De mal carácter, para entendernos —dijo Luisa—. Viene de «*atrabilis*», la bilis negra. ¡*Hooooonk!* —Ella misma imitó una bocina de aviso, y Pablo se rio—. ¡Término racista!

Aquella palabra, «atrabiliario», había tardado más que otras en ser prohibida. Seguramente su etimología no quedaba nada clara para los censores biempensantes, que en general eran gentes cuyo bagaje intelectual cabría en la mochila de Pablo. Precisamente el hecho de haber estudiado unos cuantos minicursos y haber leído apenas cuatro manuales de psicología, sociolingüística o antropología (y no de los mejores) les hacía concebir visiones del mundo que, por mucha palabrería huera que las adornara, no eran más que toscas caricaturas en blanco y negro, historias de buenos y malos que no admitían matices.

—Eso era algo que Torbado no podía soportar —continuó Luisa—. Si tenía un defecto era que no soportaba a los ignorantes atrevidos. Cuando veía a alguien así, se lo demostraba en la cara sin la menor diplomacia.

Antes de Arantxa había llegado al instituto la primera técnica de Igualdad, una mujer llamada Fátima. Cuando trató de imponer en todas las comunicaciones del centro un lenguaje políticamente correcto, Torbado estalló contra ella como un Zeus tonante.

Primero había recurrido a la lingüística, a la evolución del español y a ejemplos del latín y el griego. Lamentablemente, su erudición no le sirvió de nada. Fátima se limitaba a contestar que había que librarse de la tiranía del latín, que este era un auténtico lastre, una lengua muerta y caduca forjada en un tiempo en que se trataba a las mujeres como esclavas y los hombres detentaban todo el poder.

—¿Y era verdad? ¿Trataban a las person... a las mujeres como esclavas?

—A muchas sí. Pero también había muchísimos esclavos varones. Y mujeres que alcanzaban un gran poder, como Livia, la esposa de Augusto. Pero esa no es la cuestión.

Fátima había ido más lejos, acusando a Torbado de agredir a todas las mujeres, porque el lenguaje sexista era una forma más de violencia estructural. Al afirmar algo así, la técnica de Igualdad convertía en violentos a los que hablaran de otro modo distinto al que ella exigía, y al convertirlos en violentos podían, por tanto, ser objeto de represión por la fuerza.

—Eso es lo que ocurre cuando las palabras se retuercen como bayetas al gusto de cada uno. ¿Conoces el personaje de Alicia, de Lewis Carroll? ¿La de *Alicia en el país de las maravillas*?

—Sí —respondió Pablo.

—¡A saber qué versión habrás visto! Ya tendrás ocasión de leer la novela original. El caso es que en la segunda parte, *Alicia a través del espejo*, aparece un tipo muy curioso con forma de huevo que se llama Humpty Dumpty. ¿Te suena?

Pablo meneó la cabeza.

—Lo sospechaba. Este Humpty Dumpty es muy amigo de manipular el lenguaje. Por eso le dice a Alicia: «Cuando yo uso una palabra, significa lo que yo quiero que signifique. Ni más ni menos». Alicia le contesta: «La cuestión es si puedes hacer que las palabras signifiquen lo que tú quieres». «No», responde Humpty Dumpty. «La cuestión es quién manda. Eso es todo».

—No lo entiendo muy bien —dijo Pablo.

—Es muy sencillo. Si yo tengo el poder y decido que decir «narices» es una agresión sexista, cuando tú pronuncies esa palabra te señalaré con el dedo. O mejor, alguien lo hará por mí y gritará «¡Agresor!», y te meterás en un buen lío.

Pablo asintió y preguntó:

—¿Qué ocurrió con Torbado?

Luisa prosiguió con su historia. Al ver que recurriendo a la erudición no conseguía nada, Torbado había montado en cólera, desatando un ataque *ad feminam* contra Fátima. ¿Cómo una persona cuya titulación se reducía a un ciclo de formación profesional se permitía la osadía de explicar a licenciados en todo tipo de disciplinas de humanidades y ciencias cómo debían hablar y escribir?

En aquel momento, Torbado logró imponerse a Fátima y ganó así una pequeña batalla. Ella pidió el traslado y se fue del instituto.

—Pero la guerra solo había empezado. A los tres meses la nombraron consejera de Educación, y dos años después se había convertido en ministra. Se mascaba la tragedia...

Desde ese momento, Fátima se dedicó a demoler todo lo que representaban Torbado y personas como él. Primero arremetió contra lo que él había estudiado y lo que trataba de inculcar, emprendiendo desde el ministerio y con el apoyo de diversas redes sociales y medios de comunicación una campaña contra el latín y el griego. Eran «lenguas muertas», por supuesto; eso todo el mundo lo sabía. Pero constituían

asimismo rémoras de las que había que librarse para progresar.

En cuanto a la supuesta cultura que se adquiriría merced a ellas, ¡qué espanto si lo que se pretendía con ellas era formar personas ciudadanas que imitaran los modelos de la Antigüedad! La guerra y la esclavización eran las aficiones principales de griegos y romanos, como demostraban los textos que se utilizaban en las clases. ¿Cómo era posible que durante siglos se hubiera traducido *La guerra de las Galias*, el diario de guerra de un genocida que había matado a más de un millón de galos y galas?

La campaña contra las lenguas clásicas, continuó Luisa, acabó logrando su objetivo, y tanto el latín como el griego desaparecieron de todos los planes de estudios. En realidad, el terreno ya estaba arado, abonado y sembrado. Eran bastantes años ya de cultura fácil, basada en eslóganes, que llevaba a la gente a creer que sabía mucho porque podía arropar y maquillar su ignorancia con frases rimbombantes. La gente que salía de las facultades estaba dispuesta a descubrirlo todo de nuevo, a inventar la rueda en un extendido adanismo intelectual. Toda la ciencia, todo el conocimiento anterior debían ser refundados, porque no eran objetivos. La propia pretensión de objetividad constituía una quimera, y el supuesto método científico no era más que arrogancia intelectual de Occidente, una muestra de represión.

El estudio de la historia también cambió, hasta perder incluso su nombre. En lugar de seguir siendo una disciplina que trataba de esclarecer los hechos del pasado, se convirtió en una serie de narrativas y metanarrativas, en una recolección de memorias a las que se daba la misma validez con independencia de lo cualificados que fueran los testigos y las fuentes.

Por evitar el etnocentrismo, se dictaminó que los estudios antropológicos y de ADN nuclear y mitocondrial, que aseguraban que el *Homo sapiens* había aparecido en África y desde allí se había extendido por todo el mundo, poseían la misma validez que los mitos fundacionales de los aborígenes de Australia o diversas tribus indias de Norteamérica que aseguraban haber habitado desde siempre en las tierras que ocupaban. Para no herir ninguna sensibilidad, en los manuales se estudiaban ahora hasta cuatro puntos de origen distintos del ser humano. No porque se hubieran descubierto nuevas evidencias materiales, sino porque así lo contaban las tradiciones de otros pueblos.

Una aberración intelectual que no importaba demasiado, ya que la evolución se explicaba simplemente así, como evolución = progreso, en un proceso casi mágico cuyos mecanismos no se detallaban. Los conceptos de «competición por los recursos», «lucha por la vida» o simplemente «herencia genética» se antojaban tan reaccionarios, tan clasistas, tan insensibles socialmente que aunque fueran ciertos había que negarlos. Como diría Platón en su *República*, era mejor contar una mentira útil que desvelar la verdad. Además, cuando se aceptaban verborreas como las de



Eric, se descubriría que no existía nada parecido a una verdad objetiva, sino que la verdad era social o no era.

—En fin —se interrumpió Luisa al observar el gesto de perplejidad de Pablo, que estaba asimilando demasiadas cosas de golpe—. Lo que quería contarte es qué ocurrió con Torbado.

—¡Sí! —dijo Pablo, deseoso de detalles concretos—. O sea, que primero le quitaron sus áreas de conocimiento...

—Sus asignaturas, sí. Durante ese curso tuvo que impartir otras y hacer guardias, pero lo peor estaba por llegar.

No fue Fátima la que atacó directamente a Torbado, sino que envió como perros de presa a otras personas. En el seno de una de esas campañas de tolerancia cero que tantas bajas pasiones despertaban en muchas personas (siempre que dichas campañas no apuntaran contra ellas), se emprendió el cerco a la pederastia. Al hacerlo, se llegó a los extremos actuales que Pablo bien conocía. Por la Ley de Tolerancia Cero contra la Pederastia y la Violencia Ejercida contra la Infancia, todos los adultos, en particular los varones, se convirtieron en sospechosos. Se estableció una distancia de seguridad de dos metros entre adultos y menores siempre que no fueran familiares. Incluso entre personas consanguíneas se empezaron a censurar fotos de abuelos con sus nietas en las rodillas, y hasta de padres con sus hijas, porque eran una incitación al «abuso de las personas infantiles» (sic).

La pederastia se había convertido en el peor de los crímenes, hasta tal punto que cualquier persona que fuera sospechosa de ella —podía bastar quedarse un rato mirando cómo jugaban los niños en un parque— se convertía en un paria, en unapestado social que sufría más rechazo que un asesino o un ladrón convictos.

Como ya no existía la argumentación y como la discusión pública tomaba la forma de declaraciones de menos de doscientos caracteres, de eslóganes, de gritos en tertulias televisivas, todo se mezclaba en un *totum revolutum*. Alguien empezó a hablar del delito de «incitación encubierta a la pederastia»...

... Y fue entonces cuando salió a la luz la novela erótica que había escrito Torbado.

—¿Sabes lo que es una prostituta, Pablo? —preguntó Luisa.

Pablo asintió.

—De todos modos, búscalo en nuestro diccionario oficial.

Pablo leyó:

—«**Prostituta:** persona femenina cuyo cuerpo es esclavizado y explotado por varones con fines sexuales, de dominación y de humillación».

En esa definición no cabía la idea de que en muchos casos la prostitución pudiera ser voluntaria, ni de que existieran grados en la explotación. ¿Cómo explicar entonces qué era una «cortesana»?

Luisa sabía que lo que estaba diciendo tal vez la iba a meter en un buen lío, ya que hablar de esos temas podía considerarse corrupción de menores. Pero ya estaba desatada.

—La novela de Torbado la protagonizaba una cortesana, una joven llamada Nerea que había sido raptada y esclavizada, pero que con el tiempo había conseguido la libertad y aprendido a explotar su cuerpo en lugar de permitir que lo explotaran otros por ella.

Esos detalles, no obstante, eran matices que no se admitían en una sociedad que no solo había abolido la prostitución, sino también la pornografía, porque esta no constituía sino otra forma de prostitución, *ergo* de violencia estructural contra la mujer. ¿Qué más daba que muchas mujeres empezaran a consumir pornografía, o a contratar servicios sexuales tanto masculinos como femeninos? Todo se prohibió y criminalizó entre estridentes chillidos mediáticos.

Y esos mismos chillidos proclamaron que Torbado había creado un personaje femenino que se convertía en prostituta, en esclava sexual, con tan solo trece años; y que lo había hecho para excitar sexualmente a los lectores, lo que constituía incitación pública a la pederastia; y que con ese libro había ganado dinero, lo que constituía una forma de proxenetismo aunque la mujer a la que explotaba fuese imaginaria.

De nada les sirvió ni a él ni a sus escasos defensores alegar que en Grecia la madurez sexual se producía antes, que muchas adolescentes se casaban con trece años, que ni siquiera existía el concepto de «menor de edad» como tal. Y, por supuesto, no valía la pena hablar de la libertad de expresión y creación, o de que el libro lo había escrito hacía más de veinte años, ¡o de que se trataba de una obra de ficción!

En aquel momento, Fátima, recordando el viejo proverbio de que «El plato de la venganza es mejor servirlo frío», había saltado a la palestra para declarar públicamente:

—Las obligaciones y los valores de una persona que escribe no son distintos de los de cualquier otro miembro o miembro de la sociedad. El oficio de la literatura no es un eximente para quienes, con sus palabras, por muy hábilmente que estén ordenadas, ofenden, desprecian, se saltan las reglas de convivencia y pisotean peligrosamente valores como la igualdad o la no discriminación.

Eran un calco de las pronunciadas por otra ministra en el pasado; Luisa se había molestado en comprobarlo porque sospechaba que Fátima era incapaz de expresarse así.

La novela de Torbado estaba prácticamente agotada, pero los pocos ejemplares que quedaban fueron requisados y triturados para ser reciclados. Se prohibió la venta en cualquier plataforma digital y se rastreó la red en busca de copias. El propio

Torbado sufrió un juicio público en el que salió a la luz cada juerga que se había corrido; cada declaración que atentaba contra lo políticamente correcto, incluidas las conversaciones de barra de bar; cada multa de tráfico; sus problemas con su exmujer... Cualquier elemento de su vida que fuera o que aparentara ser negativo se examinó con lupa, pero siempre fuera de contexto.

—Al final lo expulsaron de la enseñanza —dijo Luisa—. Lo condenaron a una institución de rehabilitación que ya no llamaban «cárcel» porque las cárceles eran muy caras. Resultaba mucho más conveniente que las personas castigadas se ganaran su manutención realizando «actividades de utilidad social» que antes se habrían denominado «trabajos forzados».

»Cuando salió en libertad, Torbado quedó apuntado en el registro de pederastas. Lo obligaron a pasear por todas las calles del barrio con un cartel que explicaba su crimen. Pero además le pusieron una pulsera permanente, insertada en la muñeca con conexiones biológicas imposibles de extraer. Ese tipo de pulseras emiten una señal constante para que los móviles de todas las personas de alrededor informen de que se hallan cerca de un pederasta.

—Conozco esas pulseras —dijo Pablo—. ¡Pero mi móvil no me avisó de nada cuando me acerqué a Torbado!

Luisa tragó saliva. Aunque aquello era horrible, tenía que contárselo.

—¿Le has visto la mano izquierda a Torbado?

El chico se rascó la cabeza, pensativo.

—No. La llevaba todo el rato en el bolsillo y... Bueno, luego la sacó para abrir aquel diccionario tan gordo, pero...

—¿Pero?

—No se la vi.

Luisa asintió con gesto grave.

—Es porque no la tiene.

—¿Cómo que no la tiene?

—No soportaba que aquella pulsera fuera pregonando a los cuatro vientos lo que él no era. Como no podía desprenderla de su brazo...

Pablo se llevó la mano a la boca con gesto de horror.

—¿Él se... él se...?

—Sí, Pablo. Él mismo se la amputó por debajo de la muñeca. La pulsera sigue emitiendo esa señal infame. Pero ahora lo hace desde el congelador donde Torbado tiene guardada su mano.

A Pablo le duró *El señor de los anillos* diez días; para un chaval de doce años poco acostumbrado a leer textos tan largos y sin expurgar, suponía todo un logro. Después pidió más libros, y Torbado consiguió que leyera *La patrulla del tiempo*, y también

*Tau Ceti* de Poul Anderson. Por su parte, Luisa le recomendó la serie de Terramar de Ursula K. Le Guin y la maravillosa epopeya protagonizada por los conejos de *La colina de Watership*. Pablo devoró asimismo la serie completa de Harry Potter; cualquier parecido con las versiones aburridas y edulcoradas que su compañero Omar leía en AnimaLec era pura coincidencia.

Pablo venía a menudo a casa de Luisa a leer. Para evitarse problemas, la profesora decidió hablar con Paula, la madre del chico, y le explicó que estaba haciendo trabajos complementarios con ella para mejorar su rendimiento, ya que era un alumno del percentil alto (esto último quedaba muy técnico y convincente). Para sorpresa de Luisa, a la madre no solo no le pareció mal, sino que se alegró. Se sentía culpable de tener a Pablo tantas horas solo en casa, y sabía que le costaba relacionarse con los demás chicos.

Cuando se conocieron personalmente, Luisa pensó que Paula era una mujer dulce, pero muy triste. Tras hablar de otras cosas y tomar un par de cafés, Paula le contó cómo había perdido a su marido por culpa de las falsas acusaciones de su exmujer. Entonces Luisa comprendió de sobra la razón de su melancolía.

Un día Luisa le enseñó a Pablo las películas de *El señor de los anillos*. Las tenía en disco, pues era una de las pocas personas que todavía conservaba un lector de DVD. Cuando Pablo empezó a ver la primera, *La comunidad del anillo*, se entusiasmó tanto que preguntó:

—¿No podemos verla con Torbado?

A Luisa no se le había ocurrido, pero decidió invitar a su antiguo profesor. Para su sorpresa, aquel viejo misántropo accedió, lo que demostraba que incluso alguien como él necesitaba compañía humana. Quedaron un sábado por la mañana, y Pablo y Torbado llegaron con media hora de separación, para que nadie sospechara que en casa de Luisa se estaba tramando nada malo.

Así quedó inaugurado su pequeño club de conspiradores. ¡Qué extraña combinación! Un chaval de doce años, tímido y algo solitario, una profesora que a los cuarenta y tres años había renunciado a pedirle nada a la vida, y un anciano de setenta y ocho años que directamente había sido expulsado de ella.

Se lo pasaron en grande devorando la trilogía en una sesión maratónica, y luego quedaron otros fines de semana para disfrutar de más películas. Luisa y Torbado consiguieron que Pablo tragara incluso con clásicos mucho más antiguos, como la *Odisea* protagonizada por Kirk Douglas o las películas con efectos especiales de Ray Harryhausen. El chico se tronchaba de risa contemplando los movimientos bruscos, casi espasmódicos, de las maquetas.

Vieron, asimismo, toda la saga de *Star Wars*. Así comprendió Pablo a qué se refería Torbado cuando lo llamaba su «padawan» y, sin saber muy bien por qué, se sintió orgulloso de serlo. Cada vez que Torbado llegaba a casa de Luisa con la

capucha de la gabardina sobre la cabeza y el muñón de la mano escondido bajo la manga, a Pablo se le antojaba que parecía un jedi, una mezcla de Obi Wan Kenobi y un Luke Skywalker envejecido y amargo.

—En verdad, Torbado es un héroe trágico —le dijo Luisa un día.

—¿Qué es un héroe trágico?

—Ya lo irás comprendiendo.

También hablaban de libros, sobre todo Luisa y Torbado, mientras Pablo leía novelas y de vez en cuando levantaba la cabeza tratando de seguir la conversación. Comían pizzas que preparaba ella (una nueva ordenanza sanitaria las había prohibido a principios de año, así como el resto de la comida basura), y en ocasiones patatas fritas con chuletas (aunque estaba empezando una nueva cruzada contra el «carnismo», ya que comer carne de animales se consideraba el «resultado de la influencia de un sistema opresivo y de una ideología tan violenta como el sexismo o el racismo»).

Torbado y Luisa solían acompañar las comidas con vino. En el caso de ella suponía un desafío a las normas, ya que finalmente se había aprobado un código de conducta para los docentes que incorporaba la tolerancia cero con el alcohol.

Una de las primeras víctimas de aquel código fue Rufino. La «escandalosa borrachera» de aquella noche de viernes, rodada anónimamente por un móvil, había servido para iniciar una caza de brujas contra él. La presión había ido en aumento. Amén de la campaña mediática, piquetes de alumnos y alumnas del grupo Voluntari@s por el Progreso y la Igualdad irrumpían en su aula para impedirle dar clase al grito de «¡Borracho, alcohólico!», y después lo perseguían por los pasillos y lo acosaban hasta la salida del centro. Finalmente, Rufino se había visto obligado a reconocer sus supuestas culpas y a pedir perdón en público («Mi conducta ha sido inadecuada»).

Como era de esperar, aquel arrepentimiento que recordaba a la Revolución Cultural china no había bastado. En los nuevos tiempos el principio de no retroactividad de las normas no existía; tal vez porque la palabra empezaba con el prefijo «retro», o porque simplemente mucha gente no la entendía. A Rufino se le abrió expediente disciplinario desde la Consejería de Educación, y el resultado fue que quedó suspendido de empleo y sueldo hasta el nuevo curso. La última vez que Luisa lo vio, Rufino había perdido más de diez kilos, y en su magnífica cabellera blanca se habían abierto dos entradas amplias como enseñadas.

En una de sus sesiones de películas, libros y alimentos dudosamente saludables, Luisa manifestó su opinión de que se habían convertido en conspiradores casi sin quererlo.

—¿Qué significa «conspirador»? —preguntó Pablo.

—Busca en tu diccionario —contestó Torbado—. Para eso lo tienes en préstamo desde hace un mes.

Pablo leyó en voz alta. «Conspirador» provenía de «conspirar», que a su vez significaba o bien «Unirse contra un superior o soberano» o «Unirse contra un particular para hacerle daño».

—¿A quién queremos hacer daño nosotros?

—Es un uso irónico —dijo Luisa.

También hubo que explicarle a Pablo qué significaba «ironía». En aquellos días se trataba de un término en desuso, pues se consideraba una actitud *patronizing*, como dirían en inglés: condescendiente hacia otras personas a las que se juzgaba inferiores intelectualmente.

—Cuando es bien sabido —dijo Torbado— que nadie posee menos inteligencia que nadie, que únicamente existen capacidades diferentes.

—¿Eso es ironía? —preguntó Pablo.

—No, mi joven padawan. Eso ha sido un sarcasmo.

Puesto que eran un club, necesitaban un nombre. Luisa propuso bautizarlo «Dumas» por una novela de su juventud, y a Pablo se le ocurrió que podían llamarse «la Comunidad del Anillo».

Pero Torbado impuso los galones de la edad y dijo que debían denominarse «los Centinelas del Tiempo» en homenaje a la saga de ciencia ficción de Poul Anderson.

—¿Por qué? —preguntaron Pablo y Luisa al unísono.

—¿No es evidente? Nuestra misión es conservar la semilla del pasado durante este presente timorato y estúpido para sembrarla de nuevo en algún momento del futuro.

Así pues, aquel improbable trío se convirtió en los Centinelas del Tiempo.

Aquellas reuniones ejercían un efecto rejuvenecedor sobre Torbado. El exprofesor engordó tres kilos, lo que relleno sus pómulos e hizo que sus rasgos resultaran algo menos inquietantes. Un día le confesó a Luisa que estaba pensando en volver a escribir.

—¿En serio? —A ella se le iluminó el rostro—. Sería una noticia estupenda. ¿Cuándo vas a empezar?

Él se tocó la sien.

—Cuando todo esté bien claro aquí. Con una sola mano no puedo teclear tan rápido como antes, así que debo tener el argumento muy decidido.

A veces, mientras veían una película después de haber comido y bebido unas copas de vino, se quedaba dormido en el sofá. En una de esas ocasiones, Pablo le dijo a Luisa en voz baja:

—Tengo algo que enseñarte.

Ella detuvo el DVD, intrigada.

—Veamos qué es.

Pablo abrió la mochila y sacó algo. Durante unos segundos vaciló, mientras aparecían en su rostro las consabidas chapetas. Era evidente que le daba vergüenza, pero al final le entregó a Luisa aquel objeto.

—¡Qué bonito! —dijo ella.

Era un cuaderno de tamaño de cuartilla, con tapas de color sepia estampadas al agua. A Luisa le extrañó que Pablo tuviera algo así en su poder. Desde que todos los alumnos usaban tabletas para consultar manuales, tomar apuntes o hacer ejercicios de clase, los cuadernos se habían convertido en una reliquia (más) del pasado.

—Lo he comprado en una tienda de segunda mano.

—Ah.

Luisa acarició las tapas con nostalgia. Siempre le habían gustado aquellos cuadernos. Pensar en ello le recordó para qué los utilizaba cuando era una adolescente.

—¿Estás escribiendo un diario? Si es así, preferiría no...

—No, no es un diario.

Luisa levantó la tapa. Las hojas del interior eran cuadriculadas. En la primera, escrito en bolígrafo negro, se leía:

## SAGA DE SUNANTRIA

### LIBRO I

#### EL INCREÍBLE POAGÚN

por Pablo Colmenero

—Es una novela —explicó el muchacho, cada vez más ruborizado, y añadió de forma más bien innecesaria—: La primera de una serie.

Luisa la hojeó. La novela estaba escrita a mano con caracteres diminutos, sin dejar espacio entre líneas y con márgenes justificados, pero con una letra de imprenta tan recta y precisa que se leía sin dificultad. Aquí y allá se veían tachaduras, pero estaban trazadas a regla y atravesaban las palabras desechadas con pulcritud de lanceta. Había varios mapas del mundo de Sunantria, con montañas en miniatura que representaban el relieve y con arbolitos para los bosques. Incrustadas en el texto podían verse numerosas ilustraciones coloreadas a lápiz, pequeñas como miniaturas medievales.

Picoteando párrafos y diálogos sueltos, Luisa coligió que la historia trataba de unos exploradores que partían hacia el Ártico. Allí encontraban una isla que no aparecía en los mapas. En ella se abría el túnel de entrada al mundo subterráneo de

Sunantria, una gigantesca cúpula blanca enterrada en el manto del planeta. Aunque en pleno siglo XXI resultaba imposible encontrar un solo rincón de la Tierra que no hubiera sido cartografiado e incluso googlemapeado, a Luisa le enterneció aquel esfuerzo de imaginación, que le recordó a Verne, a Rider Haggard o a Burroughs.

Dentro de la cúpula había junglas y desiertos, montañas, ríos y pequeños mares donde convivían especies animales de diversas épocas, como dinosaurios y macairodontes. Aquel mundo se hallaba poblado por habitantes humanos en diversos estados de civilización, organizados en tribus, confederaciones y reinos.

A poco de llegar a Sunantria, los exploradores se veían involucrados en una guerra a gran escala. Las ilustraciones, trazadas de forma meticulosa pero con cierta rigidez —Pablo parecía poseer más talento para escribir que para dibujar—, eran bastante sangrientas. No, se corrigió Luisa. *Extremadamente* sangrientas. Más de la mitad plasmaban escenas de combate, y estaban sembradas de cabezas, piernas y brazos cortados. Luisa supuso que, a fuerza de colorear hemorragias y charcos de sangre, el lápiz rojo de Pablo debía de medir la mitad que el resto.

Pese a tanta violencia, el estilo del texto resultaba casi candoroso en su inmadurez; como cabía esperar, por otra parte. No obstante, Pablo no cometía apenas faltas de ortografía, y los diálogos y las escenas de acción parecían prometedores.

Luisa sintió los ojos de Pablo clavados en su frente como dos punteros láser. Era obvio que aguardaba un veredicto.

—Observo que casi no dibujas mujeres. —Luisa se arrepintió casi al momento. Había sonado como Arantxa.

Pablo volvió a ruborizarse.

—Es que no se me dan muy bien. Me salen tan estéticamente diferentes que parecen personas masculinas... —El muchacho debió de recordar que no se hallaba en el instituto, sino en la sede de los Centinelas del Tiempo, y se apresuró a añadir—: Quería decir que me salen tan feas que parecen hombres.

Luisa soltó una carcajada. ¿Representar a las mujeres feas por falta de pericia se consideraría una agresión sexista? En realidad, a Pablo no solo no se le daba bien dibujar chicas; por lo que Luisa había observado en clase, tampoco sabía cómo tratarlas, y enrojecía y tartamudeaba cuando alguna compañera se dirigía a él.

Tras hojear el libro otro rato, Luisa dijo con sinceridad:

—Creo que está muy bien, Pablo. Veo que llevas ya cien páginas. ¿Cuántas va a tener?

—No sé. Las que salgan.

—¿Todavía no has decidido cuál será el final?

—No. Voy escribiendo lo que se me ocurre sobre la marcha. ¿Eso es malo?

—No necesariamente. Significa que, de momento, eres un escritor de brújula más que de mapa.



Pablo puso cara de desconcierto. En ese momento, Torbado soltó un gruñido en sueños. Luisa volvió la mirada y vio que su antiguo profesor se había encogido un poco en el sofá, como si tuviera frío.

—Perdona un momento, Pablo.

Luisa se levantó, abrió un baúl donde guardaba un par de mantas y tapó a Torbado con la más nueva, cuidando de no dejarle fuera los pies. Al hacerlo, observó que la suela de uno de sus zapatos tenía un agujero por el que sin duda le entraba el agua de los charcos.

«¿Así es como acaban los escritores?», se preguntó con tristeza.

Después se volvió hacia Pablo, que no había dejado de mirarla en ningún momento.

—Sigue con tu novela, Pablo, pero no se la enseñes a nadie. Es posible que algunas personas consideren que los contenidos no son... adecuados.

—Lo sé —respondió él, muy serio—. Por eso la estoy escribiendo a mano.

«Bien previsto», pensó Luisa. Todo el mundo sabía que la privacidad en la red era una quimera.

—Pues sigue con tu saga. Cuando termines el primer libro, te prometo que lo leeré entero. ¡Te advierto que seré sincera en mi crítica!

Él agachó un poco la cabeza, pero sonrió.

—No me importa. Va a ser una buena novela.

¡Caramba! Así que Pablo Colmenero el Supertímido poseía un punto de arrogancia, pensó Luisa. Mejor: para crear mundos de la nada, nunca ha venido mal un ego algo hipertrofiado.

Los días se fueron alargando, al mismo tiempo que Pablo, para su propia sorpresa, daba un estirón. Así lo mostraban las rayas de lápiz en el marco de la puerta, y también los bajos de sus pantalones. Su madre optó por comprarle vaqueros con la pernera un palmo por debajo de los tobillos y recogerse los por fuera para luego irlos desdoblado de forma progresiva. A Pablo no le hacía gracia llevar los pantalones de tal guisa, aunque nadie se metió con él en clase; se hallaban en plena campaña contra el «acoso clasista en base a la vestimenta», y en el instituto amenazaban con imponer uniforme para el curso siguiente.

Por otra parte, aventajar en estatura a parte de su compañerado, tanto personas masculinas como, sobre todo, femeninas, hizo que empezara a sentirse algo más seguro de sí mismo.

Y esa seguridad se convirtió en exceso de confianza.

Cuando llevaba escritas casi doscientas páginas de su novela, se la enseñó a Omar en un pasillo, durante uno de los períodos de ocio.

—¿Qué es eso?

—Un libro. Un libro *de verdad*. Lo estoy escribiendo yo.

—Tú estás... —dijo Omar, moviendo el dedo índice alrededor de la sien como si desenroscara un tornillo. De momento, la tecnología de los móviles no captaba aquellos gestos, pero ya había proyectos en curso.

Sin embargo, cuando abrió el libro y vio las ilustraciones, Omar empezó a flipar (aquel término todavía no estaba contemplado en la lista de LEPDE).

—¡Cómo mola! ¿Me lo puedes dejar?

Al pronto, Pablo se sorprendió, pero enseguida decidió hacerse el interesante. Resoplando entre dientes, dijo:

—Es que tengo que seguir escribiéndolo, y además, si le pasa algo...

—¿Y si le haces fotos y me pasas el archivo?

—¡Qué buena idea!

No lo era, pero Pablo no lo sospechaba todavía.

De vuelta en su casa, escaneó la novela abriéndola página por página sobre la pantalla desplegada de la rolltablet. Después se envió el archivo al móvil, y al día siguiente lo compartió con Omar por greenfinger.

Era viernes. El lunes siguiente, cuando se encontraron en el patio antes de entrar al pabellón, Omar le agarró por la manga y lo apartó un poco.

—Oye, ¿cómo sigue el libro?

—¿Cómo que cómo sigue? ¿Ya te lo has leído todo?

—¡Sí! ¡Mola un pilón! Es mucho mejor que esa mierda que me estoy leyendo ahora.

Omar estaba leyendo *Harry Potter y los objetos importantes*, versión expurgada de *Harry Potter y las reliquias de la muerte*. Al escuchar la comparación, el ego de escritor de Pablo, recién estrenado, se hinchó como un globo de helio. ¡Estaba compitiendo con la persona femenina que había escrito los famosos libros de Harry Potter! Una vocecilla interior le aconsejó que no se lo creyera demasiado, que en realidad competía con la piltrafa que había quedado después de que alguien hubiera metido sus pedagógicas zarpas en las novelas originales. Pero no hizo demasiado caso a aquella objeción, pues no hay engaño más fácil que aquel en que la víctima es uno mismo.

Omar, tras pedirle permiso a Pablo, compartió el archivo con otras dos personas amigas. La novela también les gustó; tanto, de hecho, que le solicitaron más capítulos. Pablo aceleró el ritmo de su producción literaria sin dejar de hacer dibujos, lo que provocó que sus calificaciones se resintieran un poco. Sin saberlo, estaba trabajando a la manera de los folletinistas del XIX, escribiendo a destajo.

Y, también sin saberlo, había caído en el pecado que los antiguos griegos denominaban *hýbris*: destacar demasiado sobre los demás, cuando la espiga que sobresale siempre es la primera que corta la hoz del segador.

Un par de semanas después, una persona femenina de su clase llamada Sandra se acercó a él en el pasillo durante un cambio de aula y le dijo, casi sin mirarle:

—Pablo, ¿has seguido con tu novela?

Él se sonrojó, asombrado de que Sandra conociera su nombre. Hasta entonces se hallaba convencido de que era invisible para las personas femeninas.

—¿Por qué lo dices?

—Quiero saber qué le pasa a Poagún. Lo dejaste peleándose con los tentáculos de una planta carnívora. ¡Es muy emocionante!

La emoción la sintió él; tanto, que siguió andando al lado de Sandra como un pasmarote sin darse cuenta de que su trayectoria lo llevaba a chocar contra la esquina de los servicios. Aunque se golpeó en la rodilla primero y eso le salvó de romperse la nariz, se sintió torpe y estúpido. Pero a Sandra debió de hacerle gracia, porque sonrió y dijo:

—Eres muy *salao*, ¿sabes? —Un par de cursos antes las chicas le decían a uno «qué mono eres», pero esa palabra también había entrado en la lista de LEPDE.

Después se alejó hacia el aula de su optativa, con una risita que Pablo no supo cómo interpretar.

Pero en cuanto volvió a casa se olvidó de estudiar para el examen de Matemáticas y se dedicó a escribir frenéticamente más aventuras en Sunantria. Cuando se dio cuenta de que no había cenado eran casi las doce y su madre estaba a punto de llegar. Se calentó el fletán a toda prisa (por el momento no había campaña contra el pescado, aunque Pablo sospechaba que de ahí a unos meses le tocaría alimentarse de filetes de soja) y mientras lo comía fotografió las páginas que acababa de redactar.

A su pequeño club de personas lectoras le entusiasmó el nuevo capítulo. Pero la reacción que de verdad le importaba era la de Sandra.

—¡Me ha encantado! —le dijo ella, de nuevo en el pasillo—. ¿Y lo haces todo a mano?

—Sí —contestó él, hinchándose como un pavo.

—Me gustaría ver el libro de verdad.

—¿El original? ¡Claro!

Ese viernes, Sandra y Pablo se encontraron durante el primer período de ocio en la trasera del instituto, entre el pabellón 2 y la tapia este. Él tenía las pulsaciones tan aceleradas que el pecho le dolía. Si todo iba bien, se dijo, a lo mejor incluso podía proponerle a Sandra que firmaran un Reconocimiento Mutuo de No Acoso<sup>[7]</sup>.

Por suerte, en aquel momento el rincón que habían elegido estaba solitario. Por lo que sabía Pablo, las personas alumnas de los cursos superiores solían esconderse allí, entre los arces, para *chipearse*. Según le había contado Omar, que se enteraba de todo, habían aparecido en el mercado ilegal unos chips piratas que se podían introducir en el móvil y que, al acercarse el aparato a la cabeza, emitían unas ondas

que activaban una cosa llamada «centro de placer del cerebro». Por lo visto, dos segundos de chipeado equivalían a media hora de flipe.

Pablo sacó el libro y lo apoyó en la parte baja de la tapia, que tenía un saliente de piedra. Sandra lo hojeó muy interesada, y no tardó en llegar a las últimas páginas escritas. En homenaje a ella, Pablo había rebajado la sangre de las ilustraciones y se había esforzado en introducir personajes femeninos, copiando los rostros de fotografías reales para que quedaran un poco mejor.

Estaban los dos muy juntos mientras pasaban las hojas. Pablo notó que Sandra se acercaba un poco más, y movió los pies apenas un centímetro para hacer lo propio. Cuando sus mejillas se rozaron sintió un calor líquido que le recorrió todo el cuerpo e hizo que se le aflojaran las rodillas.

Si se giraba solo unos centímetros, sus labios entrarían en contacto con la piel de Sandra. ¿Y si lo hacía? No habían firmado el RMNA, y se podía meter en un lío si ella empezaba a gritar «¡Acoso, acoso!», o incluso si lo denunciaba un día, una semana o un año después. Pero ¿por qué iba a denunciarlo, si parecía estar a gusto con él?

No tuvo tiempo de tomar una decisión.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Al oír aquella voz, ambos dieron un respingo, se apartaron y se dieron la vuelta. Quien los había sorprendido era Yoni, su persona docente de Comunicación Humana Articulada. Estaba allí porque le correspondía el turno de supervisión de convivencia en libertad (antes se llamaba «guardia», pero el término se había suprimido porque sonaba militarista).

—Solo estábamos hablando —dijo Sandra, tan arrebolada como Pablo.

El libro se había caído sobre unas hierbas mojadas por la lluvia de la víspera. Pablo se agachó rápidamente para recogerlo y ocultarlo de la vista. Cuando lo iba a guardar en la mochila, Yoni exclamó:

—¡Quieto! Quiero ver qué tienes ahí.

Evidentemente, a Yoni no se le ocurrió ponerle un dedo encima. Aun así, Pablo se quedó congelado. Incapaz de desobedecer abiertamente, le tendió el libro a la persona docente.

Y allí empezaron sus problemas.

Pablo pasó el fin de semana angustiado, no tanto por lo que pudiera sucederle académicamente como por el destino de su novela, que había quedado en poder de Yoni.

El lunes entró en clase como si no hubiera pasado nada. Una vez sentado en su pupitre, se giró y buscó a Sandra con la mirada, pero su silla estaba vacía. ¿Sufriría una disfunción sanitaria transitoria? ¿O había preferido quedarse en su domicilio para

evitar mayores problemas?

Después del primer período de ocio le tocaba clase con Luisa. Durante el fin de semana no la había visto, porque ella había tenido que irse a su población de origen para cuidar a su progenitora femenina, de modo que no le había podido contar lo sucedido con Yoni. «Cuando termine la clase le preguntaré si puedo hablar con ella un momento», pensó. Seguro que Luisa sabría qué hacer.

Sin embargo, al acercarse a la puerta de la clase vio que Horacio, una persona conserje masculina, le estaba esperando.

—¿Tú eres Pablo Colmenero?

—Sí —contestó él, notando que el vientre se le arrugaba como un globo pinchado.

—Acompáñame, por favor.

Pablo siguió a la persona conserje. Cuando vio que no se dirigían al pabellón de administración, donde estaba el despacho de la directora, suspiró de alivio. Subieron al tercer piso, y a mitad del pasillo Horacio llamó a la puerta del despacho de Orientación Psicosociopedagógica. Unos segundos después la abrió, se volvió hacia Pablo y le dijo:

—Pasa.

Pablo obedeció. La puerta se cerró detrás de él con un chirrido que a él se le antojó tan ominoso como el de la reja de un calabozo.

Nunca había estado en aquel despacho. Había una mesa cuadrada. Al otro lado de ella se sentaban la persona masculina coordinadora de Psicopedagogía, Arantxa, la coordinadora de Igualdad, y Martuca, la persona tutora del grupo de Pablo.

—Siéntate —dijo Arantxa.

Pablo la conocía porque les había impartido varias charlas durante el curso. No le caía nada bien. Aparte de que oyéndola se dormían hasta las ovejas, Pablo tenía la impresión de que aquella piel tan lisa no era más que una máscara y que debajo de ella se ocultaba un lagarto o algo peor. ¿Sería tan mala persona como su predecesora Fátima, que tanto daño le había hecho al pobre Torbado?

La silla que habían dejado para él era como las de clase, baja, dura y sin reposabrazos, mientras que las tres personas docentes que lo habían convocado estaban sentadas en cómodos sillones que las situaban a más altura que él. Sintióse desvalido y pequeño, Pablo cruzó las manos sobre el regazo.

Sólo entonces descubrió que su novela se hallaba sobre la mesa, abierta por la mitad.

—¿Puedes explicarnos esto? —dijo Arantxa.

—¿Esto? No sé. ¡Yo no he hecho nada! —Esta última frase era la respuesta refleja de las personas alumnas de primero.

—¿Has redactado e ilustrado tú el contenido de este cuaderno?

Negarlo no tenía sentido. Además, Pablo quería recuperar su novela.

—Sí, he sido yo.

A partir de ese momento empezó un interrogatorio en toda regla. En algunas películas antiguas que había visto en casa de Luisa, la policía apuntaba focos de luz al rostro de las personas sospechosas para desconcertarlas y hacerlas sudar. Aunque en este despacho la luz era natural y entraba por la única ventana, él se sintió igual de incómodo.

Recordando esas películas, Pablo se dijo que no debía traicionar ni a Luisa ni a Torbado, sus compañeros de conspiración, y se juró a sí mismo que aunque le clavaran astillas debajo de las uñas no mencionaría para nada a los otros dos Centinelas del Tiempo.

Pero la situación se volvió más peliaguda cuando Arantxa, que llevaba la voz cantante pese a que el despacho le pertenecía a la persona masculina, decidió hacer una videollamada para hablar con su casa. Aunque de lado, Pablo pudo ver el rostro de su madre en la pantalla. Tenía los párpados hinchados, como solía pasarle recién levantada de la cama.

—¿Eres la progenitora femenina de la persona alumna matriculada en este centro Pablo Colmenero?

—Sí. ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo? ¿Le pasa algo a mi hijo?

—Físicamente no. Pero ha surgido una situación.

Arantxa lo expresó así, «situación», a secas. A renglón seguido se extendió en una larga explicación, desplegando el libro delante del móvil para mostrarle a la madre de Pablo las ilustraciones más sangrientas.

—¿Qué clase de educación complementaria recibe esta persona infantil en tu domicilio? —preguntó Arantxa.

—Oye, deja de hablarme en esa estúpida jerga.

«Bien, mamá», aplaudió mentalmente Pablo.

—Tanto los dibujos como el texto demuestran unas tendencias agresivas preocupantes —intervino la persona psicopedagoga—. Diría más, pueden resultar incluso peligrosas para el resto de la comunidad escolar.

—Es solo un niño. Los niños hacen esas cosas —repuso su madre, que enseguida añadió—: Al menos, en mi época las hacían.

—Has acertado en el núcleo del asunto —dijo Arantxa—. Esas actitudes son restos de épocas caducas y pretéritas que no queremos repetir.

La discusión prosiguió, subiendo de tono en varias ocasiones. En cierto momento, Arantxa le dijo a la madre de Pablo que bastaba con una llamada de teléfono y un informe para que le retiraran la custodia.

—Es evidencial que esta persona alumna tiene necesidad de una atención especial para extirpar esos contenidos denigrantes e inadecuados de su mente —añadió.

Pablo tragó saliva. Le preocupaba su propio futuro, pero aún más el de su madre. Si le echaban la culpa a su madre y le quitaban la custodia, ¿sería capaz de resistirlo? Después de haber perdido a su marido, el padre de Pablo, ya estaba bastante deprimida como para empeorar su situación.

¿Qué debía hacer? ¿Confesar quién había sido su verdadera influencia? ¿Qué represalias podrían tomar contra Luisa y Torbado?

No tuvo necesidad de responderse a sí mismo. La puerta se abrió de golpe y Luisa irrumpió en el despacho como una tromba.

—¿Es que no sabes llamar? —preguntó Arantxa.

—¿Os parece bonito montarle este tribunal de inquisición a un chico de trece años?

La voz de Luisa temblaba de ira. Pablo jamás la había visto tan enfadada; ni siquiera cuando en clase estaban todos tan inquietos que hablaban, se levantaban y se saltaban las normas de convivencia sin cesar.

—Deberías cuidar ese lenguaje —le aconsejó Arantxa.

—Me importa un pepino mi lenguaje. Pablo se viene conmigo ahora mismo.

Arantxa miró a la persona tutora de Pablo, buscando su ayuda por primera vez en aquella sesión. Martuca, que apenas había abierto la boca, dijo:

—Luisa, tú no tienes autoridad para llevártelo.

—La tengo porque la «persona estudiante» Pablo Colmenero está en mi hora de clase. Mientras así sea se halla bajo mi tutela, así que se viene conmigo. ¡Levanta, Pablo!

Pablo no tenía muy claro quién llevaba razón en aquel conflicto de competencias, pero le pareció que lo mejor era obedecer la orden directa de una persona mayor, sobre todo si esa orden le brindaba un plan de evasión. Cuando se levantó, dispuesto a coger su novela, el brazo de Arantxa saltó como una cobra y lo apartó de su alcance.

—Esto se queda aquí como prueba.

—¡Pero es mío!

—Ahora es material de este centro educativo, al menos hasta que se decida qué hacer con ello.

Cuando salieron del despacho, Luisa le apretó el hombro. Aunque siempre había sido reacio al contacto físico, Pablo descubrió que los dedos de Luisa lo tranquilizaban.

—No te preocupes. Todo va a salir bien.

Pablo quiso creer que sí. Pero no dejaba de pensar en que se habían quedado con su novela. Sentía un hueco por dentro, en algún lugar de su cuerpo. Y ese hueco dolía.

Antes de terminar la última clase de la mañana, Luisa recibió un mensaje de Imelda:

Por favor, ven a verme a las 14.30.

No la sorprendió, como tampoco la sorprendió encontrar a Arantxa en el despacho de la directora.

Por supuesto, Imelda la había convocado para hablar de Pablo y de su libro.

Luisa pensó que solo había una forma de evitar que se abriera un expediente de investigación que involucrara a la madre de Pablo, y esa forma era inculparse a sí misma. Decidida a encubrir a Torbado, no habló en ningún momento de él ni del papel que había desempeñado la biblioteca en aquella historia que a Arantxa se le antojaba tan sórdida («¡Una persona infantil escribiendo relatos con actos de violencia!»).

—La culpa ha sido mía —dijo Luisa—. Al ver que era un... una persona alumna aventajada, decidí que podía mejorar su rendimiento prestándole libros míos.

—Sabes que eso no se debe hacer —la recriminó Arantxa—. Las personas menores y en formación únicamente deben leer y consultar libros específicamente diseñados para ellas por equipos multidisciplinares de personas expertas en psicopedagogía juvenil y en igualdad y no discriminación.

Después de aquella retahíla, Arantxa hizo una pausa para respirar. Luisa la miró rechinando los dientes. En los últimos tiempos, cuando escuchaba esa jerga que la técnica de Igualdad empleaba con la velocidad de una locución automática, sentía cada vez más deseos de ponerse a gritar y a pronunciar palabrotas y términos escatológicos como una endemoniada de tiempos bíblicos.

Reprimiéndose, se limitó a contestar en tono neutro:

—Lo hice bajo mi responsabilidad.

—Querrás decir bajo tu *i*-responsabilidad.

—No eres quién para juzgar mi trabajo.

—Pero sí tu impacto negativo sobre la igualdad.

—¿Qué tiene que ver esto con la igualdad?

—*Todo* tiene que ver con la igualdad —respondió Arantxa con su sonrisa de caimán.

—Esta discusión no nos conduce a ninguna parte —intervino la directora—. Dentro de cuarenta y ocho horas celebraremos una reunión extraordinaria del CRP y trataremos el tema con más calma.

Luisa se marchó del despacho de Imelda pensando que al menos el hilo que conducía hasta la biblioteca y hasta Torbado no había salido a la luz.

Por desgracia, no fue necesario. Dos días después, en la reunión del Consejo



Representativo Pedagógico, Eric volvió a sacar a colación el asunto de la biblioteca. Mientras hablaba, el cañón proyectaba en una gran pantalla imágenes ampliadas de los dibujos de Pablo: cabezas y brazos cortados reposando sobre grandes charcos de sangre carmesí, espadas que estoqueaban y tajaban cuerpos humanos, hachazos, puñetazos, pedradas... El repertorio de formas de agresión, había que reconocerlo, era hartamente imaginativo. Por no faltar, no faltaba ni un empalamiento, con un cadáver al que le salía por la boca la punta de una estaca.

—Puede que la persona alumna Pablo Colmenero haya creado todo este material tan... perturbador por la influencia de los libros que una miembro de nuestro profesorado le prestó, quiero creer que con buena intención —dijo Eric—. No obstante, eso incide en una cuestión que ya planteé con anterioridad. Tener todos esos miles de libros inadecuados en nuestro centro, a tan poca distancia de nuestro alumnado, es un peligro.

—Yo iría más lejos —intervino Arantxa—. Creo que, igual que todas las personas docentes de este instituto hemos aceptado el protocolo de tolerancia cero al alcohol para proteger a las personas menores que educamos, deberíamos comprometernos a no conservar en nuestros domicilios material impreso con contenidos que puedan resultar perjudiciales para la juventud.

«Me arrancarás mis libros de mis dedos fríos y yertos», pensó Luisa, pero no dijo nada.

—Bueno, esa es una posibilidad —dijo Eric sin demasiado entusiasmo—. De momento, la primera prioridad sería liberar el sótano de la biblioteca para que deje de ser un espacio de uso inadecuado y se transforme en un espacio positivo.

—¡Cierto! —intervino Cynthia, de Ciencias Alternativas. Con sus brazaletes, sus collares y sus pañuelos multicolores parecía una pitonisa tan alternativa y tan poco científica como el nombre de su departamento sugería—. Ese sótano antiguo solo transmite energías negativas. ¡Es como respirar aire viciado de segunda mano expulsado por los pulmones de personas fumadoras!

Muchos otros compañeros abatieron la cabeza, avergonzados por lo que se estaba diciendo. Pero después de ver cómo había acabado Rufino, el último miembro del Consejo que había osado oponerse a Arantxa y Eric, nadie quería meterse en líos.

«Ese es nuestro problema —pensó Luisa—. Hemos llegado a esto por no meternos en líos con los que más levantan la voz, con los que se ofenden por todo, con los que se proclaman defensores de los menores o de los ancianos, con los que se autoerigen en representantes de todas las mujeres, de todos los gays, de todos los negros o de todos los musulmanes como si entre las personas de esos grupos no existieran diferencias ni opiniones distintas.

»Hemos llegado a esto por cobardes».

La pantalla de su rolltablet se iluminó. Era un mensaje de advertencia de Imelda:

No te opongas. No serviría de nada. Por suerte, he conseguido que se conformen con reciclar los libros de la biblioteca. Si mantienes un perfil bajo no se te abrirá ningún expediente, y te prometo que me las arreglaré para que Torbado siga trabajando en el centro.

Un perfil bajo. Como siempre.

Llegado el momento de votar, Luisa hundió la cabeza entre los hombros y se abstuvo. Fue la única que no aprobó la «reutilización» de los fondos de la biblioteca.

Cuando levantó la mirada, descubrió que el rostro de Arantxa había adquirido una expresión nueva. Esta vez no solo sonreía con la boca, sino que sus ojos también brillaban de alegría mientras los clavaba desafiante en ella.

Tenía razones para sentirse contenta. Sabía que había vencido.

Entre la cafetería del centro y la tapia sur se extendían la pista deportiva exterior y una parte de patio cuyo suelo nunca se había pavimentado. En aquel espacio se llevó a cabo la operación Triple R, por Renovación y Reciclado Responsable. (El adjetivo debería haber sido «Responsables», puesto que concordaba con dos sustantivos, pero ¿quién iba a discutir esas minucias? ¿Acaso las normas sintácticas no eran una reliquia de tiempos autoritarios y patriarcales?). Corría el día 130 del año, en plena primavera, una época muy adecuada para un supuesto ritual de renovación.

La operación se organizó después del segundo período de ocio responsable. En primer lugar se formó una larga cadena humana que se extendía desde la biblioteca hasta el patio. Por ella pasaron de mano en mano los libros, cientos, miles de ellos en su camino de las catacumbas a la luz de la renovación (así lo expresó Eric). Los fueron amontonando en el suelo en seis pilas y, una vez que las estanterías de la biblioteca quedaron tan desnudas como huesos descarnados, las personas alumnas disolvieron la cadena y se agruparon alrededor de dichas pilas formando seis corros, uno por curso. La mayoría del profesorado se encontraba allí para supervisar la labor y evitar las disfunciones convivenciales que solían producirse cuando se congregaba tanto alumnado junto. También estaba allí Imelda, con la que Luisa había discutido apenas una hora antes.

—¡Parece mentira que tú, la directora, consientas esta ignominia!

—Sabes que tengo las manos atadas, Luisa. He hecho lo que he podido por evitarlo. Si tú no te hubieras extralimitado en tu trabajo, no habríamos llegado a este punto.

—¿Extralimitado? ¿Recuerdas cuando empezamos a dar clase? ¡Entonces enseñar a los alumnos, sugerirles lecturas, fomentar su creatividad y formarlos como personas no se consideraba extralimitarse!

—Sabes perfectamente de qué hablo, Luisa. Vivimos los tiempos que vivimos. Hay que saber adaptarse a ellos.

—¡Porque gente como tú ha aprendido a adaptarse tan bien es por lo que vivimos los tiempos que vivimos!

Ahí había terminado la discusión, la más tensa que habían mantenido desde que se conocían, y eran ya treinta años de amistad. Luisa se sentía mal por haberse desahogado con Imelda como si fuera la única culpable, cuando ella misma, como tanta otra gente, también había permitido por inacción que los biempensantes les segaran poco a poco la hierba bajo los pies.

Mientras recordaba aquella desagradable discusión, los seis corros empezaron su labor «renovadora». A cada alumno le correspondía como promedio reciclar más de veinte libros. A la señal dada por el silbato de Gonzalo, de Naturaleza Sostenible, todos emprendieron la tarea con fervor. Si los libros tenían tapas de piel, separaban estas en un montón aparte; pero como la mayoría estaban encuadernados en cartón, las cubiertas desgajadas acababan en el mismo montón que las páginas.

—¡Cuantos más pequeños sean los trozos en que deshacéis el papel —explicó Gonzalo con un micrófono—, menos trabajo tendrán luego las trituradoras, y todas y todos conjuntamente ahorraremos más energía para el medio ambiente!

Luisa lo observaba todo apartada unos metros, cerca de la puerta de la cafetería. Sus ojos estaban tan secos como bolas de cristal, pero la boca le sabía a bilis mientras veía cómo la información y la sabiduría recopiladas durante siglos se convertían en tinta desordenada sobre papel, en pura entropía. No podía dejar de pensar en hordas de nazis arrojando libros a la hoguera al son de una fanfarria wagneriana.

Pero no, allí no se levantaban rugientes llamas, y todo se hacía entre risas y al compás de un tema que sonaba por megafonía y que estaba muy de moda aquellos días: *Renuévame*, del cantautor (no, de la persona que cantaba sus propias composiciones) Raúl Páez. Las personas alumnas, muy aplicadas, cumplían a rajatabla la recomendación de Gonzalo y rompían las páginas en tiras lo más finas posible. «¡Pobres Cervantes y Galdós!», pensó Luisa. Y también pobres Ana María Matute, Mary Renault y las hermanas Brontë, y pobre Shakespeare, y Goethe, y García Márquez, y Stephen King, y Sófocles, y Safo, y Flaubert, y...

Era mejor no pensar en ello, tratar de ver todos aquellos volúmenes deshojados y rasgados como simples cosas, objetos sin alma.

Pegados a la tapia aguardaban cuatro grandes contenedores azules proporcionados por el Ayuntamiento. Allí se depositaría el resultado de aquel ritual. Al final se había llegado a un consenso entre la propuesta de Eric, vender el papel al peso, y la de Gonzalo, usarlo en «la gran fiesta intergrupala de la naturaleza». La mitad del material la iba a adquirir una empresa municipal, mientras que el resto quedaría en poder del centro con el fin de llevar a cabo actividades de reciclaje en las aulas de Tecnología Sostenible. Luisa sospechaba que esta última mitad iba a acabar convertida en rollos de papel higiénico para uso del propio instituto. Allí debía de encerrarse alguna

metáfora, tal vez incluso una moraleja, pero Luisa se sentía demasiado triste y furiosa para verlas.

Lo más indignante estaba sucediendo en el corro donde los alumnos más jóvenes, los de primero, se dedicaban a rasgar papel con más entusiasmo que ningún otro curso. Flanqueado por Arantxa y por Eric, y con Yoni a su espalda, Pablo sostenía en las manos su propio libro, la primera novela de la saga que con tanta ilusión había escrito.

Arantxa había llegado a un trato con él: si rompía el libro y arrojaba sus páginas a la pila de reciclaje, demostraría que había comprendido que su actitud era errónea, y que era consciente asimismo de que albergaba pensamientos inadecuados, y que debía erradicarlos de su mente y no imaginar nunca más historias violentas y ofensivas para otras personas. Solo si destruía la novela que él mismo había creado podría librarse de una atención psicopedagógica personalizada.

Que era tanto como decir un lavado de cerebro o una lobotomía sin bisturí.

De todas las ruindades que había presenciado Luisa, aquella era la peor. Sin embargo, Pablo había accedido. Y no solo por su propio bien. También lo hacía por el de la propia Luisa, pues Arantxa le había dicho:

—Si rompes el libro, será como si simbólicamente rompes con el pasado. No habrá ocurrido nada, y las cosas volverán a su cauce.

Luisa habría querido pedirle a Pablo que no se preocupara por ella y que se negara a aquel chantaje. Pero lo cierto era que tenía miedo, tanto por sí misma como por el chico. No quería que los convirtieran a ambos en parias de la sociedad como habían hecho con Torbado. Además, la alternativa era que alguna otra persona destruyera el libro. La incipiente saga de Sunantria estaba condenada en cualquier caso.

«Qué triste es que el futuro no te dé esperanza, tan solo miedo», pensó. Cuando vio cómo Pablo empezaba a arrancar y rasgar las hojas de su novela, se obligó a sí misma a no apartar la mirada. Esa era su penitencia.

—¡Hijos de puta! ¡Quitad vuestras sucias manos de mis libros!

Luisa se volvió hacia su derecha. Por el camino de baldosas que venía desde la biblioteca se acercaba Torbado, agitando los brazos tan desaforadamente como el gigante Briareo contra el que soñó luchar Don Quijote.

—¡Deteneos, bellacos! ¡Dejad mis libros!

Pese a los años, Torbado conservaba la voz estentórea que sabía usar en sus tiempos de profesor para imponer disciplina. Incluso por encima de la música, Arantxa oyó sus gritos. Olvidándose por un momento de Pablo y su malhadada novela, se apartó del corro y llamó al grupo de Voluntari@s por el Progreso y la Igualdad, el piquete que utilizaba para sus campañas informativas. Entre aquellos matones había tantas chicas como chicos, pero eran estos últimos los que aportaban

más kilos de músculos.

Luisa trató de adelantarse a ellos y corrió hacia Torbado. Cuando llegó a su altura, le agarró por las solapas de la gabardina y trató de detenerlo. Un empeño inútil: a sus setenta y ocho años él seguía teniendo más fuerza que ella, o tal vez se la prestaba la furia que lo poseía en aquel momento.

—Te dije que era mejor que no vinieras hoy.

—¡Nadie me dice lo que tengo que hacer! ¡Ni siquiera tú, Luisa!

—¡Vuelve a casa! Ya lo he hablado con la directora. ¡Te mantendremos el puesto de trabajo!

—¡Yo no quiero esa mierda de trabajo! ¡Yo quiero mis libros! ¡Yo quiero mi biblioteca!

Torbado se desembarazó de ella y siguió su camino. Unos metros más allá se topó con un obstáculo más formidable, los VPI, que formaron una barrera entre él y el primer corro de «renovación». No por ello se amilanó el viejo, que empezó a repartir puñetazos como un molino de viento, sin privarse de usar el muñón de su brazo izquierdo. Pero Jaime, un exalumno de Luisa que medía dos metros y pesaba más de ciento veinte kilos, se colocó tras él con una agilidad sorprendente en alguien tan grande, le aferró ambos brazos, le barrió ambas piernas con el pie para derribarlo y lo inmovilizó tumbándolo boca abajo en el suelo.

—¡Dejadle! —exclamó Luisa corriendo hacia ellos—. ¿No veis que es un... que es una persona con muchos años?

Sin aflojar la presión sobre Torbado, Jaime levantó la mirada hacia Luisa.

—Lo siento, Luisa. Pero es que si soltamos a esta persona, persiste en su actitud agresiva. Nos ha dicho Arantxa que la retengamos hasta que todo termine.

La irrupción de Torbado causó cierto revuelo entre el corro de los alumnos de primero, que interrumpieron por un momento su labor y rompieron el corro para acercarse a curiosear. Pero los profesores vinieron tras ellos cual pastores y consiguieron que regresaran al redil y a la tarea.

El único que se quedó junto a la puerta de la cafetería fue Pablo. Traía los brazos pegados al costado y las manos vacías. Su libro ya era historia.

O ni siquiera eso. La historia ya no existía.

—Dios mío, Pablo —dijo Luisa—. Siento mucho que te hayan obligado a hacerlo. De verdad, lo siento tanto...

Él la miró a la cara sin decir nada. Tenía los ojos tan secos como ella. Quizá ya había llorado antes todo lo que tuviera que llorar.

Torbado se había cansado de forcejear. Tumbado en el suelo, boca abajo, sentía contra su pecho el pequeño bulto de la *Odisea*, aquel librito que había cambiado su vida durante los últimos meses. Suponía todo un símbolo para él, y por ese motivo se

había empeñado en rescatarlo antes de que aquellos descerebrados lo destrozaran. Cuando todavía daba clases, solía explicar a sus alumnos:

—Aunque la *Odisea* sea un poema, al componerla Homero escribió sin darse cuenta la primera novela. Todas las demás novelas de la historia no han sido más que relecturas de la *Odisea*.

Era una forma de verlo, de tratar de consolarse a sí mismo por la barbarie que estaba contemplando. Pensó que al menos los vándalos que saquearon Roma eran conscientes de la destrucción que sembraban. En cambio, todos aquellos niños y jóvenes que destrozaban libros alegremente creían hacerlo en nombre del bien y de una cultura superior, cuando en realidad por cada página que desgarraban daban otro paso que los internaba en una nueva Edad Oscura.

Para la que tal vez jamás llegaría un Renacimiento.

Cansado de mantener el cuello en tensión, Torbado cerró los ojos y apoyó el rostro en el suelo. Pese a que el sol seguía ascendiendo en un cielo sin nubes, notó las losas frías, muy frías.

Quizá había llegado el momento de rendirse.

Un grave estruendo parecido a un trueno hizo retemblar el suelo. Incluso a través de los párpados cerrados, Torbado captó un resplandor tan intenso que pensó que, de haber tenido los ojos abiertos, probablemente se habría quedado ciego.

Las manos que lo mantenían tumbado boca abajo lo soltaron. Haciendo un esfuerzo, Torbado apoyó los codos en el suelo y empezó a incorporarse al tiempo que abría los ojos.

En el patio, donde unos segundos antes se levantaban los contenedores, se había materializado un óvalo de luz de unos ocho metros de longitud por cuatro de altura. Sus bordes parecían de agua, un agua que oscilaba en el aire y rielaba emitiendo unos destellos verdes y azules tan refulgentes que todo lo que los rodeaba se veía oscuro por comparación, aunque se hallaban en pleno día.

Dentro del óvalo, o mejor, *detrás* del óvalo se divisaba un paisaje que no tenía nada que ver con el instituto, ni con Tarpeya, ni con ningún lugar del mundo conocido. Al otro lado era de noche y brillaban las estrellas. Bajo la luna, un puente luminoso cruzaba el cielo a modo de gran arco iris blanco, y bajo él se alzaban altísimos edificios de cristal con cúpulas y pináculos plateados.

Todos en el patio se habían quedado callados, estupefactos ante aquel prodigio. Torbado, que ya había logrado incorporarse, sabía muy bien lo que estaba contemplando.

Un portal dimensional.

Y de él estaba saliendo gente. Tres hombres y tres mujeres, vestidos con monos tornasolados que hacían ondular el aire a su alrededor como campos de fuerza. Sus rasgos eran peculiares, como si no pertenecieran a ninguna raza conocida, o más bien

como si mezclaran características de todas ellas.

—¡Alto! —exclamó uno de ellos, levantando la mano. Era el único que no iba armado. En su pecho brillaba una especie de joya carmesí, probablemente su insignia de mando—. ¡Detened esta atrocidad!

La técnica de Igualdad, aquella horrible mujer llamada Arantxa, se adelantó y lo desafió con los brazos en jarras.

—¿Atrocidad? —protestó—. ¡Lo que estamos llevando a cabo aquí es un acto de libertad, solidaridad y progreso!

Por toda respuesta, el jefe de los recién llegados hizo una señal. A su lado, una joven musculosa levantó un arma similar a un subfusil y de superficie brillante como un espejo. De su cañón brotó un único pulso de plasma que restalló como un latigazo en el aire.

Torbado parpadeó un instante, deslumbrado. Cuando volvió a mirar, de Arantxa quedaban únicamente dos botas humeantes y una nube de pavesas que remolineaban en el aire cayendo lentamente.

—¡Somos los guardianes del tiempo! —exclamó el jefe. Su voz, amplificadas por algún ingenio invisible, resonó como un trueno.

¡Igual que en los relatos de Poul Anderson! «Pues claro», pensó Torbado. Si en el futuro los viajes en el tiempo llegaban a ser posibles, ¿por qué la vida no iba a imitar al arte? ¿No era lógico que los descendientes de la humanidad, tomando el ejemplo de la literatura, crearan una patrulla del tiempo para evitar que personas o grupos desaprensivos alteraran el equilibrio de la línea temporal?

Que era precisamente lo que estaban haciendo aquellos salvajes en el patio y otros similares en todo el mundo: borrar el pasado para redibujar la línea temporal.

Como si le hubiera leído la mente, el jefe de los guardianes del tiempo continuó:

—Lo que estáis haciendo aquí es destruir el pasado. Estáis cometiendo un crimen peor que el asesinato. ¡Estáis matando a los muertos!

«Matando a los muertos». Torbado nunca lo había contemplado de ese modo. Pero era exactamente lo que estaban llevando a cabo al destruir los libros, las verdaderas voces del pasado.

Tras presenciar lo que había ocurrido con Arantxa, nadie se atrevía a moverse en el patio. Decenas de profesores y cientos de alumnos observaban boquiabiertos, casi sin respirar. Detrás de los recién llegados, los bordes de la puerta temporal fluctuaban y palpitaban como un corazón de luz.

—Por vuestros crímenes —anunció el líder—, yo declaro que esta alternativa temporal queda clausurada.

—¿Clausurada? ¿Qué quiere decir? —exclamó uno de los profesores, el llamado Eric.

Por toda respuesta, el líder se volvió hacia uno de sus hombres y ordenó:

—Sindel, activa el ecpirótico.

El aludido se adelantó del grupo. Empuñaba en ambos brazos un arma de gran tamaño, alargada como un lanzagranadas y coronada por una especie de tobera cromada. Cuando pulsó el disparador, la boca del arma se encendió con una luz cegadora. Aquella luz salió del ecpirótico en zarcillos espirales, y estos a su vez se convirtieron en complejas estructuras fluidas que giraban en el aire y, al alejarse del arma, se vaporizaban en forma de una cortina espectral, una aurora boreal que se extendía y lo devoraba todo.

Cuando la luz llegó a Torbado, se dejó absorber. Pese a que sabía que era el final, no sintió miedo ni enojo. Prefería morir sabiendo que existía un futuro distinto en lugar de seguir viviendo en aquel presente de mediocridad y estupidez.

Pero no ocurrió así. Cuando la luz desapareció, todo se había detenido. Era como si el aire mismo se hubiera convertido en un espeso ámbar incoloro. Nadie ni nada se movía en el patio. Las cenizas de Arantxa habían quedado congeladas a media caída, los pájaros clavados en el aire en pleno vuelo, los rostros de los humanos paralizados en diversos gestos de sorpresa y horror. Tan solo los seis guardianes del tiempo se movían...

... y Torbado, para su gran sorpresa.

El jefe de la patrulla se adelantó hacia él y le tendió la mano.

—Ven con nosotros. Este no es tu tiempo ni tu lugar. Tú perteneces al futuro. Acompáñanos antes de que se cierre el portal.

Torbado tomó la mano de aquel hombre. Sus dedos estaban recubiertos por una película transparente y húmeda. A su contacto sintió un suave calambre, como si tocara los bornes de una vieja pila de petaca, y un calor y una energía desconocidos recorrieron sus miembros.

—Es cierto —reconoció—. Ya no pertenezco a este mundo. Os acompañaré.

Los demás guardianes del tiempo les abrieron un corto pasillo y bajaron las barbillas en mudo homenaje. Torbado avanzó hacia la luz, sin mirar atrás. Cuando sus pies sortearon el umbral, sintió que todos sus dolores y el cansancio de los años desaparecían.

—Mira tu brazo —le dijo el jefe de la patrulla del tiempo, soltándole por fin.

Así lo hizo Torbado, y descubrió que su mano izquierda volvía a estar allí, sin ninguna pulsera infamante. Una mano joven, fuerte, limpia, sin arrugas ni manchas hepáticas.

El portal se cerró a su espalda, y Torbado se quedó solo. Bañado por una luz sobrenatural, recordó que uno de los primeros libros que había leído de niño era *Peter Pan*. Comprendiendo en qué país se adentraba, sonrió y dijo:

—¡Morir será la mayor de las aventuras!



—Está muerto —certificó el médico de la Uvi móvil, incorporándose del suelo.

A sus pies yacía Torbado, con una enigmática sonrisa que lo hacía parecer más joven. Su vieja gabardina estaba abierta a los lados y la camisa desabrochada mostraba el vello ralo y gris del pecho. Seguía en el mismo sitio donde lo habían inmovilizado, junto al poyo de piedra donde solía sentarse a tomar café en los recreos a la sombra del madroño, pues era tan insociable que prefería no juntarse con sus compañeros durante los recreos. Luisa lo recordaba así, casi treinta años más joven, rodeado por el escándalo de la muchachada y leyendo cada día un libro diferente, tan concentrado en sí mismo como si lo rodeara una campana de silencio.

Y ahora era así. Un silencio de plomo había caído sobre el patio.

Al oír que Jaime gritaba: «¡Ayuda! ¡Le está dando un infarto!», Luisa había corrido hacia Torbado. Pero Raixa, una profesora de Educación Física (Saludable y todo eso), se le había adelantado para abrir la ropa de Torbado y proceder a la reanimación cardiopulmonar. Durante más de diez minutos estuvo masajeándole el pecho y practicándole la respiración boca a boca, sin ceder al desaliento. La Uvi móvil había llegado poco después, ya que al otro lado de la calle se encontraba el centro de salud del barrio. Cuando el médico y el enfermero sustituyeron a Raixa, descubrieron que ya era demasiado tarde.

—Lo he intentado —le dijo Raixa a Luisa. Aunque era joven y el triatlón la mantenía en una excelente forma, aún jadeaba por el esfuerzo—. De veras que lo he intentado.

Luisa asintió, sin saber qué decir. Un nudo grueso y duro como una nuez cerraba su garganta, y sin embargo sus ojos seguían secos.

Los técnicos de transporte sanitario colocaron el cuerpo de Torbado en una camilla, lo taparon con una manta y cargaron con él hasta la ambulancia. Lo último que Luisa vio de él fue su zapato agujereado. Después, las portezuelas se cerraron y, con un zumbido eléctrico casi inaudible, el vehículo rodó por el patio hacia la puerta del aparcamiento.

«Tengo que ir con él», pensó Luisa. Dudaba de que hubiera otra persona más cercana a Torbado. A decir verdad, ella era la única con quien se relacionaba, por lo menos en Tarpeya, y alguien tenía que hacerse cargo del funeral y otros detalles.

Pero por el momento se quedó allí, bajo el madroño, contemplando aquella pila de libros rotos y descuajaringados. Ya no se oían cánticos ni se veían sonrisas. Tan solo se escuchaban las voces de los profesores responsables del destrozo, Eric, Gonzalo, Arantxa y alguno más, impartiendo instrucciones para que los alumnos aceleraran la tarea, acabasen cuanto antes y pudiesen despejar el suelo. El ambiente festivo se había evaporado. Ahora la presunta Renovación parecía lo que en realidad era, una prosaica y tediosa tarea de destrucción.

Pablo seguía a su lado, también en silencio. No se movía, ni apenas parpadeaba, como si hubiera caído en un estado catatónico. «Tengo que decirle algo», pensó Luisa. Pero ¿qué?

—Perdona, Luisa.

Ella oyó la voz, pero no reaccionó hasta sentir un dedo insistente que tocaba su hombro como si pulsara un timbre. Al volverse descubrió que era Jaime, el mismo alumno hipermusculado que había derribado a Torbado. Tenía los ojos enrojecidos y saltaba a la vista que se sentía avergonzado.

—Cuando Raixa le abrió la gabardina a esa persona, se cayó esto —dijo, mirando un poco de soslayo hacia atrás. Con aquel corpachón de armario su actitud furtiva llamaba más la atención, como si fuera un camello pasando droga en un callejón.

Pero no era ninguna droga, sino un librito de tapas de cuero arrugado por el tiempo.

La *Odisea*.

—Yo... siento lo que ha pasado —dijo Jaime con voz casi atiplada—. He pensado que a lo mejor querías quedarte con esto de recuerdo.

Luisa tomó el libro y asintió, sin decir nada y respirando hondo. Tenía la impresión de que en cualquier momento el nudo de su garganta podía disolverse para convertirse en un incontenible chorro de lágrimas, y quería evitarlo. Jaime se dio la vuelta y se alejó, azorado.

Estaba pensando qué hacer con el libro cuando una mano se cerró sobre su muñeca izquierda. Aquellos dedos espatulados con las uñas mordidas casi hasta la raíz eran inconfundibles.

—Ese libro tiene una etiqueta —dijo Arantxa—. Pertenece al centro educativo, así que debe ser renovado como todos los demás.

Luisa sintió que el nudo desaparecía de golpe, sustituido por otra cosa más fluida y caliente. Con la mano derecha apretó la muñeca de Arantxa hasta que consiguió que la soltara, y después la apartó de un empujón. La energía con que lo hizo la sorprendió a ella misma. La fuente de aquella fuerza, sin duda, era la rabia contenida durante tantos años. Girándose sobre los talones, se encaró a la técnica de Igualdad, que medía lo mismo que ella. Nunca había estado tan cerca de aquellos ojos de hielo.

—No vuelvas a ponerme la mano encima, canalla.

—Mide bien tus palabras, Luisa.

—Eso hago. «Canalla» significa persona despreciable, y eso es justo lo que eres tú.

—Te digo que...

—Silencio. Tú y gentuza como tú habéis provocado la muerte de un hombre que valía mucho más que todos vosotros juntos. Así que lárgate. Ya has causado bastante mal por hoy.

Arantxa tragó saliva, y sus pupilas se contrajeron como alfileres. Ni siquiera se atrevió a protestar por que Luisa hubiese utilizado el masculino genérico.

—Está bien. Quédate con eso. Un solo libro no puede hacer nada.

La técnica de Igualdad reculó un par de pasos. Al dar media vuelta para alejarse, tropezó con el borde del poyo de hormigón y casi cayó de bruces sobre él. Rápidamente se enderezó y, con paso nervioso, trató de subir con un mínimo de dignidad la escalera de piedra que ascendía entre el pabellón de la cafetería y uno de los jardines.

Luisa se volvió hacia Pablo y le mostró la *Odisea*.

—Creo que Torbado habría querido que te lo quedaras tú. Pero de momento me lo voy a guardar yo, para asegurarme de que nadie te lo pueda quitar. ¿Te parece bien?

Él asintió. Seguía con los ojos tan abiertos como un búho, sin apenas pestañear.

—Siento mucho que te hayan obligado a destruir tu propio libro —dijo Luisa—. Es el acto más vil y malvado que he presenciado en mi vida. Pero ya escribirás otro.

Para su sorpresa, una sonrisa curvó poco a poco los labios de Pablo, y sus ojos de ámbar brillaron con una chispa de malicia.

—No. Será el mismo libro.

—¿Te acuerdas de memoria de todo lo que habías escrito?

Pablo sacó el móvil del bolsillo y le enseñó a Luisa la pantalla. En ella aparecía una foto del mapa de Sunantria, su mundo imaginario.

—Lo tengo todo guardado. En cuanto Yoni me quitó el libro, empecé a copiarlo desde la primera página en otro cuaderno igual.

—¡Muy previsor!

—De paso, estoy corrigiendo algunas cosas. Pero esta vez no se lo voy a enseñar a nadie. —Se interrumpió un instante y después, mientras las chapetas teñían de rojo sus mejillas, se apresuró a añadir—: Bueno, a ti sí. Si quieres.

Luisa sonrió por primera vez desde hacía varios días.

—¿Sabes? Arantxa no sabe lo equivocada que está.

—¿Por qué?

—Porque un solo libro puede hacer muchas cosas. Un solo libro puede cambiar el mundo.

Luisa rodeó el hombro de Pablo, lo atrajo hacia sí y le revolvió aquel flequillo tan rubio y tan liso. Él se puso un poco tenso, aunque no rechazó el abrazo.

—¿Quién sabe? —dijo Luisa—. Es posible que ese libro lo escribas tú.

Pablo se apartó un poco y asintió muy serio.

—Lo haré.

Y Luisa lo creyó.

# Notas

[1] Parentesco cercano masculino como padre, hermano o marido. <<

[2] Antiguo 25 de diciembre. Cuando Pablo era niño, habrían sido vacaciones de Solsticio Invernal (y antes, de Navidad). Ahora aquel período vacacional se había abolido, al igual que el de verano. Su manual de Igualdad lo explicaba así: «Mientras que todo el alumnado pierde nivel en matemáticas durante el verano, las personas estudiantes con ingresos más bajos pierden aún más en lectura, mientras que las de ingresos más altos pueden incluso ganar nivel en ese período gracias a la ayuda de sus progenitores u otras personas emparentadas. Se trata de un impacto acumulativo durante los diversos cursos que agranda las desigualdades interclase. Por no hablar del cierre de los comedores escolares, o de la diferencia de oportunidades cuando los progenitores de mayores ingresos llevan a sus hijas e hijos a caros viajes al extranjero que mejoran su formación e incrementan la brecha de desigualdad social». <<

[3] Antes llamadas «exámenes». Cuando Pablo era una persona infantil aún más pequeña y estudiaba Primaria, una persona docente masculina desesperada con la poca convivencia (antes «disciplina») de la clase dio un golpe en la mesa y cometió el desliz de amenazarlos con la palabra prohibida: «¡Os voy a poner un examen que os vais a enterar!». Cinco minutos después ya estaba allí la Coordinadora de Pedagogía para reprender al incauto por provocar estrés en las mentes del alumnado. <<

[4] Antiguamente «jefes» (palabra rechazada porque creaba enlaces neuronales que favorecían actitudes autoritarias y patriarcales en unas personas y sumisión acrítica en otras) de «seminario» (rechazada por connotaciones religiosas y sexistas). <<



[5] Frase de Susan Sontag que ahora tampoco estaba bien vista. No por su crítica del hombre blanco, sino por utilizar la palabra «cáncer» con connotaciones negativas, algo que podía ofender a las personas que sufrían esa disfunción sanitaria. <<

[6] En su edición aprobada por la CIX (Cámara Inter Colectivos Sociales) a través de su Comisión para la Adecuación de la Lengua, formada por Sociólog@s, Pedagog@s, Teóric@s de la Dominación y Técnic@s de Igualdad. <<

[7] Las personas menores no podían recurrir al Formulario de Solicitud de Relaciones. El Reconocimiento Mutuo de No Acoso incluía muchas cláusulas; entre ellas, que las personas firmantes eran conscientes de que no debían mantener relaciones sexuales hasta la edad mínima de consentimiento, los diecisiete años. <<